FERNANDO VILLEGAS

# CHILE, UNA HISTORIA CASI SECRETA

**Crónica del país vista desde y con personajes y eventos olvidados, a medias desvanecidos o que a nadie le importan**

Planeta

# Chile, una historia casi secreta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© 2018, Fernando Villegas

Diseño gráfico: Ian Campbell

Derechos exclusivos de edición
© 2018, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: marzo de 2018

ISBN Edición Impresa: 978-956-360-448-1
ISBN Edición Epub: 978-956-360-455-9
R.P.I.: 287.510

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Fernando Villegas

# Chile, una historia casi secreta

## Crónica del país vista desde y con personajes y eventos olvidados, a medias desvanecidos o que a nadie le importan

Planeta

# Índice

Confesión a modo de prólogo o viceversa

La era del canco

¿Realismo mágico?

El nacimiento de una nación

La Revolución del 91

Complacencia oligárquica

Cielito lindo

Golpes en miniatura y mucha literatura

Cucharón radical

La escoba de Ibáñez

El camerino del Paleta

Brilla el sol

Apocalipsis

Tiempos muy oscuros

Concertación S.A.

El presente

ENCUÉNTRANOS EN...

BIBLIOTECA FERNANDO VILLEGAS

En recuerdo de mi querido amigo José Hossiason

…debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y nada apasionados
y que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición no les
hagan torcer del camino de la verdad, de cuya madre es la historia,
émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado,
ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir…

*Don Quijote de la Mancha*, capítulo IX

# Confesión a modo de prólogo o viceversa

No se nos interrogue por las fuentes documentales de las que presuntamente fueron extraídos los “casi secretos” insinuados en el título; ni existen los “casi secretos” —si no eran completos nunca lo fueron ni menos pueden serlo hoy— ni hay aquí un diligente investigador académico que se haya dado el trabajo de revolver gavetas y archivos en busca de esa entidad lógicamente imposible, sino solo un autor con la intención no tan secreta de encaramarse a una palabra que últimamente asegura grandes éxitos de venta. Hágase, Señor, Tu voluntad así en el cielo como en las librerías.

Al contrario, lo que aquí se narra es accesible, público y desde siempre a la mano de cualquiera, pero al parecer hay pocas manos que se interesan en la clase de personajes y situaciones que desfilarán para ilustrar directa o indirectamente —a veces *muy* indirectamente— nuestra historia patria. Dije “ilustrar”, no explicar, teorizar, denunciar, descubrir ni proponer. Y digo también que recorreremos la historia de Chile desde su independencia, pero no apoyados y encumbrados en los “hombros de gigantes” y ni siquiera en los de enanos de la ciencia histórica, sino en postura más cómoda y familiar, hojeando textos comunes y corrientes, saqueando Wikipedia, deambulando por sitios web de la Biblioteca Nacional, haciendo recuerdos personales y con eso y solo con eso es como exhumaremos personajes que apenas alcanzaron a serlo, individuos medianamente o poco conocidos o hasta ya olvidados, a veces casi fantasmales, aun si en su época fueron de peso o significativos, pero de quienes hoy casi nadie siquiera sabe de su existencia.

No hay aquí, entonces, otro secreto que el motivo por el cual el autor decidió emprender tarea tan peregrina. Pero ¿cuál podría ser ese motivo secreto? Si el propósito del secreto es esconder algo que en su infamia pudiera, de saberse, causar estropicios —lo cual, dicho sea de paso, lo hace interesante—, no hay aquí ninguno. ¿Qué de interesante o de infame puede haber en el hecho de poner en el escenario de la historia a un montón de gente que a veces no la conocía ni su madre o apenas la recuerdan sus descendientes? Si acaso hay un secreto en todo esto tal vez sea que al autor puede que lo aqueje un severo caso de demencia senil, única razón entendible, al parecer, para que alguien se embarque a narrar una historia protagonizada por seres cercanos al anonimato o al casi total olvido.

O tal vez no sea tanta la locura. Permítanme explicarles el porqué ha despertado nuestro interés el material desmemoriado de nuestra historia patria. En primer lugar, el autor no quiere repetir, siendo completamente innecesario, lo ya hecho o lo que están haciendo muchos y muy competentes historiadores profesionales, quienes, una y otra vez, especialmente los contemporáneos, nos ofrecen luminosas y hasta cegadoras interpretaciones con dosis mayores o menores de lucha de clases y terribles intrigas y confabulaciones de la élite, pero sobre todo haciendo desfilar por la pasarela al mismo y ya archiconocido elenco de famosos; en segundo

lugar, porque creemos que la historia es un proceso mucho más complejo que la narrativa académica con sus causas y efectos oficiales y sus personajes de siempre, por lo cual todavía queda espacio para otras interpretaciones o miradas; es la razón principal por la que se sigue escribiendo sobre los mismos objetos históricos —¿cuántas historias de Roma no hay ya abultando las bibliotecas y librerías?—, y no porque haya tanto material documental o arqueológico que acabe de desenterrarse; en tercer lugar, porque siempre nos ha asombrado y también aterrado la facilidad con que el tiempo —"*Tempus Edux Rerum*", decía Lucrecio[1]— tan rápidamente lo sepulta todo en la nada, salvo a media docena de vacas sagradas que a veces se convirtieron en tales por las más nimias o mediáticas razones, pero arrojando en el más completo olvido a quienes incluso han sido padres o madres de obras de importancia.

Y, aun así, ¿por qué tendría que interesarme en personajes y/o eventos más o menos o completamente olvidados de la historia nacional? En parte porque nos parece que voces como esas, hoy apenas audibles o en total silencio, en ocasiones dicen mucho más de una época, aunque sea de soslayo, que los engolados discursos proferidos desde estrados, desde escenarios, desde podios o desde testeras. Y, en parte, existe también un motivo enteramente personal y casi inconfesable, una manía que últimamente nos ha sobrevenido, a saber, la de resucitar gente. Así es; un día me sorprendo tratando de averiguar quién era esa señora que aparece en un documental de 1929 en la plaza de Viña con dos niñitos de la mano y al otro día estoy leyendo a historiadores que nunca fueron los más grandes nombres de su oficio ni parieron obras gigantescas citadas a cada paso, sino, al contrario, escribieron sobre reinos, culturas o eventos que a nadie le importan o poco importan o han sido rumiados y tratados hasta el hartazgo u ofrecieron ideas ya desechadas o se basaron en antecedentes descartados y, en suma, hoy nadie los cotiza ni menos se interesa en sus personas salvo yo, conjurador universal de Lázaros a los que a nadie se le ocurriría resucitar porque ni siquiera se sabe que están muertos. En síntesis, nos ha venido —cosas de viejo— una particular ternura hacia los olvidados. Posiblemente eso sucede porque este autor está seguro de que le pasará lo mismo. Mis bisnietos ni sabrán qué diablos escribía su bisabuelo y quizás tampoco dónde se estén pulverizando sus restos. Lo veo muy claro: mi tumba no ostentará otro reconocimiento de mi descendencia —¡ni hablemos de "posteridad"!— que un tiesto oxidado con flores resecas puestas ahí el día de mi sepultación. Así creo que serán las cosas allá para el año 2070.

Por eso y por todo lo demás, mi relato es groseramente subjetivo y definitivamente no profesional. Si hubiéramos intentado seguir el ejemplo de la historia académica habríamos hecho el ridículo debido a nuestra irremediable insuficiencia. De ahí que en vez de poner en el primer plano el mecanismo político y económico de los acontecimientos, el *big picture*, tratando a los individuos, con excepción de los más importantes, como meras comparsas, en este libro haremos casi lo contrario, única manera de salvar la plata. Miraremos nuestra historia patria por un lado desde mi irremediable miopía académica y completa subjetividad y, por el otro, hablando —con no poco de capricho en la elección y en la elaboración— de ciudadanos y ciudadanas hoy bastante borrosos. La gran narrativa nacional, la "historia de Chile", aunque aparezca siempre al principio de cada capítulo, en realidad se citará solo en calidad de mero trasfondo, como la pantalla de un rotativo de barrio de los años cincuenta donde proyectan una película llena de cortes y sobresaltos mientras la chiquillería trata de prender a escondidas un cigarrillo, correrle

mano a la mina de al lado, hacer comentarios a gritos, pegarle un chicle en la espalda al tipo de adelante y así sucesivamente.

Si acaso en medio de todo esto hay algo verdaderamente serio es la siguiente pregunta: ¿por qué la vida sepulta en la oscuridad a ciertas personas y a veces hasta sus hazañas, por qué no se les da bola aunque hayan hecho algo importante, por qué se los olvida mientras se celebra a otros, por qué si no se los desdeña tampoco se los recuerda, por qué se les margina o desaparecen en los recuentos, por qué no aparecen donde debieran o tan fácilmente desaparecen de todas partes? Y lo mismo vale para su opuesto: ¿por qué algunas notorias calamidades o mediocridades han sido y son glorificadas, ensalzadas y momificadas en el reconocimiento y el recuerdo? Quizás mucho sea cuestión de suerte; de seguro más de alguna momia instalada en un lugar central del Museo de El Cairo pertenece a un pobre y miserable burócrata de una dinastía de poca monta.

La indiferencia o desatención tiene innumerables causas. En su forma más exaltada es la "olímpica" de los Dioses Inmortales, pero en los humanos el profundo olvido que ha arrojado a la oscuridad a no pocos ciudadanos surge casi siempre de razones tan rascas como las que producen su contrario: el indebido endiosamiento. Parece que el elemento definitorio es en muchos casos si el personaje fue o es como somos nosotros, tan vulgar como somos nosotros, alguien a quien al mirarlo es como mirarse al espejo. Otras veces la indiferencia y el olvido es simple e inocente cuestión de modas, de gustos y de épocas. Puede suceder que cierto tema, obra o persona simplemente no toque ninguna fibra de la cohorte demográfica que en un momento dado está vigente. Enteras generaciones han hecho caso omiso de un artista para a la siguiente pasada elevarlo en andas. La moda siempre es así, intermitentemente justa o injusta. Y hay también el caso de quienes prefieren vivir lejos del ruido y la trifulca y entonces, como un pez de las profundidades, miran apenas de reojo lo que se agita en la superficie. Es normalmente el de este autor, pez ciego y sordo a casi todo. Por eso sus fuerzas, lastradas por dicha postura autista y casi psicópata, solo le alcanzaron para celebrar esta "investigación" con Google, Wikipedia y comunes textos de historia de Chile siempre que estuvieran a no más de uno o dos metros de donde se sienta a escribir, en los estantes donde sus libros de consulta aguardan pacientemente el uso que le pida su desvaída curiosidad. Capítulo aparte merece el libro *Testimonios del yo,* de Valeria Maino, en el cual esta destacada historiadora examina el cómo y porqué de los cientos de memorias, autobiografías, libros de viaje, etcétera, escritos principalmente por chilenos desde principios del siglo XIX hasta casi finales del XX, autores por lo general desconocidos, poco conocidos o recordados no por sus escritos sino por otra cosa. Gracias, Valeria. El autor también usó accesibles enciclopedias escritas en Europa, las cuales, dicho sea de paso, tratan nuestros asuntos tercermundistas con esa brevedad temática y abundancia de errores que traicionan un profundo desdén.

Ese criminal amateurismo y hasta displicencia no excluyó, sin embargo, un festivo y persistente afán por satisfacer nuestra curiosidad y la de ustedes. No se requieren tantas emociones ni diligencia ni oficio ni posgrados para escudriñar desde el balcón lo que pasa en la calle, en este caso una a veces situada en un paraje muy lejano en el tiempo y por donde transitaron las damas y caballeros que despertaron el interés del autor, gente a veces muy talentosa y otras casi ridícula, pero que por una razón u otra hicieron su aparición y luego se

esfumaron. En ocasiones son de tal calado que asombra su olvido; otros solo dejaron un eco, alguna anécdota, una fugaz ilustración de su época que los hizo dignos de ser exhumados. En este libro no hay secretos sino hombres y mujeres semisecretos, seres hoy poco o nada conocidos, que cuando les tocó vivir se asomaron para hacer su gran acto o su numerito y luego desvanecerse. Temo que la indiferencia o el olvido sea casi siempre el premio a los afanes de casi todos nosotros, tanto de quienes fueron protagonistas solo en un plano menor y/o solo por una hora, una semana, un año o una década, pero también de los que hicieron cosas realmente importantes pero no fueron sacralizados ni momificados en el Museo de Historia Nacional.

A menudo la importancia de una obra escapa a la percepción de sus contemporáneos simplemente por ser ajena a la comprensión e interés de la masa. La causalidad o casualidad también juega su parte y prende o apaga la luz sobre alguien porque sí. Y, sin embargo, es con esa gente que he tratado la historia que les ofrezco, una vista desde la perspectiva y/o en el reflejo de hombres y mujeres que se han olvidado a pesar de haber algunos parido una obra importante mientras otros solo fueron autores de apenas un soneto o dos cuando les sonó la trutruca, meras celebridades de las que luego nunca más se supo, cineastas cuya obra se convirtió en peinetas de celuloide u oficiales de Ejército que no cabalgan en las plazas sobre caballos de bronce o políticos que, cuando más, cierto día soltaron un buen chiste, protagonizaron una astracanada o dieron origen al nombre de un sándwich. A estos últimos también los exhumo porque, dicho sea de paso, ¿no es eso lo que los hace representativos? Nada ilustra mejor la enorme vanidad de la vida humana que lo fugaz y lo intrascendente. Pero no os confundáis; no será en y por sus pequeñeces que los vamos a resucitar. No busque aquí lo vergonzoso o maligno o conspirativo o siniestro en que consiste el secreto trompeteado por algunos autores. Tampoco nos concentraremos en lo trivial. ¿A quién en su sano juicio podría verdaderamente importarle qué clase de pijamas o zapatillas de levantarse usaba tal o cual personaje?

A propósito de zapatillas de levantarse, un caballero llamado Jean Jacques Brousson escribió hace muchos años un libro llamado *Anatole France en zapatillas* que pretendía dar a conocer aspectos domésticos e íntimos de la vida de ese escritor, Premio Nobel de Literatura en 1921, autor muy famoso en su época y hoy leído, casi de seguro, solo por vuestro servidor. El libro acerca de las zapatillas de France terminó siendo menos un catálogo de las menudencias del venerable genio que una suerte de apenas disfrazado libelo, difamación en cámara lenta para de ese modo torcido cimentar la reputación del autor, de Brousson, lo cual no logró. Puede que nadie se acuerde de France en estos días, pero de Brousson nadie se acordaba ni siquiera en su tiempo. Es verdad que el bueno de Anatole era hombre picado de la araña y aun en su senectud no le hacía asco a salir a corretear a las nanas para pellizcarles el poto, pero bien poco nos dice eso sobre la excelencia de su estilo, la magnitud de su talento y lo certero de su inteligencia.

Por eso, no mire a huevo a los personajes que aquí aparecen. Recuerde que por cada “gran nombre” hay una docena o más que estuvieron a punto de serlo pero llegaron un día demasiado tarde o no supieron vender su mercancía o no nacieron ni se criaron en el medio necesario o se quedaron a medio camino o cumplieron la penosa misión, reconocida como tal solo cuando ya es irremediable, de recorrer callejones sin salida advirtiendo así indirectamente, por *default*, el camino que valía la pena a quienes los siguieron. Estos semidesconocidos tuvieron también un momento de resplandor, pero nadie lo vio o luego de verlo rápidamente todos lo olvidaron.

# La era del canco

A Casimiro Marcó del Pont, de quien apenas se acuerdan los historiadores y los alumnos de antes —los de antes del *tablet*, antes de internet, antes del cable y antes de las reformas pedagógicas consistentes en amputar materia—, de buena memoria, le tocó en suerte o mala suerte protagonizar su más bien breve papel histórico en lo que llamamos "La era del canco", a la cual bautizamos así por cierta anécdota contada por Joaquín Edwards Bello y que se narrará más adelante. Por ahora dejaremos eso en suspenso.

La era del canco corresponde a un período de la vida nacional —finales del siglo XVIII y principios del XIX— en el cual la larga etapa colonial llegaba a su término y estaba por comenzar —sin que nadie lo supiera o imaginara, quizás solo lo deseara y fantaseara— la era republicana o, al menos, la republicana tal como el concepto de "república" sería entendido por los latifundistas que dominaban la vida económica, política y cultural de una nación que en verdad aún no existía; el día cuando lo que hoy llamamos Chile dejó de ser colonia o capitanía y aún no llegaba a ser Chile propiamente tal, esto es, un conglomerado más o menos homogéneo de población, valores, leyes y costumbres. En esos años, tanto antes como después de la independencia, era más bien solo un mosaico de propiedades rurales y mineras, un catálogo de "señores de la tierra" con sus respectivas peonadas, señoras, amantes y párrocos de cabecera.

Fue una época de la que podemos leer y enterarnos acerca de sus rasgos en innumerables textos de historia que hacen uso de la documentación disponible, pero es difícil imaginarla en el verdadero sentido del verbo "imaginar", el cual supone cierta aprehensión o construcción concreta de una realidad, un palpar de texturas, de vida de carne y hueso. La cotidianidad de ese lapso histórico escapa a nuestra percepción imaginativa por lo demasiado lejano, pero no tanto del tiempo como de su auténtico palpitar, por lo difícil que es concebir y sentir lo extremadamente rudimentario de sus costumbres, su brutalidad y barbarie en todo orden de cosas, la naturaleza opaca y elemental de un mundo analfabeto y apenas balbuceante en todas las artes y ciencias; sabemos por los datos disponibles, pero no podemos palparlo, que fue una época poblada de seres de vidas insalubres, breves y carentes de los más mínimos alivios y amenidades, en que cuando se era torturado por el más simple dolor de cabeza o de muelas, que hoy combatimos en cinco minutos con una aspirina; un período —¡y cuán largo fue!— de indescriptible e incomprensible suciedad y prevalencia de enfermedades que a menudo llevaban a la tumba a más de la mitad de los recién nacidos y antes de los cuarenta años a los adultos; un mundo sin baños decentes y sin nadie con interés en tenerlos; sin educación, sin cultura entendida como un mínimo de saberes y refinamientos, carencia notoria incluso en la clase acomodada, como bien señaló y anotó en su diario Mary Graham y, además, sin que hubiese, pese a la fe cristiana y las muchas persignaciones en los innumerables eventos religiosos y fiestas de guardar, un sentimiento de compasión que se extendiera mucho más allá del círculo más

íntimo de la familia; era por tanto un mundo de crueldad inocente, la peor de todas porque ni siquiera la redime un sentimiento de culpabilidad; fue una época sin sensibilidad por el sufrimiento de animales o de personas, como bien se manifiesta en la brutalidad de los juegos y diversiones que congregaban a grandes y chicos y que hoy en día nos resultan inconcebibles. El embrutecimiento o elementalidad moral e intelectual de ese período resiste toda descripción.

De esa brutalidad feroz nacida de la inconsciencia y la ignorancia y que fue, a nuestro juicio, el rasgo espiritual más destacado y destacable de la época, fuente de infinitas iniquidades y desgracias, los textos de historia tradicionales casi no nos hablan. De la época colonial normalmente lo que esos libros nos ponen ante la vista es la historia política y social, un desfile de corregidores y gobernadores, de obras e iniciativas de unos y otros, lo que hizo o dijo tal o cual señor importante, qué edificios se construyeron, qué leyes llegaron de España y cuáles se cumplieron o ignoraron, qué política criolla imperaba, qué se producía y cómo se producía, de qué manera se organizaba la administración colonial y toda una serie de eventos institucionales como esos, pero muy poco nos informan de cómo vivían en ese tiempo los habitantes comunes y corrientes, no los corregidores ni los gobernadores ni los propietarios y encomenderos. Hago excepción de la *Historia de la vida privada en Chile* de Rafael Sagredo y algunos pocos aportes de ese tipo. Y si de eso hoy apenas hay conocimiento e interés, menos aun lo había ni era materia de conocimiento, de percatación y de importancia para el habitante común de esa época. A veces, solo a veces, esa vida era objeto de contemplación y crítica de parte de una élite minúscula que había leído algo, quizás viajado a Europa y enterado de que existía el mundo y la Revolución francesa, pero eran una ínfima minoría aún dentro del marco estrecho de la clase alta, la cual posiblemente siempre fue casi tan bruta como el resto de la población, aunque mejor vestida y comida. El día a día del 99,99% del pueblo no era una sucesión temporal de acontecimientos o decisiones en el gran escenario de la historia, como la vemos y sentimos en los textos convencionales, sino la presencia igual a sí misma de la estrechez más asfixiante, la brutalidad y a menudo la humillación.

Hablamos también de asfixia porque fue una época que aplastaba espiritualmente a todo el mundo —también a los ricos— con un credo religioso omnímodo y omnipresente. Era un aplastamiento tan absoluto que ni siquiera podía percibirse como tal porque no dejaba espacio para referentes distintos. Este credo teóricamente brindaba al pueblo llano —y a las mujeres de toda condición— algo de esperanza, la promesa de una vida mejor en el Más Allá, a la diestra de Dios Padre Todopoderoso y fuera del alcance de las garras del latifundista, del esposo tiránico, del mayordomo, el capataz y los funcionarios, a veces del hambre y siempre de la miseria, pero tal vez no fuera suficiente analgésico. De ahí, en los hombres de clase baja, ese resentimiento oscuro e inconsciente que se evacuaba en la crueldad de los juegos, el gusto e inclinación por la violencia, la rapidez con que salía a relucir el cuchillo, el embrutecimiento buscado con el alcohol; de ahí, en las mujeres de todas las clases, por igual oprimidas por sus esposos o sus “hombres”, la propensión a los consuelos de la religión, a vestir santos, a esperar la Vida Eterna, pero también a compensar la subordinación con intrigas de salón, el “pelambre”, la maledicencia y las pequeñas venganzas domésticas.

Son estos los contenidos psicológicos que no pueden quedar y no quedan documentados directamente —a lo más se traslucen vagamente en viejos cuentos, en leyendas, en algunas

biografías— y, sin embargo, son esenciales para entender el tono anímico de una sociedad. ¿En verdad, se pregunta uno, se consolaban los labriegos, los mozos de cuadra, los peones, los sirvientes, las mujeres, los pescadores y todos los de abajo y también los de arriba pensando en una vida mejor después de la muerte? Posiblemente se consolaban solo cuando, por un lapso, de rodillas frente a la Virgen, rezaban y pedían y solicitaban auxilio, pero luego regresaban a lo de siempre porque no se puede estar orando todo el día. Y entonces se recurría al alcohol. Para disipar la desesperanza de todos los días dicho labriego, sirviente, zapatero, palafrenero o el vendedor callejero, todos por igual pisoteados, humillados y dominados por una casta de latifundistas tan rudos como ignorantes, tan supersticiosos como explotadores y tan ajenos a las lecturas y los refinamientos de la mente como lo son hasta el día de hoy sus lejanísimos descendientes, el vino o el aguardiente no dejaba de ofrecer temporales consuelos. Desde un comienzo, Chile sería una sociedad empapada en religiosidad y alcohol, pero ambos solo son y siempre han sido un alivio transitorio; tarde o temprano termina la misa y se acaba la botella. Y el dolor es perpetuo. Es el nacido de la opresión, la pobreza y la falta de horizontes.

De todo eso no tenemos evidencia, solo sospechas y quizás hasta convicciones sin otra base que una adivinanza. ¿Es acaso muy disparatado pensar que ese era el clima que se respiraba en los años de la Colonia, cuando cada día era igual al siguiente, mezcla de rutina y pobreza para los pobres, y de rutina y algunas mínimas comodidades para los de arriba, pero para ambas clases sin mucho de interés e incentivo entre el nacer y el morir? De seguro había excepciones. Casi de seguro lo fue don José Miguel Infante, de quien hablaremos más adelante. Algunos hijos de la clase propietaria manifestaron desdén por esa atmósfera opresiva y se sumergieron en la cultura francesa de fin de siglo, en el "iluminismo" creado por los enciclopedistas, en el consumo de teorías liberales apenas aplicables en algún país europeo e imposibles en Chile, pero que eventualmente y, por un momento, como lo demuestra el movimiento independentista, entraron en precaria sintonía con la aspiración de una fracción de la élite deseosa de desprenderse del dominio español, aunque no por elevadas razones filosóficas o un amor insaciable por la libertad, sino por el simple afán de comerciar libremente, en mejores y más lucrativos términos con el mundo, de librarse del monopolio español, de entrar en relaciones de negocios abiertas y masivas especialmente con el Reino Unido y deshacerse de la casta dentro de esa casta que eran los prepotentes y desdeñosos funcionarios de la Corona, desde el gobernador hacia abajo.

Esa oportunidad se presentó con la invasión de España por Napoleón y la suspensión del mandato de la monarquía española. La Junta del 18 de septiembre de 1810 declaró, entonces, que en vistas de la situación se pondría ella a cargo del gobierno porque el rey estaba imposibilitado de hacerlo. Luego sucedería lo que todos ya sabemos y que usted encuentra en cualquier libro de historia de Chile. Se desarrollaría lo que llamamos la "guerra de la independencia", en la práctica la liberación no del pueblo "chileno", que aún no existía, sino de los comerciantes que deseaban prosperar.

### Casimiro Marcó del Pont para siempre bajando del carruaje

Este es el momento en que entra en escena Casimiro Marcó del Pont. Lo hace en medio de las peripecias de una independencia declarada y por muchos deseada solo a medias, casi a

regañadientes, pero luego combatida a sangre y fuego. Desembarca entonces en medio de un ambiente cargado de odios que harían su mala fama. Y es con él con quien damos inicio a la parte biográfica del libro porque cumple con el requisito necesario, el de ser un tipo sumido en una relativa invisibilidad y minusvalía. Casimiro aparece más bien brevemente en la historia de Chile —historia, dicho sea de paso, no mucho menos breve que la de él— y lo hace solo en calidad de caricatura, para lo bueno y lo malo, y en todo caso como de muy menor importancia.

Aun así, Casimiro Marcó del Pont resulta interesante como figura histórica porque encarnó todas las contradicciones vitales propias de la aristocracia europea a la que le tocó vivir los tiempos de la Revolución francesa, los balbuceantes inicios de la Revolución industrial, los de Napoleón, muy pronto los de los movimientos liberales y, más tarde, para inmitigado sufrimiento de los pueblos, de los furores nacionalistas. Los altos dignatarios nacidos y criados a mediados o finales del siglo XVIII, perfumados seres tocados con peluca y repletos de títulos nobiliarios, eran ya, a principios del siglo XIX, fósiles vivientes y, sin embargo y al mismo tiempo, serían los principales cultores, lectores, promovedores, audiencias y mercados del pensamiento de la Ilustración, del reformismo iluminista.

En el caso de don Casimiro, a quien le tocó consumar su destino precisamente en esa época de doble faz, se agregó la condición de ser engranaje del muy maltrecho y moribundo Imperio español. Fue su destino, entonces, encarnar un tipo humano llegado a la escena a tiempo y destiempo simultáneamente, una figura del pasado, aunque también del presente y, aun más, ilustración ambulante del enorme abismo que existía entre los refinados frutos de la civilización europea y los de la barbarie de la América de entonces.

Hay más; Casimiro Marcó del Pont también resulta digno de atención porque es muy representativo de la clase de políticos y autoridades menores que la historia a menudo arroja al ruedo donde y cuando se ventilan asuntos mayores, gente que, no siendo de muchos quilates o careciendo del estómago necesario para la brutalidad que entraña reprimir o promover una revolución, o demasiado escrupulosos y considerados o mediocres, para desgracia de ellos y de todos, se ven de súbito en medio de momentos álgidos que requerirían la determinación salvaje de un Napoleón, la criminalidad de un Stalin o la bondad y amplitud de miras de un Lincoln. Son quienes aparecen registrados en los textos y los anales como los autores o cómplices de un desastre monumental —el general Grouchy en Waterloo— porque en su normalidad y hasta en su decencia no estuvieron a la altura, mientras los más afortunados de entre ellos son solo padres y madres de olvidables naderías, responsables de actos que no hicieron diferencia y no marcaron ni para bien ni para mal los acontecimientos de su época; en fin, son ejemplos de lo que significa ser persona del montón o amarrada a sus posibilidades, o desafortunada, o asociada a una misión imposible o nada de prestigiosa o a una derrota.

Hay algunos casos, sin embargo, en realidad bastantes casos, en los que la mediocridad se ve realzada y sacralizada, no oscurecida y olvidada, porque las circunstancias los favorecieron más allá de toda medida, ya sea por suerte o por la necesidad de otros de convertirlos en iconos por razones de fuerza mayor. Consideramos al mariscal Montgomery, emblema de la Segunda Guerra Mundial, uno de esos casos. Militar de medianos talentos, más cauto que imaginativo y

solo excepcional en el tamaño desmesurado de su ego, se le encumbró a las alturas del mito porque era lo que necesitaba el Reino Unido en los años de derrotas con las fuerzas del Eje.

El papel que a Casimiro Marcó del Pont le tocó en el curso de nuestra historia patria, el motivo de su breve aparición en ella, no se basa ni siquiera en actos decisivos que resultaran de su voluntad ni de ambiciones personales ni de metas grandiosamente imposibles, sino del simple hecho burocrático de haber sido enviado a Chile luego de que la llamada "Primera Junta de Gobierno" se deshiciera, los patriotas fueran derrotados en la batalla de Rancagua y debieran huir a Mendoza. Su gestión no sería sino la de un empleado de gobierno enviado a apagar un incendio, lo que hizo durante la llamada "Reconquista". Finalmente, le tocaría cumplir la triste tarea de quien apaga la luz. Fue, don Casimiro, el refinado cortesano que en representación de la Corona estuvo a cargo de perderlo todo ante una horda de patipelados. De ahí que la sola imagen de Casimiro Marcó del Pont, preservada por quienes en tiempos remotos estudiaban historia de Chile, es la de una leyenda urbana según la cual en una oportunidad, bajándose de su carruaje, el mismísimo Manuel Rodríguez, buscado por las autoridades debido a su carácter de revolucionario y con cabeza puesta a precio, burlonamente le abrió la portezuela del vehículo. Es una imagen de farsa que de vez en cuando reaparece en los suplementos de diarios para niños que tratan ese episodio de nuestra historia. Casimiro Marcó del Pont no es, en nuestro imaginario histórico colectivo, nada más que ese sujeto emperifollado descendiendo de su carruaje mientras Rodríguez, zalamero, le abre la portezuela.

Y, sin embargo, don Casimiro Marcó del Pont Ángel Díaz y Méndez, su nombre completo, no era solo el personaje ridículo que pintaron los panfleteros de su época, posibles autores del episodio del carruaje atendido por Rodríguez. No es justo reducirlo a eso, pero ya se sabe: nada borra y desvanece más eficazmente cualquier mérito y prestancia como la derrota o el odio y desdén de nuestros enemigos. Don Casimiro no era un cualquiera. Era, ha de saberse, caballero de la Orden de Santiago, de la Real y Militar de San Hermenegildo, de la Flor de Lis, maestrante de la Real de Ronda, benemérito de la patria en grado heroico y eminente, mariscal de campo de los reales ejércitos, superior gobernador y capitán general, presidente de la Real Audiencia, superintendente, subdelegado del general de la Real Hacienda y del de correos, postas y estafetas y vice-patrono real de este reino de Chile.

Esa hilera de títulos y honores nos dice, por mucho que algunos sobren y sean inútiles adornos, que Marcó del Pont no carecía de alcurnia y de gracias. Eran, en su tiempo, reconocimientos, quizás hiperbólicos pero no gratuitos, de méritos genuinos. Es solo ahora que no nos dicen nada. Poco significan los títulos y hasta las virtudes cuando toca hacer el papel del derrotado. En los anales de la historia, Casimiro Marcó del Pont destaca, si destaca, no por ser caballero de la orden de Santiago sino como el fracasado y último gobernador de Chile. Es una cabeza sobre la cual cae el agravio de la derrota que borró de un plumazo o, más bien, de un sablazo su condición de "mariscal de campo de los reales ejércitos". La justicia entendida como la debida contabilidad de méritos y deméritos sencillamente no es de este mundo. Cualquiera sea la distinción que se posea, incluyendo la membresía a la Orden Real y Militar de San Hermenegildo, basta un episodio nefasto para quedar marcado con negras tintas por todos los tiempos venideros o, aun peor, borrado para siempre de ellos. Decía un personaje de Anatole France —el señor Bergeret— que, debido a la derrota francesa en la guerra franco-prusiana, los

logros de sus académicos ya no parecían valer tanto a juicio de la comunidad académica europea. “De un sablazo”, decía, “pueden depender las glorias literarias”. Don Casimiro es un ejemplo de eso, pues ya no aparece como el primero en nada, sino como el último en todo: última autoridad de la Corona española, último funcionario real y último de los vencidos debiendo rendir su espada. En lo esencial su papel histórico quedó reducido a ser quien bajó la cortina en lo que había sido por siglos la “Capitanía General de Chile”. Pese a sus títulos, pese al fulgor de su elegante presencia, en Chile no se le recuerda, si acaso se le recuerda, nada más que como el último de una lista y el eterno burlado de Manuel Rodríguez.

Otro beneficio de recordar a Casimiro Marcó del Pont es el de ser un ejemplo muy a la mano —de entre tantos millones de ejemplos— de cómo nadie tiene clavada la rueda de la fortuna. Esta en sus comienzos le había sonreído. En su patria fueron esplendorosos y nada en ellos presagiaba el final, pero ¿cuándo lo presagian? La vida de casi nadie termina muy bien, posiblemente aun menos la de las grandes figuras. Siquiera en estos últimos hay la tragedia o drama en gran escala de la comparación entre sus “obras majestuosas” y el triste final; en los mediocres, en cambio, solo hay, y solo a veces, cierta conmovedora gracia —que se recuerda una y otra vez en el velorio— basada en una frase rescatable, en un acto de generosidad o en su digna humildad y modestia, virtudes no escasas pero únicas de las medianías. A veces el final es melodramático por el tamaño del desastre del que fue responsable en ridícula comparación con su pequeñez como persona. “Varo, Varo, devuélveme mis legiones”, gritaba el emperador Augusto cuando el general Varo le perdió tres de ellas, por huevón, en el bosque de Teutoburgo a manos de los bárbaros germanos a las órdenes de Arminio. Por eso y nada más se recuerda a Varo. En cuanto a nosotros, los comunes que morimos sin perder nada salvo la vida, no hay sino pesar o con suerte cierta agridulce nostalgia. En el mejor de los casos nos vamos al retiro con una buena pensión. Quienes han sido conocidos reciben de vez cuando un homenaje, pero ya están muertos y no se enteran. A los vivos puede que los lleven una tarde, por cinco minutos, al equivalente local de *Sábados Gigantes*. Casimiro no tuvo ni una cosa ni la otra, ni fama ni jubilación ni cinco minutos con Don Francisco.

Podría sentirse que Casimiro merecía un mejor final o al menos algo más en sintonía con sus comienzos, con la época feliz de su vida, cuando lucía todas las ventajas de su rango, nacimiento, fortuna y posición. A Clío, la diosa de la historia, le gusta hacer bromas pesadas; primero y en la trama que le destinó, hizo que el joven Casimiro hiciera brillante carrera militar en el Regimiento de Infantería de Zaragoza, al punto de que antes de cumplir los cuarenta y cinco años alcanzó el grado de mariscal de campo y distinguiéndose no en cualquier guerra, sino en la Guerra de Independencia de España contra las tropas francesas. ¡Qué más relumbre se puede pedir que luchar contra los veteranos de Napoleón en el marco de la tumultuosa historia de Europa de 1808! Hecho eso, la diosa lo llevó a terminar su carrera militar en tierras salvajes luchando contra soldados calzados con ojotas.

Así es de retorcida Clío, quien gusta de engañar perversamente a sus víctimas. Para llevar a nuestro personaje a su ruina posiblemente le hizo creer que su destinación a la recuperada Capitanía era otro escalón de ascenso en su carrera. Después de todo, no era poca cosa un nombramiento como gobernador con la misión de vencer, reconquistar y consolidar territorio real. Ante tal relumbrón, ¿habría podido imaginar Casimiro, habría podido sospechar o intuir en

sus momentos lúcidos o en sus pesadillas o en sueños premonitorios que en realidad iba a dar su último paso, uno hacia el desastre? ¿Estaba enterado de que la causa española se encontraba ya totalmente perdida? ¿Sabía que ganar una batalla o dos, si acaso las ganaba, no podía cambiar el proceso espiritual, material, político y geopolítico que destinaba a América a convertirse en una serie de repúblicas y republiquetas? No tengo corazón para reprocharle que no fuera Nostradamus o un *remote viewer*. O tal vez lo supo. Era hombre culto, leído. No podemos saber, esto sí es secreto, qué pensaba cuando recibió la destinación de manos del rey. Quizás sí previó o presintió que reconquistar América de manos de los independentistas no era posible. Dicha tarea no la hubieran logrado terminar bien ni los mejores mariscales de campo de la época. Rato hacía ya que parte muy pequeña pero muy activa de las élites de América leían a los filósofos franceses y en especial querían hacer prosperar sus negocios sin las amarras del monopolio español. Nadie, ni Napoleón y su guardia, habría podido reconquistar el subcontinente de modo indefinido. O bien pudo ser que Casimiro Marcó del Pont fuera, como tantos aristócratas de su época y como lo habían sido tantos nobles franceses cuyas cabezas terminaron en un canasto, un ensoberbecido y vanidoso sangre azul incapaz de imaginar que una manga de rotos pudiera salirse con la suya.

Pero sea el que haya sido el proceso mental interno de don Casimiro, el grado en que tal vez supo o sospechó lo estéril de su misión, la agudeza de sus percepciones y lo bueno de sus intenciones, la complejidad de su persona y las dudas o temores que lo carcomían, la historia, siempre escrita por los vencedores, se afanó por dejarlo simplemente como un tipo al mismo tiempo cruel, malo, ridículo y hasta afeminado. La razón de esto último la explicó Joaquín Edwards Bello del siguiente modo:

> A Marcó del Pont, que era un hombre fino, de los mejor educados y de excelente tronco, algo raro entonces, le dieron fama de afeminado simplemente por su limpieza, su elegancia y el pecado de haber traído ciertos adelantos a una ciudad cuyo estado entonces era indescriptible a causa de su atraso y suciedad. En Santiago no había vidrios, ni letrinas ni más alumbrado que el de las velas de sebo sostenidas en pelotas de barro que sacaban a mano de las acequias. El entretenimiento de los niños era la pedrea. Lo que ahora llamamos W.C. era el zambullo, un canco hediondo que sacaban de las casas y cantinas una vez al mes. En otras partes ponían el excusado encima de la acequia en el tercer patio. En la Plaza ocupaban todo un costado los vendedores de ojotas. Las ojotas viejas quedaban en el suelo y servían los domingos para la llamada guerra de ojotas. Con este calzado combatieron los ejércitos patriotas. A esta ciudad trajo el señor Marcó del Pont escupidera, peines, cepillos, jabones finos y algún carruaje con vidrios, todo lo cual pareció insólito. Le compararon con la Pompadour y le dieron fama de afeminado. Poco cuesta desfigurar a las personas.

Nada más cierto. Y nada más común. Se dice que los bolcheviques que en 1917 se tomaron el Palacio de Invierno en Petrogrado se burlaron de los zares y los aristócratas porque descubrieron en el baño bidets, artefactos tal vez no muy gloriosos, pero útiles para limpiarse bien el poto. Una delicadeza como esa era suficiente, como siempre lo ha sido, para tildar a alguien de pituco y ridículo. Hay entre la gente rústica un concepto de virilidad que confunde la condición masculina con la mugre y la brutalidad. Sin embargo, de haber Casimiro Marcó del Pont ganado la guerra contra los revolucionarios, entonces se le hubiera calificado de hombre de muy buen gusto por su impecable limpieza. Dicho sea de paso, la suciedad y atraso colonial que describe Joaquín es apenas una sombra de lo que realmente era. Bien pueden ustedes sospechar que hasta las damas de alcurnia llevaban bajo sus amplios vestidos traídos de Francia la ropa interior completamente sucia y que la fragancia de sus cuerpos podía voltear patas para arriba a un caballo. El baño corporal era ejercicio que se cumplía dos veces en la vida: al ser uno bautizado y echado en la

pileta de la iglesia y tal vez el día antes de casarse. Importa poco; los mitos que degradan la reputación siguen vigentes aun siglos después de haber sido inventados. ¡*Vae Victis*!

Tampoco se le hubiera acusado, de ganar, con tanto rencor de todo lo que se le acusó. Estando el país en guerra, Casimiro Marcó del Pont impuso toques de queda, cobró fuertes contribuciones, formó tribunales de vindicación, fue responsable —se le acusa— de la matanza de patriotas presos en la cárcel de Santiago, desterró a la isla de Juan Fernández a ciudadanos comprometidos con la Patria Nueva, celebró el llamado Secuestro de Bienes, prohibió salir de la ciudad sin licencia, prohibió tener armas, prohibió mantener contacto con los patriotas emigrados a Mendoza bajo pena de muerte, organizó tribunales de Vigilancia y Seguridad Pública y dio libertad a los Talaveras, fuerza de choque de la reconquista, para saquear las casas y golpear personas sin mayor razón. En ninguna de esas medidas Casimiro Marcó del Pont fue muy original. En casos similares de guerra interna se habían ya celebrado antes y se celebrarían después y mucho peores.

Su gobierno se extendió hasta el 12 de febrero de 1817. Tras la derrota de las fuerzas realistas que —comandadas por el general Rafael Maroto— combatieron en Chacabuco, Casimiro partió rumbo a Valparaíso con el ánimo de embarcarse hacia España, pero en el camino fue capturado. Luego de una entrevista formal con San Martín y de algún tiempo en prisión fue remitido a Mendoza y confinado en San Luis. Allí se encontraba cuando se produjo un intento de fuga de varios de los detenidos (1819). Marcó del Pont no estaba entre los revoltosos, pero igualmente se le procesó, aunque luego se demostraría su inocencia. De todos modos, fue trasladado a la localidad de Luján, cercana a Buenos Aires. Había nacido en España en 1770 en cuna de oro y vino a morir en 1819 en un pueblo de mierda y en calidad de prisionero, lejos de sus finezas, de su peluca, de sus bacinicas de porcelana, de sus perfumes, de su limpieza, de sus buenos modales, de la Corte, de sus amigos, de Europa, de Madrid, de las elegancias; vino a morir en medio del barro, el calor, los pisos de tierra, las pulgas, los carceleros con ojotas, comidas groseras, el canco para hacer caca, las cucarachas, los insultos, las burlas y el olvido.

Murió en Luján y debe estar allí todavía. Habría que ser un malvado para no tener piedad. No fue buena cosa morir prisionero, desterrado, lejos de su familia, su círculo, su buen nombre, morir en medio de la barbarie de una América aun más primitiva de lo que sigue siendo hoy. No estamos aquí para reivindicaciones, pero Casimiro hizo más que previos gobernadores españoles a quienes no les tocó bailar con la fea. Entre sus obras urbanísticas se cuentan la mejora del paseo de Tajamar o la Alameda, la reparación del teatro y coliseo, la construcción del canal de Maipú y, sin duda, en otras circunstancias su obra habría sido aplaudida. Combatir la revolución exigía un talento, energía y experiencia de los que carecía. O una brutalidad ajena a su naturaleza. Quizás de haber sido tan cruel como se lo pinta se habría salido con la suya, pero un caballero fino como él tenía ciertos límites y escrúpulos. Con guante blanco ni se hacen revoluciones ni se las sofoca.

> Lo imagino ahora. Esto no es historia “casi secreta” sino pura fantasía. Lo imagino en una tarde cualquiera en su prisión en Luján. Hace calor y revolotean millones de moscas. El piso es de tierra. El canco con su mierda y su pichí está lleno y nadie viene a retirarlo. Quizás mañana. No sucede nada. La tarde será igual a muchas pasadas y todas las que vengan. No se ha bañado desde hace un mes, cuando le han permitido por cinco minutos meterse en un arroyo, pero vigilado de cerca por un tipo burlón armado con un mosquete. Los

recuerdos de su familia, de sus amigos, de la Corte se hacen cada vez más borrosos. Le duele una muela y se siente sucio. No tiene con qué limpiarse el culo. Se siente humillado desde la mañana a la noche, cuando espera dormir para olvidar, para soñarse quizás en su casa de Vigo, donde nació. Una vez más repasa el porqué perdió esa batalla contra ese ejército de peones, de siervos, de indios, de picantes. Y no se siente bien. Se pregunta dónde, si muere, van a sepultarlo. Nadie, está seguro, sabrá dónde reposará su cuerpo. Nadie se va a acordar de él. O quizás, en un sueño premonitorio que no entiende bien, ve a un tipo en un momento del futuro escribiendo estas líneas.

## José Miguel Infante, el cerebro tras la Junta

Quién era este caballero, don José Miguel Infante, con cuyo nombre se bautizó una importante avenida de Santiago, de seguro el 99,99% de los chilenos no tiene idea. Tampoco se lo andan preguntando. Los nombres de la vialidad urbana pierden todo contenido y recuerdo de su origen porque para llegar y transitar por ellas no se necesita saberlo. Nadie se dice: "Voy al número 883 de una calle cuyo nombre hace alusión al primer pabellón patrio" o, en este caso, "Voy a la segunda cuadra de una calle que recuerda al impulsor de la Junta de Gobierno de 1810".

Eso es lo que, entre otras cosas, fue don José Miguel. En efecto, sería quien, como destacado y respetado miembro del cabildo de Santiago, por su inteligencia y cultura, impulsó la idea de constituir una Junta de Gobierno que permitiera estructurar el nuevo escenario político luego de las forzadas vacaciones de Fernando VII del trono español. Él hizo posible, entonces, un "cabildo abierto" en esa jornada celebrada el 18 de septiembre de 1810. Sin duda no era el único que andaba en esos pasos, pero su influencia era mucha y ayudó a vencer la resistencia de quienes vieron en ese cabildo el principio de cosas mayores, lo que efectivamente sucedió.

Don José nació en 1778, hijo de Agustín Infante Prado y de Rosa Rojas. Estudió Derecho y se recibió de abogado en 1806, pero lo que alimentó más poderosamente su espíritu fue su afán por la lectura de autores clásicos y filosofía política, aprendizaje facilitado por su tío materno, José Antonio de Rojas, quien lo estimuló permitiéndole hacer uso de su biblioteca. De ese modo pudo leer las obras de los autores de la Ilustración francesa e inglesa, libros prohibidos por la Iglesia católica, como los de Voltaire y los enciclopedistas. En otras palabras, José Miguel Infante se formó como un intelectual y puesto que lo hizo bebiendo de dichos autores, se convirtió, como casi todos, en un liberal, en un antimonarquista, en un independentista, un hombre de ideas avanzadas o lo que hoy llamaríamos un "progresista".

En varios sentidos Infante *no* ilustró lo que suele ser la suerte, destino y peripecias de un intelectual metido en política. Aunque hay relativas excepciones en parte determinadas según a qué o a quién se califique de intelectual —¿lo era Lenin?—, por lo general el intelectual enzarzado en la política de su tiempo suele hacerlo desde el territorio del verbo, la proclama, la doctrina, el manifiesto y, a veces, menos veces de lo que quisieran y les gustaría, desde detrás del trono, en calidad de la "eminencia gris" del régimen. Y por lo general, además, no les dan mucha bola.

Dicho sea de paso, el papel de "eminencia gris" es atribuido por la posteridad, nunca por los contemporáneos. ¿Quién en este mundo está tan predispuesto a considerar eminencia a nadie? Del que se sabe tiene acceso al jefe y se sospecha que lo aconseja se dice que "tiene su oreja", descripción mucho menos halagüeña que asumir alguna clase de superioridad intelectual. Un

bufón, una amante, un patudo, un intrigante y hasta la esposa pueden tener acceso a la oreja del jefe sin que con eso se implique que son unas lumbreras. Y, en cualquier caso, difícil es aquilatar hasta dónde una eminencia gris, aun si existe, es capaz de influir en el curso de los acontecimientos. La evidencia histórica tiende a ser desalentadora. Nada menos que el filósofo Platón hizo el ridículo tratando de influir en algo en Dionisio II, tirano de Siracusa. Platón tuvo que salir a escape para salvar el pellejo. Voltaire fue mimado pero nunca escuchado en serio ni por Catalina la Grande ni por Federico el Grande. Difícilmente los hermanos Castro le dieron mucha bola política a Gabriel García Márquez. Y es de dudarse que Aristóteles haya influido en mucho en el curso de la carrera de su alumno Alejandro el Grande. Los mandamases suelen poner más atención e interés en lo que les diga un Rasputín, un astrólogo, un adulador o el o la amante de turno que lo que les susurre un versificador. Los políticos gustan rodearse de "intelectuales" solo para darse una pátina de sofisticación, no para tomar lecciones. Es más, posiblemente los miren con un poco de desdén porque se les hace patente que dichos genios o talentos de las letras, la ciencia o las bellas artes están muy ansiosos por acercarse al poder y aparecer como importantes en la conducción de la política; la vanidad y la ambición de esos personajes, la arrogancia y creencia de que su sabiduría viene a salvar al mundo, se hace demasiado ostensible. Y por ende y a menudo, los incumbentes del poder los tratan como a criados o como a favoritos por el tiempo que demoren en cansarse de ellos.

En ocasiones, sin embargo, un intelectual o varios logran tener influencia depositando en la mente de quienes tienen poder para tomar decisiones las semillas conceptuales o siquiera emocionales que promueven determinado camino. Es el caso de los "enciclopedistas" en la Francia del siglo XVIII. Fue un proceso largo, acumulativo y relevante. Difícil entender la Revolución francesa sin esa previa y prolongada siembra de ideas. En otras oportunidades la influencia en el desarrollo de eventos incluso a largo plazo no se basa en decisiones tomadas luego de un largo proceso previo de agricultura mental, sino de la idea, la consigna, la convocatoria o la proclama del momento. ¿Hasta qué punto, a su vez, esos momentos dependen de desarrollos previos de los cuales estas instancias son solo fulminantes?

Infante fue un intelectual que, como dijimos, *no* hizo ese lamentable papelón de sofisticado bufón de corte. Dentro de los límites de la situación en la que le tocó vivir, en un medio primitivo como era el de la Colonia, cumplió el papel de preparación mental del cambio político que sobrevendría, lo cual hizo mientras era procurador en el cabildo. Allí, incansablemente propagó la idea de que la salida de Fernando VII del trono hacía imperativo llamar a un cabildo abierto para determinar qué hacer. Su prédica convenció nada menos que al gobernador real de ese momento, Mateo de Toro y Zambrano, quien en efecto convocó el "cabildo abierto". Hecho eso, abierta esa puerta, sin duda Infante fue vital para que en las discusiones que se produjeron en dicha flamante institución se decidiera formar una Junta de Gobierno para, en teoría, gestionar la capitanía mientras Fernando, el monarca, estuviera en manos de los franceses. Luego, creada ya la coyuntura, en la primera sesión de la Junta, don José pidió que se convocara un congreso que declarara la independencia de Chile, convocatoria que fue resistida, pero que terminó siendo aprobada. El congreso se reunió el 4 de julio de 1811 y dicha declaración finalmente se hizo. La puerta, entonces, que condujo al país de capitanía a república fue abierta y hasta derribada en gran parte gracias a la insistencia de Infante. Y no se quedó en eso; entre 1813 y 1814 fue

miembro de la Junta de Gobierno y, aun más, cuando José Miguel Carrera, su primer presidente, tomó el mando de las tropas para enfrentar al ejército de Pareja, Infante quedó de gestor de dicha institución. Fue durante ese período que la Junta adoptó una bandera, fundó el Instituto de Ciencias y numerosos colegios.

Entonces, este personaje, al que pocos o nadie recuerda y que fue completamente opacado por figuras menores pero populares como Manuel Rodríguez, resultó ser no solo un fulano capaz de sugerir cursos de acción, sino que además fue partícipe, protagonista y un hombre de acción, aunque fuese en tono menor. Y así, en 1814 lo vemos como enviado a Buenos Aires a cumplir una misión diplomática, la cual, trunca debido al desastre de Rancagua, lo obligó a refugiarse en las provincias unidas del Río de la Plata. Después de la batalla de Chacabuco, ocurrida en 1817, regresó al país y fue nombrado ministro de Hacienda por Bernardo O'Higgins. Luego de la abdicación de este, Infante pasó a formar parte de la Junta que lo sucedió y después fue elegido senador por Santiago. Al interior del Senado alcanzó los cargos de vicepresidente y más tarde de presidente. Y en ausencia del presidente Freire asumió el cargo de director supremo interino entre noviembre de 1825 y marzo de 1826.

Donde Infante no dio pie con bola y encaró un gran fracaso fue en su porfía por promover el federalismo. La Constitución de 1823 le dio existencia a esa formación política, pero por muy poco tiempo. El federalismo atentaba contra el principio centralizador que se había buscado y aplicado desde el inicio. El presidente Francisco Antonio Pinto puso punto final a la experiencia, pero porfiado como él solo y ya fuera de la política activa, Infante siguió defendiendo el federalismo desde el diario *El Valdiviano Federal.* No siendo eso dañino y en reconocimiento a sus servicios a la nación, se le nombró ministro de la Corte Suprema y luego miembro de la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile, pero no aceptó ninguno de esos cargos. En 1843, a los sesenta y cinco años, contrajo matrimonio con Rosa Munita. Aquí tal vez su activismo le jugó una mala pasada. El esfuerzo fue mucho y al año siguiente falleció.

¡Qué importante fue este fulano! Y sin embargo no aparece ni en la segunda fila del elenco que todo el mundo asocia con la independencia, en el equipo de fulanos como Manuel Rodríguez, los hermanos Carrera, O'Higgins, etcétera. Tal vez sea la inevitable suerte que corren quienes hacen su aporte no en el vistoso plano de la acción, sea de la brillante victoria o siquiera de la heroica derrota, sino en el más reposado del pensamiento, las ideas, las advertencias —nunca populares, como tampoco los malos pronósticos— y las consejas de vieja. Bien podría argumentarse que la idea que define una situación, determina cuál es el mejor camino y da razones para emprenderlo es el factor principal, el motor de la historia, lo que hace que los actos de los hombres —y en eso consiste la historia— sean de tal clase y modo y no de otro, pero es un motor desprovisto de glamour, poco visible, menos agónico, menos humano; una estocada, una arenga en el campo de batalla, un "aquí está mi pecho" resuena con infinito más ruido que un documento doctrinario. En el pensamiento hay poco drama. Convincentes e inteligentes deben haber sido los argumentos con que Infante poco a poco persuadió a Mateo de Toro y Zambrano, pero no podemos verlos y ni siquiera imaginarlos; ¿cuándo los hizo, cómo ocurrió, en qué mesa se sentaron a conversar, en qué *soirée*, en qué fiesta, boda, bautizo o funeral? En cambio, a Rodríguez sí podemos verlo, aunque solo sea en esa mera escena del roto astuto y burlón abriéndole la portezuela del carruaje a Marcó del Pont y quizás también podamos imaginar su asesinato en Til Til, canción incluida. Y

a O’Higgins, amén de haber sido director supremo, podemos situarlo en medio de la terrible batalla que perdió en Rancagua y también abdicando con su “aquí está mi pecho” y quizás en sus años de exilio en Perú. ¿Y qué decir de los hermanos Carrera, aventureros, movedizos, románticos, audaces y terminando sus días en un paredón? Infante, en cambio, murió en cama.

> Trato, de todos modos, de imaginarlo y para hacerlo me ayudan un par de retratos. En uno de ellos, todavía bastante joven, aparece solo de la cintura para arriba, un busto coronado por una hermosa cabeza redonda —¿braquicéfalo?— de frente despejada. Su mirada es seria y usa un discreto bigote. En otro, ya más entrado en años, lo tenemos de cuerpo entero, de pie, en la típica postura en la que posaban para los retratistas los hombres de letras de acuerdo con las convenciones del arte pictórico de esos años; su mano izquierda sostiene unos papeles y al mismo tiempo se apoya en una mesa oportunamente cubierta de libros. La mano derecha, colgando, parece sostener un pañuelo. Un perro, su mascota, presumiblemente, lo mira desde una esquina. A Infante, no al perro, se le ve gordo y algo desproporcionado. Su cabeza y cara aparecen demasiado pequeñas. Está formalmente vestido, muy serio pero sin alardes, sin vanidad, quizás hasta sin ganas, como si solo a regañadientes se hubiera dejado convencer de convertirse en objeto de los afanes del artista. El artista es nada menos que Monvoisin, pero la de Infante no es una de sus mejores pinturas. Monvoisin, nacido en Francia, hizo importante carrera en su país al punto de haber recibido la legión de honor y, por tanto, cuando se vino a América, lo hizo revestido de gran prestigio y fama. Sin embargo, en este cuadro no se le nota la mano. En Chile retrató a tantos personajes de la clase alta que cuando le tocó Infante su oficio en ese rubro debe haber sido ya una cansada y mercenaria rutina. Dicho sea de paso, a Infante le noto algo de barriga. Se ve que no estaba en buen estado físico, que su “*prime*” había pasado y ya su carrera, lo que hizo y lo que no pudo hacer, habían quedado atrás. No hay en su mirada ningún entusiasmo, ninguna satisfacción, ninguna esperanza. Vaya a saber uno si es por eso que se casó tan tardíamente, lo cual no le hizo nada de bien. Duró apenas un año en esa condición antes de poner su alma a disposición del Altísimo. E imagino que sabía que lo suyo, su obra, sus argumentos en ese lejano septiembre de 1810, aunque habían sido fundamentales, ya se estaban olvidando. Lo imagino pensando de vez en cuando en eso y diciéndose: “Y qué”. Lo imagino sabedor de lo vano y fugaz que resulta a la postre aun el mayor éxito. Lo imagino habiendo soñado que un día iban a nombrar una calle en recuerdo suyo. Quizás también, como Marcó del Pont, tuvo ese raro sueño acerca de un tipo como yo escribiendo insuficientes líneas sobre él.

# ¿Realismo mágico?

Pese a José Miguel Infante y su visión y sus desvelos, entre 1810 y hasta décadas después Chile aún no existía como organismo psicológico, cultural y político, sino solo como expresión geográfica y, hasta cierto muy disputado punto, como ente jurídico y legal. Se desarrollaba ya un cierto sentimiento de identidad, pero aún balbuceante y sujeto a conflictos que iban a la raíz de la identidad de esa identidad, el saber qué era la que la constituía. Amén de las diferentes ideas acerca de si debíamos ser una república federal o no, un enjambre de intereses locales, regionales, de clan y de familias eran de un peso casi decisivo. Ni los mineros del norte se sentían chilenos —en el sentido como lo hacemos ahora— o cercanos a los latifundistas de la zona central o al menos compartiendo esa mutua pertenencia, ni estos daban carta de ciudadanía a aquellos ni ambos solían siquiera recordar el sur y su gente y mucho menos considerar como parte de la comunidad a los restos de la población indígena viviendo en la lejanía o a quienes vivían en sus propios fundos en una condición de labriegos cercanos a la servidumbre. No era el caso, como ocurre en la política convencional, de que hubiera distintos grupos de interés luchando por mejorar su posición *dentro* de un esquema constitucional, político y cultural ya existente, sino que lo que se libraba era un conflicto entre diferentes grupos de interés luchando por crear dicho esquema a *su* imagen y semejanza. La disputa no era acerca de cómo situarse mejor en Chile, sino de cómo crear Chile.

Dígase a la pasada —me lo hizo notar Valeria Maino— que Chile, ya en esos años, distaba de ser la caricatura del país pobre, de la capitanía de mala muerte que había sido y que se sigue creyendo que era, el país de rotos miserables como se nos veía desde Perú; de hecho, se crecía muy rápido, se exportaban muchos productos agrícolas y mineros, y surgía ya con fuerza una casta de ricos capaces de darse lujos y a veces hasta poner a disposición de la república su tiempo y dinero para embellecerla, refinarla, desarrollarla.

Esa riqueza fue la base de las luchas entre grupos, castas, clanes, regiones, familias e individuos por el modo en que se conformaría la nación. Muy sangrienta y confusa en el ir y venir de sus peripecias, fue durante la llamada “revolución conservadora” de 1829-1830 que el conflicto alcanzó un grado de paroxismo en el enfrentamiento entre un bando “pipiolo” y otro “pelucón”, estos últimos más conservadores que los primeros y asociados a la provincia, mientras que aquellos se localizaban especialmente en Santiago. Como en tantos eventos bélicos, sean guerras civiles o internacionales, la chispa que encendió esta fase del conflicto fue relativamente menor y hasta insignificante. En efecto, el pretexto o “causa” de la guerra civil que iba a librarse fue el hecho de que el Congreso eligiera a José Joaquín Vicuña como vicepresidente, quien solo figuraba en cuarto lugar en las elecciones presidenciales que le dieron el triunfo a Francisco Antonio Pinto. Eso, ni siquiera el tema de la presidencia sino de la mera vicepresidencia, de inmediato provocó un golpe de Estado. Fue ejecutado por un ejército

mercenario comandado por José Joaquín Prieto y Manuel Bulnes y reclutado entre inquilinos de fundos, más algunas tropas que Bulnes trajo de la frontera, donde combatían a los mapuches. El financiamiento lo aportaron Diego Portales y otros mercaderes. Al día siguiente el golpe se extendió a las provincias de Concepción y Maule, que también desconocieron la legalidad de la proclamación de presidente y vicepresidente realizada por el Congreso.

Saltémonos confusas etapas intermedias y vayamos a los hechos sangrientos. El primer combate se produjo en la chacra de Ochagavía, en los suburbios al sur de Santiago, enfrentamiento indeciso que terminó en el llamado "Pacto de Ochagavía", según el cual ambos ejércitos se pusieron a las órdenes de Ramón Freire, a quien se le invitó a hacerse cargo del poder político. Eso no extinguió la animosidad entre las partes. Al contrario, el movimiento opuesto al gobierno se extendió a Coquimbo y a Concepción y entonces prácticamente todo el país quedó en manos de los golpistas. Siguieron otras confusas y estériles maniobras políticas que no resolvieron nada. El intríngulis terminaría siendo resuelto en la batalla de Lircay, esta vez combatida de verdad, feroz, con gran número de muertos y heridos y matanzas atroces como la del coronel Tupper, quien luego de haberse rendido fue "hachado" a sablazos por orden de Prieto. Misma suerte sufrió el oficial de marina Roberto Bell. Tal era el resentimiento que se había acumulado entre regiones, entre clanes, entre etnias, entre ideas, entre ambiciones.

No terminaría todo ahí; entre 1830 y 1837 hubo siete motines militares y civiles, el último de los cuales le costó la vida a Portales. A partir de 1837 Chile entró en el período conocido como República Conservadora o República Autoritaria, pero no con eso el país se ahorraría nuevos conflictos. El más importante fue el de 1851, que enfrentó a diversos y variopintos sectores y sensibilidades opuestos a dicha república conservadora, de la cual su mayor expresión fue la Constitución de 1833 elaborada por Mariano Egaña, en que se establecía un gobierno presidencialista y monopartidista. Eso incubó la aparición de movimientos liberales formados por intelectuales como Santiago Arcos, Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria y Benjamín Vicuña Mackenna, quienes dieron vida a instituciones como la Sociedad Literaria de 1842 y la Sociedad de la Igualdad. No ayudó a calmar los ánimos de estos liberales la serie de revoluciones que se vivieron en Europa en 1848, las que les sugirieron la idea de que era posible deponer a un gobierno por la vía armada. A esa postura de origen liberal se sumaron los localismos. En estos atavismos tribales se basó el líder conservador José María de la Cruz Prieto, de Concepción, quien, al perder las elecciones a la presidencia de la república a manos de Montt, hizo acusaciones de fraude electoral y la desconoció. A él se sumaron varios grupos que, sintiéndose suficientemente fuertes, decidieron dar un golpe de Estado confiando la acción en Santiago al coronel Pedro Urriola Balbontín. Así fue como en el amanecer del 20 de abril de 1851 Urriola y sus compañeros se tomaron las principales calles de Santiago y asaltaron cuarteles para armar más hombres. No dio resultado; el gobierno reaccionó y en el combate final fue abatido Urriola y doscientos de sus compañeros. Pero eso no apagó el incendio. Declarado el estado de sitio y la ilegalidad de los partidos opositores, de inmediato se iniciaron protestas en Coquimbo, Aconcagua, Concepción y Maule.

¿Para qué más detalles? Los interesados encontrarán el completo relato de esta asonada revolucionaria o golpista de 1851 en cualquier texto de historia. Lo que nos interesa destacar aquí es lo dicho en el comienzo de este capítulo: no se trataba de luchas por apoderarse y

manejar el Estado de esta u otra manera, sino de cómo construir ese Estado a partir de intereses a menudo meramente de prestigio de clan basados en ciudades que se sentían menos parte de un país unitario que enconados adversarios de Santiago. Fueron guerras no muy distintas a las que vivieron en el mundo griego clásico, en los enfrentamientos entre las polis, cada una entidad política independiente incapaz de verse como parte de una agrupación mayor. Se han visto también situaciones similares en otras sociedades sumidas en la misma fase de desarrollo del Estado-nación. En breve, en Chile no solo se enfrentaron ideas políticas distintas, sino intereses locales y geográficos diferentes. No es anecdótico que tanto el norte, representado en esos años por Coquimbo o La Serena, como el sur, representado por Talca y Concepción, aparecieran siempre en postura antagónica a Santiago. No poco tuvo que ver eso con la ambición de élites locales por jugar un papel más importante y hasta decisivo, lo cual equivale a decir formador y constituyente.

Por esa razón, estas guerras civiles no deben mirarse superficialmente como síntomas o signos de alguna especial inclinación de las naciones hispánicas por liarse en enredos propios de montoneras y a menudo confundidos con el golpismo y los cuartelazos de épocas posteriores y que hasta encuentran una derivación en la literatura de la región, en la cual abundan los caciques, los líderes sable en mano, los milagros y los prodigios, como si América Latina fuera tierra encantada, distinta y en el fondo muy ridícula. Si hay una "leyenda negra" acerca de Latinoamérica es precisamente la de que este subcontinente ha sido siempre gobernado por hordas de caprichosos señores incapaces de las más mínimas nociones de ley, de orden, de institucionalidad y de disciplina. De ahí a asociar eso a rasgos de la cultura hispánica, al catolicismo, al peso de la Iglesia, a la raza o hasta a elementos cuasimágicos y absurdos como los de las novelas de García Márquez hay apenas un paso. Es una visión errónea.

Con otros ritmos y particularidades, los enfrentamientos entre regiones, ciudades e intereses han aparecido en toda nación cuyo Estado esté en proceso formativo; el Estado llega a constituirse precisamente cuando a través de y por esos enfrentamientos emerge un hegemón o coalición o acuerdo que acomoda y sirve a todas o la mayoría de las partes. No hubo entonces realismo mágico sino político. Las élites agrarias, mineras, comerciales y las respectivas ciudades donde estaban asentadas, sencillamente se disputaron el privilegio de construir Chile a su imagen y semejanza. En cuanto a los nombres importantes, conocidos, los que protagonizaron ese período y pueblan los textos de historia y hemos visto al paso, ya está todo o mucho dicho, pero ¿cómo lo vivieron, experimentaron y sufrieron las figuras menores?

## El "hacheado" Guillermo Tupper

Una de esas figuras menores es el señor a quien "hachearon" a sablazos luego de terminada la batalla de Lircay. Fue, dicho caballero, don Guillermo Tupper, de quien, en recuerdo suyo, se bautizó una de las avenidas que limitan por sus costados el parque O'Higgins en Santiago. Las otras avenidas que encierran el parque —Rondizzoni, Viel y Beaucheff— se originaron también en el nombre de militares de origen extranjero que participaron en el proceso de independencia chilena. Desde luego, hay otros militares honrados y quizás a veces recordados con el nombre de calles de variable importancia, como sucede con Lord Cochrane. La capital e infinidad de

ciudades y pueblos de provincia tienen buen número de sus avenidas bautizadas con nombre de notabilidades militares o que alguna vez fueron notables, pero hoy normalmente olvidados o apenas ubicados. Ya de lleno en el siglo XXI, es de dudarse que haya muchos santiaguinos, especialmente los jóvenes y aun los escolares que están estudiando —pero ¿estudiarán realmente historia de Chile o el curso se convirtió en alguna mazamorra conceptual pretenciosa y vacía llamada "ciencias sociales"?— que tengan la más remota idea acerca de quiénes eran estos señores.

Guillermo Tupper es representativo en muchos sentidos de los oficiales extranjeros que vinieron a Chile, de los no pocos europeos y estadounidenses de formación militar que luego de las guerras napoleónicas, del fin del proceso de independencia en lo que llegaría a ser Estados Unidos y de otros conflictos librados en lo que ahora llamamos el "Primer Mundo", se encontraron con que en sus latitudes ya no tenían nada que hacer salvo regresar a sus vidas civiles y a una paz que quizás ya había dejado de interesarles. Tal cosa ha sucedido en varias oportunidades en el curso de la historia universal luego de terminado un período de guerras e intensa lucha ideológica y política. No se entendería *La retirada de los diez mil* de Jenofonte sin la existencia, finalizadas las guerras médicas, de un numeroso contingente de soldados sin trabajo y ya no aptos para los tedios y rutinas de la vida civil, por consiguiente, dispuestos a engancharse a aventuras como la protagonizada y narrada por el historiador griego. No muy distinto es el caso de los militares europeos tras el largo lapso de años de guerra iniciados por la Revolución francesa, las guerras napoleónicas, período que culmina y termina en Waterloo. Mientras tanto, en las latitudes del sur del planeta, se abrían nuevos campos de aventura, de acción y, también, de seguro, de desafíos en los que volcar su valor, su experiencia militar y hasta, si los tenían, sus ideales políticos e ideológicos.

¿Quién era o había sido Tupper antes de desembarcar en Chile?

Tupper fue hijo de John Elishsa Tupper y Elisabeth Brock, estudió en París, residió en Barcelona, se dedicó al comercio y en 1821, tras matar a un tipo en un duelo de honor, se puso a resguardo de la justicia embarcándose para América. Llegó a Chile en 1822 y ofreció sus servicios como militar apenas tuvo la ocasión de hacerlo. Ya en calidad de capitán participó en la Expedición Libertadora del Perú, campaña en la que fue herido en la batalla de Mocopulli. Ascendió a sargento mayor y con ese grado tomó parte de la campaña de Chiloé de 1826 y también en la emprendida contra los hermanos Pincheira, una de las bandas de delincuentes rurales que asolaban la nación.

Era, Tupper, como todos los oficiales que vinieron a Chile, hombre de ideas liberales. Por esa razón se sumó al bando pipiolo —lo menos malo o reaccionario a la mano, debe haber pensado — y prestó servicios con el rango de teniente coronel bajo las órdenes del general Ramón Freire. Participó activamente en la tarea de sofocar la seguidilla de sublevaciones del bando conservador y oligárquico, como la sublevación militar de San Fernando, en julio de 1828. No era hombre, debido a lo que experimentó, que creyera en la clemencia. Ni, como se verá, la recibiría. De ahí que escribiera lo siguiente:

> En la Orden del Día del 22 de julio se publicó un indulto en favor del batallón Maipú, o Nº 6, y del regimiento de Dragones, incluyendo en él a don Pedro Urriola y a todos los paisanos y milicianos que acompañaron a la división sublevada desde San

> Fernando hasta la capital. De este modo han concluido todas las sublevaciones en Chile. Y por este motivo hay una cada año, ya sea puramente militar como esta o suscitada por medio de pobladas de facciosos, acompañados de los votos de la capital. En todo tiempo los Gobiernos, deseosos de paliar el mal y no cortarlo en su raíz con enérgico proceder y un debido castigo, han tratado de comprar la paz y la tranquilidad de estos malvados por medio de indultos y premios de todas clases. De consiguiente, el remedio empeora el mal. Las autoridades constituidas se hallan sin prestigio entre los ciudadanos y las leyes yacen en una nulidad absoluta.

Tupper era más que un aventurero militar de ideas liberales. En 1828 fundó junto a José Joaquín Mora la primera biblioteca popular en el país, denominada Sociedad de Lectura, con lo que hizo accesible una variada gama de nuevos libros, distintos a los disponibles en la Biblioteca Nacional, la que solo contaba con ejemplares de teología y derecho ordinariamente escritos en latín y a los cuales, por tanto, solo tenían acceso los miembros de la oligarquía.

Inevitablemente le tocaría participar en la guerra civil de 1829-1830, donde se consumaría su destino. Se batió en la batalla de Lircay, fue hecho prisionero y, como ya narramos, el general del bando adversario, José Joaquín Prieto, ordenó "hacharlo", esto es, ultimarlo a sablazos. Fuera de los odios que se habían enconado en todos esos años de revueltas y sublevaciones, había además una dosis extra de resquemor contra los oficiales extranjeros.

Tupper estaba casado con Isidora Zegers Montenegro, con quien tuvo tres hijos, pero dejó algo más que una descendencia. Sus *Diarios, memorias y relatos testimoniales* detallan las campañas en las que participó entre 1823 y 1828, y en ellas aparecen reflejadas las disidencias, revueltas, peripecias, intrigas y sublevaciones de una república en formación con un Estado débil acosado por todos lados. Poco se recuerda a Tupper. Su valor y su lucidez le valieron poco ante la raigambre social de personajes de mucha menos valía. Los Prieto, los Freire y otros se roban la película de esos años, aunque en verdad a ellos también se los ha tragado el olvido.

> Trato ahora de ponerme en los zapatos del infortunado Tupper viviendo sus últimos momentos. Primero debe haberlo abrumado un inmenso estupor porque de seguro jamás se esperó un final así; luego, tal vez lo invadió una enorme angustia e insondable tristeza sabiendo que ya no vería más a su mujer y sus hijos. De seguro también lo inundó el miedo y el horror porque lo iban a asesinar a sablazos, brutalmente, con esas heridas de arma blanca que rara vez matan en el acto. Sería un golpe tras otro cayendo —ya los siente, ya los ve—, cortando, mutilando su carne, ese cuerpo que mientras escucha la sentencia está aún intacto y repleto de vida. ¿Cómo es posible? Prieto lo ha condenado a esa muerte atroz a pesar de haberse rendido. Se sabía detestado, pero aun así no puede librarse de esa sensación que nos invade y supera cuando algo horrible que alguna vez habíamos concebido pero nunca creímos posible se hace realidad. ¡Va a morir no en el campo de batalla, no en medio del fragor del combate, sino que lo matarán a sangre fría! ¡Lo van a llevar a algún lugar distante del campamento, quizás junto a esos árboles o junto a ese arroyo y van a atravesarle el cuerpo y rebanarlo y destriparlo! Por momentos se hace la ilusión de estar en medio de una pesadilla y a punto de despertar. Luego se encomienda a Dios. Todo es claro, transparente como nunca, repleto de una certeza como jamás antes sintió. Va a morir. Lo llevan ya entre dos mocetones, de seguro inquilinos de alguna propiedad de Prieto. Apenas controla sus piernas y se tambalea. Se concentra en la resolución de no dar muestras de temor, de no pedir misericordia, de morir como un hombre y un soldado. Tal vez imágenes de su vida en Europa, ahora tan lejana, pasan por su mente como el vuelo apenas entrevisto de un pájaro que cruza velozmente el cielo o, al contrario, todo parece detenerse y su mente se llena con una imagen, una sola, inmóvil, colorida, eterna, repleta de vida, una que quizás no recordaba hacía años. Y por sobre todas las cosas habita esa sensación de colosal extrañeza que envuelve aun al miedo, aun al dolor que presiente va a sufrir, al absurdo de ir a morir así, en ese lugar, lejos de todo, en un campo extraño, en una tierra que no es la suya. Y luego el espacio se llena con el brillo del acero descendiendo sobre él, desde todas partes, en golpes veloces que quizás no siente. Que así haya sido, amén...

## Claudio Gay, yerbatero

Los hombres de ciencia rara vez o casi nunca son populares y por tanto jamás reciben de parte del público el debido reconocimiento. Sucede por una muy simple razón: su trabajo suele estar fuera de alcance de la experiencia diaria o de la comprensión de quien no es especialista. Casos aislados de reconocimiento universal, como el de Einstein, existen, pero si, como él, algunos personajes son reconocidos como "importantes" por todo el mundo no es por entenderse el calibre de su trabajo, sino porque los medios de comunicación los han asociado a algún hecho real o ilusorio capaz de producir gran impresión. En efecto, de no ser porque se le asocia con la fabricación misma de la bomba atómica, lo cual es falso, pocos sabrían de Einstein. Su teoría de la relatividad, que es la esencia de su trabajo, está totalmente fuera del alcance intelectual del lego y aun hasta de no pocos científicos. Algunos hombres —y también mujeres, me apresuro en agregar en conformidad con las normas vigentes— de ciencia son vagamente reconocidos; "me suena el nombre", dice el ciudadano de a pie, cuando sus obras tienen algún efecto sobre su vida, su bienestar, salud o seguridad. Hay también quienes son conocidos y hasta famosos porque se les asocia falsamente a algún gran descubrimiento, aunque en realidad estuvieran ligados no a la invención sino a la producción y difusión masiva de cierta tecnología. Muchos deben haber creído, en los años veinte, que Ford había inventado el automóvil y muchos creen hoy que Bill Gates y Steve Jobs inventaron las computadoras.

Cuando el hombre —o la mujer, no se nos vaya a olvidar— de ciencia se dedica a una especialidad que no tiene absolutamente ninguna relación con la vida diaria del ciudadano, cuando no se asocia a un artículo que este pueda comprar o ver, el conocimiento de su existencia y la de su obra se reducen a la mínima expresión, al círculo de entendidos y enterados que orbita alrededor del personaje. Y es así, aunque dicho personaje sea Claudio Gay.

Aunque sea Claudio Gay, decimos, aunque haya sido nuestro primer y fundamentalmente desconocido hombre de ciencia. Pero es comprensible. No es difícil de entender que en un período cuando diversos grupos de interés, sable en mano, se disputaban la configuración del país y se mataban para dirimir quién lo iba a gobernar y cómo, cuando se hacheaba a un Tupper o se enfrentaban ejércitos formados por inquilinos a pata pelada y las familias y clanes del norte, de Santiago y del sur no cesaban de intrigar para liquidarse unos a otros, nada de raro es que en medio de ese confuso tumulto las tranquilas peripecias de un francés acuclillándose para recoger plantas y ponerlas en una caja hayan pasado inadvertidas en su época, poco advertidas después y olvidadas ahora.

Gay, como otros personajes que cumplieron un papel importante, a veces destacado y en ocasiones decisivo, provino de Europa. Nació en La Provenza, Francia, en 1800. Interesado desde niño en las ciencias naturales, a eso se dedicó y en los años de su juventud recorrió los Alpes franceses, el norte de Italia, parte de Grecia, algunas islas mediterráneas y sectores del Asia Menor. En 1828 le ofrecieron viajar a Chile para trabajar como profesor, lo que aceptó. Dicho sea de paso, ¿por qué estos europeos aceptaban venirse? ¿Por qué aceptaron Lord Cochrane, Tupper, Gay y tantos otros? Posiblemente porque las flamantes naciones de América ofrecían un horizonte despejado para hacer carrera o para reiniciarla, para ganar fama o no perderla, para hacerse un nombre, cosa más ardua en Europa, continente ya viejo y repleto de

talentos, o quizás para huir de la justicia o para ir a hacer justicia, para darle nueva vida a los ideales liberales o para escapar de los efectos de haberlos intentado materializar en Europa, para saciar la sed de aventuras o para saciar la curiosidad y quizás también para hacer algo de peso allí donde es más factible hacerlo, en lo que es nuevo, balbuceante y en sus comienzos. Quién sabe cuáles de todas esas razones actuaron en la mente del joven Gay cuando decidió venirse a Chile.

En 1829 inició su labor dando clases de geografía en el Colegio de Santiago y, ganando reputación, ya al año siguiente suscribió un contrato con el Gobierno de Chile para efectuar un viaje científico de tres años y medio por el país haciendo un catastro de sus recursos naturales. Para eso, las autoridades le asignaron un sueldo y las facilidades necesarias. Y así, en sucesivos años, viajó por Atacama, Colchagua, el archipiélago Juan Fernández, Chiloé y la zona central recolectando materiales, muchos de los cuales entregó al Gabinete de Historia Natural, que se inauguró a fines de 1839. Ese mismo año, ante una propuesta del ministro de Instrucción Mariano Egaña, aceptó escribir una historia política de Chile. En busca de archivos y entrevistas recorrió parte del Perú y en 1841 concluyó sus investigaciones por las cuales obtuvo como premio la nacionalización por gracia.

Ya en Francia y a partir de 1844 comenzó a divulgar los resultados de sus trabajos publicando el primer tomo de su *Historia física y política de Chile*. Desde entonces y hasta 1871 aparecieron los ¡treinta volúmenes! de su obra, la más importante de cuantas realizó. Fueron ocho tomos destinados a la historia, ocho a la botánica, ocho a la zoología, dos sobre la agricultura, dos de documentos históricos y dos que contienen un atlas con imágenes. Esos volúmenes le otorgaron al investigador una justificada fama de científico versátil y de talentoso grabador. En efecto, a través de este arte captó imágenes de indígenas, paisajes, personajes populares y especies botánicas hasta ese entonces desconocidas.

Claudio Gay murió diez años después, en su Provenza natal.

¿Qué vio de Chile este hombre de ciencia? Vio todo lo que dicen los treinta tomos de su obra, pero para el chileno de hoy, quien difícilmente la leerá, lo que vio Gay es lo que él también puede ver en sus grabados, a saber, no simplemente ilustraciones hechas en una época sino en muchos sentidos ilustraciones *de* la época, las imágenes de los hombres y mujeres corrientes sobre cuyas cabezas pasaban las tormentas de las luchas entre pelucones y pipiolos, entre santiaguinos y penquistas, entre agricultores y mineros.

Esas imágenes están al alcance de todo el mundo. Se encuentran en el Archivo Visual de Santiago, en el Portal de Libros Electrónicos de la Universidad de Chile y en muchos otros sitios web. Han sido reproducidas, al menos algunas, en infinidad de libros de historia. Aparecen incluso adornando los muros de estudios de abogados. En esos grabados se nos aparece un Chile repleto de patipelados, una inmensamente mayoritaria población de seres rústicos cubiertos con un poncho de mala muerte y un sombrero cónico de paja, y solo aquí y allá se ven unos pocos señoritos y señoras de sociedad enarbolando una sombrilla. Es un Chile en nada distinto a la Colonia, salvo por las ropas de los ricos a la moda de París. Es el océano de pobreza sobre el cual flotaban unos cuantos caballeros haciendo política y haciendo negocios. Es el rostro de un Chile

rústico cuya elementalidad entraba también a los salones de la élite, provistos de pianos y candelabros, pero a menudo con pisos de tierra.

> Personaje admirable este Claudio paseándose con su cajita de yerbas y su insectario y su colección de piedras y sus hojas de árboles aplastadas entre las hojas de un libro y su cuaderno de notas en medio del desbarajuste de las luchas a muerte de su época. Parece ser el privilegio de los hombres —¡y mujeres, por supuesto, no faltaba más!— de ciencia y a menudo también el de los artistas, aunque estos no tanto, el poder revolotear como burbujas o esporas en la silente calma de su contemplación en medio y por encima de aun los peores estropicios. Algo los protege, algo hace adivinar hasta al más zafio que en ellos está en verdad la sal de la tierra y no deben ser lastimados. Se cuenta que el general romano Marcelo, cuyas tropas habían sido diezmadas en el sitio de Siracusa por las ingeniosas armas inventadas por el genio matemático de Arquímedes, dio especiales instrucciones, cuando finalmente se asaltó exitosamente dicha ciudad, de respetarle la vida. Lo mismo hicieron las tropas aliadas que invadieron Alemania al final de la Segunda Guerra Mundial: se apresuraron en tomar a la mayor cantidad posible de científicos e ingenieros alemanes involucrados en el lanzamiento de las bombas V1 y V2 para llevarlos no al cadalso o a una corte, sino a los laboratorios respectivos de Estados Unidos y Rusia. Mi convicción es que la vida de los científicos es por eso la ideal; nada de tedio, nada de horas vacías, un trabajo interesante, paz y tranquilidad, nadie los jode y solo quizás les haga falta un poquito más de líbido, pero quién sabe…

# El nacimiento de una nación

Es muy posible que haya verdad —si no *la* verdad, al menos mucha verdad— en la afirmación no pocas veces enarbolada y muchas más repetida que una nación se forja en el campo de batalla. Alemania llegó a ser Alemania en la guerra franco-prusiana e Italia se hizo Italia en las guerras de unificación contra el Imperio austriaco. No podemos saber cómo hubieran sido esas unificaciones o construcción de un Estado-nación si se hubieran producido en paz, por medio de meras acciones políticas y económicas. ¿Habrían llegado a ser, conglomerados así constituidos, algo más que meras uniones administrativas y aduaneras sin un sentido de comunidad, de pertenencia, de historia común, de sangre derramada y épica compartida?

En el caso de Chile una cosa es segura: *no* se constituyó como nación con la guerra de independencia ni con los tumultos posteriores. No hubo un "Chile" que se liberara de la monarquía española ni tampoco un "pueblo" luchando por su territorio o para ganar el ajeno. No había ni Chile ni un pueblo chileno, sino pobladores habitando en el territorio de una dependencia de la Corona de España. Lo que sí hubo fue una élite de latifundistas y comerciantes que fueron capaces de enganchar en sus filas a peones y campesinos para así librarse por la fuerza de las armas de un grillete comercial y político que se les hacía inconveniente y pesado. "Nación" es concepto que incluye al pueblo llano, a la gente común, a todos los segmentos de una población habitando un territorio, pero en nuestra guerra de independencia no había otra nación, si así podemos llamarla, que la de los ricos y propietarios, y aun ellos no tenían otra bandera que la del interés y el dinero.

Todo sería distinto o más bien llegaría ser distinto en y *por* la guerra contra la confederación peruana-boliviana de 1836 y en especial en y *por* la guerra del Pacífico de 1879. En esas guerras fue cuando los embriones de nacionalidad que ya estaban apareciendo vagamente por la mera acumulación del tiempo y la convivencia común en el mismo espacio territorial, pero aun *sin* constituir un cuerpo sólido e identificable, cobraron clara y vigorosa vida; fue entonces que surgió un sentimiento de haber una nación, una tribu común, el pueblo chileno.

Las diferencias sociales, en especial los inmensos abismos entre peonaje y élite, no desaparecieron, pero en el campo de batalla se da una situación en extremo distinta a la de la vida civil, *locus* donde las diferencias de clase se manifiestan todo el tiempo; en la guerra —y por necesidad— esas distancias, diferencias y matices tan poderosos en tiempos de paz se evaporan o disminuyen porque los participantes, soldados y oficiales por igual son arrojados al mismo ambiente y solo a ese ambiente, a uno que los enfrenta a todos con la común y terrible experiencia de la violencia física, la fuerza letal. Es eso lo que borra de un plumazo —o más debiéramos decir de un balazo— las diferencias sociales al menos en ese momento, pero con huellas duraderas para después. Nada más igualador que una experiencia absoluta como la de la guerra, pues esta no deja espacio psicológico para nada, salvo el miedo compartido ante el brutal

riesgo de mutilación o de muerte. A partir del miedo y del hecho de estar juntos experimentándolo se genera una situación o "ambiente" especial y único donde no hay otro modo de relacionarse que con el apoyo mutuo. De eso resulta una camaradería de intensidad desconocida en la vida civil. Hombres de diversos estratos, clases, temperamento, talentos, educación y edades se convierten, al ser arrojados al campo de batalla, en un solo hombre.

En una sección de la *Historia de Francia* de Voltaire donde se relata una batalla, el autor nos cuenta cómo el oficial a cargo del destacamento, un hombre de la nobleza como lo eran todos quienes ocupaban posiciones como oficiales en el ejército real, un noble que en la vida civil ni siquiera se molestaba en mirar a un labriego o siquiera a un burgués, de seguro hombre imbuido en el feroz orgullo de la aristocracia francesa, en cambio en medio de la batalla se dirigía a sus soldados con la expresión "*mes amis*" (amigos míos), lo cual quizás haya hecho en parte por hacerlos sentirse mejor porque un aristócrata los tratara así, pero también, qué duda cabe, porque en medio de la muerte zumbando en la forma de balas de cañón y de la mosquetería enemiga genuinamente sentía estar no ya rodeado de peones, sino de compañeros situados como él en la misma situación extrema; por eso, no solo sentía hacia ellos algo distinto, sino que además deseaba que ellos sintieran también camaradería hacia él. ¿Cómo sobrevivir en un campo de batalla si no es de ese modo?

En naciones que ya existen, la guerra genera o revive los más poderosos sentimientos de solidaridad y unión; en el caso de sociedades que no son naciones sino solo meros agregados de grupos, clases e intereses no solo distintos sino totalmente ajenos, esa camaradería poderosa no solo acerca a los participantes, sino que además, al ponerlos en peligro alrededor de la misma bandera, crea o puede crear la patria propiamente tal, esto es, el sentimiento de que hay un lazo común mayor y más permanente que la unidad militar en la que sirven, y aun si luego, llegada la paz, las distinciones de la vida en sociedad vuelven a aparecer.

La guerra de la Confederación y luego la del Pacífico fueron el crisol con que terminó de asentarse la "chilenidad", entendida como el sentimiento común —aunque sea lo único común— de pertenecer a la misma nación, en verdad, de haber una nación. Por ese motivo el período entre esas dos guerras, y que se extiende por un lapso de una o dos generaciones, es, en lo esencial, aquel cuando Chile llegó a existir. Es eso lo que marca más profundamente dicha época y tiene más significado que los acontecimientos políticos, económicos y de toda índole ocurridos en esos años y debidamente narrados en los textos de historia. De esos hechos económicos, políticos, culturales y administrativos, usted, estimado lector o lectora, puede averiguar los detalles en cualquier texto con la habitual hilera de capítulos dedicados a quinquenios, decenios, presidentes, obras, fundaciones, avances, etcétera; para entender, en cambio, ese latido más profundo que hizo a Chile se necesita entrar en la mente de los hombres que vivieron esas batallas.

## Soldados mortales, no inmortales

Pero, ¿de quiénes? ¿En la mente de cuáles hombres debemos entrar para entender la guerra, el combate, la muerte violenta y sus efectos? ¿En la de los grandes soldados o grandes héroes, en las figuras consagradas como Prat en el caso nuestro y en el planetario como Alejandro Magno,

Julio César, Napoleón? De fulanos de ese calibre se suele decir que son inmortales. Inmortales sus vidas, hazañas, actos de valor, conquistas. Varían de calibre, es cierto. Prat fue un hábil y valiente marino que en el momento culminante de su vida supo y pudo sacrificarla, pero indudablemente su peso es menor al de Alejandro Magno, quien amén de genial estratega y fabuloso táctico, fue conquistador y creador de un imperio, figura inmensa cuyos actos hasta el día de hoy envían sus poderosos ecos y reverberaciones por los pasadizos del quehacer humano, perdonen la siutiquería. Pero pese a esa diferencia, ambos, Alejandro y Prat, forman parte de los anales de la historia oficial, tienen un lugar en ella, son "inmortales" al menos mientras dure la raza humana sobre la Tierra.

A nuestros "inmortales" ya los conocemos. Son miembros de número de la efeméride nacional, de las fiestas patrias, de los textos escolares, de los calendarios. Prat es uno de ellos, Baquedano otro, Latorre y hasta Lord Cochrane, aunque fuera británico. A los indigenistas les gustaría agregar a Lautaro y Caupolicán y les daremos en el gusto, aunque no pertenecían a la nación chilena, aún inexistente. Algunos de esos caballeros ganaron batallas, otros las perdieron, pero todos por igual son nombres sagrados en el "templo de los héroes militares" de la nación. Y todos por igual no nos sirven para entender al hombre común arrojado a la batalla.

¿Serán los anónimos? Son a quienes es imposible, por definición, celebrarlos y de quienes es imposible saber qué hicieron, sintieron y sufrieron. Con ellos solo podemos suponer, así como solo podemos homenajearlos indirectamente con el "soldado desconocido", generalización sin nombre ni apellido para celebrar a un fantasma. Es una categoría repleta de miembros y al mismo tiempo vacía porque esa muchedumbre, la cual constituye el 99% de quienes caen en el campo de batalla, no tiene rostro ni identidad histórica, sino solo, y con suerte, la del registro civil.

Mucho menos nos sirve para entender lo que deseamos con esa tan poblada categoría que es la de los figurones. Hablamos de los tipos cargados de galones que circulan mucho más en los pasillos del poder que en las trincheras. Son quienes se atribuyen méritos por los sacrificios o aciertos de oficiales de menor rango. Son quienes se condecoran unos a otros hasta cubrirse el pecho de medallas. Son quienes escalan los más altos grados a base de no tomar decisiones comprometedoras que les puedan reprochar. Son quienes jamás arriesgan nada pero aparecen en todas las fotos o, antes de la fotografía, en todas las pinturas.

Pero hay una cuarta categoría que sí nos es de utilidad. No los veremos nunca montados en un caballo de bronce situado sobre un pedestal en medio de una plaza pública, pero escribieron a menudo muy humildes y elementales memorias, y de ese modo hicieron de una guerra un evento vívido y real en vez de la árida narración de la historia convencional. Aun si son incompletas o fragmentarias suelen estar repletas de observaciones interesantes; a veces son útiles para entender a un personaje importante de quien estuvieron cerca, en otras ocasiones para comprender en detalle una campaña o incluso una guerra entera y casi siempre para describir la experiencia directa del soldado, sus emociones, lo que experimentaron y sufrieron. Las historias oficiales, las escritas por historiadores profesionales, aun si, como en el caso de la guerra del Pacífico, fueron escritas por hombres de peso como Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, José Antonio Encina y además en época cercana al conflicto y luego las escritas por todo historiador hasta el presente y desde las más distintas ópticas, son, todas ellas, esas historias

académicas, incapaces de darnos la mirada de quienes sintieron zumbar las balas cerca de sus orejas, vieron caer a sus compañeros y amigos y sobrevivieron para contarlo. Son quienes nos ofrecen literalmente la carne y la sangre de toda guerra.

"El campo está sembrado de cuerpos muertos y heridos de una parte y de la otra, pero más de los enemigos", escribió Hipólito Gutiérrez, soldado raso que participó en la guerra del Pacífico. El 10 de septiembre de 1879 Gutiérrez se había presentado en los cuarteles "para ir al norte, a Lima, a defender nuestra patria hasta morir o vencer por nuestra bandera chilena". Hasta allá llegó y en la ruta fue escribiendo un diario que permaneció inédito hasta 1949 y que, treinta años después, apareció en el libro *Dos soldados en la guerra del Pacífico*, junto a un epistolario de Abraham Quiroz, otro soldado raso en el conflicto.

Hay más: *Diario de campaña*, del escritor Alberto del Solar, y *Seis años de vacaciones*, de Arturo Benavides Santos. Son sencillos relatos del largo viaje que jóvenes de esos años realizaron hasta ver algo de acción. Solar cuenta:

> En ese momento, como atraída por sus palabras, una bala le dio en medio de la frente, haciéndole caer de espaldas sin un quejido, sin un suspiro siquiera. ¡La muerte había sido instantánea y apenas si de la herida salía, corriendo por la sien y perdiéndose entre sus cabellos, un hilo finísimo de sangre!

Pero casi de seguro el más completo, articulado, interesante y hasta esencial relato militar escrito por un subordinado es el de José Miguel Varela. No habiendo sido nunca antes publicado, no solo se había olvidado su existencia, sino que era imposible recordarlo.

## Un soldado de tres guerras

Con la publicación en 2016 de *Un veterano de tres guerras*, de José Miguel Varela (1856-1941), memorias que relatan su participación en la guerra del Pacífico, la guerra civil de 1891 y las últimas campañas de la llamada "pacificación de la Araucanía", estamos en presencia de un libro tan importante como olvidado y de un autor tan querible como desvanecido hasta muy recientemente. Varela tomó notas en un simple cuaderno que muchos años después fueron editadas, arregladas y puestas en buen orden por el periodista Guillermo Parvex a partir de una serie de apuntes escritos a mano y que a su vez heredó de su abuelo, Guillermo Canales. Estos apuntes habrían sido el resultado de una serie de largas conversaciones de su abuelo con José Miguel Varela hacia el final de la vida de este, a las que se suman anotaciones autobiográficas del propio Varela y que Canales incorporó a su relato para completarlo.

¿Quién es, entonces, realmente el autor del libro? ¿Varela, Canales, Parvex? Podríamos decir que ha sido eso que la jerga moderna llama "trabajo en equipo". En cualquier caso, el corazón del libro es lo que en su origen es el relato oral de Varela, más sus escritos autobiográficos. La labor de Canales y luego de Parvex han sido importantes, pero solo instrumentales, aunque eso no les quita ni un átomo de sus méritos. Sin su ordenamiento y despliegue semántico es posible que el libro nunca hubiera llegado a existir ni menos convertirse, como se convirtió, en inesperado éxito editorial.

La obra de Varela es la de un hombre inteligente y educado que más tarde llegó a desempeñarse en cargos de autoridad de cierta importancia. Su relato manifiesta haber sido

hombre sensible al detalle y las circunstancias, observador penetrante y adelantado a la época en su visión y evaluación de personas y hechos. Refleja la mirada de alguien por encima del promedio en sapiencia y sensibilidad. Podría situárselo como ciudadano de clase media, liberal y civilizado, al mismo tiempo sencillo y rudo en el grado suficiente para desempeñarse como eficaz oficial.

A Varela le tocaron tres guerras y vio de cerca lo que historiadores, basando su relato en documentos oficiales, no vieron ni supieron ni registraron porque no podían hacerlo. Sus memorias son un monumento acerca de la distancia que media entre el registro histórico oficial y la realidad concreta registrada por los participantes. Que las valiosas memorias de Varela no fueran conocidas no puede culparse a un olvido culpable sino a las peripecias de la vida, al acaso y la fortuna. Hoy, recuperadas, hacen de Varela alguien que vale la pena ubicar en su justo lugar en la narrativa de nuestra historia.

> Tengo la impresión de que si Varela hubiese nacido en otro medio social y hubiera tenido acceso a cargos más importantes, su peso habría sido relevante a nivel nacional y además lo habría sido para bien. En el modo como narra y evalúa lo que narra se percibe a un tipo naturalmente mejor dotado en virtudes de inteligencia y carácter que muchos prohombres, que la clase de caballeros celebrados en nuestras efemérides y recordados en todos los libros de historia, pero cuya mayor distinción no deriva de una “grandeza” personal sino sencillamente de haber estado en posiciones relevantes porque su ascendencia social y oportunidades así lo dispusieron. Tiene uno la impresión, por tanto, de que muchos de esos personajes cuyo recuerdo histórico va de suyo y se da por descontado no solo eran inferiores a los de este Varela, sino de siempre lo han sido en comparación con quien sabe cuántos incontables Varelas. Tiene uno la impresión, es más, la convicción, de que en materia militar este oficial sin pretensiones habría sido más cuerdo, tácticamente más eficaz y compasivo al mismo tiempo que un Manuel Baquedano, militarote rudo y brutal sin otra gracia que su insensibilidad y elementalidad para ordenar sangrientos ataques frontales de infantería. Tiene uno la seguridad de que los asuntos mapuches hubieran sido manejados mucho mejor por Varela que por los corruptos políticos y codiciosos comerciantes que lo hicieron. Se hace uno la impresión de cuánto mejor se manejarían muchos problemas si estuvieran en manos de gente sencilla e inteligente como Varela en vez de en la clase de energúmenos que vemos aflorando y manduqueando en todas las áreas institucionales de la historia sin otro mérito que haber nacido en cierto medio y tener una ambición sin límites. ¡Viva Varela!

## Adiós a Jorge Inostrosa

A propósito de la guerra del Pacífico y del olvido, tenemos imperativamente que recordar a Jorge Inostrosa. Este escritor no ha sido tan olvidado, pero recordemos, antes de hacer juicios, que el olvido no viene en un solo sabor. A veces es tan total como si lo olvidado no hubiera nunca existido, mientras que en otras ocasiones el recuerdo está latente y entonces, aunque no hubiéramos pensado en el tío Carlos por años de años, de todos modos podemos recordarlo si alguien nos pregunta: “¿Te acuerdas del caballero que venía a almorzar los miércoles, cuando eras chico?”. En otros casos, aquellos en los que hurgan los psicoanalistas, no hay modo de recordar lo olvidado tal como fue, pero está sinuosa y retorcidamente presente y afecta nuestras vidas sin que lo notemos. A veces aparece disfrazado en sueños y en ocasiones termina siendo la clave de nuestra conducta, de una manía o una sicosis.

Jorge Inostrosa pertenece a la primera categoría en muchos casos, normalmente es así para el ciudadano común de hoy en día, pero pertenece a la segunda si recorremos el territorio de la gente más leída y educada. Ciertamente, los dedicados a la literatura ya sea como autores,

profesores, historiadores, críticos, eruditos, hispanistas o en cualquier otra forma saben quién era y qué escribió Inostrosa si se les pregunta, pero rara vez se acuerdan de él si eso no sucede, jamás lo consideran como parte importante de la narrativa chilena, no lo cotizan ni lo reconocen y no lo tienen de referente para nada pese a lo voluminoso, importante y popular de su obra, para no decir nada de su calidad. Ese desdeñoso olvido tiene una razón que examinaremos más adelante.

Jorge Inostrosa Cuevas nació en Iquique en 1919 y murió en Santiago el 5 de enero de 1975. No solo fue el mejor novelista histórico que ha tenido el país, sino también biógrafo, periodista y guionista de radio, teatro y televisión. Como él mismo dijo: "Vivo para escribir y de lo que gano escribiendo". Con más de treinta títulos a su haber, además de una importante cantidad de guiones para cine, radio y televisión, letras de canciones y poemas, no solo su obra fue enormemente fértil sino tremendamente leída. Dijo, en su última entrevista, curiosamente concedida el día mismo de su muerte, que se habían vendido unos cinco millones de ejemplares de su obra más importante, *Adiós al séptimo de línea.*

No decimos que Inostrosa sea un nombre completamente desconocido fuera del ámbito de los literatos profesionales. Su vida, o al menos algo de ella, los libros que escribió, etcétera, son recordados en varios sitios de internet y en ese sentido puramente biográfico y algo anecdótico no ha desaparecido. Y, sin embargo, puesto que la existencia de un escritor depende menos del hecho de que se recuerde su persona y mucho más de que se valore su obra, cabe preguntarse si esto último ha ocurrido, si su trabajo ha sido reconocido por el valor que tiene y ha ganado el lugar que merece. No creemos que haya sido así. Al contrario, el mundillo literario tiende a mirarlo con desdén o como mínimo a olvidarlo. Lo mira, cuando se digna mirarlo, como un simple escritor de guiones para radio, como un tipo capaz de vender muchos libros —pecado capital en un negocio que califica a quien le va bien como vulgar perpetrador de *best sellers*—, como a un gacetillero, como aporreador de teclas a tanto por página. Ningún ciudadano de la república de las letras sinceramente cree que Inostrosa tenga carné de identidad en ella. Cualquier poeta de mala muerte que se ponga un chambergo, se deje barba, se duche poco, alce un puño en alto y sea invitado a un programa matinal de televisión parece, a dicha república, más "literato" y artista que el trabajador y fértil Inostrosa.

De su vida no literaria no hay mucho que decir. Nunca o casi nunca —hago excepción de Goethe— hay mucho que decir de la vida privada de un artista de las letras. Sus vidas se consumen literal y literariamente en su trabajo. Hijo de un abogado y de una profesora de historia, concertista en piano y poetisa, Inostrosa quedó huérfano de padre a los trece años y con su madre y cinco hermanos se instaló en Santiago. Trabajó para costear su enseñanza en el Internado Nacional Barros Arana y posteriormente para financiar la carrera de Pedagogía en Historia, la cual no concluyó. En esos estudios inconclusos, Inostrosa, sabiéndolo o no, repitió una suerte de tema vital muy común entre los literatos, a saber, dejar a mitad de camino una carrera o, si acaso llegan a terminarla, nunca o solo esporádicamente ejercerla. Fuera de eso era agnóstico, le gustaban los pingos y el boxeo. A finales de los años treinta conoció a Violeta Wood, se casó con ella y tuvo dos hijas, Verónica y Francisca Javiera. Fue nombrado agregado cultural en los gobiernos de Eduardo Frei Montalva y en el de Augusto Pinochet. Falleció de un accidente vascular a los cincuenta y tres años.

Se preguntarán ahora, al menos lo harán quienes nunca leyeron a Inostrosa, sobre la calidad de su trabajo. La respuesta es simple: muy alta. Manejó con gran talento las claves dramáticas de la novelística histórica, esto es, llegó a conocer al cien por ciento su material y le impregnó vida a la trama con personajes creíbles y queribles. Sus descripciones son excelentes, coloridas, realistas, llenas de acción y emoción. Por eso la obra de Inostrosa no cede ni un milímetro en calidad a la de novelistas de ese género de hoy conocidos a nivel mundial, como Massimo Manfredi, pero además supera de lejos a muchos de quienes, con sus novelas llenas de romanos y monjes, atiborran los estantes de las librerías. La mala suerte de Inostrosa fue el haber escrito en la época en que lo hizo y que, aun más, su tema sea el de la historia de un país lejano, tercermundista, sin resonancia histórica universal.

Pero hubo un pecado aún mayor, capital, imperdonable: Inostrosa nunca posó ni vivió ni socializó ni hizo lobby ni se movió ni habló ni fanfarroneó como escritor, como parte de la "generación" tal o cual, como habitué del círculo X, Y o Z, como cliente perpetuo del bar de moda, como parte del elenco de la bohemia poética. Si acaso hizo sus pasadas por esos ambientes, fueron transitorias, al margen. No había tiempo para eso. Era un tipo que debía trabajar como loco para poner un plato caliente en la mesa a la hora del almuerzo. ¿Pueden imaginarse lo que significa escribir libretos para un radioteatro tan complejo como el de *Adiós al séptimo de línea*? Y, a propósito de esta obra, Inostrosa es figura inseparable de dicha guerra, a la que hizo real y vívida para generaciones muy posteriores a ella. Y si la guerra misma creó la nación o como mínimo terminó de forjarla, *Adiós al séptimo de línea* hizo lo mismo para esos lectores de tres cuartos de siglo después.

> Los que recordamos a Jorge Inostrosa sin necesidad de estímulos somos quienes no podemos olvidarnos de él porque nutrimos nuestra infancia y adolescencia con su obra. Hablo de la generación que los gringos llaman los "*baby boomers*", los nacidos después de la Segunda Guerra Mundial y antes de la guerra de Corea, gente hoy muy cercana a la setentena o ya entrada en esa década. ¿Quién de nosotros no oía en la radio los capítulos de *Adiós al séptimo de línea* y no leyó esa novela y quizás también otras de Inostrosa? ¿Quién de nosotros ha olvidado a Alberto Cobo o a Mariana Latorre? ¿Quién no se emocionó con el excepcionalmente bien narrado combate naval de Iquique? A veces nos decimos: "Si tuviera tiempo releería *Adiós al séptimo de línea*" y aun en el momento de decirlo sabemos que no lo vamos a hacer porque tampoco releeremos a Salgari, a Verne, a Vicki Baum o a Mika Waltari porque no nos queda tiempo o porque otros libros solicitan nuestra atención o porque ya no tenemos trece años y el fulgor de esa remota lectura no lo podemos reencender y lo que nos queda de Salgari y de Inostrosa es la sensación, la nostalgia, el agradecimiento, el sabor y fragancia de esos años perdidos para siempre y de los cuales Inostrosa y los demás son como señales luminosas, como la luz de una ciudad que hemos dejado atrás pero que pese a la distancia aún podemos distinguir. Gracias, don Jorge, aunque otros lo olviden.

# La Revolución del 91

La Revolución de 1891 no constituye un “período” como los que hemos examinado; no fue una fase histórica de décadas o años de duración que dio lugar a determinados rasgos culturales y políticos, sino al contrario, un lapso o evento muy breve y violento *entre* períodos, un quiebre cuyo resultado sería poner fin a uno, el del presidencialismo vigente desde el principio mismo de la nación, para sustituirlo por otro, el de la república parlamentaria. Por eso vale la pena y en verdad es necesario tratar dicha revolución.

Del porqué de esta guerra civil-revolución, según como la llamaron en el primer caso los partidarios del gobierno y en el segundo los que lucharon contra aquel, hay tantas explicaciones como autores afanándose en darlas. Se dividen en dos grandes clases: las tesis que explican la revuelta contra Balmaceda por estar, el mandatario, supuestamente imponiendo o tratando de imponer una suerte de dictadura, y las que la describen como una conspiración oligárquica para derribar a quien presuntamente intentaba materializar políticas contrarias a los intereses de dicha oligarquía, o que al menos les pondrían coto. La última es hoy la más popular, la que tiene más vigencia, la con más glamour y en verdad casi la única. Esta tesis ha convertido a Balmaceda, quien se suicidó en la embajada argentina cuando todo estaba perdido, en un mártir de las luchas democráticas, reformistas, nacionales o populares según sea la agenda de quienes lo veneran, una figura vista como “adelantado” de alto rango en la incesante brega contra el imperialismo, “la derecha”, los conservadores, la élite, etcétera. No por casualidad Salvador Allende gustaba a menudo referirse a Balmaceda y compararse con él.

Es bastante probable que la verdad se encuentre no en un “punto medio” equidistante de esas visiones opuestas, sino más bien en un plano diferente, más complejo, de tres dimensiones, del cual ambas miradas contrarias han extraído sendas interpretaciones más bien lineales y planas. Balmaceda dista de haber sido un revolucionario que luchaba por el bienestar del pueblo. Era miembro de la oligarquía y sus diferencias con el Congreso y su clase de procedencia no nacieron de una conmovedora vocación popular ni de una intención de modificar radicalmente el sistema, sino que entró en conflicto con sus pares porque en él estaba muy viva la vocación nacional y republicana que había sido propia de los Montt y los Antonio Varas, pero muy decaída ya para casi todos los demás miembros de su clase porque el país vivía tiempos de riqueza y prosperidad sin conmociones bélicas ni dramas políticos de por medio, en virtud de lo cual la élite ya no pensaba en términos épicos acerca del Estado-nación ni de su supervivencia, progreso y grandeza, sino en términos del progreso, grandeza y supervivencia de sus posiciones y privilegios como clanes, clase, casta e individuos.

Para Balmaceda, Chile era todavía una idea o ideal como lo había sido para los padres fundadores; la oligarquía, en cambio, veía el país como una sociedad por acciones. De ahí que, en su afán por controlar mejor la riqueza salitrera y minera precisamente con el propósito de

engrandecer al país y ponerlo quizás a la par del crecientemente poderoso Estados Unidos, Balmaceda no podía sino entrar en conflicto frontal con la oligarquía, ya mucho más rentista que emprendedora. Aun así y en el más extremo de los casos, Balmaceda fue un reformista o quizás hasta un visionario, pero dentro de su clase, no un enemigo de ella fuera de esta; solo eso es suficiente para alejarlo de la tesis de las izquierdas deseosas de ubicarlo en su panteón de "luchadores sociales" bregando contra los todopoderosos, pero también su auténtica figura política dista de la imagen que de él hicieron los conservadores de ese entonces, quienes gustaban verlo como enemigo mortal de la república, esto es, de *su* república.

Los actos autoritarios de Balmaceda y sus excesos fueron reales, pero nacieron de la oposición que sufrió en el Congreso y estos actos a su vez alimentaron la tesis del dictador en potencia y generaron aún más oposición, lo que a su vez reactivó el autoritarismo, y así sucesivamente. Siempre, en política, los conflictos surgen y se alimentan no de los actos de uno de los actores, sino de la interacción y retroalimentación entre todos ellos. En cuanto a que detrás de ese conflicto devenido en guerra cuasicivil estuviera la mano de North y otros intereses británicos, es una versión similar a la que atribuye el golpe del 11 de septiembre a las intrigas de la CIA. Es de sentido común que, aun si en ambos casos agentes externos intervinieron o pretendieron intervenir, el núcleo de la acción se originó, desarrolló y culminó por obra y gracia de actores chilenos y sus propias agendas. No se puede organizar ni una revolución ni un golpe de Estado simplemente apretando botones desde una agencia de inteligencia extranjera o desde la bolsa de Londres.

Lo que sí es plausible sostener es la existencia de un paralelo en no pocos episodios: en ambos casos, el de Balmaceda y el de Allende, el detonante fue el recurso de acusar al presidente de quebrantar la ley y la Constitución. A Allende se le acusó de promover y hacer uso de "resquicios legales".

Estudiosos de inspiración marxista como lo fueron Luis Vitale, Hernán Ramírez Necochea y otros, incluyendo en el elenco a miembros de la escuela sociológica de pensamiento que en los años sesenta postulaban la tesis del "desarrollo del subdesarrollo", consideraban que con la derrota de Balmaceda el país había perdido una gran oportunidad de entrar a una vía de desarrollo como la del primer mundo de entonces, industrial y manufacturera. Al vencer, los oligarcas habrían consolidado un modelo basado en la exportación de materias primas enormemente lucrativo para esos círculos, pero destinado, por su naturaleza, a dejar al país tanto dependiente de precios que no controlaba o desarrollos tecnológicos fuera de su alcance como también en una condición dual, a saber, la de una sociedad con una capa minoritaria beneficiada por dichas exportaciones y una inmensamente más numerosa sumida en la ignorancia, la pobreza y la falta de oportunidades de crecimiento personal y laboral propios de una economía básica de esa clase.

¿Quién es uno para refutar o siquiera interrumpir el hilo discursivo de esos tratadistas? Solo otro historiador profesional armado con una tesis distinta y hasta contraria. No siéndolo, el autor solo se atreve a plantear como alternativa a esa tesis tan convincente y coherente que quizás la alternativa consista en no haber existido tal alternativa de convertirse Chile, a finales del siglo XIX, en un país del primer mundo. La alternativa tal vez sea recordar que en 1891 la sociedad

chilena llevaba *siglos* operando de ese modo, como exportador de materias primas hacia un primer mundo que hacía rato había hecho o estaba haciendo su revolución industrial y copando los nichos asociados a una economía manufacturera. Nuestra entera estructura de clases, estratos, costumbres, valores, usos, etcétera, estaba conformada de esa manera. ¿Iba alguien, en Chile, a decidirse a invertir capitales para fabricar locomotoras a vapor cuando en el norte se presentaban inmensas oportunidades para desarrollar la minería de la plata, el oro y el cobre, y además esas locomotoras ya las producían Inglaterra y Estados Unidos? Las oportunidades, por definición, están asociadas a determinadas circunstancias en tal o cual punto del continuo histórico y, por lo mismo, es fatal o al menos decisivo llegar tarde al paradero de buses.

Pero ¿quién sabe? La historia y su curso, como un río, están sujetos a cambios que normalmente no se perciben en la corta extensión de nuestras vidas y a veces ni siquiera luego de varias generaciones. No sabiendo cómo se comportará el río, solo nos queda el recurso de los "contrafactuales", siempre interesantes e intrigantes, pero que nada deciden. En este caso el implícito contrafactual de esos historiadores nos deja una sensación de angustia; se pregunta uno si acaso la Revolución del 91 no abortó lo que pudo ser un Chile mucho más desarrollado, complejo, progresivo, poderoso.

## Tantos testigos

La investigación de la historiadora Valeria Maino, plasmada en su libro *Testimonios del yo,* ha revelado no solo a quienes no son historiadores profesionales, sino tal vez a muchos historiadores profesionales, que prácticamente en todo el curso de la vida de Chile no escasearon, sino al contrario, abundaron los testimonios, reminiscencias, memorias, autobiografías, cuadernos de viaje, etcétera, de docenas y hasta cientos de individuos de las más distintas avenidas de la vida, incluyendo gente muy humilde que sabía leer y escribir y por alguna razón o vocación decidieron dejar por escrito sus experiencias.

Sucede con el desbarajuste del 91. La cantidad de material vinculado a 1891, publicado o presentado o voceado solo tres años después, alcanzaba ya, según una investigación bibliográfica celebrada por Aníbal Echeverría en 1894, la suma de ¡trescientas cincuenta y siete obras! entre discursos, memorias de gobierno, recuerdos, y hasta comedias y zarzuelas. Algunos autores son conocidos, como Arturo Alessandri, por entonces mero empleado, quien escribió una *Revolución de 1891* desde el punto de vista de los opositores; mucho menos conocido, pero que "suena" porque hay una calle con su nombre es Fanor Velasco, quien escribió un diario titulado —difícil ser original al respecto— *La Revolución del 91*. Como subsecretario que fue de Balmaceda, narra lo que Valeria Maino llama "la parte sórdida" de la dictadura de Balmaceda. La mayor parte de los escribanos, sin embargo, son, al menos hoy, personas cuyos nombres no nos dicen nada y quizás tampoco decían mucho en sus años, en esos años. ¿Quién sabe de Rodolfo Ríos Guzmán (*Patio 15),* de José María Solano *(En la cárcel: apuntaciones para la historia de la revolución de 1891),* de Mariano Martínez *(Últimos días de campaña; páginas para la historia escritas por un actor y testigo de la guerra),* de José V. Garay *(Los recuerdos de la Revolución del 91. Los sucesos de Pisagua. Los inquisidores del Pacífico),* de Anselmo Blanlot (*Mis convicciones),* de Blas Urzúa Cruzat *(Recuerdos de la Guerra Civil de 1891),* y así sucesivamente?

¡Y cuántos más! No tiene sentido mencionarlos a todos. Recuerde: ya en 1894 había trescientos cincuenta y siete trabajos de esa clase. Leerlos y examinarlos por completo solo puede hacerlo un académico, en este caso una profesional responsable y dedicada como la señora Maino. Y es con los resúmenes que ella nos entrega, pero *no* de los trescientos cincuenta y siete de esa época y de los que se sumaron luego de 1894, sino de un par de docenas, que podemos hacernos una idea gracias a esos testigos, actores, memorialistas, periodistas, oficiales de marina, viajeros, etcétera, de cómo fue esa revolución o guerra civil en la realidad de la vida cotidiana, en el espacio de la calle, del regimiento, del campo de batalla, la cárcel, la plaza. Es con y por esas voces que sabemos los detalles más vívidos, y no solo la narración en abstracto del absurdo bombardeo de Iquique por parte del blindado *Cochrane* y que causó setenta muertes, de las brutalidades de la soldadesca que desembarcó en ese puerto, del saqueo en Santiago, de las impresiones en Europa y Estados Unidos, del talante de Balmaceda en esas horas trágicas —léase a Varela—, de la carnicería en Concón y Placilla, la matanza a sablazos y lanzazos de los generales Barbosa y Alcérreca, la composición regional de los ejércitos de cada bando en suerte de reestreno de las guerras civiles de mediados de siglo, la variada suerte o mala suerte de los civiles asociados a uno u otro bando, el ir y venir de la vida que en la historia convencional desaparece por necesidad, como resultado de la inevitable selección o pura y simplemente porque una historia general, aun si esa generalidad se refiere a una época o un episodio, debe moverse en la enrarecida estratosfera de la abstracción. El palpitar de la vida, en la historia académica, salvo excepciones y por momentos excepcionales dentro de estas excepciones, opera en otro plano. No sabremos en ella de ese ciudadano que esa tarde, en Iquique, vio al *Cochrane* cubrirse de humo a medida que disparaba sus andanadas.

## El pobre Barbosa

Del general Orozimbo Barbosa tampoco se sabe mucho, no al menos los legos, aunque su papel en la guerra del 91 fue notorio, trágico e ilustrativo, pero ya se sabe: el tiempo lo corroe y lo olvida todo. Digamos, para empezar, que a don Orozimbo no le sirvieron de nada su grado, lo distinguido de su carrera, su inteligencia y talento, su papel en la guerra del Pacífico, su lealtad al gobierno de Balmaceda ni el conocimiento y reconocimiento que de él tenía hasta el último soldado, nada; de todas maneras, al final de la batalla de Placilla, donde y cuando las fuerzas gobiernistas que él comandaba habían perdido contra las del Congreso, rodeado por la caballería enemiga… pero eso lo narraremos después.

Sepamos primero quién era este hombre que tuvo un papel protagónico en esa revolución o guerra, pero a quien al mismo tiempo hoy no lo recuerda ni conoce casi nadie, salvo los historiadores profesionales. Y lo rememoramos aquí tanto por ese olvido, pues corresponde al propósito de este libro, como además porque en su persona, especialmente ese día en Placilla, se sintetizan cruelmente las vicisitudes de la guerra en general y de la guerra civil en particular. A propósito de las guerras civiles, dice un personaje de Anatole France —sí, una vez más lo cito— que “la guerra civil es muy odiosa, pero al menos los bandos saben por qué están luchando”. ¿Eso agrega o quita crueldad a las acciones? ¿Hay más encono cuando se sabe por qué y contra quién se combate que cuando se hace contra un enemigo extranjero al cual podemos suponer tan

poco a caballo del negocio como nosotros? ¿O hay menos porque mal que mal es nuestro compatriota?

No necesitamos responder esa pregunta porque se basa en el dudoso supuesto de que las tropas saben por qué combaten. ¿Saben? Se saben de memoria, sin duda, las arengas que les han recitado y conocen muy bien los pretextos que les han dado, pero ¿es eso realmente *saber* por qué los han reclutado, armado y arrojado al campo de batalla? ¿Qué sabían o creían saber los soldados que se plegaron al bando revolucionario? ¿O los que lucharon por Balmaceda? Cuando se desata un conflicto bélico no es mucho lo que se pregunta a los soldados acerca de cuánto saben de la razón por la cual se los convoca. Son reclutados en tal o cual bando porque ya están en las filas y les tocó en suerte estarlo en una unidad militar situada en el territorio donde predomina tal o cual bando. O se ofrecen de voluntarios por afán de aventuras o huir de la vida que tienen, de deudas, líos con la justicia, una esposa intolerable o cualquier otra carga de la que imaginan poder librarse en el ejército. O fueron convencidos por un amigo, un familiar, por la locuacidad de un sargento enganchador o porque ese día, cuando firmaron, estaban borrachos. O hacen suya la convocatoria simplista con que se les envalentona y promete la gloria. Quizás algunos imaginan que tendrán chances de saqueo. Van entonces y luchan por cualquier razón, menos por *la razón*.

No sucedió de modo distinto con los soldados que se enfrentaron en la revolución de 1891. ¿Qué "razones" podía haber en las mentes de esos sencillos campesinos alistados en las filas gobiernistas y en las de los mineros y marineros alistados en las del Congreso? La paga, posiblemente, haya sido el más poderoso o único aliciente. La paga y quizás también la arenga simplista, pero sobre todo la obligación; al que se le llama a alistarse no se le dan muchas opciones. Los "ejércitos nacionales" a los que tácitamente se pone en una altura moral muy superior a los mercenarios son, al contrario de estos, congregaciones de esclavos, de forzados, de galeotes de la guerra. El mercenario sí sabe por qué pelea: por el salario y quizás también por gusto. Eso, a mi juicio, es más honesto y entendible que ser simplemente un reclutado, un enganchado, un alistado.

Pero algo aun peor ocurriría en esta particular guerra civil; muchos de quienes combatieron tan ferozmente —en Placilla hubo cinco mil muertos— habían sido recientemente camaradas en la guerra del Pacífico. Tal como sucedió en la guerra civil americana, los oficiales habían sido camaradas, estudiado los mismos cursos, combatido en los mismos regimientos, batallado hombro con hombro. No pocos deben haber sido amigos. Si la expresión "lucha fraterna" tiene sentido, en esta revolución lo tuvo más que nunca.

Pero volvamos a nuestro Orozimbo Barbosa, quien nació en Chillán en 1838, estudió en el colegio de esa ciudad y en 1856 ingresó al Ejército, recibiendo su bautismo de fuego en la revolución de 1859, en la que combatió a favor del gobierno del presidente Manuel Montt. Luego, por méritos, ascendió al grado de capitán y fue enviado a la Araucanía, donde participó en las campañas de 1862 y 1864. Entre 1868 y 1869 intervino en las operaciones de consolidación de la frontera militar en las áreas del Biobío y Toltén y ascendió a jefe de Brigada. Participó en la fundación de los fuertes de Mulchén, Negrete, Toltén y Queule, y en 1869 fue nombrado gobernador de La Imperial y ascendido a teniente coronel un mes más tarde. A fines

de ese año, en lo que ya era una ascendente y rápida carrera, fue nombrado comandante del Batallón 8º de línea. En 1876 ascendió a coronel y en 1879 asumió la Comandancia del regimiento Lautaro. Al estallar la guerra del Pacífico tomó parte activa como comandante del batallón Cazadores del Desierto y luego del regimiento Lautaro, participando en la expedición de castigo a Mollendo. Designado comandante de la 4ª división del ejército expedicionario, luchó en la batalla de Tacna y participó en el asalto y toma del morro de Arica. En los meses siguientes fue designado comandante de la segunda brigada de la 2ª división del ejército para la decisiva campaña de Lima. Como tal luchó en la batalla de San Juan y Chorrillos, y de Miraflores. Terminada la campaña fue nombrado inspector delegado del ejército y tras el fin de la guerra fue nombrado intendente. En 1887 ya era general de Brigada y en 1891 senador por Cautín. Luego fue nombrado comandante del Batallón de Artillería de Marina y en agosto de ese año ascendió a general de Brigada y nombrado días más tarde comandante general de Armas de Santiago.

Al estallar la guerra civil de 1891, Barbosa, leal al gobierno, fue nombrado general en jefe de un Ejército ya dividido por el enfrentamiento entre los sectores liberales parlamentarios representados por el Congreso y los presidencialistas constitucionalistas partidarios del presidente José Manuel Balmaceda. El general Barbosa, uno de los jefes más distinguidos del Ejército, se convirtió en un entusiasta partidario del presidente Balmaceda y jefe de los servicios de seguridad. Como general de División, Barbosa jugó un destacado papel en la consolidación de la autoridad del gobierno y en la represión de las fuerzas opositoras, en su mayoría miembros de la élite. Lamentablemente para Barbosa, se vio implicado en la labor represiva, la que fue haciéndose cada día más sangrienta y llegó a su culminación con la llamada masacre de Lo Cañas, en la que ochenta y cuatro opositores que habían tratado de librar una suerte de guerrilla o cometer sabotajes fueron fusilados. Eso provocó conmoción e indignación en la sociedad y en el bando revolucionario, y Barbosa fue sindicado como uno de los principales responsables de esos sangrientos hechos.

Barbosa tomó el mando de las divisiones reunidas de Santiago y Valparaíso con cerca de ocho mil hombres para enfrentar al ejército revolucionario congresista, que constaba de nueve mil efectivos. La batalla decisiva tuvo lugar en Concón el 21 de agosto de 1891. Barbosa y el ejército del gobierno fueron derrotados, por lo que se replegaron hacia Valparaíso, mientras el ejército revolucionario congresista, aumentados sus efectivos con muchos desertores de las fuerzas del gobierno, se movilizaba hacia las afueras de esa ciudad.

Barbosa, ya complicado por la derrota de Concón y sufriendo un agravamiento de su diabetes, no pudo dirigir eficientemente a sus tropas en la batalla final de Placilla (28 de agosto de 1891), librada a las afueras de Valparaíso. Tras una lucha muy sangrienta, el ejército del gobierno fue totalmente derrotado. Barbosa, impotente ante el derrumbe de su ejército y viéndolo todo perdido, trató de replegarse hacia la ciudad, pero fue acorralado por un grupo de caballería congresista y entonces… ahora narraremos lo que pasó al final. Se dice que pese a estar rodeado por la caballería enemiga intentó defenderse enarbolando su sable mientras increpaba a sus atacantes gritándoles “¡Mátenme, perros!”, lo que hicieron brutalmente, a lanzazos, suerte que corrió junto a su escolta y al general de brigada José Miguel Alcérreca. Su cuerpo desnudo, quizás vejado, fue enviado a Valparaíso junto al de Alcérreca.

Sobrevivieron a Barbosa su segunda esposa Corina Baeza Yávar y dos hijos: Enrique y Alberto. Un cuarto de siglo después, en 1922, los restos del general Barbosa fueron exhumados junto a los del general José Miguel Alcérreca desde el Cementerio N° 2 de Valparaíso para ser trasladados a Santiago. El 1 de octubre se realizó una misa en la Iglesia Metropolitana, y luego fue sepultado con una imponente manifestación pública en el mausoleo del Ejército, en el Cementerio General.

> Puede uno imaginar que esos soldados u oficiales de caballería a los que gritó "¡Mátenme, perros!" eran conocidos por Barbosa. No se insulta al enemigo a menos que, conociéndole, se le reproche el estar en las filas adversarias. Quizás los conocía, pero no habían sido amigos. Quizás entre los que se encararon ese día había antiguas querellas, enemistades. Quizás simplemente Barbosa resintió en esos momentos finales que fueran a matarlo quienes habían sido, aunque no los conociera, camaradas en la guerra del Pacífico. O sintió desprecio por quienes se habían sumado a las filas del Congreso y sus intereses, a los financistas y comerciantes de Santiago y Valparaíso, a las viejas castas latifundistas, a quienes ponían su interés por encima del de la patria tal como la concebía Balmaceda. Jamás lo sabremos. En unos segundos, las aguzadas lanzas le partieron el pecho, le abrieron el vientre y lo arrojaron al vacío y la nada.

# Complacencia oligárquica

Lo que en los textos de historia se llama “era parlamentaria” o “república oligárquica” tiene una duración muy definida: comienza en 1891 con el derrocamiento de Balmaceda y termina o más bien comienza su término en 1920, con la llegada al poder de Arturo Alessandri, el “León de Tarapacá”. Fue una de esas épocas doradas —para ellas— que les toca vivir por un tiempo limitado a todas las oligarquías o aristocracias, aquellos lapsos históricos cuando su dominio económico, político y cultural es incontestado, cuando la masa laboral apenas aparece, cuando la gente humilde “conoce su lugar aquí en la tierra como en el cielo” y su subordinación es total en lo grande como en lo pequeño, frente a la urna electoral o en la cocina del patrón, en calidad de esclavos o de siervos, de obreros o campesinos, de nativos de otra raza o de proletarios de la misma etnia, como oscuros empleados de oficina o modestos profesionales, en el fundo o en la ciudad. Períodos oligárquicos como el descrito se pueden encontrar en toda sociedad que haya superado la fase original, formativa, cuando las estructuras y posiciones sociales se dirimían con las armas, como en nuestro caso fue el lapso de la guerra de la Araucanía, período de luchas contra los indómitos mapuches y de relativa homogeneidad de los batallones de españoles que luchaban contra ellos por hacerse de tierras y dominios; entre españoles e indígenas había la igualdad de quienes combaten cuando no se decide aún el bando ganador y entre los españoles mismos había la igualdad relativa derivada de la igualdad de la espada y del valor entre un hombre y otro. A esa etapa siguió otra —ya tratada en este libro— en que los indígenas habían sido ya vencidos, pero entre los vencedores mismos aún no se establecía un orden social sólido; no habiendo ya luchas significativas contra una población nativa avasallada, sí las había por el poder entre facciones de la clase vencedora, guerras civiles mayores o menores basadas en intereses pecuniarios y territoriales diferentes, aunque ya en medio de eso poco a poco se iba manifestando el acumulativo y creciente efecto de las ventajas de los más afortunados, de los más fuertes o los más hábiles para sacar provecho de lo ya conseguido.

La república oligárquica corresponde a la tercera etapa, cuando ya se ha producido la consolidación —relativa, por cierto— de una clase dominante más o menos homogénea o que ha resuelto sus diferencias internas con alguna clase de acomodo, por lo cual presenta un cuerpo unido y coherente frente a las masas de trabajadores, campesinos y cualquier otra forma que adopte el proletariado del momento. Superadas las luchas intestinas de clase y superadas desde hace rato las resistencias de los conquistados, emerge entonces esta etapa de dominio, de superioridad, de arrogancia, la etapa de los señores sin rivales, la fase en que los de arriba se sienten dueños del mundo, porque lo son.

Estos lapsos no duran más de un par de generaciones, pero a sus titulares les parece que durarán una eternidad; su sensación es que todo ha sido zanjado y no avizoran ni pueden avizorar amenazas, salvo ya en las décadas finales, cuando comienzan a escucharse los primeros crujidos

y el firmamento es empañado por las primeras nubecillas y las miradas de los de abajo no son ya humildes, sino que exudan rencor y deseo de cobrar venganza o, como diríamos hoy, de emparejar la cancha. Aquí y allá, de vez en cuando, hay una explosión de furia y violencia que los pone sobre aviso, pero todavía lo controlan todo y aún son capaces de reprimir brutalmente y sin asco, sin remordimientos. Santa María de Iquique es un ejemplo.

## Ramón Barros Luco, el del sánguche

De Ramón Barros Luco, uno de los presidentes de ese período, ningún ciudadano común sabe o alguna vez supo de su existencia. No por eso es menos útil como reflejo de su tiempo. No se sabe mucho de él porque ni fue padre de la patria como O'Higgins, ni el villano oficial de Chile como Pinochet, ni héroe o mártir como Allende y Balmaceda, ni educador y bebedor como Pedro Aguirre Cerda, ni el demagogo arrojando su abrigo a la chusma para que resistiera el frío como Arturo Alessandri, ni recomponedor de la democracia como Patricio Aylwin, ni estadista teórico y capitán del planeta como Ricardo Lagos. Barros Luco nunca hizo nada ni se le asocia con nada impactante capaz de convocar alguna remembranza en la, por lo demás, frágil memoria nacional.

Decirlo no es un juicio sobre su persona, sino sobre su época, la que aquí y ahora trataremos. ¿Cómo hubiera podido Barros Luco dejar huella trascendente o inolvidable en lo bueno o lo malo siendo, como fue, solo uno más del elenco de presidentes del período político cuando menos peso tuvo la presidencia y más hegemonía el Congreso, el lapso de la república parlamentaria cuando los mandatarios se despertaban en la mañana con un ministerio, almorzaban con otro y se iban a la cama con un tercero? ¿De qué modo pudo dejar huella un miembro del club de los oligarcas y caballeros que manejaron la nación como cuerpo colectivo, no como personalidades?

Hay períodos que, debido a su naturaleza convulsa, abundan en personajes inolvidables o extraordinarios, gente que saltó de la más profunda oscuridad al resplandor de la fama y la gloria como Napoleón, el más excelente ejemplo de esas erupciones de talento o desfachatez o de ambas, pero hay otros, los más, cuando aun los más notorios son completamente olvidables porque su notoriedad es puramente individual, accidental, sin nexo ninguno con el acaecer de la historia; además, esta puede estar transcurriendo sin presentar ninguna crisis o conflicto que lleve a algunos actores, por gusto o a la fuerza, a adoptar o preferir opciones dramáticas.

La historia era lenta y anónima durante la era parlamentaria, por mucho que los gabinetes cambiaran muy rápido de nombres. Los conflictos políticos eran cosa de familia, pendencias dentro de una clase y resueltas en la cámara o en el club, no una lucha entre clases, que se resuelve en el campo de batalla o en las calles. En ese ambiente más bien letárgico y calmo tras la apariencia de pleito y agitación permanente, se movieron todos los mandatarios del período de la república parlamentaria. Por eso de Barros Luco y de los demás saben apenas los historiadores profesionales y los pocos estudiantes y lectores acerca de dicho período que subsistan en el país, hace rato, dichos lectores, especie en extinción. Al público en general el nombre "Barros Luco" le suena solo al sánguche llamado de ese modo. Tal vez algunos pocos ciudadanos sepan que dicho emparedado se llama así porque un señor Barros Luco lo inventó, pero aún muchos menos se han enterado de que ese caballero fue presidente de Chile y casi nadie, salvo los académicos,

lo ubican en una fecha y un período de nuestra historia. Debemos, entonces, antes que nada, cumplir con una necesaria, urgente y elemental tarea de ubicación: digamos que don Ramón Barros Luco fue presidente de Chile entre 1910 y 1915.

¿Cuál fue o es la gracia de Ramón Barros Luco para considerarlo representativo, en su relativa oscuridad y olvido, de esa época? ¿Por qué él y no algún otro del mismo período, no muy distinto y no menos borroso? ¿En qué se diferencia de los demás socios de dicho régimen y en qué se distingue de los demás ricos, hacendados, dueños de minas en el norte o abogados de la plaza? ¿Por qué ha sido escogido?

La gracia —o desgracia— de Barros Luco y por la cual lo escogimos la veremos más adelante. Por lo pronto revisemos los hechos duros de su existencia tal como aparecen en los textos de historia. Fue, don Ramón, hijo de Ramón Luis Barros Fernández y Dolores Luco Fernández, de cuyas labores y ardores conyugales, los habituales, nació en Santiago el 9 de junio de 1835. Barros Luco estudió de niño en el Instituto Nacional y luego de joven en la Universidad de Chile, donde se tituló de abogado en 1858. Hasta aquí su trayectoria es exactamente igual a la de cientos de miembros de su clase. Ítem más, contrajo matrimonio con Mercedes Valdés Cuevas, con quien no tuvo descendencia. En esto hay una diferencia; esta gente, tal como hoy, solía ser muy prolífica y familias de seis hijos para arriba no eran novedad. Y con esa similitud y con esa diferencia termina la parte puramente personal de su vida; la pública, la política, la inició tan pronto como era también usual en casi todos los caballeros de la clase alta de esos años.

Regresemos al examen de esos tiempos. Para la membresía masculina de la élite de esas décadas ser parte activa de la política o siquiera tener estrechos nexos con ella no era cosa muy distinta a tomar y ser parte activa de sus negocios personales; de hecho, esa participación política era su principal negocio. Hacerla coincidía con su posición y sus intereses y Barros Luco no fue una excepción. No se enclaustró en la privacidad de una actividad profesional, científica, artística o económica, como por lo demás casi nunca lo hacen los miembros de élites que ejercen, en estos períodos felices, una hegemonía política y social incontestada. Como los señores atenienses del período clásico y preclásico, los de Chile no veían nada más natural y noble que ser parte de los asuntos del Estado y nada más sospechoso que estar fuera de eso. En Grecia, a quienes se retiraban del todo a la vida privada se les llamaba “idiotas”, palabra con connotación similar a la que usamos en nuestro idioma. De ahí, en Chile, en esos años y muchos después, la sobreabundancia de abogados, carrera entonces especialmente afín a dicha actividad por su cercanía a la formulación de las leyes. Y de ahí, en Grecia, la sobreabundancia de señores que se ponían en manos de sofistas y retóricos.

Como otros, Barros Luco ocupó gran variedad de cargos y lo hizo muchas veces. Se repitió el plato a menudo. Fue parlamentario y ministro de varias carteras en varios gobiernos. Tampoco se distingue por el bando al que se sumó en la administración Balmaceda, el de los “revolucionarios”, a pesar de haber sido miembro del gobierno. Casi todos hicieron lo mismo. La caída y muerte de Balmaceda no alteró su trayectoria. Al término de la guerra civil de 1891 fue ministro de las carteras de Guerra y Marina tanto en el gobierno de Jorge Montt (1891-1896) como en el de Germán Riesco (1900-1905), se desempeñó como ministro del Interior, fue electo

senador por Tarapacá (1891-1897) y finalmente y luego de tantos cargos llegó su momento culminante.

Ocurrió, dicho momento, después de la muerte del presidente Pedro Montt (1906-1910), cuando, en vísperas de celebrarse el Centenario de la Independencia, una gran Convención Liberal no pudo decidir a quién llevar de candidato a la presidencia para reemplazarlo, si a Agustín Edwards Mac-Clure o a Juan Luis Sanfuentes. Eso creó la situación clásicamente llamada de "el tercero en disputa", es decir, cuando una figura menor o de consenso disipa un dilema intratable entre dos rivales. En este caso, el hombre del consenso, el que satisfacía a todas las partes o al menos no molestaba a ninguna, fue Barros Luco. Su lema, muy apropiadamente, sería el siguiente: "Soy garantía para todos". Eso le permitió contar además con el apoyo del Partido Conservador. Fue elegido presidente de la república el 23 de septiembre de 1910 y concluyó su mandato en 1915.

Fiel a su lema, gobernó en forma alternada con la Alianza Liberal (liberales, radicales y demócratas) y la Coalición (conservadores, liberales democráticos y nacionales), y continuó así con la rotativa ministerial característica de todo el período parlamentario. Y, como todo gobierno, dejó algunas obras. Entre las destacadas se cuentan el edificio que luego albergó a la Biblioteca Nacional, el Archivo Nacional, el Museo Histórico Nacional y el edificio de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. Fundó, además, el Liceo José Victorino Lastarria (1913). De todo eso hoy nadie tiene idea.

Volvamos a la pregunta del principio: ¿en qué fue representativo de la república oligárquica el gobierno de Barros Luco? ¿Qué hito marcó o desmarcó? ¿Cuáles fueron las consecuencias de su carrera y mandato que reverberen como un eco por los vericuetos de la eternidad?

Ninguno. Ninguna. Nada. Por eso mismo es representativo. Cuando gobierna una clase en tanto que tal los individuos se hacen borrosos. Fue el caso de la Roma republicana clásica; gobernaba el Senado y por eso los cónsules y otros funcionarios se desvanecían en medio del peso y majestad de ese cuerpo. De ser la obra de Barros Luco importante o trascendente, de haber dejado huella, de recordarla todo el mundo, entonces él no habría tenido un lugar en este capítulo. Aquí solo lo hay para los total o parcialmente olvidados, para los actores de reparto y los tramoyas o para aquellos a quienes nadie ve y quizás debieran ver. Y al mismo tiempo, aquí tienen acogida los que por cualquier razón, aun en medio de su oscuridad, resultan queribles o dignos de compasión, divertidos o curiosos, propietarios de un rasgo amable o porque soltaron un decir ingenioso, por una postura o porque inventaron un sánguche. Esto último difícilmente será cosa que vaya a reverberar por los vericuetos de la eternidad, pero toca nuestros espíritus cada vez que tenemos hambre. Hay un hálito de calor humano en Barros Luco, de vida plena común y corriente que nos hace sentir que podríamos estar en sus zapatos en esos años lentos como de siesta, de interminables almuerzos, de calles vacías a las tres de la tarde, de carretas y caballos, de relojes de cadena reposando en las barrigas y por todo eso más cercana a nosotros que el lapso que le tocó vivir a los fulanos que ahora vemos en un pedestal de piedra o mármol o en un museo de la historia.

Es en dicho soplo de vida y hasta excentricidad donde radica el secreto de este breve e insignificante rescate de don Ramón desde las profundidades de ese olvido en el que volverá a

caer apenas usted, improbable lector, pase a otro capítulo, a otro nombre o a otro libro. ¿Quieren saber la verdad y nada más que la verdad? Sencillamente lo escogimos entre otros borrosos políticos de su mismo período porque su estilo nos resulta atractivo. Confieso, padre: preferiría, hoy, segunda década del siglo XXI, gobernando a un Barros Luco que a cualquiera de los personajes tan frecuentes y fastidiosos que no nos dejan en paz, siempre intensos, arrogantes, majaderos, a menudo también tóxicos y no pocas veces tan ignorantes como idiotas. Nos produce una inmensa e inevitable atracción la personalidad del hombre que acuñó la frase: "El 99% de los problemas se solucionan solos y el 1% restante no tiene arreglo". Suena hoy herético, irresponsable, desdeñoso, olímpico y reaccionario, pero dicho *statement* resulta medicinal para quien ha de escuchar todo el día la palabrería y presunción de militantes que creen tener en el bolsillo el diagnóstico del cien por ciento de los males y la receta de todas las curas. En ese desapego monumental de Barros Luco, en ese gusto por dejar fluir las cosas en pleno goce y libertad de su naturaleza, en ese conocimiento de que las interferencias suelen empeorarlo todo, en la despreocupación y quizás hasta el desdén por la agitación incesante de los incesantemente preocupados y ocupados, en esa especie de impávido letargo fundado menos en la pereza que en el escepticismo, todo aquello no puede sino hacer vibrar una cuerda de simpatía en el ciudadano con poco gusto por los ardores e intensidades del activismo, por los vociferadores a tiempo completo, por los devotos intentando convertir a todo el mundo a su fe y meterle por el gaznate a la ciudadanía sus agotadores y ridículos sueños y sus torpes utopías, por los que no dejan a nadie en paz, los hinchapelotas que hacen nata, los marchadores de todas las marchas, los levantadores de puños hostiles y amenazantes para y por todas las causas, en fin, los que creen que sin su abnegada participación y su desmesurado egoísmo y su descontrolada vanidad el mundo no tiene remedio.

> Extiendo mi perdón pleno y ecuménico y mi más profunda simpatía por este caballero, quien, según decían, solía salir de La Moneda después de almuerzo y con paso de polca, en paz y en calma y quizás, quién sabe, con unas cuantas copas entre pecho y espalda suministrándole esa maravillosa sensación de flotar un poquito por sobre las penas terrenales. De ese modo y en ese espíritu lo veo encaminarse a la Plaza de Armas y desplomarse en un escaño y dejar que a poco a poco el sueño lo venciera, por lo cual y a menudo ahí mismo se quedaba dormido. Lo imagino en esa postura, medio caído, a punto de irse al suelo. Los transeúntes lo mirarían sin tener idea de que, en ese bulto de gran tamaño, porque era hombre corpulento, residía un presidente de la república y no un borracho durmiendo la mona. ¡Cuánto bien nos haría tener más hombres y mujeres así! Al menos quien duerme no habla ni convoca. Lo dejo ahí, don Ramón. *Good night and good luck*.

Ramón Barros Luco falleció el 20 de septiembre de 1919, a los ochenta y cinco años de edad.

## Teresa Wilms Montt, poetisa y musa

No todo fue, en ese período, dinero, política, intrigas y presidentes durmiendo la siesta en la Plaza de Armas; hubo también, en esos años dorados de la oligarquía criolla, una dosis moderada pero notoria de glamour y romanticismo, a menudo este último, como parece ser el caso de Teresa, inspirado menos en el genio creativo que en el mal genio reactivo ante situaciones que a sus protagonistas les parecían asfixiantes e intolerables. Esa dosis o barniz lo pusieron algunos aislados miembros de dicha clase oligárquica y como tales le insuflaron ciertos desvalidos aires de sofisticación, los cuales, después de todo, también forman parte del período. Es lo que hace interesante al personaje que vamos a recordar.

Teresa Wilms Montt fue hija de esa “gente-gente” del período, casi toda ahora anónima. Ella puede ser recordada y, de hecho, es recordada sin los auxilios algo forzados del sepulturero haciendo labores de exhumación que es el autor de este libro, pero tampoco es universalmente conocida. De todos modos, ha merecido los afanes de siquiera unos cuantos párrafos en nuestra historia literaria, ha sido mencionada en memorias y crónicas de literatos mucho más importantes que ella y hasta se le dedicaron las efusiones y el rescate de una película de tufo progresista. No es tan poca ni tanta la gente como Teresa, en el limbo entre el olvido y el pleno recuerdo, algo así como actores de reparto en medio de las volteretas de la política, la literatura, las artes o el *entertainment*; fueron personas que al menos pueden situarse con nombre y apellido en su época y su mundo, gente con más sustancia que una efímera foto o unos segundos en un documental fílmico.

Entre esas personas a medias reales y a medias espectrales se encuentra nuestra Teresa. Es una de esas celebridades cuyo fulgor no es completamente un simple reflejo de la luz de otros, porque tuvo también la propia y siquiera un desvaído eco de dicho resplandor sigue llegando hasta nosotros. Incluso ha sido sacralizada como feminista prócer de dicho movimiento y suscita de vez en cuando algún recuerdo romántico y suspirante de novelistas y poetas.

No dejó de hacer méritos para eso; en sus agitadas aunque breves andanzas en este mundo, el cual abandonó apenas a los veintiocho años, Teresa, la flor más bella de la aristocracia chilena de su época, se dio el lujo de ser poetisa con publicaciones y todo, de establecerse como musa de otros, de protagonizar un escandaloso romance con un pariente de su marido, de asumir el feminismo, de inspirar artistas plásticos, de que la detuvieran en New York como presunta espía alemana, de convertirse en amiga de literatos importantes, de suscitar y ser testigo presencial de un suicidio y de mandarse el “gran final” más oscuramente romántico imaginable, la despedida de este triste mundo con una excesiva dosis de Veronal en un hotel de París.

Teresa fue una mujer de la alta sociedad con acceso a todos los bienes materiales de este mundo, pero nunca le interesaron, aunque posiblemente porque ya los tenía y los daba por descontado. Debido a su personalidad bastante compleja, su medio de origen le quedó chico; complementariamente, para ese medio ella era simplemente una loca zafada. No es un fenómeno excepcional. Hay siempre, aunque no son muchas, personas que poseen un grado de talento o temperamento algo superior al que requiere su medio, pero al mismo tiempo no lo suficientemente superior como para escapar de la fuerza de gravedad de aquel; eso las hace incapaces de adaptarse pero también incapaces de trascender y se convierten entonces solo en individuos extravagantes, en las “ovejas negras”, en neuróticas o neuróticos, en alcohólicos o aventureros políticos, en artistas mediocres, en despilfarradores de fortunas o de salud o todas esas cosas al mismo tiempo.

Nacida en 1893, en Viña del Mar, fue la segunda hija —de siete— del matrimonio de Federico Guillermo Wilms Montt y Brieba y de Luz Victoria Montt y Montt. Nació, entonces, en la “*crème de la crème*” viñamarina y nacional y recibió la educación propia de ese sector social en esa época, una domesticación integral dirigida a convertirla en esposa de otro miembro de la clase alta. Para huir de ese destino fue que a los diecisiete años se casó con Gustavo Balmaceda Valdés, contra la voluntad de su familia. Luego, apenas radicada en Santiago con su marido, se

integró fervorosamente a la vida cultural de la ciudad. Bellísima, deslumbrante, los celos y el alcoholismo de Gustavo le trajeron terribles conflictos familiares. Tuvo dos hijas, Elisa y Sylvia Luz.

Entre 1912 y 1915, por razones de trabajo de su esposo, debió abandonar Santiago e irse a Iquique, que por entonces vivía el auge salitrero. Asfixiada en un medio tan pequeño y provinciano, esta joven inquieta, rebelde y siempre anhelando algo más, buscó una salida a su asfixia en la única forma que podía encontrarla en una ciudad desprovista de las amenidades culturales de Santiago, esto es, entrando en relación con lo que hubiera de extremo y radical cerca suyo, de distinto y más excitante que la domesticidad de provincia. Ese incentivo lo encontró con las feministas y los sindicalistas de la época, por entonces criaturas rarísimas y siempre al borde la extinción, e incluso con la masonería, a la cual se unió en —presumimos— ceremonia secreta, amén de publicar algunas cosillas en la prensa de Iquique con el seudónimo de Tebal. Pero sobre todo espantó el tedio cayendo en los brazos de alguien más, porque ni el sindicalismo ni el feminismo ni la masonería son suficientes para repletar el alma y corazón de una mujer de ese temperamento. Ese alguien más resultó ser Vicente Balmaceda Zañartu, pariente de su marido. Su familia descubrió el desaguisado y como castigo, siguiendo cierta tradición gótica europea, la recluyeron en un convento. Allí celebraría su primer intento de suicidio.

Ese encierro, paradojalmente, fue el inicio de su liberación. Como en un desopilante drama del cine mudo, apareció un galán a rescatarla. Ese galán fue el poeta y pituco Vicente Huidobro, otro personaje marginal de la clase alta chilena. Huidobro la ayudó a escapar del convento y abandonar Chile embarcándola hacia Buenos Aires, donde rápidamente y como era previsible, se involucró con los medios literarios y se hizo habitué de la bohemia bonaerense. En esa ciudad su ambición literaria se materializó en dos libros de poemas, *Inquietudes sentimentales* y *Los tres cantos*, ambos elogiados por la crítica y sobre todo por la turba de pretendientes que la acechaban y el medio aristocrático en el que esta belleza se movía. Todo en Teresa y en lo que rodeaba a Teresa olía a romanticismo. Un joven despechado se suicidó frente a ella —un incivil pistoletazo— porque no aceptaba su amor, pero como si eso no fuera suficiente, decidió alistarse en la Cruz Roja y así ser parte de la Primera Guerra Mundial. Para esos efectos se embarcó a Nueva York, donde fue detenida porque se sospechaba que era una espía alemana. Se encaminó entonces a España y a la bohemia madrileña, donde conoció a los escritores Gómez de la Serna, Gómez Carrillo y al chileno Joaquín Edwards Bello, y se convirtió además en la musa de Ramón del Valle-Inclán.

Inspirada por tanta peripecia, en esa misma ciudad publicó *En la quietud del mármol*, con prólogo de Gómez-Carrillo, y *Anuarí*, prologado por Ramón del Valle-Inclán. Y para coronar la torta adoptó el seudónimo de Teresa de la Cruz. Continuaron sus andanzas. Volvió a Buenos Aires, publicó allí *Cuentos para los hombres que son todavía niños*, en 1919 se embarcó rumbo a Europa, llegó a Londres, de nuevo a España, se reunió con sus antiguos amigos, intercambió misivas con Valle-Inclán, partió a Sevilla, Córdoba y Granada, y finalmente se fue a París, donde al fin pudo ver, luego de cinco años, a sus hijas. Elisa tenía casi nueve años, y Sylvia seis y medio.

“Con mi hermana íbamos por les Champs Elysées cuando se detuvo un taxi y nos hizo señas una mujer con una capelina negra. Nos acercamos. Yo la quedé mirando abismada de su belleza. Tenía unos ojos de una profundidad increíble. No sabía que era mi madre. Se acercó para abrazarme y me dijo: ¡Mi amor, yo soy tu mamá!”, recordaría Sylvia, años después.

Teresa logró verlas dos días a la semana gracias a las gestiones de algunos diplomáticos, pero muy pronto las niñas volvieron a Chile con sus abuelos. El dolor se apoderó de Teresa, quien decidió encerrarse en su habitación de la Avenue Montaigne, donde casi no comía, fumaba en exceso y tomaba medicamentos para adormilar sus sentidos. Escribió en su diario:

> Me siento mal físicamente. Nunca he tributado a mi cuerpo el honor de tomar su vida en serio, por consiguiente no he de lamentar el que ella me abandone. Desnuda como nací me voy, tan ignorante de lo que en el mundo había. Sufrí y es el único bagaje que admite la barca que lleva al olvido.

En vísperas de la Navidad de 1921 Teresa tomó una alta dosis de somníferos. Ingresada al Hospital Laënnec el 22 de diciembre, murió el día 24, cuando tenía solo veintiocho años.

“Todo eso, dicha historia, es interesante o siquiera intrigante”, dice usted, “pero a fin de cuentas, ¿qué clase de poetisa era? ¿Buena, mediocre, mala?”. No es pregunta que debieran hacerme a mí. Si la sensibilidad para la poesía se mide del uno al diez, la mía es cero. Puedo, eso sí, darles un ejemplo sacado de su volumen *Anuarí:*

> Llega todas las noches a mi alcoba.
>
> Sin tener ojos me mira, sin tener boca me habla, y su mirada y su voz son tan hondas como el silencio de los sepultados.
>
> Está muy lejos, y está conmigo, piensa en mi cerebro y llora en mis lágrimas.
>
> Cuando procedo mal, Anuarí castiga mis huesos, atravesándolos del hielo de una carcajada sin dientes.

Soy incapaz de evaluar ese poema. Carezco de la protuberancia craneana que de acuerdo con la frenología de Gall capacita a sus poseedores para estremecerse con esas cosas. Tampoco procede examinar este texto según las reglas de la lógica o el sentido común porque, al menos eso entiendo, la poesía intenta moverse en otro paradigma lingüístico. Es ahí donde me pierdo. Se me hace difícil aceptar que alguien sin ojos y sin boca pueda mirar y hablar. ¿Será eso una metáfora? Del silencio de los sepultados no me pronuncio. Ciertamente los muertos no pueden iniciar una charla, pero no sé si eso constituye un silencio hondo o uno simplemente por *default*. ¿Y las carcajadas sin dientes? ¿Es que alguien se ríe luego de ir al dentista para tan intensivo tratamiento? ¿O se refiere a una calavera? Las que he visto suelen conservar su dentadura. En fin, me pierdo, repito. Le voy a preguntar a los especialistas.

> Ah, pero qué importa. A damas de la belleza ultraterrena de Teresa es innecesario pedirles nada, salvo que existan. Sé que decir esto va frontalmente contra el discurso feminista, pero qué diablos, nací en 1949 y no tengo remedio y tampoco miedo. Y ya que he violado tan importante sección del lenguaje políticamente correcto, me siento en libertad de agregar que en Teresa distingo menos a una verdadera artista que a una jovencita con pretensiones artísticas, a una mujer incapaz de aceptar su posición tanto por buenas como malas razones, abusadora del enorme efecto que producía su belleza, ambiciosa, amiga de codearse muy oportunamente con los famosos y los importantes pero al mismo tiempo sinceramente hastiada de su medio, de sus estrecheces, de su pacatería y pequeñez mental y simultáneamente, posiblemente sin saberlo,

insuficientemente talentosa como para aportar algo de valor en el campo que le interesaba. Demasiado sensible pero no demasiado inteligente, demasiado inquieta pero no lo suficientemente brillante, demasiado ansiosa pero no demasiado creativa, Teresa, creemos, encarna casi como modelo de laboratorio la clase de personas que se elevan por sobre su medio lo bastante como para detectar su insignificancia, pero no tanto como para emprender verdadero vuelo; son, por eso mismo, vidas muy atormentadas, proclives a la depresión y más protagonistas de una tragedia que creadoras de una que valga la pena. Pobrecita, descanse en paz.

# Cielito lindo

En 1920 no se acabó de golpe la república parlamentaria, pero se inició el proceso que acabaría con ella cinco años más tarde. 1920 fue el año en que Arturo Alessandri Palma ganó la presidencia de la república enfrentando a un candidato de la más rancia procedencia oligárquica, Luis Barros Borgoño. La ganó al son del *Cielito lindo* y haciendo o sugiriendo promesas a nuevos actores aparecidos gradual y acumulativamente en la escena social, a saber, a la clase obrera, a los estudiantes, a unos cuantos intelectuales de izquierda y a los militares. Por tanto, su campaña fue diferente a lo que se conocía hasta entonces, con embriones de lo que ahora llaman, con cierto gastado aire épico, "movilizaciones sociales".

A no pocos les disgustó ese nuevo estilo. Para nada le complació a la oligarquía, pero tampoco a los anarquistas, quienes llamaron a no dejarse engañar por las promesas; a los socialistas, en cambio, se les ocurrió que era una buena oportunidad para ganar mayor libertad. El Partido Obrero Socialista, más tarde Partido Comunista, propuso a Luis Emilio Recabarren como su candidato presidencial.

Alessandri no obtuvo una victoria directa en las urnas, por lo que el Tribunal de Honor debió decidir su elección. Ya convertido en presidente, se encaró con un clima político y social complicado: su apoyo popular era fuerte, pero había una gran crisis económica, la cesantía crecía y las protestas se multiplicaban. De ahí su decisión de promover reformas constitucionales que reforzaran el poder presidencial debilitado durante los años de la república oligárquica. Así lo planteó en su mensaje a la nación de 1921 y lo reiteró en 1923, esbozando una modificación de las prácticas parlamentarias y la supresión de las facultades políticas del Senado que le eran contrarias. Para esos efectos inició una gira por el país y, con ocasión de las elecciones de marzo de 1923, Alessandri estaba convencido de contar con un gran apoyo popular, confianza derivada del amplio respaldo a sus iniciativas sobre leyes sociales, reformas de la Constitución y modernización de la economía a través de la creación de un Banco Central.

Pero no solo contaba con el apoyo del pueblo y su *Cielito lindo*. Para reforzar su postura abiertamente se acercó y mimó a las Fuerzas Armadas. Durante su gira lo que más visitó fueron cuarteles y en ellos se quejó de los impedimentos que se les ponían a sus reformas. "No me dejan gobernar", era su *motto*. Con eso Alessandri jugaba con fuego, porque ya desde 1910 se notaba en las FF.AA. un clima de efervescencia que nacía de diversos menoscabos: la mala calidad del contingente, la falta de equipamiento y un desinterés de la clase política por los problemas militares —la paga principalmente—, a lo que se unían vecinos hostiles y problemas limítrofes no resueltos. Se sentían, los militares, ciudadanos de segunda clase, postergados, olvidados, mal pagados, hasta desdeñados.

El resultado de jugar con ese fuego no se hizo esperar; primero apoyado por los militares y su creciente presencia política, Alessandri logró la aprobación de varias leyes importantes,[2] pero luego la situación se descontroló. Un comité militar que se había originado como un órgano consultivo de la presidencia decidió seguir activo más allá de lo debido, al punto de que, en 1924, Alessandri, sintiéndose sobrepasado, se vio en la necesidad de renunciar y solicitó permiso al Congreso para abandonar el país. Pero era tarde: el comité militar, ya transformado de facto en Junta Militar, le solicitó que retirara su renuncia y solamente pidiera permiso para salir, lo que Alessandri rechazó porque implicaba someterse a la autoridad de los militares y convertirse en su títere. Pidió entonces asilo en la embajada de Estados Unidos. El Congreso, mientras tanto, lo autorizó a salir del país, y asumióo entonces el poder supremo de la nación el general Luis Altamirano. El 11 de septiembre —¡vaya fecha agorera en la historia nacional!— de 1924 se instalaba oficialmente una Junta de Gobierno integrada por los generales Altamirano, Juan Pablo Bennett y el almirante Francisco Nef. De inmediato disolvieron el Congreso.

¿Junta Militar? ¡Había dos! Una encabezada por Altamirano, que se identificaba con la oficialidad mayor del Ejército y la aristocracia; la otra, establecida en el Club Militar, representaba a la baja oficialidad identificada con la clase media; eran, estos últimos, militares con incipientes ideas socialistas, bajas rentas —ayudan mucho a inspirar las ideas socialistas— y postergaciones profesionales, pero al cabo de un breve tiempo optaron por disolverse.

Aun así, la tensión no hizo sino crecer. Se criticaba a Altamirano y se pensaba en solicitar a Alessandri que regresara al país. El 23 de enero de 1925 los principales regimientos de Santiago rodearon La Moneda y apresaron a los miembros de la Junta de Gobierno. Dos días después se formó una nueva Junta, encabezada por el civil Emilio Bello Codesido, político liberal balmacedista, amén del general Pedro Pablo Dartnell y el almirante Carlos Ward. Inmediatamente se pusieron en contacto con Alessandri y le solicitaron que regresara al país con la condición de que llevara adelante una completa reforma constitucional. Detrás del movimiento estuvieron Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove.

Luego de su retorno en marzo de 1925, Alessandri comenzó de inmediato a buscar los medios para llevar adelante la reforma constitucional. Abandonando la idea de la Asamblea Constituyente, conformó una Gran Comisión que incluyó a representantes de todos los partidos. Finalmente, el 30 de agosto, en un plebiscito que fue calificado de “excepcional” por sus contemporáneos, se aprobó la nueva Constitución, que entró en vigor el 18 de octubre. La nueva Constitución puso término al parlamentarismo, estableció el sistema presidencial, la Ley de Presupuesto, el veto presidencial, la protección de los derechos inviolables de las personas en calidad de “garantías constitucionales”, se fijó el período presidencial en seis años no reelegible inmediatamente, se entregó el control de las elecciones a un organismo llamado Tribunal Calificador de Elecciones, se estableció un rol activo del Estado al entregársele la función de garante de la protección del trabajo, la seguridad social y la equitativa distribución de la riqueza, la tuición sobre el derecho de propiedad sujeta a los intereses del bien común, y se declaró la separación Iglesia-Estado y la plena libertad de culto. En breve, la Constitución de 1925 estableció una supremacía del Poder Ejecutivo por sobre el Legislativo, pero más regulado que en la Constitución de 1833.

Fue una reforma importante y necesaria, pero coincidió con el fin del ciclo salitrero, del cual provenía la mitad de los ingresos fiscales. Comenzaron a cerrar muchas de las oficinas salitreras y aumentó la cesantía, aunque simultáneamente comenzaba a instalarse el nuevo ciclo, el del cobre, pero solo comenzaba a reemplazar al otro y mientras eso ocurría los militares formaban juntas para hacer valer sus derechos o sus intereses; la turbulencia política no cesaba, como se verá en el próximo capítulo. Sin embargo y al mismo tiempo, el país avanzaba en otros campos en su trayectoria desde la sociedad tradicional hacia la modernización, trayectoria que aún hoy, siglo XXI, no termina. Y en eso tuvieron un papel algunos héroes y heroínas hoy olvidados y que son los que ahora entran en escena.

## ¿Quién ha oído de Salazar y Sazié?

En un estudio de 2015 se comprobó que la audiencia promedio de radio en un día tipo es, en Santiago, de aproximadamente 2.800.000 personas entre hombres y mujeres mayores de quince años y de los grupos C1, C2, C3 y D. Quién sabe cuánta gente sintoniza una radio en los estratos más pitucos, los AB. Sin estirar mucho la cuerda podríamos suponer que cerca de tres millones de personas oyen diariamente algún programa.

¡Tres millones diarios de auditores o más! Bien nos dicen siempre las radios que "nos acompañan". La televisión no logró cambiar eso; quizás modificó algunos hábitos, quizás restó algunas horas de audición, quizás puso fin a los radioteatros, quizás se hizo dueña de la noche, pero "escuchar radio" sigue siendo una costumbre nacional. Las dueñas de casa que en vez de hacerlo ven un matinal de televisión han sido más que compensadas en número por el fenómeno masivo del automovilista que apenas entra a su vehículo enciende la radio.

Sin embargo, ¿cuánta gente de dicha audiencia sabe cómo empezó todo? ¿Quiénes fueron los pioneros en nuestro país?

Muy probablemente usted, amigo lector, ni siquiera había oído estos nombres, Arturo Salazar y Enrique Sazié. Salazar se puede considerar lisa y llanamente uno de los genios científicos —muy escasos— que ha producido el país. Ya de adolescente, interesado en el trabajo de Edison, construyó un fonógrafo, una máquina grabadora y un parlante. Años más tarde, instalada ya su reputación como eminencia científica, en el laboratorio de la Universidad de Chile construiría un equipo de recepción de ondas radiotelegráficas que le permitía captar estaciones de Europa y Estados Unidos. Tal vez Enrique Sazié Herrera, quien nació justo cuando Salazar emulaba a Edison, no pueda ser catalogado a la misma eminente altura que Salazar, pero sus logros fueron importantes y en todo lo que hizo demostró gran talento. No por nada, como Salazar, todavía sumamente joven construyó su primer transmisor.

Recuerdo a estos hombres como protagonistas oscuros de la época del *Cielito lindo* no solo por la obvia razón de que fue en esos años cuando llevaron a cabo su tarea, sino además y principalmente porque son representativos del aliento de modernidad, de la aspiración a salir del torpor agrario, del despertar que trajo consigo el período inaugurado por Arturo Alessandri. De ese clima estos hombres, Salazar y Sazié, son un notorio ejemplo.

Fue en 1922, en una sala de la Universidad de Chile, cuando y donde Sazié comenzó a construir un transmisor. Lo hizo en el laboratorio del profesor Salazar y con la colaboración del Batallón de Comunicaciones, el cual le facilitó tres tubos de vacío Telefunken de cincuenta vatios cada uno. Luego de fabricar el transmisor se dedicó a construir un receptor que eventualmente iba a ubicar en el segundo piso del edificio del diario *El Mercurio*. De ese modo, el 19 de agosto de 1922 logró trasmitir la popular marcha que entonaban los soldados aliados en la Primera Guerra Mundial *It's a long way to Tipperary*, después de lo cual Enrique Cabré y Norberto García interpretaron un tema a dúo en violín y finalmente Rafael Maluenda, escritor y periodista de *El Mercurio*, hizo un breve comentario político en el que hizo el paralelo entre el perro del general Alcibíades con el foxterrier del presidente de la república, Arturo Alessandri. Maluenda se transformó así en el primer comentarista político de la historia de la radiodifusión chilena.

Faltaba, sin embargo, la segunda parte para que se asentara la industria radiofónica: faltaba una audiencia contundente. Ahí es donde entró a tallar Federico Helfmann, quien, asesorado por Enrique Sazié, se dedicó a vender receptores de radio. Para hacerlo era necesario contar con una emisora que realizara programas diarios y, para eso, el versátil Sazié construyó un pequeño y rudimentario transmisor con una potencia de cinco vatios.

Las cosas adquirieron más velocidad cuando la firma Errázuriz Simpson compró los derechos de Federico Helfmann y formó la Compañía Radio Chilena, con capitales de firmas ligadas a la electrotécnica como Westinghouse, General Electric, Telefunken, Telegrafie San Fils y Marconi Wireless. Una vez más, Enrique Sazié fue el cerebro de la puesta en marcha del plan, el gran organizador. Para emitir lo antes posible transformó un equipo de radiotelegrafía en un transmisor de radiodifusión y así, el 26 de marzo de 1923, siete meses después de la primera transmisión de la Universidad de Chile desde *El Mercurio*, se inauguró Radio Chilena, cuyos estudios estaban en el décimo piso del edificio Ariztía.

No necesitamos seguir examinando cómo se desarrolló la radiodifusión a partir de esa fase embrionaria. El interesado en la historia de la radio en Chile puede encontrar bastante material en internet. Importan aquí los pioneros, Salazar y Sazié. De Sazié como persona sabemos muy poco. Era un tipo quitado de bulla. Basta ver su foto para notar, por su expresión y su mirada, que su temperamento no era el de la clase de gente que se anda pavoneado y publicitando sus méritos, reales o ficticios. No era ingeniero electrónico ni civil, sino agrónomo, pero desde niño tal fue su interés por la tecnología de la radiotelegrafía que fabricó por su cuenta toda laya de aparatos, al punto de impresionar a Salazar, quien lo convocó a trabajar en su laboratorio. Desde ese momento y hasta la muerte de Salazar laboraron siempre en equipo. A Sazié, nacido en 1897, la parca se lo llevó en 1988. Tuvo tiempo entonces para ver hasta qué punto creció lo que comenzó como el más modesto de los experimentos.

Arturo Salazar es probablemente la figura más eminente del dúo y, de hecho, es una lumbrera científica nacional y casi internacional. Nació en Andacollo, en 1855, donde su padre se desempeñaba como ingeniero militar. Era, su padre, fulano de elevado intelecto y por lo mismo supo criar un genio, como veremos que Arturo fue. Ya a los quince años, con su vocación formada, era asistente de Física en el colegio de los Padres Franceses en Valparaíso y luego,

entre 1883 y 1884, se convirtió en profesor de Física en la Academia Naval y gerente de la compañía de gas de esa ciudad. En el mismo período comenzó a colaborar con Carlos Newman, profesor de Química de la misma academia, con quien publicó investigaciones científicas relacionadas con temas de salud pública que le dieron gran prestigio. Hombre de variados intereses y curiosidad sin límites, se carteó con luminarias como el filósofo Herbert Spencer, el escritor Miguel de Unamuno y el filólogo Marcelino Menéndez y Pelayo.

A los cuarenta años, Salazar se había convertido en un renombrado científico, profesor e intelectual que dominaba un enorme campo de intereses. Fue el iniciador de los estudios de ingeniería eléctrica en la Escuela de Ingeniería de la Chile, de la que fue decano por veintisiete años. En ese tiempo urdió el proyecto visionario de crear una red eléctrica nacional aprovechando las caídas de agua, proyecto que con los años se convirtió en realidad. Lo que ahora es nuestra red eléctrica se originó en la mente de Salazar. Sería en medio de esta increíblemente vasta producción de ciencia e ideas que Salazar llegaría a ser, con Sazié, el padre de la radiotelefonía nacional. Salazar murió en 1943 como hombre muy reconocido en el campo de la ingeniería. Hay retratos y bustos suyos en recintos académicos y en una planta eléctrica.

Sin embargo, ¿quién lo conoce fuera de esos círculos? Vale aquí el mismo argumento que usaremos más adelante, cuando tratemos el caso de Justicia Acuña Mena. Es el siguiente: la ciencia no calienta a las multitudes. No la calienta porque no la entiende y no trata de entenderla porque no le interesa y no le interesa porque no entiende nada. En ese círculo vicioso se mueve la postura del vulgo hacia la ciencia. La ciencia implica un fuerte, intenso interés por saber, por entender cómo funcionan las cosas, por qué son lo que son, a lo que debe unirse una tremenda concentración, persistencia, capacidad de trabajo e inteligencia. Esas virtudes no son muy frecuentes en el ciudadano de a pie; a este la ciencia le importa solo en función de su utilidad, del servicio que le presta al brindarle toda laya de tecnologías, del placer que extrae de estas, de las necesidades que satisface. Tratar de entender su funcionamiento entraña un esfuerzo que está muy por encima de la escala de prioridades del cerebro común y corriente; si de explicaciones se trata, al hombre de la calle le basta con lo que “se dice”, con las convenciones establecidas, las supersticiones, los clichés del momento, las consignas, los idiotismos. La ciencia es vista con el mismo criterio con que se mira un peral: se está dispuesto a estirar la mano para arrancar la fruta, pero no a estudiar el árbol, su desarrollo, necesidades, cuidado, tratamiento y fisiología vegetal. ¿A quién le importa el origen de la radio en Chile? Basta estirar la mano y encender el receptor.

> Siendo yo también un ciudadano de a pie, al menos digo en mi descargo que miro con el mayor respeto a estos personajes tan notables. Siento que todo lo que nosotros, ciudadanos corrientes, hacemos o hemos hecho, no vale ni significa mucho ante lo que ellos crearon o crean. Siento que no hacemos sino explotar y aprovechar los frutos de sus inteligencias. Siento que esas personas son las verdaderas personas. Siento que son los verdaderos herederos de la Tierra. Nosotros, la “ciudadanía” que hoy tanto saca pecho, tanto exige y tanto pretende, no somos sino material de relleno, intercambiable, vano, banal.

## La gran injusticia con Justicia

Justicia Espada Acuña Mena, nacida en 1893 y fallecida en 1980, fue la primera ingeniera chilena y latinoamericana por haber sido, como es obvio, la primera mujer que estudió dicha ciencia en estos territorios. Se la recuerda intermitentemente en su facultad, la de la Universidad

de Chile, cuando se entrega cada dos años un premio con su nombre a una mujer ingeniera que haya destacado, pero ¿por qué más y cuándo se la recuerda? Posiblemente aun en el círculo profesional de la ingeniería su nombre no evoca sino una sonrisa por su gran peculiaridad semántica. Ni siquiera hoy, con tantas mujeres militando devotamente en las filas del nuevo credo, el del género, con tantas damas predicando y a veces vociferando acerca de la igualdad, del aborto como derecho, de la igualdad de los ingresos, las cuotas en política, etcétera, subsiste la más completa ignorancia acerca de la existencia de Justicia. Ya dije que la ciencia no calienta al público aun si la ejercitan mujeres, las cuales, al saberse de su profesión, cuando mucho despiertan curiosidad de que "se dedique a eso". Si de mujeres se trata, el glamour está en las poetisas, en las actrices, en las literatas, hasta en Mata Hari, pero no en una ingeniera. Dicho sea de paso, Justicia Acuña no ingresó a la Escuela de Ingeniería —en 1913— apoyada por un movimiento feminista, por las ONG de género, por un clima de opinión, por una conferencia de prensa o por una denuncia de los justicieros de la televisión, sino simplemente por su *inteligencia*. Esa misma cualidad la convirtió en calculista de los proyectos de FF.CC. del Estado. Y a la pasada tuvo siete hijos. Sí, se puede ser profesional y madre al mismo tiempo.

Se la recuerda aquí y allá y de vez en cuando, ya lo hemos dicho, pero no como debiera ser, esto es, no solo en el ámbito de una profesión sino como un icono importante de la historia nacional. Se recuerda mucho más y de modo masivo a mujeres como Violeta Parra, Gabriela Mistral, la Desideria y a la Pury Durante. ¿Es que acaso las mujeres son recordables e importantes solo si se dedican a alguna variedad del *entertainment*? ¿Si son poetisas y cantautoras, actrices o cómicas de la lengua? Sobre o alrededor de una de estas últimas damas se ha tejido incluso una inmensa leyenda y mitología. La fama la precede y la acompaña y la preserva en el embalsamamiento de un culto impenitente aun mucho después de su muerte.

La explicación es simple: para la masa resulta mucho más cercano quien compone y canta canciones de amor que quien resuelve ecuaciones de cálculo diferencial. En el mundo de la ciencia y la tecnología no más de dos o tres nombres son recordados por haber sido su contribución no solo en extremo importante, sino además en extremo publicitada; es el caso de Einstein, con su ya archiconocido retrato del genio de cabellera revuelta y el hongo atómico a su espalda.

Podría alegarse que la contribución de Violeta Parra al arte popular es mucho mayor que la contribución de Justicia Acuña Mena a la ciencia o siquiera a la profesión que ejerció. Pero ¿cómo medir el efecto que tuvo la señora Acuña incentivando a otras mujeres jóvenes a probar suerte en ingeniería? ¿Cuántas de las chicas que estudian esa ardua ciencia, hoy al menos el 20% del alumnado, fueron inspiradas quizás sin saberlo, seguramente sin saberlo, por Justicia o por los caminos que ella abrió? ¿Y cómo evaluar la contribución que esas ingenieras van a dar o ya han dado? ¿Cómo evaluar la reverberación a lo largo de décadas del paso dado por Justicia?

Las ciencias, la tecnología y los avances en dichos campos son recibidos con complacencia debido a los beneficios que entrañan, pero lamentablemente sus héroes son normalmente desconocidos, ignorados o ninguneados, salvo excepciones que confirman la regla y lo son más por su presencia mediática que por su peso científico. Todos usamos diariamente el automóvil, pero ¿cuántos saben quién inventó el motor de explosión que lo hace posible? Todos miran la

televisión incontables horas diarias, pero ¿cuántos saben quiénes la inventaron? Nadie, en cambio, deja de saber quién compuso *Gracias a la vida*.

> ¡Cuántas pullas, agravios y burlas recibiría Justicia en un torrente incesante en sus primeros días de clases en ese lejano 1913! Solo imaginen la mirada despectiva de los profesores de Cálculo o los comentarios desdeñosos de hasta los mozos de aseo de la facultad, siempre dichos en voz suficientemente alta para que ella los oyera. Y luego vendría la demorosa aceptación de sus compañeros de curso, el respeto gradual pero lento, muy lento, el rechazo o miedo de sus propios familiares por lo que estaba haciendo, después las dificultades para encontrar trabajo, la duda en tantos rostros, la creencia de haberse recibido de ingeniera por favores especiales, sus repetidos embarazos, la crianza de siete hijos, el despecho de mujeres de su medio incapaces de recitar la tabla del tres, las envidias, los reproches, el tardío reconocimiento, las entrevistas que le hicieron cuando ya era viejita y aun así y luego de tanto obstáculo simplemente el anticlímax de la jubilación, el envejecimiento y el olvido.

## A propósito del olvido

Sady Zañartu, de quien hablaremos más adelante en el capítulo dedicado a los “años oscuros”, los del golpe militar, no ha sido —ni será— el único laureado con el Premio Nacional de Literatura de quien nadie sabe ni recuerda nada y aun menos le importa a nadie, salvo a la parentela y a tres o cuatro especialistas dedicados a hurguetear hasta en el último rincón de la historia de las artes literarias del país. Es triste y es frecuente porque la literatura, como las artes en general, incluso las ciencias, están sometidas a las leyes de la moda, la notoriedad y el tronar de las trompetas de la fama. Con o sin premio de por medio, los novelistas, los poetas y hasta los autores de no ficción, los de historia, biografías, gastronomía, etcétera, dependen para ser o no ser recordados y hasta celebrados de si sus personas o sus obras estaban en sintonía o no con el estado de ánimo de los editores o críticos o lectores o todos ellos juntos. Estarlo depende, a su vez, de factores incontrolables. ¿Hay en el autor sentimientos similares a los que reverberan en la cabeza del público? ¿Tiene un carácter que lo capacite para hacer el debido lobby? ¿Es persona lo suficientemente sociable como para entrar en contacto con quienes cuentan? ¿Publicó justo en el momento preciso? Y un largo etcétera.

¿Y la obra en sí misma, su calidad, su valor, su originalidad, nada de eso importa, se pregunta usted? Importa, pero más bien a la larga. En el corto y mediano plazo grandes poetas, filósofos o novelistas han sido ninguneados y autores de tercera fila aclamados; en el largo plazo estos últimos son olvidados y se aclama a los primeros, pero ya están muertos y no pueden enterarse.

De todos modos, el público en general rara vez se entera de lo que sucede en el campo literario. En poesía el ciudadano medio sabe de dos o tres nombres que han llegado a convertirse en iconos, pero nada más. Lo mismo en la narrativa. Debe haber más de un chileno creyendo que en Chile no ha habido más poetas que la Mistral, Neruda y Nicanor Parra. Pero los hay, los ha habido y han ganado distinciones y han escrito algo de valor y nunca más se supo. Veamos un caso.

## Ojitos de pena

Es el de Max Jara, Premio Nacional de Literatura del año 1956, pero cuya obra se desarrolló en los mismos tiempos cuando Justicia, la ingeniera, luchaba por hacer lo suyo contra viento y

marea. Max Jara nació en 1886, más o menos en los mismos años que Justicia, en Yerbas Buenas, localidad cercana a Linares, y murió en 1965. ¿Había oído usted hablar de este caballero? Probablemente no. Y probablemente tampoco se lo recordaría mucho o se sabría de su existencia, aunque usted, estimado lector, fuera Matusalén y hubiera estado vivo y en pleno estado de alfabetismo cuando este caballero componía su obra.

Como ocurre con casi todos los escritores y poetas, el interés de Jara por la creación en ese campo se manifestó tempranamente. Ya en 1889, a los trece años, publicó sus primeros versos en el diario *El Deber* de Talca. En 1901 viajó a Santiago, completó sus estudios escolares y eventualmente ingresó a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, carrera que abandonó al tercer año para dedicarse a la literatura y la vida bohemia. Muchas personas a veces —pocas veces— de talento han caído o se han arrojado a eso, al periplo por bares y mentideros de candidatos a la gloria eterna, pero la mayoría sin otro resultado que convertirse en alcohólicos. No fue en este caso, creemos, porque Jara se las apañó y consiguió trabajo como uno de los escribientes en la Facultad de Matemáticas de la Universidad de Chile. Tuvo otras pegas en la Dirección de Obras Públicas y en la empresa Ferrocarriles del Estado. También redactó cables en los diarios *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado*, hizo de profesor e inspector general en la Escuela de Ingeniería y, por último, fue subjefe administrativo en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile. Al menos una o dos de esas labores son incompatibles con un exceso de frasco. Y mientras tanto, escribía.

Escribía y escribía y al fin, en 1909, publicó su primer libro, *Juventud*. Es una obra de poesía romántica inspirada en Pedro Antonio González, primo hermano de su padre y otro olvidado, pero lo de Jara no ostentaba tanto romanticismo como lo de su tío. Sobre esa primera etapa del poeta, Raúl Silva Castro indicó lo siguiente:

> Los poemas iniciales de Max Jara ofrecían bellos comienzos, estrofas o versos llenos de sentido, armoniosos y elegantes, fiel reflejo de un alma melancólica y la transcripción meditabunda de sus esperanzas y de sus congojas, pero no había en casi ninguno de ellos un desarrollo que correspondiera con fidelidad al ansia del poeta por hallar una forma.

En su segundo libro, *¿Poesías...?*, editado en 1914, Max Jara abandonó definitivamente los resabios simbolistas y se aproximó al romancero vulgar y a la juglaresca medieval española. Es al menos lo que dicen los especialistas. Y luego vino el clímax, *Asonantes*, de 1922, el año en que Alessandri Palma veía cómo le paraban en el Congreso sus intentos de reforma. La crítica lo consideró su libro más logrado. Manuel Silva Acevedo, para variar otro miembro de la larguísima lista de los olvidados, dijo que “este tercer libro ha logrado plasmar con gran belleza aquello que enuncia en el subtítulo de la obra, vale decir, el tono menor”. De este modo culminó la empresa, dicen los entendidos, “de conducir su labor lírica por lo más hondo del sentimiento, lejos de cualquier artilugio cerebral y dentro de un lenguaje formal”.

¿Qué significa todo eso?

Veamos un ejemplo de ese libro, el poema “Ojitos de pena”, el cual, nos aseguran, “quedó inscrito en la tradición literaria chilena”.

> Ojitos de pena
> carita de luna,

lloraba la niña
sin causa ninguna.

La madre cantaba,
meciendo la cuna:
“No llore sin pena,
carita de luna”.

Ojitos de pena,
carita de luna,
la niña lloraba
amor sin fortuna.

“¡Qué llanto de niña!
sin causa ninguna”,
pensaba la madre,
como ante la cuna:
“¡Qué sabe de pena,
carita de luna!”.

Ojitos de pena,
carita de luna,
ya es madre la niña
que amó sin fortuna;
y al hijo consuela
meciendo la cuna:

“No llore, mi niño,
sin causa ninguna;
no ve que me apena,
carita de luna”.

Ojitos de pena,
carita de luna,
abuela es la niña
que lloró en la cuna.

Muriéndose, llora
su muerte importuna.
“¿Por qué llora, abuela,
sin causa ninguna?”.

Llorando las propias,
¿quién vio las ajenas?
Mas todas son penas,
carita de luna.

No haré comentarios, salvo que no me dio pena, pero ¿quién soy yo, sordo y ciego ante la poesía, para hacer juicios líricos y críticos? Como sea, en 1956 un jurado compuesto entre otros por Eduardo Barrios y Pablo Neruda, nada menos, decidió otorgarle el Premio Nacional de Literatura. Tal vez Jara, de modos indirectos, quizás hasta imperceptibles, inspiró siquiera algo

de la poesía de Parra o Neruda, genios y poetas mayores. Los caminos de la influencia artística son, como los del Señor, inescrutables.

¿Y a título de qué, se preguntará usted, recordar a Jara como parte de este período? ¿Por qué no algún otro olvidado, pero no *tan* olvidado? Tengan la amabilidad de permitirme una respuesta: Jara, creo, quizás también algún otro, pero no lo conozco, representa bien, por su sensibilidad que hoy podría parecernos rebuscada, amermelada, exagerada y aterciopelada —por decirlo con las más educadas palabras que pude congregar— el talante de esos años. ¿No son los poemas de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* de Neruda apenas menos engolados y acaramelados? El fantasma de Teresa Wilms Mont y el de tantos más penaba a destajo. La gente, me han dicho ancianos nonagenarios, sollozaba a mares en los "biógrafos" cuando el galán de boca pintada lloraba en silencio la partida de su amada. En un cine de Mulchén, me contaba mi abuela paterna, una vieja gritaba: "¡Alguien que le avise a ese pobre hombre que lo van a acuchillar!", cuando a Valentino se la aproximaba, daga en mano, el malo de la película. Éramos un país joven y los jóvenes son románticos. Vaya usted ahora a decirle a un púber de trece años que le recite a su "perra" un poemita de amor.

> He ahí a Max haciendo lo suyo, escribiendo y quizás declamando sus versos tan dulces en esos años de los que uno no tiene otra referencia que las viejas fotos puestas y ofrecidas en YouTube o en los archivos de bibliotecas y universidades, imágenes en blanco y negro de viejos autos, cansados caballos, carretoneros patipelados empujando su mercancía, señoras de sombrero de ala ancha, caballeros de colilla y corbatín, pelusas sonrientes mirando la cámara, edificios que ya no existen, personas que ya no existen, todo lleno de vida y sin embargo todo definitivamente muerto, disuelto, olvidado, ido; en medio de eso estaría Max, en algún lugar, en alguna pega ajena a sus gustos, borroneando poemas en un cuaderno, en una servilleta, quizás a medias escondidas o a la hora de almuerzo, en su pensión o donde fuera que viviese. Dudo que hoy sus libros los lea nadie. ¿Cuándo publicaron por ultima vez a Jara? ¿Cuándo fue la última vez que los ojos de pena apenaron a alguien? Sin embargo, hay alguna clase de inmortalidad en todo eso, aunque sea tan perecedero. Al menos yo lo recuerdo, Max.

# Golpes en miniatura y mucha literatura

Para sorpresa de no pocos que, como es usual, confunden los diez o quince años de historia política que han vivido o recuerdan, o de la cual tienen alguna desvaída noción con la textura y fragancia de la totalidad de la historia del país, Chile también vivió —antes del famoso o infame 1973— un período de desorden, inestabilidad, cambios fulminantes de gobierno, saltos de mata, golpes de Estado, declamaciones y declaraciones demenciales y gestos histriónicos día por medio y que parecen solo concebibles en una república bananera o en una farsa de Woody Allen. Fue en los años treinta y el detonador sería la terrible crisis del año 1929. Revisemos brevemente los hechos.

En octubre de 1929 se derrumbó estrepitosamente la Bolsa de Nueva York. No fue tan súbito e inesperado como algunos creen porque la mano ya había escrito en el muro las terribles palabras *mene, mene, tekel, upharsin*,[3] pero dada la capacidad humana para incapacitarse si lo que se avizora no es bueno y si acaso lo necesario para evitarlo es arduo y doloroso, la mayor parte de la gente cerró los ojos y siguió invirtiendo en papeles sin otro valor que la celulosa con que estaban hechos. Sería un desastre más o menos anunciado, pero olvidado y solo recordado cuando ya era tarde.

La Gran Depresión, como se la llamó, hundió al mundo capitalista en un instantáneo derrumbe de los valores bursátiles y financieros y echó a pique la actividad industrial y comercial en un no tan rápido pero sí prolongado naufragio hasta que finalmente tocó fondo. Mes a mes, año a año, las cifras desmejoraron y las colas de desempleados a la espera de una sopa caliente crecieron y perseveraron. Así fue hasta la Segunda Guerra Mundial. Y entre los países afectados por el desplome, Chile lo fue más que todos.

El impacto, ya se dijo, no fue instantáneo. Durante 1929 hubo esperanzas de que el derrumbe se detendría y luego la economía se recuperaría, lo que no ocurrió porque en esa época aún no imperaba la visión keynesiana en virtud de la cual hoy, en situaciones como esas, el Estado interviene activamente mediante el gasto público para de ese modo mantener girando los engranajes. Los bancos centrales de esa época hicieron lo contrario: se apretaron el cinturón y empeoraron la situación. Disipada esa ilusión de que el traspié era transitorio y las cosas mejorarían, la crisis comenzó a sentirse en Chile, con fuerza, entre 1930 y 1932. Según un informe que ha sido citado cientos de veces, el de la Liga de las Naciones (World Economic Survey), nuestro país fue el más perjudicado. Primero de a poco, luego aceleradamente, las exportaciones de salitre y cobre se fueron derrumbando. Con eso cayó el ingreso fiscal y se evaporaron las reservas. Ya a mediados de 1931 fue necesario suspender el pago de la deuda externa, bastante cuantiosa, pues los años relativamente prósperos de la administración Ibáñez se financiaron de ese modo. Pronto los desastres económicos se traspasaron a la esfera política. Comenzaron las protestas contra del gobierno de Ibáñez, quien debió renunciar y hasta partir al

exilio en julio de 1931. Eso, a su vez, generó una crisis que se tradujo en que en poco más de un año se sucedieran varios gobiernos, uno de ellos, una entre mítica y farsesca República Socialista que duró doce días.

Pero los treinta fueron también de una gran floración artística en todas las avenidas del arte, además de logros tecnológicos y científicos bien por encima de lo que se hace hoy en día con toda una institucionalidad ad hoc, sí bien pobre y por lo mismo convertida hace mucho más en campo de batalla para pelear por presupuestos que para fomentar la investigación. La década de los treinta y la siguiente bien podrían ser consideradas las de más eminente efusión de actividad cerebral del país, como ya se verá.

Es en este período multifacético y bastante creativo que tuvo su oportunidad de entrar en escena el olvidado y pintoresco Marmaduke Grove.

## Marmaduke manda el buque

Al político Marmaduke Grove (1878-1954), cuyas peripecias le dieron no poca vida y aire de sainete a ese período crítico, se le recuerda principal y quizás únicamente por el lema que usó en sus años de más relumbre: "¿Quién manda el buque? ¡Marmaduke!". El peso que Grove llegó a tener en la historia política de Chile fue, aun en su momento culminante y en esos años de revoltijo, bastante menor que la resonancia de esa frase, la cual ha durado décadas o al menos más que el protagonista. De hecho, su protagonismo sería más bien tan solo pintoresco, aventurero, salvo quizás por el acto fundacional que celebró —junto a otros— del Partido Socialista.

Llena de peripecias, saltos de mata, intrigas, destierros, regresos, pronunciamientos, ruidos de sable, vuelos acrobáticos y un largo etcétera, la vida política de Marmaduke Grove tiene mucho del cine de Errol Flynn (de quien era contemporáneo), de aventuras de capa y espada y de comedia de los hermanos Marx, pero poco de trascendencia histórica. Hombre movedizo, inquieto y gustoso de meterse en asuntos del más elevado esplendor y en todos los cuales se hizo notorio su deseo de dejar alguna huella, de ser *prima donna* y de hacer la diferencia, aun así en el registro de la política chilena su incansable agitación no lo llevó a nada realmente trascendente ni dejó nada verdaderamente memorable; más que actor principal o siquiera de reparto, protagonizó un colorido "cameo". En breve, Marmaduke nunca mandó ningún buque, aunque sus cabriolas lo encaramaron por ratos a más de uno en varias oportunidades y estas además fueron lo suficientemente graciosas, hasta en sus momentos de mayor seriedad, como para merecer su presencia en este libro. Ya se verá.

Algo de su estilo rocambolesco que conoceréis más adelante quizás lo haya heredado de su padre, don José Grove Ábalos, radical, desterrado durante el gobierno de Balmaceda por actividades opositoras. ¿Qué actividades? No sabemos. No sabemos nada más de él. Al menos yo no lo sé. No tenemos idea si en verdad su estilo era como el que sería de su hijo. Imaginamos que de su persona solo queda, como de tantos otros caballeros de su época, una desvaída foto en sepia tomada en un estudio adornado con motivos grecorromanos y grandes floreros. Y en cuanto a la niñez de Marmaduke, esta debe haber sido tan indiferente y borrosa para la historia como la de cualquier otro niño del planeta porque solo comienza a hacer noticia cuando en 1892

ingresó a la Escuela Naval, institución de la que fue expulsado en el último año de estudios. Es el primer acto notable que se registra y quizás también el capítulo inaugural de su carrera repleta de saltos, de dramatismo y de alta y baja comedia, aunque ese año el público a su disposición de seguro fue solamente su atónita familia. ¿Y por cuáles actividades se le expulsó? Tampoco estamos enterados, pero hacerse expulsar precisamente en el último año tal vez nos hable de una incipiente inclinación al melodrama, como también de su condición de impermeable a las desgracias grandes o pequeñas porque, impertérrito, se las arregló en 1897 para entrar a la Escuela Militar, institución donde conocería a dos fulanos no menos movedizos, Carlos Ibáñez del Campo y Arturo Puga. Dios los cría y las escuelas matrices los juntan.

Salido de allí en 1906 —el año del terremoto en Valparaíso— como subteniente de artillería, viajó a especializarse en Alemania y estando en esa destinación fue ascendido a capitán. Regresó a Chile en 1911 y entre 1913 y 1917, tras ingresar a la Academia de Guerra, fue asignado al Regimiento de Artillería General Velázquez de la Guarnición Tacna. El hombre debe haber sido buen oficial y eficaz como organizador, porque entre 1920 y 1924 sería subdirector de la Escuela Militar. En 1923 ya era teniente coronel.

Hasta ese momento el currículum del movedizo Marmaduke no es sino el de un buen oficial haciendo distinguida carrera y quizás en seguro curso al generalato; si así hubiera sido y en eso quedado nadie sabría nada de él, nadie excepto quizás sus bisnietos si acaso recordaran, mirando un viejo álbum de familia, quién es el caballero que aparece desfilando con las patas muy en alto en el Parque Cousiño en un lejano 19 de septiembre. Sin embargo, la historia se encargó de arrojarlo de bruces a otro escenario.

Ese otro escenario y esa otra historia fue la del *Cielito lindo*, la era de Arturo Alessandri, el Chile que con el León de Tarapacá puso fin a los plácidos años de la república parlamentaria y oligárquica. Rota dicha era, rota fue también su paz. En el reducido esbozo de clase media de esos años, los oficiales menores de las Fuerzas Armadas, que eran buena parte de aquella, sintieron que podían ser agentes activos del quehacer de la nación más allá o más acá de sus cuarteles. Y sobre la base de dicho sentimiento acaecieron los sucesos conocidos como el “ruido de sables” (1924), cuando dicha oficialidad, disconforme con sus bajos sueldos, concurrió un día a las graderías del Congreso y desde ellas hizo notar su malestar envainando y desenvainando sus sables, ruido de cuchillería cuyo significado no pasó inadvertido a los tribunos de la época. Y sería el inquieto Marmaduke quien consiguiera el apoyo de la Marina para mostrar así la unidad de las Fuerzas Armadas en lo que concernía al petitorio. Además de desenvainar el sable, Marmaduke desenvainó la pluma y escribió a favor del movimiento bajo el seudónimo “Ekud”.

Las cosas no quedaron reducidas a la demanda de mejores salarios. La élite se debe haber asustado. Hasta ese día el Ejército era una entidad oscura, aislada, sumisa, callada y obediente. Por eso, por contraste, la sonajera de sables precipitó la renuncia del entonces presidente Arturo Alessandri Palma e hizo posible el golpe de Estado de septiembre de ese mismo año, que dio lugar a una Junta en la que participó Carlos Ibáñez del Campo, su amigo de la Escuela Militar.

Posiblemente favorecido por eso, amén de sus ruidosos talentos, en 1925 fue ascendido a coronel y nombrado director de la Escuela de Aviación, pero Marmaduke no era hombre para conformarse con regresar a las previsibles vías de la carrera militar y simplemente adquirir

grados hasta la jubilación. Políticamente activo, crítico, revoltoso, imprevisible en sus dichos y en sus escritos, al fin se hizo molesto y la Junta decidió alejarlo de Chile, para lo cual lo designó agregado militar en Suecia y jefe de la Misión Militar en Europa. Así se practicaban los exilios en esos años y entre colegas, con cierta decente elegancia.

En 1926, Carlos Ibáñez del Campo, para aquietarlo y domesticarlo, lo confirmó en su cargo en Londres, pero Marmaduke no se quedó tranquilo sino al contrario, estando en esa ciudad tomó contactó con el expresidente Arturo Alessandri, quien también había sido desterrado. Y no siendo eso suficiente, junto al general Enrique Bravo, otro desterrado, más el mayor Carlos Millán, que estaba en comisión, suscribió un aparatoso documento titulado "El pacto de Calais", definición y nomenclatura quizás desmesurada considerando que no eran precisamente, dichos tres sujetos sin apoyo de nadie, el triunvirato de César, Pompeyo y Craso. Aun así, Carlos Ibáñez lo despojó de su cargo y entonces el flamante triunvirato se comprometió, en 1929, a derrocar a Ibáñez, reconquistar la democracia y restablecer la Constitución, qué menos. No pudieron; apenas en su segunda reunión "secreta", esta vez celebrada en Dover, fueron sorprendidos por agentes de Ibáñez y deportados a Buenos Aires. El 28 de noviembre se le dio de baja del Ejército. A ver si con eso al fin se quedaba en paz.

Hasta ese año, estimado Marmaduke, ¡cuántas expulsiones! ¡Qué cúmulo de audacias! ¡Cuántas peripecias! Usted de seguro lo llevaba en la sangre. Yo llevo en la sangre molestarme y moverme lo menos posible, usted la de no quedarse nunca quieto. No es de extrañarse entonces que en 1930 viajara a Argentina a preparar un golpe contra Ibáñez. Más extraño, en cambio, es el método que usó para viajar clandestinamente a Chile a prepararlo y ejecutarlo, a saber, en un avión pintado de rojo que sobrevoló toda Concepción antes de aterrizar en el Regimiento Chacabuco, donde sería recibido por el teniente Carlos Charlín Ojeda. Como volar sobre una ciudad en un avión rojo no contribuye al secretismo, apenas se habían dado la mano con Charlín ya lo estaban arrestando. Sometido a Corte Marcial, fue enviado en destierro a Isla de Pascua. Cualquiera de nosotros, en ese predicamento, hubiera consumido en esa isla unos cuantos meses o años mirando de hito en hito los moais y bostezando a morir, pero no Marmaduke, quien logró escaparse abordando una corbeta francesa que lo llevó a Tahití y luego a Marsella, todo esto en 1931. Poco después de su llegada a Europa dimitía Ibáñez y le entregaba el poder al presidente del Senado, Pedro Opazo Letelier.

Vistas dichas circunstancias, Marmaduke Grove ya no aguantó un minuto más en Europa y regresó al país, donde el presidente Juan Esteban Montero, no se sabe si en retribución por sus servicios o para que dejara de hacerlos, lo reincorporó al Ejército. Corría el año del Señor de 1932, pero mucho más corría la vida de Marmaduke porque no había terminado marzo cuando se le nombró comandante en jefe de la Fuerza Aérea. Con eso, se dirán ustedes, el hombre al fin debió haberse quedado tranquilo, sentado cabeza y seguido una carrera y llegado al bendito día de la pensión, pero ese apacible transcurrir no era para Marmaduke y entonces, a pesar de los favores y del nombramiento que le había conferido Montero, a las pocas semanas demostró ser hombre capaz de poner el bien de la nación por encima del agradecimiento y en un periquete organizó la sublevación de la Escuela de Aviación de El Bosque y derribó a Dávila el 4 de junio de 1932.

No fue un hecho trascendental en la historia de la galaxia, pero de todos modos planteó interrogantes. ¿Derriba usted un gobierno y qué hace después? Hoy, criaturas más pequeñas y timoratas como lo somos todos, los chilenos nos preguntamos y vacilamos por cosas tan pedestres como con quién vamos a gobernar o cuál es el programa, pero no Marmaduke. No hay que meditar tanto si usted pretende hacer historia. Marmaduke, de inmediato, sin año sabático entremedio, ayudó a instaurar una república socialista gobernada por una Junta Militar. Esta república socialista que pretendía cambiar para siempre el rumbo de Chile duró doce días y debe ser registrada, entonces, menos como parte de la historia del país que como sabroso capítulo de la farsa en que en esos años se había convertido la historia de Chile. Es la experiencia socialista más breve hasta ahora conocida y en ese sentido fue el polo opuesto de los socialismos reales que, para desgracia de sus pueblos, suelen perpetuarse por generaciones.

La Junta duró entonces algo más de lo que le tomó a Dios crear el universo y la formaron el general (R) Arturo Puga, Carlos Dávila y Eugenio Matte. Durante su fugaz gestión, Marmaduke fue nombrado ministro de Defensa Nacional, cargo que desempeñó con gran estabilidad puesto que duró un lapso similar al del entero gobierno de la Junta. No fue un régimen con el tiempo suficiente para abocarse a grandes realizaciones. En materia económica todo lo que logró o más bien intentó hacer fue que la Caja de Crédito Popular devolviera, a quienes empeñaban, todos los artículos de uso doméstico que estuvieran en prenda. Con eso y de modo visionario se adelantó a las políticas populistas, pero además se adelantaron casi un siglo al discurso de los tiempos actuales, pues la Junta, preocupada de las ahora llamadas pymes, estableció la obligación del Banco Central de otorgar créditos a pequeños industriales mineros y agricultores por medio de institutos de fomento. Se adivinará que eso quedó en nada. En el ámbito internacional establecieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Y ahí terminó su obra, su legado, se diría ahora, porque dichas medidas generaron divisiones al interior de las Fuerzas Armadas, a las que les parecieron muy bolcheviques. Para dar término a dicho peligro rojo, el 16 de junio de 1932 Carlos Dávila derrocó a la Junta y puso fin a la brevísima república socialista.

¿Y Marmaduke qué? Marmaduke, como un actor de reparto que sale a escena a repetir por enésima vez su única frase del libreto, fue una vez más relegado a Isla de Pascua y una vez más su estancia allí duró lo que un suspiro. Ese mismo año los socialistas lo presentaron como candidato, Marmaduke llegó del exilio dos días antes de la votación y pese a eso fue el segundo candidato con más popularidad tras Arturo Alessandri Palma.

En 1933, fiel a un sentimiento de justicia social que dicen brotó en su espíritu el día mismo que lo sacaran a patadas de la Escuela Naval, participó en la constitución del grupo Acción Revolucionaria Socialista, el cual más tarde se integraría al Partido Socialista Unificado. El 19 de abril del mismo año fundó el Partido Socialista de Chile. Fue secretario de la primera directiva junto a Óscar Schnake, presidente, y Carlos Alberto Martínez, tesorero.

> El lector podría preguntarse en qué consistía el socialismo de Marmaduke, pero la respuesta a eso es muy difícil. ¿Cómo se puede saber qué leyó, qué estudió, qué meditó, qué experimentó? En teoría pudo Marmaduke haber asimilado las doctrinas socialistas luego del examen de la entera literatura marxista. O pudo haber llegado a eso —como tantos otros en ese tiempo y en el actual— simplemente hojeando unos folletos o tal vez un texto de divulgación al alcance de grandes y chicos. Pudo declararse socialista a base de unas cuantas emociones, lecturas del diario, resentimientos contra el orden social y algunas conversaciones de bar. Pudo sentirse socialista por admiración a terceros, aunque eso, en un tipo egocéntrico como Marmaduke, es más bien

improbable. O pudo sencillamente subirse al carro de lo que comenzaba a estar de moda, como también en esos años posiblemente ocurrió con muchos jóvenes que adhirieron al nazismo. El caso de Marmaduke y su afiliación al socialismo es, en el fondo, el de casi todos los feligreses de cualquier credo. ¿Qué hace que fulano o zutano se declaren socialistas o nazistas o regionalistas o progresistas o partidarios del aborto o en contra del aborto? ¿Cuál es el mecanismo que lleva a una militancia, a una afiliación, a veces hasta un profundo compromiso con tal o cual causa o postura? Casi de seguro rara vez resulta de un estudio a fondo del asunto. Nadie se retira por un año sabático a leer el pro y el contra de una posición política o filosófica para llegar a una conclusión y decidirse por una militancia. De hecho, prácticamente nadie sabe ni siquiera aproximadamente cómo ni cuándo adoptó una postura. Los mecanismos que nos llevan a una se desarrollan en el tiempo, oscuramente, en confusa mescolanza de emociones, motivos, clichés oídos y repetidos, quizás algunos pocos pensamientos propios, una lectura o dos, la conveniencia anímica y material del momento, lo que estaba a la mano para huir del tedio o el afán de adquirir una identidad, a veces también por razones eróticas, el amor o pasión por alguien de ese credo, una anécdota desagradable o favorable que se nos quedó pegada y un largo etcétera. En un hombre de acción como Marmaduke puede conjeturarse que el lado académico, teórico e intelectual tuvo menos peso que cualquiera de los otros. En él, como en todos nosotros, la vida sencillamente lo llevó al socialismo tal como en otras circunstancias pudo haberlo convertido en canuto. Por las razones más nimias a veces estamos dispuestos a los actos más atroces o a los sacrificios más admirables. Y el lector también podría preguntarse si acaso la trascendencia de Marmaduke no se basa en su papel en la fundación del PS. Puede ser. Cosas de importancia suelen tener orígenes olvidados, nombres perdidos, actos pasados por alto. En la inmensa inconsciencia y desmemoria de la humanidad se basan también los recuerdos.

Como sea, cualesquiera hayan sido los caminos que llevaron a Marmaduke a convertirse en un cumplido socialista, en las elecciones complementarias de 1934 fue electo senador por la Cuarta Agrupación Provincial Santiago para el período 1933-1941. Luego, en las elecciones parlamentarias de 1941, fue reelecto para el período 1941-1949. Ya en 1938 había asumido como secretario general del Partido Socialista y presidente del Frente Popular, combinación política de centroizquierda que más adelante lo designó precandidato presidencial. Sin embargo, Pedro Aguirre Cerda fue quien se transformó en el candidato de consenso y obtuvo el triunfo en las urnas el 25 de octubre de ese año.

He ahí la coyuntura clave que hizo de Marmaduke el olvidado y de Aguirre Cerda el recordado. De discusiones internas entre quién sabe quiénes de los partidos de la coalición surgió el gran papel histórico de uno y la sepultación del otro. Quién sabe si por esa derrota preelectoral Marmaduke llegó a desarrollar “diferencias estratégicas” con su partido y lo abandonó para luego, junto a otros dirigentes, fundar el Partido Socialista Auténtico, hoy automáticamente olvidado. En él se mantuvo, después de todo él mismo lo creó, hasta 1949, cuando culminó su período senatorial y abandonó, al fin, la actividad política.

Murió el 15 de mayo de 1954 en Santiago. Vuestro narrador e investigador histórico tenía a la sazón cinco años y ni se enteró de dicho deceso.

## Celuloides rancios o el incendio que no prendió

Por los mismos años cuando Marmaduke trataba de mandar algún buque y entre tantas otras cosas olvidadas, tanto y a tal punto que los contemporáneos las creen recién inventadas, un ejemplo particular de eso —diríamos “muy vistoso” si por definición no ocurriera precisamente lo contrario, que nadie lo ve— lo ofrece el cine producido en Chile durante no solo los años treinta sino desde los principios mismos de esta industria en el planeta. No pocos ciudadanos creen, en especial los jóvenes, que antes de las películas picarescas del Rumpy, con chicas y

chicos zambulléndose en la cama antes de los primeros diez minutos, nunca existió ni una sola hecha en el país. Gente algo mayor recuerda quizás *El chacal de Nahueltoro* o, sin son aún más ancianos, alguna de Manolo González o Germán Becker, como, de este último, la inmortalmente absurda *Ayúdeme usted compadre*, de la cual ya nos haremos cargo cuando lleguemos a la época a la que corresponde. Hasta ahí llega la memoria nacional. De lo que se hizo en los años cuarenta o cincuenta y en especial lo hecho antes de la tecnología del cine sonoro, el chileno promedio y aun el medianamente informado no tiene idea.

Sin embargo, en nuestro país y en las primeras décadas del siglo xx se hizo mucho más de lo que ustedes piensan. Hubo toda una experimentación, un interés, un entusiasmo bien grande. El genial Jorge "Coke" Délano cuenta más de una anécdota acerca del cine de esa época en su estupendo —y también muy olvidado— libro *Yo soy tú*. Tanto fue así que en el período del cine mudo en Chile se produjeron ¡ochenta y dos! películas. De ellas solo se conservan cuatro, a saber: *El húsar de la muerte* (1925), de Pedro Sienna; *Canta y no llores, corazón, o el precio de una honra* (1925), de Juan Pérez Berrocal y *El leopardo* (1926), de Alfredo Llorente. Y, por cierto, *Incendio*, de Carlos del Mudo, rodada en 1926, esto es, ya casi en esos años treinta que estamos examinando. La suerte que corrió esta producción sirve de ejemplo de las vicisitudes de la producción fílmica de esos años y del talante que reinaba entre los espectadores que la consumían. Salvo excepciones —como *El húsar de la muerte*, siempre recordada o que al menos le suena a cinéfilos normales o gente algo enterada— al cine mudo le fue mal con la posteridad y a veces hasta con su presente, de todo lo cual *Incendio* es triste manifestación y reliquia; lo es de todo lo que hubo de precario y de añejo, de triste y de olvidado, de disipado y desvanecido del cine chileno de esos años.

*Incendio* fue filmada en 1926, en Valparaíso y Viña del Mar, cuando reinaba la prosperidad basada en el endeudamiento externo promovido por Ibáñez. La produjo el cineasta Carlos del Mudo, quien en su obra puso en escena una historia de amor con todos los elementos propios desde siempre y para siempre del melodrama lacrimógeno y sentimental; a la pasada quiso rendir un homenaje a los bomberos, esto es, entregó el paquete completo, *full* equipo, todo en uno. Del Mudo no hizo honor a su apellido. Fue uno de esos personajes que en algún ámbito y por un momento logra tener gran presencia, protagonismo, locuacidad y hasta relumbrón, aunque luego y casi en seguida desaparecen completamente; Del Mudo es uno de ellos y tanto es así, que hay en estos días gente asociada a la historia del cine chileno que anda buscando descendientes suyos —y del resto del elenco y del cuerpo técnico— para enterarse qué fue de su vida porque no hay antecedentes públicos más allá de esos años. No los hay en ninguna parte, señal inequívoca de que no hubo una carrera posterior visible y registrable. De los cineastas de esa época se suele recordar a Pedro Sienna, pero, fuera de unos pocos especialistas y anticuarios, ¿quién recuerda o recordaba a Del Mudo hasta que su *Incendio* fue encontrado en una feria de antigüedades?

Del Mudo se involucró por entero en su película. La produjo, escribió el guion, la dirigió y la protagonizó junto a la bella —la "niña de la película"— Francisca Launnert. El elenco además incluía a Evaristo Lillo, Álvaro Valencia y Armando Borrasco. Al estrenarse, evento celebrado en dos cines de Valparaíso para solo después ser llevada a otros del país, la publicidad de la película en afiches, los comentarios de Del Mudo en la prensa y todo el ruido mediático que modestamente se podía generar en una época sin televisión ni "redes sociales" intentaron o

pretendieron posicionarla como la “gran obra” del cine chileno, una producción que sería o era ya un hito, la fundación del nuevo arte cinematográfico nacional.

Para que no quedaran dudas de sus aspiraciones a la grandeza, se estrenó acompañada de una orquesta, tal como se hacía en Hollywood en ese tiempo. Más aun, su producción costó medio millón de pesos, cifra sideral en esos años. Tal vez fue así porque para darle cuerpo al incendio se quemaron un par de cosas de verdad. El realismo llegó al extremo de que la Francisca corrió riesgos y declaró, indignada, que jamás volvería a hacer una película con Del Mudo. La prensa, nada de recatada en elogios, puso al director en los cuernos de la luna al describirlo como uno de los más importantes del cine latinoamericano de entonces. Pese a todo eso, al estruendo y la hiperinflación de alabanzas y elogios, al cabo de pocas semanas el ya existente e insistente aluvión de cine mudo yanqui y la —digámoslo francamente— muy discreta calidad de la película, lo elemental de su guion previsible incluso para un niño de pecho y también algo soso hasta para un período más ingenuo que el nuestro, como era aquel, muy acostumbrado a alimentarse de las más elementales tramas, llevó prontamente a *Incendio* a salir de las salas de exhibición de primera clase, emigrar a las de segunda, a las de barrio, de provincia y así en pasos graduales hasta caer en un profundo olvido que duraría noventa años. Le ocurrió no solo a la película sino también a sus protagonistas, a todos los que participaron en ella y al objeto físico mismo, a sus rollos, al rancio celuloide que sería encontrado en pésimo estado por el coleccionista y restaurador Jaime Córdova en una feria de antigüedades de Valparaíso en el año del Señor de 2015.

Esa es la triste verdad. El *Incendio* no prendió. *Incendio* se apagó en menos de lo que canta un gallo. *Incendio* no puso en llamas el cine nacional. *Incendio* no calentó a nadie. Y se apagó también Del Mudo, quien no produjo ni una sola película más. Y para desgracia se apagó la bella Francisca Launnert, quien había actuado antes en *El monje,* pero luego de *Incendio* no se supo de ella ni una palabra, al punto de que no hay antecedentes acerca de su persona en ninguna parte, ni siquiera en revistas especializadas, señal de que se retiró por completo a la vida privada. A no ser por Jaime Córdova y su rescate, ¿quien sabría hoy de su belleza? Y cuando este viejo peliculón deje de ser novedad, como lo fue el año 2017 en los círculos de cinéfilos e historiadores y por las solas circunstancias de su azaroso encuentro y su papel como obra rescatada del olvido, ¿cuánto más durará en el recuerdo? Ahora, reparada y mejor conservada, no cabe duda de que de todos modos regresará al cementerio donde duermen casi para siempre casi todas las películas.

> Vi a Francisca en la reposición de *Incendio* que se celebró hace unos meses luego de la penosa recuperación técnica de sus fotogramas, uno a uno. ¿Quién era, de dónde salió, qué fue de ella? ¿Qué pituco o millonario se casó con Francisca y sacándola de todo trajín artístico la fondeó en la domesticidad? Y si no, ¿a qué país se fue en busca de mejores oportunidades que las de filmar una película que sería olvidada en una semana y exhibida en un país olvidado desde siempre? ¿Tuvo descendencia? ¿Qué año, qué día murió? ¿Tal vez en ese otro país como ahora lo imagino, sola y anciana, sin nadie que supiera cómo había sido, qué bella había sido en su juventud? Así es como uno se pasa películas acerca de gente vista en imágenes que se remontan a demasiados años y por tanto ya sabemos más allá de toda duda que esa carne resplandeciente irradiando belleza y juventud y de la cual hemos visto un fugitivo gesto, una mirada hacia la cámara de sorpresa o de risa, se ha convertido en cenizas y sus restos yacen en el silencio y oscuridad de una tumba situada quién sabe dónde, bajo qué cielo, en qué cementerio, recordada por quién. Lo mismo digo de Del Mudo, de los demás actores, de los bomberos, de quienes asistieron al estreno, de los que animaron los comidillos de la época, de los corazones de las niñas románticas palpitando al ver tanta emoción en ese ahora muy viejo y rancio

celuloide. De todo eso no quedó nada de nada, salvo esos metros de celuloide en tránsito hacia la extinción. Estoy a punto de echarme a llorar, mejor paso a otra cosa.

## Los conocidos y desconocidos de siempre

Paso aquí a otra cosa o quizás me quedo en la misma, el tema de la transitoriedad atroz de casi todo y casi todos y qué más ilustrativo de eso que el mundo de las celebridades, de los famosos que cuando están vigentes parecen llenar el firmamento, pero de la noche a la mañana no se acuerdan de ellos ni sus hijos. "Celebridad" suele confundirse con "fama" y son fenómenos diferentes. Fama es la opinión que una colectividad asocia a una persona por una cualidad o rasgo real o ficticio. "Tiene fama de…" se dice, o también "la fama lo precede". La fama se escribe con minúscula cuando se trata simplemente de cómo el barrio, el pueblo, el colegio o el club social definen a una persona común y corriente; "Fama" se escribe con mayúscula cuando es la sociedad en su conjunto la que define a alguien de importancia, de renombre, al menos conocido por muchos círculos. En todos los casos, en minúscula o mayúscula, la fama se adhiere con pegajosa persistencia.

La "celebridad" no se asocia a ningún rasgo ni importante ni trivial ni verdadero o falso, sino solo al hecho de que a cierta persona "todo el mundo" la conoce porque ocupa con frecuencia un escenario público. A esa persona célebre solo se la conoce y reconoce como protagonista o asistente frecuente de eventos o situaciones públicas de algún relumbrón mediático y que comparte con otras celebridades. En más de un sentido las celebridades existen solo en tanto se agrupan; se es célebre mientras se ocupa cierto espacio con otros célebres; en soledad dicha condición se disuelve.

La celebridad nada dice de la importancia de lo que esa persona haga, por lo cual los célebres son iguales a otros célebres en su celebridad. Es una entidad homogénea que se esparce por igual. Ubica en la misma condición a Einstein y a una cabaretera puesta de moda por los medios y por lo mismo viene sin garantía de duración, porque no hay en ella nada sustantivo; la luz de la atención pública viene de afuera, de los ojos que miran, por lo cual el resplandor del celebrado solo es un reflejo de ella.

## La inauguración

Las celebridades, entonces, o más bien quienes fueron solo eso y no famosos ni genios ni tampoco levemente importantes, no debieran tener cabida ni siquiera en este libro que resucita a los olvidados a medias o por completo. No debieran porque la condición de celebridad es tan fugitiva que no deja ni una sombra siquiera. Los conocidos de siempre solo lo fueron por breve lapso y casi por necesidad se convierten en desconocidos para siempre.

Pero a veces un evento repleto de celebridades ilustra algunos rasgos de un período. No pocos historiadores de la era del Imperio de Napoleón III han hecho abundante uso de descripciones del ambiente festivo de esos años, de sus monumentales fiestas y bailes, de sus prostitutas y amantes caras, de sus salones y veleidades; se describe eso, el relumbrón de esa época, porque se caracterizó precisamente porque en sus fases crepusculares le dio ancho espacio a la trivialidad.

Fue como el último vals que se baila cuando tras las cortinas ya aparece la luz del amanecer y casi no quedan velas encendidas.

De esos eventos no hay nunca nada importante que decir, pero a veces ofrecen imágenes dignas de ver. Se las encuentra en algún documental de época o en una fotografía y así podemos echar una ojeada a su materialidad, a su onda incluso. Esos fulanos sonrientes que copa de champán en mano saludan a una posteridad que ha desplomado sobre ellos una losa de silencio no dejan de decir algo. Como mínimo nos recuerdan cómo hay siempre, pase lo que pase, una porción de humanidad al margen y por encima y a salvo de todo. En esas damas y caballeros a quienes hoy nadie conoce se ve el rostro de las élites con su infinita capacidad de flotación. Recientemente han contado con la inmortalidad que presta el celuloide y antes con la del pincel de Rubens o Rembrandt. Miran a la cámara o miran al artista y sin saberlo nos miran a nosotros. A menudo no tienen identidad, como nosotros tampoco la tenemos para ellos. El detalle nunca les ha importado; mientras sonríen o posan muy serios son dueños del mundo y eso lo notarán quienes vengan, así sea mil años después. “Vean”, nos dicen, “hoy estamos aquí y nuestro corazón palpita como nunca y ustedes, los que viven mañana, no son nada comparados con nosotros, los ya muertos”. Puedo siempre escuchar esa jactanciosa expresión cuando los miro. No interesa si no son los protagonistas sino solo las comparsas del cuadro histórico dentro del cual desenvainan el sable o la pluma los verdaderos hechores de la historia. Esas celebridades son solo el elenco de reparto, los extras de la película, pero sin ellos no hay película y nosotros, la plebe, nos dan a entender, nunca tendremos derecho a aparecer en esa producción.

¿Han visto esas secuencias de fotografías que van narrando la vida de alguien importante? Son las de su infancia, adolescencia, primera juventud, adultez plena, etcétera. Y ahí están también ellos, las celebridades. Junto al gran hombre o la gran mujer brindan y elevan las copas frente a la cámara. Son los partícipes de la concurrida cena de amanecida, despedida, recepción, homenaje, cumpleaños o celebración del premio o matrimonio o nombramiento de dicho fulano o fulana. Son los que vemos despatarrados en reposeras, en un jardín o al borde de una piscina, junto a Neruda o Parra o Alessandri padre o Salvador Allende. En otras imágenes no hay una mesa servida ni el relajo de una reunión privada, sino cierta solemnidad porque el escenario lo presta la monumental entrada a un edificio público o a una universidad o se trata del monumento de un gran personaje y en ellas el caballero importante aparece justo al medio y los demás se escalonan a derecha e izquierda, en orden decreciente de peso específico; algunos son identificados con un nombre puesto sobre sus cabezas y otros son apenas un rostro flotando sobre los hombros de quienes estaban en primera fila.

En YouTube hay un documental de la ocasión en que se inauguró el casino de Viña del Mar, el 31 de diciembre de 1930. Los invito a verlo porque es ilustrativo. Para esa fecha la crisis del 29 ya era casi noticia vieja, pero las damas y caballeros que aparecen en el documental no serían quienes hicieran fila frente a un local de la Cruz Roja para conseguir un plato de sopa caliente. Se les ve optimistas, seguros de sí mismos, listos para una espléndida jornada de comida y trago gratis. Se nos muestra cuando llegan. Como intrusos sin importancia que somos es como miramos a esos caballeros y señoras de sombrero que se dan la mano, se saludan de venia, lucen sus tenidas, ascienden por la escalinata principal y se embuchan sin darnos pelota a nosotros, los intrusos, el primer cóctel de la jornada. Son los dueños de Viña, del país, del mundo. Ninguno

tuvo la más mínima idea de que alguien los miraría tres cuartos de siglo más tarde, cuando ya estuvieran hace rato en el cementerio yaciendo en nichos, tumbas o mausoleos, en silenciosos patios, en lugares que pocos o nadie visita y homenajeados con tiestos con flores embalsamadas tras ochenta años de sequía y descuido. ¿Y qué importa? Celebran y se celebran sin tener idea de que están muertos. Tienen razón: la élite no muere nunca. Convencidos de eso, de la intangibilidad y quizás hasta inmortalidad de sus famas, hacen valer su condición de gente que entonces importaba, aunque hoy no le importe a nadie. Celebraban con vitalidad triunfante y casi insolente, aunque de sus personas no quede otra cosa que la precaria vida que otorga el territorio fantasmagórico del celuloide. Ahí los vemos. Están oyendo seguramente a medias el discurso de inauguración del señor Ossa, alcalde de Viña del Mar. Se apiñan frente a las mesas con refrigerios y son atendidos por mozos de smoking. Echan mano a todo lo que les pase por delante en el perpetuo desfile de bandejas con tragos. Son de los años treinta, pero son de todos los tiempos, los intocables, los que flotan, los sobrevivientes, los afortunados. No tenían idea ni necesitaban tenerla de lo que serían las carambolas de Marmaduke, los años de miseria nacional, los obreros del salitre apiñándose en Santiago, los trenes llegando a Estación Central repletos de campesinos, el Chile que vería correr la sangre en la Matanza del Seguro Obrero. Nunca tienen idea de nada. Se alinean en total inconsciencia frente a mesas cubiertas con confites, botellas, presas de pollo y rebanadas de carne. Los conocía todo el mundo y hoy no los conocen ni sus bisnietos, pero eran los protagonistas de cientos de páginas sociales que hoy amarillean en los archivos. Significaron algo y ahora no significan nada y por eso significan su época y por lo mismo están aquí. Alguien tenía que resucitarlos y para eso se dispone, damas y caballeros, de Fernando Villegas, resucitador universal de amplio espectro.

## Álvaro Yáñez Bianchi o más bien Juan Emar

Cuando se piensa en el quehacer literario de los años treinta —y de los cuarenta, cincuenta, sesenta— es inevitable que casi como única figura o al menos muy dominante aparezca la de Pablo Neruda. Su lenta corpulencia de paquidermo y su fertilidad lírica lo hacen ocupar casi todo el escenario y hasta el día de hoy sigue proyectando sombra sobre los poetas que vinieron después, excepto Nicanor Parra, a quien ni Neruda ni nadie puede disminuir. Tampoco a Zurita, creo. Los fulanos olvidados por entero o a medias no son necesariamente menos que Neruda y otros nombres encaramados a la galería de la fama, como tampoco necesariamente son más; no todo olvidado es un "genio olvidado" ni no todo celebrado es un patán sin méritos. Algo de ese olvido le ocurrió a Álvaro Yáñez, nombre de pluma Juan Emar. Se le ha olvidado a pesar de que si ha habido un escritor que para nada se encerrara en el autismo literario y social es precisamente Emar, quien destacaba y lucía por su rango social, sus frecuentes viajes a París, su participación y creación de círculos, notoriedad y presencia en los "ambientes". Sin embargo, es uno de los que nadie recuerda, salvo un par de literatos y solo de vez en cuando.

Piensen en esto: Emar, nombre verdadero Álvaro Yáñez Bianchi y nacido en 1893, fue hijo nada menos que del senador y empresario Eliodoro Yáñez, hecho que ya antes de salir de la cuna lo ubicó en las más altas esferas sociales del país. Fuera de eso y de joven se lo pasó viajando entre Chile y Europa a bordo de lujosos trasatlánticos, como hacía entonces la élite, el mundo chic de la *Belle Époque* nacional e internacional. Su existencia juvenil transcurrió, como la de

tantos muchachos “bien” de la época, entre calaveradas y diversiones, entre fiesta y fiesta, baile y baile de debutantes, en medio de todo lo que hacía de elegante y despilfarrador la aristocracia santiaguina. Como contrapunto estaban las fuertes presiones de su padre para que “sentara cabeza” y estudiara Derecho.

No hubo caso. En 1918 se casó con su prima —¡horror y escándalo de todo el mundo!— Herminia Yáñez, más conocida como Mina, con la cual al año siguiente se fue a París. Una vez más, como tantos hijitos de su papá bien forrados y alegremente irresponsables porque no tenían que hacer esfuerzos para ganarse la vida, salvo ir una vez al mes a la agencia telegráfica a recibir un giro desde Chile, la vida de Emar en París consistió en coquetear con las artes. Se inscribió incluso en clases de pintura y dibujo dictadas en la Academia de la Grande Chaumière, en Montparnasse, y paralelamente se consiguió un pituto en la embajada chilena como primer secretario. ¿Qué pega habrá hecho en ese cargo? Seguro que ninguna.

Cuando a principios de los años veinte regresó de Europa estaba ya completamente empapado de las nuevas tendencias artísticas parisinas. En eso, en su afrancesamiento, tampoco se distinguió de sus contemporáneos, quienes, cuando el papá finalmente cerraba la espita de dinero, solían volver de Europa con la sensación —que uno puede comprender porque pasa también hoy en día— de estar descendiendo no desde un barco al muelle, sino desde el refinamiento a la barbarie.

Al ya afrancesado Yáñez le llegó al fin el momento de hacer algo y se hizo columnista y crítico de arte en el diario *La Nación*, fundado por su padre. Fue en esa ocasión cuando se inventó el nombre de pluma Jean Emar —después Juan Emar—, fonema tomado de la expresión francesa “*J’en ai marre*”, estoy harto. Bastante estándar esta facilidad de los nacidos y criados en cuna de oro para aburrirse de la vida.

En sus columnas, Emar, como era previsible, defendió las nuevas tendencias artísticas de la vanguardia europea y abogó por una superación del criollismo y academicismo, ambos de moda en el Chile de aquellos años. Convirtió la página de arte de *La Nación* en un reducto de la vanguardia y para esos efectos incluyó colaboraciones de otro pituco insoportable y arrogante, aunque talentoso, Vicente Huidobro. Emar gustaba ilustrar su sección con reproducciones de artistas europeos del fauvismo, cubismo, etcétera.

En 1925 publicó un anticipo del poemario *Altazor*, de Vicente Huidobro, con el tiempo considerado una de las obras maestras de la poesía chilena. En eso estaba Emar cuando en 1927 el periódico fue expropiado por el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo. Un duro golpe para su familia, pues además su padre fue deportado.

El mismo año se separó de su primera mujer y volvió a las andadas, los viajes. En Europa inicia una nueva relación con la francesa Álice la Martinière, Pépèche, como la llamaba él. Para qué seguirle los pasos a este caballero dotado de tantos privilegios y dinero para pagarlos. Es hacer una crónica de más de lo mismo. Finalmente murió en 1964.

Es solo por su obra literaria que Emar se distingue de tantos otros jóvenes ricos que hicieron similares viajes, se inscribieron en las mismas academias parisinas, protagonizaron los mismos o parecidos escándalos románticos, fueron a las mismas fiestas de disfraces y se acostaron con las

mismas putas o señoras distinguidas y siempre a costillas del dinero paterno. A diferencia de esos otros, Emar tenía talento y no produjo poco. Lo de la cantidad es importante. Talentos que se consumen con el debut —que es también la despedida— y expectoran *una* obra que llame la atención, un librito de poemas, una novelita, no califican de talentos sino a lo más de "ingenios". El talento, la genialidad, etcétera, se asocia no solo con la calidad sino también con la cantidad. La estitiquez no es condición de los verdaderos creadores, todo lo contrario. Los creadores manan, fluyen, son abundantes.

Emar no solo produjo un número sustantivo de libros, sino que algunos de ellos fueron de tales dimensiones que es casi imposible la tarea de publicarlos. Hubo obras normales como su colección de cuentos *Diez* (1937), las novelas breves *Ayer*, *Un año* y *Miltín 1934* (todas publicadas en 1935), pero en vista de la indiferencia de público y crítica el hombre se recluyó y dedicó casi exclusivamente a escribir una novela gargantuesca, *Umbral.* La empezó en 1942 y a ella se dedicó año tras año enclaustrado en Vilcún, una localidad de La Araucanía, lo que hizo hasta su muerte. *Umbral* consta de cinco tomos, cuatro "pilares" y un "dintel", lo cual, en el original mecanografiado, da un total de ¡cinco mil páginas!

¿Y su calidad?

Dejemos hablar a dos connotados literatos. Pablo Neruda dijo: "A mi compañero Juan Emar se le dará lo que no se mezquina: lo póstumo". Y en otra oportunidad agregó: "Ahora que los corrillos se gargarizan con Kafka, aquí tenéis nuestro Kafka". Por su parte, Alejandro Jodorowsky comentó: "¡Qué iban a comprender su narrativa! Ahí estaba el loco Juan Emar creando la verdadera prosa chilena. Hay que partir de él ahora, aunque nadie lo haya leído".

Curioso lo que dice Jodorowsky, aunque con él nunca se sabe en qué tono habla, si en serio o en chunga. No se entiende cómo se podría "partir" y a qué lugar desde un escritor que nadie ha leído. De esa manera no se puede comprender la narrativa de nadie. Por otra parte, no es tan raro que en los medios artísticos, especialmente en los literarios, donde por razones del oficio abunda la verbosidad, se diga seriamente un absurdo con el tono imperioso del exégeta que descubre el Arca Perdida o la piedra de Rosetta. No se pida precisión; hay, en ese territorio, lógicas distintas a las que formuló Aristóteles. Ha ocurrido una y otra vez que escritores en vida ninguneados porque nadie los leyó ni cotizó adquieran gran presencia mucho después de su muerte, pero no porque al fin se los comprenda, sino porque siguen sin ser leídos. Basta para eso que alguien con crédito diga haber desenterrado una perla y se le sigue el amén porque en esto, como en tantas cosas, las famas y las infamias resultan menos de un juicio colectivo que de una peregrinación en masa detrás de lo que dijo alguien que parece saber o tener poder. Termina entonces ocurriendo, por imitación y por desplegar la pose de pertenecer al círculo de los entendidos, que se hable extensamente de los méritos literarios de gente que no ha leído nadie. Es lo que sucede siempre en áreas de la creación donde no haya normas objetivas, cuantificables y verificables para evaluar y discriminar entre lo que tiene sentido y lo que no, habiendo por lo mismo y en compensación un espacio inmenso para la magia post mortem, para la aparición de profetas, para que ciertas personalidades irradien un aura misteriosa, para que surja y crezca la impresión de que tal o cual obra *pudo* ser y *puede* ser todavía trascendental. Ese efecto es aun mayor si dichas obras son tan densas —y lo parecen más luego de dicha beatificación— que el trabajo de leerlas

se deje para más rato, de modo que la reverencia literaria se limita a persignarse ante el altar del fallecido.

En el caso de Emar, su libro más extenso, *Umbral*, que viene siendo el manto sagrado redescubierto por los exhumadores literarios, fue publicado por la Dibam en 1996 y se ha constituido en un referente comentado en los cenáculos de quienes saben, pero dudo que alguien haya leído de punta a cabo esa colosal obra. Creo que Emar es uno de esos autores que se leen en fragmentos y sobre todo que se lee lo que se comenta de ellos, la gradual, luego fenomenal y al final sacralizada y autorizada leyenda del autor, incluyendo la lectura de comentarios de los comentarios, eruditas reseñas críticas de especialistas y la engolada repetición de estas por quienes no quieren quedar de ignorantes.

No se tome nada de eso como una velada e indirecta crítica a Emar. ¿Qué culpa tiene Juan, ya muerto, de que sucedan estas cosas? Se le lea o no, lo escrito por él escrito está, es original y especialmente lo fue cuando no se escribía sino sobre huasos, peleas a cuchillos en el camino rural, dueños de fundo, arrieros y gañanes del campo. Quienes escribieron ese material sí ingresaron al hall de la fama. El pobre Emar no. Se paga caro el ser distinto.

> Confieso, padre, que tampoco sé nada de Emar, salvo que nadie sabe nada o los que dicen saber se parapetan tras los comentarios oídos al paso dichos por quienes tampoco saben mucho acerca de ese genio olvidado y ninguneado que habría sido dicho caballero. Bien puede ser. No todos los genios llegan al museo, aunque no todos los que no llegan son genios, más usualmente lo contrario. Hay mucho de azar, de buena o mala suerte en la fama literaria. El artista es como es, ha de hacer lo que tiene que hacer y no otra cosa, pero solo la suerte decide si eso que es lo suyo está en sintonía con lo que la gente desea leer. Entiendo que Vargas Llosa es una de esas luminarias a quienes les ha sonreído una estrella desde el primer minuto, el primer libro, la primera lectura. Neruda es otro caso. Otros llegan a la fama luego de un arduo camino, como fue con Cervantes. Y hay quienes relumbran un momento entre una escogida clientela y luego se les olvida, como sucedió con Quevedo. Y hay los Emar a quienes terminan ensalzándolos cuando ya están muertos y aun así siguen sin ser leídos. El genio o talento que escapa demasiado de la gravitación del respetable público está condenado a la oscuridad y, con suerte, al rescate lejano y cuando ya no importa de un erudito nacido cien años después.

# Cucharón radical

Con la frase “El cucharón radical” el lenguaje popular hizo referencia por muchos años, incluso cuando el período ya había terminado, al estilo que habría reinado durante el lapso en que los radicales gobernaron Chile con tres presidentes al hilo: Pedro Aguirre Cerda, elegido en 1938; José Antonio Ríos, desde 1942 a 1946, y Gabriel González Videla, desde el 46 al 52. Ese estilo —o supuesto estilo— que se atribuía a los radicales era muy simple: sacar provecho de los cargos públicos hasta donde y cuando se pudiera. Es lo que el ciudadano común se imaginaba, a saber, que los radicales, gente de clase media sin antecedentes oligárquicos, recién llegados al poder y el privilegio y por lo mismo quizás muy hambreados, tenían como único propósito en sus vidas: aprovecharse de los recursos fiscales.

El cucharón era, se insistía, el instrumento que las hordas radicales asentadas en el Estado introducían en el erario nacional para sopearlo a mansalva. Es una imagen sin duda exagerada y quizás inspirada por las condiciones previas, cuando el Estado no se asociaba en lo absoluto con grandes emprendimientos nacionales, sino a lo más se le concebía como el aparato administrativo que mantenía las Fuerzas Armadas, erigía algunas obras públicas, fundaba unos cuantos colegios y pensionaba a los amigos del presidente. No era entonces imaginable otra cosa por hacer, si se accedía al Estado, que depredar lo más posible. Por consiguiente, esos individuos nuevos a los que se veía llegar a los pasillos del poder desplazando en el proceso incluso a las viejas familias, patriarcados y cacicazgos políticos, no podían ser, presumía la gente, sino una nueva casta de saqueadores, de vándalos de cuello y corbata, traje a rayas, sombrero y zapatos lustrosos. Y es verdad que el Estado se había convertido en más “depredable”, en botín de mayores proporciones porque había crecido considerablemente y con eso daba espacio para más cargos y prebendas, pero también ese crecimiento entrañó mucho más que simplemente aumentar los beneficios para los recién llegados y favorecidos. Si acaso creció el Estado, también creció Chile. De nación básicamente agraria, tradicional, piadosa y enteramente en manos de la aristocracia criolla de siempre pasó a ser un país todavía piadoso y tradicional, pero mucho más moderno, mucho más industrializado, con instituciones como Corfo o Endesa, que en todo sentido cambiaron completamente la estructura económica nacional.

Eso no cambió completamente, sino al contrario, modificó muy poco la estructura social y cultural del país. La oligarquía criolla siguió siendo preeminente en poder e influencia, aunque su textura se hizo más compleja, con nuevas profesiones y actividades aupando la llegada de nuevas capas de privilegiados o siquiera de grupos influyentes. Del mismo modo, la Iglesia, a pesar de la ideología a veces anticlerical o al menos no religiosa, siempre laica y en ocasiones hasta masónica del radicalismo, preservó su enorme influencia, en especial sobre las mujeres. Es tal vez esa mezcla de caracteres antiguos y nuevos, tradicionales y modernos, conservadores y reformistas lo que da su característica al período. Quizás, visto desde otro ángulo, pueda

describirse como la fase de la irrupción, esta vez masiva, de clases medias asociadas no solo al Estado en su sentido tradicional, sino a las nuevas entidades creadas por él, a la industria y el comercio, mientras, como trasfondo ya notorio e importante pero aún no decisivo, las masas laborales más modestas y sus expresiones sindicales y políticas adquirían más y más fuerza. De eso se vería una importante y dramática manifestación durante el gobierno de González Videla.

Fue, el de los años cuarenta, un Chile algo menos rígido, más abierto al talento o a la desfachatez, al carrerismo y las ambiciones, a los golpes de suerte inesperados, al ascenso y caída bruscos en la escala social y a una galopante americanización en los gustos y las aspiraciones que se haría fenomenal en el período siguiente, el de los años cincuenta, con Carlos Ibáñez del Campo y Jorge Alessandri en la presidencia. Es o fue el Chile del cine como principal diversión de masas y poderosamente forjador de patrones de conducta, el Chile de las grandes concentraciones populares y también la fase en que se anuncia, balbuceante aún, lo que vendría, al desnudo y como un cataclismo, en los años sesenta y setenta.

## “Cuevitas” o el marqués de Cuevas

En Chile fue “Cuevitas”; en París, el “marqués de Cuevas”; en Chile se lo miró a huevo —o se lo “ninguneó”, como se dice ahora— y en París fue una celebridad; en Chile no logró nada y en Francia lo logró todo; en Chile se le miró en menos y en Europa se codeó con la nobleza y recibió un título porque se casó con una duquesa. Y Cuevitas, ya devenido en marqués, apadrinó a grandes artistas, armó y regentó un importante cuerpo de baile y murió casi en olor a santidad. En breve, en Europa fue una gran celebridad y hasta más que eso, mientras en Chile, antes de partir, no era sino un piojo resucitado.

Y todo eso este caballero lo hizo o comenzó a hacer, ese salto increíble de la nada al todo, esa trasformación de polilla en mariposa, precisamente en esos años cuarenta que marcaron también el paso de Chile, durante los gobiernos radicales, desde su condición de piojo resucitado y perdido en el poto del mundo en país con hidroeléctricas y cierta presencia en el planeta. De modos extraños, periféricos, hasta farsescos, la biografía de Cuevas refleja la historia del país. Por lo tanto, a la pregunta de por qué ubicamos a Cuevas en el período del cucharón radical podría sencillamente decirse que más o menos en ese lapso su vida llega a su clímax de distinción. Pero dejemos las explicaciones y vayamos al personaje.

Hablamos de Jorge Cuevas Bartholín, más tarde “George” de Cuevas, nacido en Santiago en 1885 y fallecido en Francia en 1961. Cuevas fue un empresario y coreógrafo de ballet de gran creatividad, cuyo cuerpo de baile, el “Grand Ballet du Marquis de Cuevas”, que creó en 1944 en Nueva York, alcanzó reputación mundial. En él bailaron grandes figuras de todo el mundo y hasta su disolución, en junio de 1962, fue un punto de referencia para los profesionales y los amantes de la danza. Ya veremos algo más acerca de la increíble notoriedad, celebridad, famas y respeto que llegó a disfrutar “Cuevitas”, pero antes veamos de dónde venía.

Venía casi de la nada porque nació en una familia venida a menos, quizás pecado venial, pero en Chile casi siempre mortal porque “venir a menos” es venir o ir a la nada financiera. Además de ser pobre era moreno y pequeño, rasgos intolerables, en especial los primeros dos, para la “aristocracia” criolla de esos años. Nació en 1885, en el barrio Brasil, y su padre fue don

Eduardo Cuevas Avaria (1821-1897), político y diplomático chileno. Su madre fue la tercera esposa de este, María Manuela del Carmen Bartholín de la Guarda. Era, entonces, una familia de alguna distinción, pero sin un peso, cosa mala en cualquier parte si se pretende ingresar a —o mantenerse— en los círculos de la gente linda, y una imposibilidad absoluta si se intenta hacerlo en un país nuevo, pequeño y pobre como Chile, donde la "aristocracia" no había ni ha podido todavía interponer un tiempo considerable entre su presente y el robo o zarpazo que inició su pasado, el crimen, saqueo o turbio negocio que inicia casi toda fortuna, base de toda nobleza; para esa "limpieza de sangre" se necesitan varias generaciones intermedias empujando dicho comienzo tan poco halagüeño a la oscuridad de épocas remotas.

Jorge poseía, en subsidio, un don especial al menos para sobrevivir y a veces —como fue en su caso— para triunfar, una cualidad innata para relacionarse bien, decir cosas amables, ser servicial, desplegar finos modales, halagar y sobre todo hacerlo con las mujeres mayores, a quienes atendía en los salones cuando otros las dejaban botadas. Ese sí que es talento. En Wikipedia aparece que alguien decía que un contemporáneo afirmaba que Cuevas, de ese modo, les renovaba a esas ancianas sus ganas de vivir. ¡Qué inmenso regalo! ¡Cuán agradecidas debían estar y cuán dispuestas a hacer lo que fuera por el pequeño Cuevitas! ¿Habrá hecho uso de favores derivados de las felices y renovadas veteranas? No podemos saberlo y no seremos nosotros quienes atribuyamos al futuro marqués un frío cálculo repleto de oportunismo y cinismo. Para llegar a las alturas de halago, buenas maneras, exquisita adulación y tan complaciente talante con todo el mundo se requiere una auténtica, sincera disposición de ánimo. El fingimiento sirve una o dos veces, no toda la vida. El hombre nació para hacer sentir bien a los demás, pero eso, en Chile, solo le bastó para que lo recibieran, para que se toleraran sus amaneramientos, para solo ser "Cuevitas".

Entre esos amaneramientos se cuenta su amor por la moda, la ropa y el estilo. Sabía de eso y aconsejaba lo que era más adecuado —seguramente también y especialmente a las ancianas—, decoraba mansiones, revendía antigüedades y era en todo el árbitro de las finezas. Lo aprendió en casa de sus hermanas mayores, con quienes vivía, y junto a unas tías costureras y artífices de sombreros para damas. Muy buena escuela. Cuando se mudó a la pensión de la señora Rosenthal, arriba de la famosa Chocolatería Serrano, continuó con su actividad como servicial asistente, adulador, portavoz, secretario, corre-ve-y-dile, consejero de la moda y hasta casamentero en los medios de la sociedad santiaguina. Era lo que hoy llamamos —los medios llaman— un "socialité", pero uno, como ya se verá, como nunca antes y nunca después ha habido en Chile. Su amor por las coqueterías incluyó cierto afán por probar la mano en la literatura y para esos efectos escribió una novela llamada *El amigo Jacques*, que dedicó a Joaquín Edwards, pero ni con eso logró que tuviera importancia. Las dedicatorias literarias —como las perpetradas por Teresa Wilms Montt— tienen un propósito: ganarse el favor de la figura mayor a la que se dedica la obra. Desgraciadamente, ese favor tiene un prerrequisito que muy probablemente la novela de Cuevas no satisfizo: un mínimo de calidad. No importa. La vida —pongámonos solemnes— lo estaba preparando para cosas mayores.

¡Y qué mayores fueron esas cosas! ¡Qué alto llegó, qué rutilante su vida, qué descollantes sus círculos, qué extraordinario todo lo que hizo ese joven chico, moreno y pobre que iba de casa en casa a ver si lo recibían para una vez dentro verter las delicias de sus halagos, su simpatía, su

adulación! Pero eso, ser recibido quizás con algún desdén, era a lo máximo que podía aspirar en Chile. Por eso y con plata prestada se fue a París y fue ahí donde comenzó todo. Llegó con ganas de abrirse paso y relacionarse de la mejor forma, y lo hizo desde el primer momento. Se presentó en la tienda de modas Maison Irfé, del célebre príncipe Yusúpov, el asesino de Rasputín, quien estaba establecido en París. Con su palabreo encantador y sus buenos modales Cuevas consiguió trabajo allí y aun más: en poco tiempo se hizo socio del príncipe. Siendo dicha tienda un punto de encuentro de mucha gente linda de París, Cuevas estaba en su salsa; pronto lo invitaron a sus mansiones señoras de primera fila. Dichas damas disfrutaban de su compañía porque el hombre no se detenía en nada y hasta les enseñaba secretos culinarios, o al menos eso dijo Joaquín Edwards Bello, otro pituco y "*bon vivant*" de nota —pero además gran cronista—, quien quedó maravillado con sus progresos y amistades. Hasta ese momento, Edwards conocía a Cuevas solo como "Cuevitas".

De esa forma, revoloteando en los salones de la alta sociedad francesa, fue como Cuevas conoció a la señora Margaret Strong Rockefeller, nieta y futura heredera del millonario David Rockefeller. ¡Qué le habían dicho! De inmediato la cautivó, la conquistó, la comprometió y con ella se casó en 1927. Parece o es casi seguro que Cuevas era homosexual, pero de algún modo que no entraremos a investigar consiguió producir o patrocinar dos hijos, John y Elizabeth. Un hecho curioso: al morir Cuevas doña Margaret se casó con otro chileno, Raimundo Larraín, su amigo íntimo.

Esa boda, sin embargo, no le era suficiente a Cuevas para compensar los años en que fue solo Cuevitas. Viajó entonces a España en busca de un título nobiliario y se compró el de marqués de Piedra Blanca de Huana. Con esos galardones y sus encantos personales, ya lucidos con tan mediocre fortuna en los salones santiaguinos, se convirtió en un personaje de los salones europeos. Un diario de París lo llamaba "*Cet homme étonnant*", ese hombre sorprendente. Acerca de esos encantos hay una anécdota contada por Joaquín Edwards Bello sobre lo que a su vez decía el gran pintor Boutet de Monvel: "Fui amigo del duque de L. durante veinte años. Nunca me invitó a su casa, pero le presenté a Cuevas una tarde y se lo llevó a su castillo por una temporada".

Jorge Edwards reflexiona: "A diferencia de Joaquín Edwards Bello, Cuevas fue el gran triunfador porque tenía un sentido de la ubicación social impresionante […] a Joaquín en lugar de haber leído tanto más le habría valido aprender a comportarse en los ambientes mundanos, a conversar con las señoras".

A principios de los años cuarenta encontramos a Cuevas y su multimillonaria esposa en Estados Unidos, donde se naturalizó ciudadano en la corte del condado de Ocean en Toms River, New Jersey, renunció a su título y tomó el nombre legal de George de Cuevas, aunque continuó usando su título en las noticias sociales. Cuevas y su esposa auspiciaron una exhibición de pinturas ese mismo año en la feria mundial de Nueva York. La muestra incluía obras de antiguos maestros y franceses modernos prestados por colecciones privadas y valorados en treinta millones de dólares. Ahí estaba doña Margaret para avalarlo todo. Luego —de nuevo con el alto auspicio de su cónyuge— fundó en Nueva York, en 1944, una compañía de ballet denominada Ballet International, que ofrecía funciones en un teatro en Columbus Circle. La compañía a veces

adoptaba el nombre de Grand Ballet de Monte Carlo o Grand Ballet du Marquis de Cuevas, pero por lo general era denominada The de Cuevas Ballet.

Sus encantos no se limitaron a obtener de su esposa el dinero, el aval, la nombradía y el peso de los Rockefeller para sus emprendimientos; en 1947 logró que una figura mundial del ballet, Rosella Hightower, aceptara una invitación suya a incorporarse a la nueva compañía. También sumó la presencia de la coreógrafa Bronislava Nijinska, quien creó la coreografía para Hightower de Rondo Capriccioso.

¡Qué lejos estaba llegando, cómo lucía en el escenario artístico mundial, en los salones, en las mansiones de condes y marquesas, en todas partes! ¡Y con qué estupor las señoras y caballeros de Santiago, aldeón hundido en el extremo del mundo, se enterarían de las hazañas del desdeñado Cuevitas!

Quizás la apoteosis de su relumbre social, ese que Cuevas siempre persiguió y quiso tener y al final tuvo, fue la fiesta de disfraces que organizó en 1953, en Biarritz, a la que concurrieron dos mil personas vistiendo ropas del siglo XVIII, con Cuevas vestido de lamé y llevando en la cabeza una corona de plumas de avestruz en representación del "rey de la naturaleza".

No sería todo. ¿De qué vale ser marqués si no se ha batido uno a duelo como en los viejos tiempos? Es lo que hizo el 30 de marzo de 1958, a la edad de setenta y dos años, cuando retó a duelo a Serge Lifar, un maestro de ballet y coreógrafo veinte años menor, ya retirado. El reto se produjo a raíz de discusiones sobre cambios en la puesta en escena de *Negro y blanco*, un ballet de Lifar que estaba siendo representado por la compañía de ballet de Cuevas. Cuevas abofeteó a Lifar en público luego de insistir en que él tenía los derechos de esa obra. Lifar envió a sus segundos a conversar con Cuevas, pero él se negó a ofrecer una disculpa y en cambio eligió realizar un duelo con espadas. Como los duelos habían sido declarados ilegales ya en el siglo XVII, la hora y sitio del duelo no se hicieron públicos. El duelo, fiel a Cuevas y su estilo, no fue tan secreto, pues se celebró ante cincuenta reporteros gráficos y finalizó con ambos combatientes llorando y abrazados en lo que el *The New York Times* describió como "probablemente el encuentro más delicado en la historia de los duelos en Francia". La única sangre a la vista fue un corte en el antebrazo derecho de Lifar al cabo de siete minutos de refriega.

Su acto final no podía ser menos brillante que los intermedios; enfermo, en silla de ruedas, para la presentación inaugural de *La bella durmiente*, celebrada en París en octubre de 1960, sus doctores le permitieron concurrir y entonces, al descorrerse el telón, salió a escena tripulando su vehículo a saludar al público que lo había acompañado. Fue la culminación de su vida y la inauguración de su muerte. Con razón dijo: "Si es que me voy a morir, me moriré entre bambalinas". Esto último no lo hizo, pues falleció un año después en su deliciosa villa, como corresponde a un gran señor.

¿Qué hace, entonces, el marqués de Cuevas en este libro? ¿No fue demasiado famoso y no es este el libro de los no tanto, de los ninguneados y apagados y desvanecidos? Cuevas está aquí porque si bien fue célebre y aun más que eso en Europa, en su patria, si acaso alguna vez Chile lo fue, se le desdeñó. En Chile era "Cuevitas". Está en este libro porque como figura histórica comparte, con el resto del elenco, no haber sido la clase de hombre que repleta los textos de

historia y cabalga en las plazas sobre un pedestal de piedra o tiene su busto repartido por todos los colegios del país ni aparece siquiera de vez en cuando en algún billete, pero al mismo tiempo cumplió —como los demás— algún papel en la historia de la nación, en este caso el de extremar y ejemplificar hasta el grado de la caricatura, como nadie lo ha hecho antes o después, la infame propensión nacional a vejar a quienes sobresalen aunque sea, como en este caso, en el arte de agradar. Cuevas fue un genio de la ahora llamada "inteligencia social", pero en su país fue apenas un mandadero, alguien tolerado y de quien se reían no solo a sus espaldas sino posiblemente también en su cara. Cuevas es ejemplo grabado al aguafuerte de lo que le hubiera ocurrido a Arrau de quedarse en Chile, a Neruda, a Mistral, a Bolaño, a Rosita Serrano, a Rosita Renard, a Matta, a todos los que alguna vez han sido y valido algo.

> Examino fotos del marqués. La inmensa mayoría, fotos ya de viejo. No hay mucha risa en su cara ni ese resplandor que podría suponerse privilegio de socialités de su rango y celebridad. Es la suya una expresión seria, grave, distante. Quién sabe cómo sería cuando era joven, cuando recién empezaba su increíble carrera dándose a conocer en los medios artísticos y sociales de Francia y aun antes, cuando deambulaba en los salones repletos de maledicencia, pelambre y desprecio de Santiago. En sus años finales el suyo parece el retrato de un filósofo, un músico, un notario de provincia o un jubilado de la Armada con poco de bueno que recordar y que decir. Tal vez, ya más viejo, estaba sintiendo que toda su trayectoria, deslumbrante como parecía, carecía de sustancia. Quizás sentía que su vida había sido un ruidoso y maquillado fracaso. ¿Qué persona mayor dotada con siquiera un grado de inteligencia o talento no lo siente? O quizás, al contrario, consideraba su vida plena y lograda y entonces lo entristecía darse cuenta de que pronto tendría que hacer mutis por el foro. Es tal vez la mirada de quien por primera vez realmente ve y juzga lo que ha hecho, pero la impavidez de su talante impide llegar a una conclusión. ¿Cómo saber nada de nadie salvo en los casos más extremos de pasión, de pena, de júbilo, de amargura, de fracaso? El resto del tiempo, sonrientes o serios como Cuevas, somos impenetrables. Me atrevo solo a decir lo siguiente: veo en la expresión de Cuevas, personaje a quien muchos —especialmente en Chile— consideraban solo un payaso, un oportunista dotado de los fondos inagotables de su esposa y un *parvenu* glorificado, una profunda dignidad nacida, creo, de su convicción de no ser banal una vida consagrada al estilo —"¡Viva la elegancia!", exclamó una vez un literato español ante las gracias de una madrileña o tal vez de otra cosa— y a la fineza y a la ambición de hacer cosas bellas, así los patanes de Santiago lo llamaran "Cuevitas". Hoy pocos lo recuerdan, salvo unos cuantos cronistas que han escrito algo sobre él y en ese lote nos incluimos, pero nada más. Dictamino que debiera recordársele con frecuencia porque es un buen espejo para mirar cada mañana nuestra inclinación maligna y mezquina para juzgar a los que aspiran a lo más alto. *Io te absolvo*, marqués.

## José Bohr, ¡qué talento!

Una nación que está pasando por un decisivo período de cambios desde los paradigmas convencionales, consagrados y sólidos de la sociedad tradicional rural y oligárquica hacia otros más modernos, a los propios de una sociedad que se industrializa y tiene como gobernantes a fulanos de clase media con zapatos de charol y abrigos de piel de camello pero de indisimulable origen popular, sino plebeyo, es, como un nene en su pubertad, una entidad confusa que no sabe cuál es su identidad, sin criterios claros para hacer lo que debe, sin saber qué es eso que debe y en especial sin saber cómo no hacer el ridículo. Esa incomodidad, esa confusión, se reflejó de manera monumental en el cine *Made in Chile* de esa época regentada por los radicales.

Todo empezó con la iniciativa gubernamental de darle un impulso a la industria cinematográfica chilena, lo cual se hizo en 1942 con la fundación de Chile Films como empresa filial de la Corfo y con la finalidad de apoyar el desarrollo de la cinematografía chilena. Había un solo y enorme problema: ¿qué clase de cine hacer con esos recursos?

La confusión, la falta de tino y de hecho el absurdo que eso produjo se reflejan en anécdotas como la siguiente: cuenta la enciclopedia del cine chileno, *Cinechile*, que "el primer presidente que tuvo el directorio de Chile Films, Mariano Puga Vega, connotado político del Partido Liberal, llegaba a los estudios en una carroza tirada por caballos y vestido en rigurosa tenida de equitador británico". El hombre —nos cuenta la enciclopedia— estaba empapado de una concepción "hollywoodense" del cine, la propia de grandes estudios dotados de una infraestructura más o menos fastuosa, por no decir faraónica, lo que en nuestro caso resultaba carísimo, fuera de toda proporción y francamente ridículo.

Pero eso no es todo. El problema principal era qué hacer con esa elefantiásica infra, qué clase de películas producir. Y la respuesta fue aun más grotesca: se pretendió hacer un cine cosmopolita a base de grandes "superproducciones" con elencos encabezados por "estrellas internacionales", las cuales terminaron siendo actrices y actores argentinos venidos a menos o venidos a Chile porque estaban cesantes debido al derrumbe de la industria cinematográfica argentina, lo cual ocurrió por culpa del bloqueo que le impusieron al país los norteamericanos como castigo a la ambigüedad que mantenía el gobierno transandino frente a los dos bandos enfrentados en la Segunda Guerra Mundial. ¡Se creyó, como hacía Hollywood, poder hacerse un cine de exportación!

Alimentados por esas ilusiones, Chile Films construyó estudios que para la época resultaban desproporcionados e importó cuadros técnicos y artísticos argentinos. ¿Y quiénes eran estos cuadros? Amén de actores y actrices en caída, directores de segunda fila o en franca decadencia como Luis Moglia Barth, Roberto de Ribón, Mario Lugones y el chileno-argentino Adelqui Millar. Como si eso no fuera suficiente, se usaron argumentos sacados de autores europeos como Hermann Sudermann, Robert Louis Stevenson, Victoriano Sardou y Carlos Arniches. Y para filmar esas tortas de novio de la ridiculez se hicieron gastos estratosféricos porque se necesitaba recrear sofisticados paisajes europeos —Londres, ciudades nórdicas, etcétera— y extravagantes escenarios como los que exigía *El diamante del Maharajá*, un peliculón que quiso explotar, sin lograrlo, la popularidad del actor cómico argentino Luis Sandrini. ¡Incluso se filmó *La dama de las Camelias*, fallido intento de parodia de la novela de Dumas hijo!

Es el momento de que hagamos entrar en escena a José Bohr. Es nombre que muchos desconocen y solo algunos recuerdan o "les suena". Lo asocian vagamente al *entertainment*. Quizás algunos supongan que fue figura en los primeros tiempos de la televisión, los años del blanco y negro, cuando los avisos comerciales eran deslizados en pantalla en un cartoncito con leyenda escrita a mano. Nada de eso. Su vida se asocia, en uno de sus muchos avatares, al cine de esos años rocambolescos. Sus peculiaridades personales, dignas de un dramón de Errol Flynn, estaban en perfecta sintonía con ese Chile Films intentando emular el cine yanqui.

Ya su currículum inicial es extravagante: nació en Bonn, Alemania, el 3 de septiembre de 1901, hijo de un veterinario, Daniel Böhr, quien al poco tiempo de nacido José se hizo cargo de las caballerizas del sultán de Turquía Abdul Hamid II, pero tras un atentado al sultán y un fuerte sentimiento antialemán se trasladó a Marsella, Francia, para de ahí embarcarse a Buenos Aires, donde trabajó en una cervecería. Finalmente, en 1904, se trasladó al sur de Chile, a la zona del Estrecho de Magallanes para establecerse como colono.

Un hombre nacido de tal padre y con todas esas peripecias a sus espaldas no podía sino ser, él mismo, hombre de muchas facetas. Bohr se convertiría en director de cine, compositor musical, actor, productor, guionista y director de fotografía y ejercería en México, Estados Unidos de América, Chile y Argentina.

En 1923 José viajó a Buenos Aires, donde se convirtió en compositor de tangos como *Farolito, Pero hay una melena, Y tenía un lunar, Cascabelito* y unos doscientos temas más, varios interpretados por Carlos Gardel.

Luego, en 1925, lo encontramos en Broadway participando en la obra *Gaucho* y luego como protagonista de la primera película hablada en español realizada en Nueva York, *Sombras de gloria*. Hizo ocho películas más antes de abandonar Estados Unidos y aterrizar en México, donde participó en quince producciones junto a los más destacados actores del medio y trabó amistad con Mario Moreno Cantinflas, Jorge Negrete y Luis Buñuel.

Hablamos entonces no de cualquier tipo, sino de uno con inmenso talento y una vocación y habilidad extraordinarias para adaptarse a cualquier situación y destacar en ella. El Chile de esos tiempos, donde al fin regresó, le ofreció la gran oportunidad de sumarse al gargantuesco y absurdo intento de montar una industria cinematográfica casi calcada a la de Hollywood. Y así entonces filmó una veintena de películas, entre las que destacan *Si mis campos hablaran, Uno que ha sido marino, El gran circo chamorro* y *Mis espuelas de plata*. No solo las dirigió, sino que también compuso la música, supervisó la fotografía y la edición. En 1940 fue nombrado presidente de Chile Films. Murió no hace tantos años en Noruega.

¿En qué sentido Bohr retrata esos años del cucharón radical? Precisamente en esa mezcla de talento y extravagancia, de oportunidades nuevas y de no saber cómo usarlas bien, aunque en este caso fue responsabilidad de quienes le daban esas tareas en vez de usar de modo más razonable sus talentos. El período radical fue fértil en el campo de las artes no solo por las instituciones que se crearon, sino en especial por las generaciones literarias que surgieron, las aventuras que se emprendieron, las instituciones que se fundaron y las malas películas que se hicieron. En esa mezcla, a veces grotesca, siempre confusa, consiste el tono del período. No poco la retrata el propio González Videla, su último avatar, quien al mismo tiempo dictó la ley de defensa de la democracia contra el Partido Comunista que ayudó a elegirlo y en una recepción en la Casa Blanca, frente a Truman y señora, se subió a una mesa a bailar conga.

> Lo de subirse a una mesa a bailar conga no estoy muy seguro. Me temo que debe ser el modo algo adornado como me contó esa historia mi imaginativa y ocurrente madre. Sí es verdad que en esa visita encantó a todos, o al menos eso se dijo. Era tipo simpático y si acaso no se subió a una mesa, al menos bailó y se meneó e hizo el consabido número que los yanquis nos asignaban, en esos años cuarenta, a los latinoamericanos, a saber, la del bigotudo patrón de fundo bueno para la fiesta y el guitarreo y ver bailar en una eterna presentación en un salón de fiestas a Carmen Miranda y extrayendo sus recursos para esa vida de lujos y payasadas de una hueste infinita de nativos trabajando de sol a sol. ¿Y de dónde he sacado esa imagen de los radicales con traje y sombrero? La he sacado de documentales de época y hasta de mi más tierna infancia. Nadie vestía de otro modo. Santiago en calle Huérfanos o Ahumada en 1940: un océano de sombreros deslizándose al patio de los callados…

## ¡Ah, la Huambaly!

Parecerá difícil o hasta imposible de creer, pero las veladas nocturnas de ese Santiago de los años cuarenta y cincuenta, especialmente en la segunda mitad de los primeros y en la primera de los segundos, fueron mucho más sofisticadas, refinadas, cosmopolitas y excitantes que las de hoy, siglo XXI, con un centro de la ciudad que a partir de las primeras horas de la noche se convierte en un feo y multitudinario congreso nacional del puterío ambidextro y en refugio y centro de operaciones de delincuentes, amén de una casi total ausencia de espectáculos públicos, entendiendo lo público en el sentido ornamental y teatral de la palabra, como el encuentro del ciudadano en un espacio luminoso, seguro y atractivo, civilizado y no sórdido, en un ámbito especial de la urbe, en su faceta más brillante y urbana con grandes salas de teatro, cines glamorosos, librerías con las últimas ediciones, salones de té, restoranes de mantel largo. Y esos ciudadanos, los de esos años, se vestían de terno y corbata los caballeros, y de traje y sombrero las damas; absolutamente nadie se pavoneaba con pantalones bolsudos a medio culo.

Era también el Santiago de las *boîtes* y salones de baile con "regia orquesta y delicado bufete", de alegres quintas de recreo en la periferia, de prostíbulos alfombrados atendidos por su propia dueña, el Santiago de conjuntos bailables, combos de jazz, orquestas tropicales, billares, clubes de ajedrez y músicos de la orquesta sinfónica y filarmónica terminando, luego de sus ensayos, en La Bahía o el Nuria, este último el sitio donde Enrique Canelo padre, percusionista de la sinfónica, acudía a pegarse un tequilazo luego de abandonar subrepticiamente la orquesta en pleno concierto, calculando que tenía aún suficientes compases antes de necesitarse sus servicios. Y así iba y volvía como si nada. O tal vez esto último sea lo que hoy llaman una leyenda urbana.

No así la Huambaly. Fue totalmente real. Y si hay una orquesta que retrata musicalmente esos años porque estuvo muy en sintonía con su tono, quizás hasta con su inocencia, esa orquesta es la Huambaly. Es, ha sido y será la más recordada de la música tropical chilena. Se creó congregando a muy destacados músicos de esos años. ¿Cómo recordarlos a todos en detalle, uno a uno? No sabríamos cómo, pero al menos podemos mencionar sus nombres. Eran chicos como Jack Brown, Lucho Kohan, Roberto Mono Acuña, Pastor Gutiérrez, Carmelo Bustos, Fernando Morello, Raúl Ángel, Lucho Córdova, Óscar "Mulato" Salazar, Humberto Lozán, Pedro Suárez, Kiko Aldana, Nello Cianguerotti, Willy Marambio, Álvaro Vicencio y luego, en la "segunda Huambaly", Chivirico Dávila, Ricardo Barrios, Juan Bulnes, Mickey Mardones, Luis Leiva, Luis Retamal, Luis Saravia, Luis Ravello, Mario Bórquez, Manuel Guerra, Benjamín Sepúlveda, Carlos Figueroa e Íñigo Díaz.

Todos ellos eran estupendos muchachos. Nuestros padres y abuelos bailaron, bebieron o hicieron las dos cosas en alegres noches de fin de semana o incluso en mitad de semana con el repertorio de la Huambaly. Era el chachachá, el mambo, la rumba o el bolero. Como eco de su música los conocedores podían percibir las enseñanzas de maestros cubanos como Isidro Benítez y Joe O'Quendo, pero también lo que habían dejado en los oídos del público y de nuestros músicos las visitas de los Lecuona Cuban Boys, La Sonora Matancera, el director español Xavier Cugat y la orquesta de Pérez Prado, que vino a Chile en 1952 para actuar en Radio Minería. Era, por cierto, la época de las grandes radios provistas de auditoriums, verdaderos teatros o salas de concierto.

Y no solo le dieron al chachachá o al mambo, sino también al jazz.

La Huambaly, en esa primera versión dirigida por el saxofonista Lucho Kohan y con la voz de Humberto Lozán, fue exponente del *swing* de los años cincuenta, gracias a integrantes de la orquesta que también practicaban esa disciplina, como el trompetista Roberto Mono Acuña, el tenorista Kiko Aldana (abuelo de la chica Aldana que con el saxo tenor triunfa hoy en Estados Unidos), el saxo alto Carmelo Bustos y el baterista Lucho Córdova, uno de los fundadores del Club de Jazz de Santiago y recientemente fallecido.

He dicho ya que los músicos se juntaban en el Nuria. Hablo de músicos de las orquestas "clásicas", músicos de la Huambaly, de otras orquestas, músicos de todas clases. A los que de día lograban salir de la cama a una hora decente podía vérseles componiendo la caña en las pescaderías del Mercado Central o, si estaban necesitados y andaban en busca de pituto, se reunían en una de las esquinas de la Plaza de Armas, en La Ruca, así la llamaban, donde se podía obtener desde un "cancheo" por una noche en alguna *boîte* hasta un contrato en el Hotel Carrera por todo el año. Y se cultivaba la elegancia. Los músicos de la Huambaly se presentaban de punta en blanco con smokings amarillos, chaquetas celestes, camisas blancas, humitas negras y zapatos de charol. Normalmente operaban en el Nuria, pero también en el Club de la Medianoche, ubicado en avenida Matta con San Diego y cuyas funciones las trasmitía a todo Chile Radio del Pacífico. Raúl Matas los oyó un día y se los llevó a Radio Minería. El sello Odeón grabó con ellos un montón de éxitos, entre ellos *Arroz con palitos, Corazón de melón, Cachito*.

En esos tiempos políticamente movedizos en los que el país transitaba desde los regímenes radicales al extravagante mandato de Carlos Ibáñez del Campo y al que luego sucedería Jorge Alessandri, la Orquesta Huambaly puso la música, pero, aunque era la más famosa, no era la única. Sonaba también a todo trapo la orquesta Los Peniques, favorita de los habitués del Hotel Carrera a mediados de los cincuenta. Además, se contaba con los servicios de las orquestas Cubanacán, y Ritmo y Juventud. Muchos otros músicos operaban en las *boîtes*, las casas de putas —el piano era en esos lugares indispensable—, comederos y bebederos, quintas de recreo, auditorium de radios, etcétera.

Oportunamente hemos mencionado al Hotel Carrera, que no era en esos años simplemente el más renombrado y caro lugar de hospedaje para extranjeros provistos de suficientes divisas o dueños de fundo igualmente forrados en visita a la capital. Era eso, pero también fue prestigioso lugar de encuentro de la "gente-gente", elegante establecimiento al cual se iba a almorzar o comer. Estaba también provisto de un excelente bar donde, dicen alcohólicos profesionales, se servía el mejor martini de la ciudad. El bar a menudo contaba con la actuación de artistas destacados, de pianistas y vocalistas; no por nada ahí se sentaron frente al piano gigantes del jazz como Oscar Peterson y Earl Hines. El Crillón era también un hotel céntrico de prestigio donde la gente decente podía ir al atardecer o la noche para entretenimientos parecidos. Este tipo de hoteles con servicios adicionales hoy solo los encuentra en el barrio alto. Nada de eso subsiste en Santiago centro; ese mundo de restoranes con caballeros y damas bien vestidos comiendo sus chuletas y bebiendo sus botellas a los sones de *Corazón de melón* o señores entrechocando sus martinis con Oscar Peterson al piano se desvaneció hace muchos años. Tal vez, como nos dijo un "socialité" de esos años, porque "al centro comenzaron a llegar los rotos".

Siquiera citar a dicho caballero diciendo tal enormidad atropella brutalmente los numerosos incisos y versículos del discurso políticamente correcto, pero dejando de lado la molesta palabra "roto", lo que este socialité, quien era número puesto en el mundo del jazz, ocupante perpetuo en las listas de cócteles en las embajadas, de elegante figura y conocedor de media docena de lenguas, en breve, un señor como ya no se estilan, lo cierto es que su testimonio es la pura verdad; es un hecho que en ese tiempo las clases modestas no iban al centro. Este era territorio exclusivo de la clase media para arriba, el espacio de encuentro y mutua comunión de los estratos de la "gente decente", un gueto a la inversa. ¿Cómo podrían ahora subsistir establecimientos como el Carrera presentando genios del jazz y el mejor martini? ¿Quién iría a esos lugares atravesando, para llegar a ellos, una multitud de proxenetas, drogadictos, tratantes de drogas, prostis, delincuentes, tribus urbanas, grafiteros, combatientes, etcétera? ¿Cómo mantendrían esos locales su prestancia con sus muros rayados de arriba abajo en cinco minutos y sus puertas de entrada convertidas en "lugar de encuentro" de bandas de ociosos?

Con esta historia sobre la Huambaly y ese Santiago nocturno animado por esa y otras orquestas y establecimientos como el Nuria y el Carrera se ha pretendido aquí precisamente recalcar un elemento propio de los cuarenta y cincuenta y que le daba su particular atmósfera, una condición y estilo urbano que muy pronto, durante la administración de Eduardo Frei Montalva, iba a comenzar a desaparecer; esa condición era la de una sociedad estratificada social y físicamente, con clases que solo se topaban en el lugar de trabajo o de servicio, pero jamás o rara vez como actores en igualdad de estatus en los "espacios públicos". Lo "público" era lo que se manifestaba como presencia masiva real o virtual de los sectores medios para arriba; los de abajo no eran público ni constituían lo público; eran, simplemente, "la rotada".

En algún otro libro hemos descrito con más detalle esa ciudad, ese espacio, esa convivencia, esa comunión aun en las funciones de los cines del centro de la ciudad. No lo vamos a repetir aquí.

> Sépase, regístrese y publíquese que no pude disfrutar de nada de todo eso. Seré viejo, pero no tanto. La Huambaly y todo lo demás de esos años de un Santiago glamoroso en el estilo del cine de Woody Allen fueron para mí, incluso siendo nene, cosa del pasado. El pasado es muchos pasados, pero al fin se igualan en su sensación de distancia. Veinte años atrás, sesenta años atrás, ¿cuál es la diferencia? En los dos casos lo ya pasado es algo ido, muerto, un fantasma conjurado por las fotografías y la memoria de los entonces jóvenes de esa época y que hoy, salvo sean como Matusalén o nuestro querido Nicanor Parra, que en paz descanse, están más muertos que una momia. Ni siquiera de las nostalgias que pudieron tener sabe uno algo. A lo más, en mi niñez, alcancé a divisar una sombra de lo que ya se iba, un hálito, esa agitación del aire que deja el paso de alguien que ya abandonó la habitación.

## Don Amador

¿Qué dirían de un compatriota cuya variopinta y movida vida incluye que se educara por su cuenta y trabajara desde los siete años llegando a ser obrero de la Maestranza de Ferrocarriles del Estado, vendedor ambulante, dedicarse luego a actividades cinematográficas, explotar teatros y empresas productoras de películas, construir el primer teatro en la ciudad de Osorno, ser director de la Chile Sono Film S.A. y socio de la Radiodifusora Nacional, contribuir a sostener el periódico *Bandera Roja*, organizar y financiar la editorial Antares, crear el diario *Frente Popular* y colaborar en la fundación de *El Siglo*, dedicarse a la crianza de aves finas, viajar muchas veces

a Alemania, Estados Unidos, Francia, Holanda y España, militar en el Partido Comunista desde 1931, ser tesorero del Comité Central del partido en 1936, ser relegado a Melinka, luego electo diputado por la Séptima Agrupación Departamental Santiago por el período 1937-1941 y en debida sucesión funcar como reemplazante en la Comisión Permanente de Gobierno Interior, en la de Educación Pública, en la de Vías y Obras Públicas, en la de Trabajo y Legislación Social y en la de Policía Interior. Y no solo eso, sino luego integrar la Comisión Permanente de Industrias. Más aun, en 1941 ser electo senador de la república por la Sexta Agrupación Provincial Curicó, Talca, Maule y Linares en representación del Partido Comunista y etcétera, etcétera.

En breve, ¿qué dirían de un chileno así, tan dotado de energía, versatilidad, creatividad, empuje, resistencia, capacidad de servicio público y pionero en su calidad de primer senador del PC?

No dirían nada porque no saben nada de él. Ni siquiera es cosa de que lo hayan olvidado puesto que nunca supieron de su existencia. Y nada de raro sería porque si hay alguien cuyas obras, aunque de cierta resonancia y peso, se han desvanecido totalmente de la memoria pública son las de este caballero, don Amador Pairoa Trujillo.

¿Y entonces por qué recordarlo? Hemos recordado a otros personajes olvidados total o parcialmente, pero ¿por qué este? ¿Por qué debiera o podría estar en la “memoria pública” como varios de los otros que hemos examinado? A primera vista, Pairoa pudiera aparecer como alguien no solo olvidado sino olvidable, alguien cuyos méritos no alcanzan ni siquiera para aparecer en una nota al pie de página o aun en este libro, un señor que, después de todo, no fue ni es el único ciudadano del país que se haya esforzado y cumplido muchas tareas para al fin de su vida desaparecer sin dejar rastros. Pairoa, podrían decir, fue un caballero respetable, pero nada más. No ha sido ni será el único ser vivo sobre este planeta en cuya vida haya toda laya de peripecias y tolerado innumerables sinsabores y visto muchas tragedias y recibido agravios y sufrido incomprensiones y experimentado más fracasos que éxitos o aun triunfando palpar de cerca la insustancialidad de lo logrado, lo poca cosa que suele ser, la distancia infinita entre lo que somos y hacemos y lo que quisimos ser y hacer; no solo él, agregaría este crítico, sino miles de chilenos han pasado por lo mismo o algo similar; él, pero también otros muchos, millones de millones, con gran esfuerzo han hecho o deshecho sus vidas y también han sido tan olvidados que ya ni sus nietos saben del abuelo y probablemente ni siquiera se han enterado de dónde está sepultado y sus tumbas, la de Pairoa y las de los demás ignorados y olvidados, nadie las visita y se desmoronan hace rato y están aun más muertas que sus habitantes.

Sin embargo, vale la pena rescatar a Pairoa precisamente porque muchos fueron, son o serán como él, y entonces rescatándolo del olvido rescatamos con toda justicia a esos millones de seres anónimos que en verdad son la sal de la tierra, los que laboraron, sufrieron y murieron a la sombra o en las penumbras y sin ellos los que sí aparecen, las figuras de la historia, no habrían tenido dónde apoyar sus pies. ¡Y qué no habrán visto! Piense en Pairoa y su época. Nació en 1885 y murió en 1944. Por lo tanto, su vida transcurrió a lo largo y durante varias movidas generaciones, primero en el lapso cuando Chile comenzaba a salir del profundo atraso de la sociedad agraria para entrar a medias a una más urbana e inquieta, pero además y de niño seguro

captó algo de la revolución que derribaría a Balmaceda para luego, de adolescente, contemplar la coreografiada danza parlamentaria de la república oligárquica y más tarde de seguro salió a la calle a cantar el *Cielito lindo* cuando el pueblo eligió a Alessandri y vio venir y o al menos vivió los años treinta y sus piruetas políticas, a los Marmaduke, a los oficiales haciendo sonar sus sables en el Congreso, a los muchachos que fueron llevados al edificio del Seguro Obrero donde serían masacrados, y vio llegar a La Moneda a don Pedro Aguirre Cerda y lo oyó hablar de la educación y de seguro no hubo sobresalto que no experimentara, salvo, debido a su oportuna muerte antes de que sucediera, la cuchillada por la espalda que González Videla iba a darle a su partido.

> ¡Qué no habrán vivido él y los demás miembros de su generación! No puedo saberlo, pero trato de concebirlo. Amador y sus contemporáneos fueron testigos de toda laya de acrobacias políticas, de las mismas equivocaciones, las mismas tragedias, las mismas decepciones, las mismas traiciones, las mismas farsas y el mismo final que nos deja a todos, estoy seguro, con un palmo de narices y haciéndonos la pregunta: "¿Y eso era todo?". Amador de seguro fue más notorio que otros hombres de quienes no sabemos nada ni podemos saberlo porque no son mencionados en Google, no aparecen en Wikipedia ni hay notas sobre ellos en la página de Memoria Chilena ni tienen cabida ni siquiera en las notas al pie de los textos de la especialidad, pero aun siendo notorio, Pairoa fue uno de ellos, uno del "pueblo", un extra en acción en el trasfondo de la escena que protagonizan los héroes y heroínas, los y las canallas, los "salvadores de la Patria" y los que le hicieron y hacen zancadillas a la Patria. Nos vemos pronto, don Amador.

# La escoba de Ibáñez

A Carlos Ibáñez del Campo le decían “El Caballo”, vaya a saberse la razón, aunque posiblemente no porque le gustara la equitación o la hípica, sino por ser “acaballado”, la forma menos ruda y hasta afectuosa de tratar a alguien de bruto. Dicen además que fue el presidente más “homofóbico” de la historia patria. Hablamos de su presidencia de 1952 a 1958, que es el período que se trata en este capítulo. Dicho sea de paso, no estamos seguros de si en esos años se conocía siquiera la palabra “homofóbico” o al menos si se usaba. Por ese entonces no se hablaba con respeto y unción de las “sensibilidades sexuales alternativas”, sino que se tildaba a unos de “maricones” y a las otras de “maracas”. En ese contexto de desprecio por una parte, y de vergüenza y miedo por la otra, la homofobia de Ibáñez resalta más para los observadores del presente que para los testigos de su tiempo. Pudiera decirse que *toda* esa época era, de acuerdo con los parámetros de hoy, homofóbica.

Para las elecciones de 1952 Ibáñez fue ungido candidato por el Partido Agrario Laborista, el Partido Socialista Popular y el Partido Femenino de Chile liderado por María de la Cruz, una señora que alguna vez había sido o era aún alcaldesa de Santiago y tenía cierta fama de extravagante. Ella sería quien le arrastró gran parte del electorado femenino, el cual por primera vez votaba en elecciones presidenciales. El símbolo de la campaña de Ibáñez fue la escoba, con la cual decía iba a barrer con la corrupción de los políticos y los partidos. Usó además el lema “El general de la esperanza”. Y así, con esperanzas y escoba, ganó el 46,8% de los votos.

En marzo de 1953 las elecciones parlamentarias aumentaron el peso de los grupos ibañistas, pero eso no sería suficiente para apuntalar el gobierno. El resultado sería una rotativa ministerial interminable, pero pese a eso y a la precariedad de su apoyo, su gobierno no fue escaso en logros.

En el ámbito económico la administración de Ibáñez continuó operando bajo el concepto desarrollista del período radical —estimulado y hecho necesario por la Segunda Guerra Mundial — y así fue como impulsó la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP), la Compañía de Acero del Pacífico (CAP), la Industria Azucarera Nacional (Iansa) y el Banco del Estado de Chile. En el ámbito institucional modificó el estatuto del Banco Central de Chile, creó el Ministerio de Minería, el Departamento del Cobre y fijó un salario mínimo campesino, lo que permitió rescatar de un estado de virtual servidumbre a cientos de miles de campesinos que vivían bajo un sistema remuneratorio propio del siglo XVII. Más aun, durante 1958, el último año de su período, a pesar de que el mismo Ibáñez la aplicó varias veces en su mandato, derogó la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, la “Ley Maldita”, que declaraba proscrito al Partido Comunista de Chile e impedía a sus militantes votar en las elecciones. Ese mismo año creó la Cédula Única Electoral, estableció la obligatoriedad del voto e impuso medidas para evitar el cohecho y el acarreo o transporte pagado de votantes desde un lugar de votación a otro. Hubo, además,

durante su mandato, grandes obras de infraestructura como el embalse de la Laguna del Maule y el embalse Los Cipreses. Impulsó una política estatal de construcción de viviendas y de desarrollo y mejoramiento urbano a través de la Corvi, creada durante su mandato. Además, inauguró la base Presidente Pedro Aguirre Cerda, obviando que le colocaran su nombre.

No es poca cosa y conste que en esta lista no está todo. Recuerdo, de cabro chico, el último discurso de Ibáñez en "cadena nacional" resumiendo sus logros y hablando no de grandes planes sino de kilómetros extra construidos en la carretera Panamericana. En efecto, en no pocos sentidos su gobierno, visto retrospectivamente, se asemeja al de Eduardo Frei hijo, el celebrado durante la Concertación, tema que trataremos más adelante. Ambos hicieron muchas cosas, *pero* sin un paraguas conceptual, épico, sin narrativa, sin exaltación, sin retórica, sin "mapas de ruta", sin nada más que el día a día luchando contra las pequeñeces cotidianas y acumulando una obra tras otra en la medida de lo posible. Tal vez esa sea la manera como se construye un país, no con ensoñaciones fantasiosas. Y, por lo mismo, el período de Ibáñez cuesta recordarlo, como cuesta recordar el de Frei hijo. Son, a fin de cuentas, los lapsos más felices o al menos tranquilos que puede disfrutar una sociedad, pero por eso mismo los olvidamos. Solo nos llama la atención y se graba en la memoria la "gran ópera" histórica, el tumulto, el golpe, la revolución, la guerra y los terremotos. En los períodos relativamente calmos tendemos a quedarnos dormidos o revolcarnos en una fastidiosa, rabiosa e insoportable inquietud. No podemos quedarnos en paz y especialmente no puede quedarse en paz cada sucesiva generación de "chiquillos" deseosos de asaltar el Cielo.

Dicho sea de paso, está claro que la escoba enarbolada por Ibáñez no era el báculo con que el último papa va a anunciar la consumación de los siglos. No era el nombre de pila de una renovación nacional o de "trasformaciones profundas", como hoy las llaman. Era un simple artefacto mediático no más sustantivo y con contenido que la manoseada frase "hasta la victoria, siempre".

## María de la Cruz y María Teresa del Canto

María de la Cruz y María Teresa del Canto debieran ser recordadas y conocidas —al menos por los innumerables batallones de chicas y damas feministas que llevan la voz cantante en muchos asuntos— siquiera un poco más de lo que se recuerda a otras personas, grupos, movimientos y conciliábulos de los tiempos de Ibáñez. Un ejemplo de esos porfiados recuerdos que todo el mundo rememora y en muchos casos sin saber de qué se trata es la cacareada "generación del 50", a la cual se menta con frecuencia en suplementos literarios, organizaciones culturales, peñas, textos de historia del arte y también como lo hacemos en este libro y precisamente por la misma razón, a saber, porque ha sido tan sacralizada, embalsamada y trompeteada hasta el día de hoy como si la humanidad no hubiera tenido otro motivo para alcanzar esa década que dar origen a la docena de novelistas, versificadores y bebedores profesionales que formaron parte de ella. Es otra muestra de lo que dijimos al principio de este libro.

Insistimos: ¿por qué algunos son recordados y otros olvidados? En este caso quizás haya sido porque eran mujeres y en esos tiempos el tema de la igualdad de los sexos ni siquiera se discutía, aunque precisamente ese es el gran mérito de ambas damas; ambas, aun si no lo expresaron tan

abierta y agresivamente como se hace hoy, dieron pruebas toda su vida de que en eso creían y por eso luchaban. Se destacaron y pagaron por ello un precio, a menudo la mofa y el desdén del mundo masculino.

María de la Cruz nació en Chimbarongo, 1918, cursó su educación primaria y secundaria en Santiago y a poco andar, desde muy joven, mostró una vocación literaria que se tradujo en artículos, folletos, poesías y novelas, amén de llegar a ser editora y directora de la revista *Luz y sombra*, dedicada a las personas con discapacidad visual. También trabajó como periodista y comentarista política, especialmente destacada por su programa *María de la Cruz habla*, transmitido en la radio Nuevo Mundo hasta fines de 1978.

En 1940 publicó *Transparencias de un alma* y en 1942 *Alba de oro,* amén de textos de poesía como *Ha pasado la tormenta*, *Humanidad* y la novela *Suprema cita*.

Para ser franco y hasta brutal, bien pudiera decirse —y de seguro sin un gran margen de error — que ninguna de esas obras inflamó, terremoteó o conmovió los paisajes y arquitecturas de la literatura chilena, pero el solo hecho de que las escribiera señala un tesón, una voluntad por salir del encierro femenino y un grado de talento que rara vez se encuentran hoy y mucho menos se expresaba en esos años, aunque aun más difícil era expresar en los hechos más que en las letras su afán por liberar a las mujeres de las pesadas trabas de esa época. Tales eran de poderosos sus afanes en ese sentido que pronto llegó a ser una de las líderes del movimiento feminista iniciado en 1913, que apoyaba los derechos civiles y políticos de la mujer. Quizás más de alguna vez se topó con Teresa Wilms Montt, de quien ya hemos hablado. Pero para María de la Cruz no se limitó a ser, su militancia, cosa de ratos perdidos en una provincia aburrida, suerte de anestésico para espantar el *spleen*, sino negocio serio y a largo plazo.

De ahí que en 1946 participó en la fundación de un partido ligado a las mujeres, el Partido Femenino de Chile. Esta agrupación buscó formar a la mujer para que tuviera conciencia de sus derechos, propósito que encontró mucho respaldo en trabajadoras y señoras de estratos medios. Más aun, logró crear leyes especiales de protección y eliminar otras que desfavorecían a las mujeres. Todas estas iniciativas se coronaron en la ley que les dio derecho a voto en 1949, año de nacimiento, además, para que se vea cómo coincide todo lo que es bueno en este mundo, de *yours truly*.

En 1948 María de la Cruz se presentó a las elecciones como candidata a senadora por Santiago, pero no salió elegida. En 1952 fue la generalísima de la campaña presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, quien, luego de su triunfo, le ofreció la cartera de Educación, la que rechazó pero aceptó presentarse a la elección complementaria para llenar la vacante en el Senado por el electo presidente Ibáñez del Campo. En su campaña contó con el apoyo del Partido Democrático de Chile, del Movimiento Nacional Independiente, de la Organización de Mujeres Independientes, del Movimiento Nacional Ibañista, del Partido Femenino y del presidente electo y con todo eso apuntalando sus espaldas el 4 de enero de 1953 obtuvo más del 50% de los sufragios emitidos. Fue la primera mujer chilena en llegar al Senado.

En 1958 apoyó la campaña presidencial de Jorge Alessandri Rodríguez y en 1964 la de Jorge Prat, de quien nadie se acuerda. A fines de la década de los sesenta ingresó al Partido Nacional

—surgido de la fusión de los partidos Conservador y Liberal—, tienda desde la cual se transformaría en opositora a la Unidad Popular. Durante el gobierno militar de Augusto Pinochet colaboró con los alcaldes de Santiago Patricio Mekis y Patricio Guzmán, en calidad de inspectora municipal ad honorem. Luego, en septiembre de 1995, entregó su alma al Señor.

Quizás en estos últimos episodios de su vida se encuentre el motivo de su olvido. Las feministas de hoy suelen ser al mismo tiempo "progresistas" en todo, lo cual automáticamente las convierte en enemigas acérrimas a lo que suene, huela o tenga atisbos de ser o pertenecer al mundo de "la derecha". A Teresa Wilms Montt se la ha recordado pese a su nacimiento en el seno más cremoso de la élite porque justamente aparece como una *outsider*, una mujer desdeñosa de su medio social, amén de sus otras glamorosas características, pero ¿qué hacer con una mujer pinochetista, de derecha, reaccionara, facha y retrógrada aunque haya sido feminista?

Posiblemente no sea distinto lo ocurrido con la otra dama que aquí recordaremos, María Teresa del Canto, una de las primeras mujeres ministra de la historia del país. Nació en Catemu en 1898, estudió Pedagogía, se recibió de profesora de inglés, ejerció como tal desde 1920 y llegó a militar en el Partido Femenino de Chile, del cual fue directora nacional de Asuntos Sociales. En 1952 ya había destacado tanto como para que se le ofreciera el cargo de ministra de Educación tras la negativa de su compañera de partido, María de la Cruz. Aceptó el cargo, lo cumplió y en 1953 fue sucedida por Juan Gómez Millas.

De ahí pasó a ser alcaldesa de Santiago entre el 19 de junio de 1953 y el 31 de octubre de 1957. Mientras desempeñaba ese rol se hizo blanco de bromas que este cronista recuerda perfectamente. No se la tomaba en serio y se insinuaba que estaba chalada. Cuando las primeras máquinas barredoras de calles pasaban haciendo su trabajo, la gente comentaba "ahí va la escoba de la alcaldesa". En 1958 asumió como superintendente de Educación del gobierno de Jorge Alessandri y final, tardíamente, casi a la hora de los postres, fue galardonada con la Orden al Mérito del Consejo Mundial de Educación. Eso sucedió en 1987, muy poco antes de que falleciera. También fue nombrada Hija Ilustre y Benemérita de Catemu. Puede que esto último no parezca la gran cosa, pero algo es algo. En 1993 una escuela de su ciudad natal fue nombrada en su homenaje. Entregó su alma al Señor en 1987 e instantáneamente pasó al olvido.

> Creo recordar la voz de María de la Cruz, tal como recuerdo, avanzando trabajosamente por calle Puente, la escoba de la alcaldesa. Mi abuela materna Leonides, de seguro fascista, solía oír a María de la Cruz en la radio. Era, la señora de la Cruz, imperiosa, impetuosa y por eso mismo y por ser apasionada y por ser mujer era blanco de bromas que hoy llevarían a sus hechores a la cámara de gas. Y también creo saber lo que diría un historiador de verdad que llegara —cosa imposible— a leer este libro: "Ninguna de esas mujeres ni las demás personas que menciona, pero en especial estas señoras, hizo algo lo suficientemente importante como para que merezcan más de medio párrafo de un libro serio, si acaso…", ante lo cual me pregunto qué es "lo suficientemente importante" para meritar las efusiones de la academia. Tengo el pálpito de que no equivale siempre a lo recordable ni lo recordable a lo que vale la pena. Señoras, mis respetos.

## Una fugitiva imagen del Caballo

Lo que relataré ahora no es siquiera un pedacito infinitesimal de la historia patria, solo un trozo diminuto de mi memoria, la cual a su vez no es sino la raíz cuadrada de una fracción imperceptible de la conciencia colectiva, pero aun en su casi invisible dimensión ese fragmento

arroja un rayito de luz sobre algunos modos de ser de ese sencillo Chile de los años cincuenta durante los cuales presidió Carlos Ibáñez del Campo. Tiene, esta imagen, el mérito adicional de estar viva al menos hasta el punto en que lo están esos clips visuales de unos segundos de duración que fueron registrados por nuestros cerebros vaya a saberse por qué, pues, por lo general, suelen ser intrascendentes; sencillamente se grabaron y ahí quedaron mientras, en cambio, episodios trascendentales no dejaron ninguna huella.

He aquí el video clip de mi memoria relativo a este presidente: es una tarde de verano y mi hermano y yo jugamos en la pileta del entonces Congreso Nacional. Era dicha pileta un aparatoso pero conmovedor artefacto de cemento, yeso y agua que se ubica en el jardín circundante del edificio y que aun, ¡milagro!, sobrevive a los afanes demoledores y nihilistas de los "urbanistas". El cielo, en dicho vídeo mental, es intensamente azul, fenómeno propio de una época aún no enturbiada por el esmog. Ni siquiera se conocía la palabra. De pronto hay movimiento hacia el sector de las puertas del Congreso que dan a calle Catedral y nuestra nana Herminda…

(¿Qué habrá sido de ti, Herminda? En algún álbum familiar hay una foto tuya en que nos tienes a los dos, a mi hermano Eugenio y a mí, de la mano, en la terraza del San Cristóbal. Han pasado más de sesenta años, debes haber muerto. Eras una morena atractiva, joven, llena de vida, de todo lo cual no teníamos idea entonces sino solo ahora, al mirar esa fotografía que amarillea más y más. Recuerdo también el día, años después, cuando mi madre te despidió en medio de una gritadera de la gran puta. Ya conversaremos de esto donde sea que estés. No me falta tanto).

… nos toma de la mano y se acerca a un pequeño grupo de gente que se ha alineado a ambos lados del sendero de gravilla que lleva a la terraza y columnata dórica que precede la puerta. La puerta, inmensa como me pareció entonces, digna de las películas de romanos, se abre y sale de ella, acompañado por tal vez una docena de personas, un señor con chaqueta blanca, la usada en esos años por carabineros cuando llegaba la temporada de verano. Es Carlos Ibáñez del Campo, el presidente de Chile. Avanza y pasa a mi lado. No hay guardias sino tal vez un par de carabineros. No hay cámaras de televisión (no había televisión), no hay cámaras de cine, no hay fotógrafos y tampoco hay alardes ceremoniales ni protocolares ni de seguridad ni de medios de prensa ni vitoreadores ni protestantes ni menos aun una hilera de autos con vidrios oscurecidos ni un despliegue de motociclistas ni nada de nada. Bien podría ser un notario dejando su oficina para ir a tomar once a La Novia o el Goyescas, establecimientos de la época, o ir a mandarse un completo en los magníficos locales del pasaje Matte. Años más tarde, quizás en 1964, vi a Jorge Alessandri en predicamento parecido, caminando por calle Compañía sin otra custodia que un notorio "guatón de la pepé" (Policía Política), como los llamaban entonces, siguiéndolo a unos diez pasos de distancia.

Todo era así, en diminutivo, sin alharacas, sin drama, sin "Fin de año junto al mar", sin teletones, sin empoderados, sin ciclistas sacando pecho, sin autos, sin estruendo, sin matinales, sin socialités, sin Don Francisco, Dios nos libraba y nos favorecía. Aun años después de eso, Santiago seguía siendo un paraje donde nosotros, los nenes, jugábamos a andar en patines por calle Huérfanos. Son imágenes auténticas y falsas al mismo tiempo, las vistas desde el metro cincuenta de un cabro chico al que no le llegan las cuentas ni los cheques protestados ni apenas

supo del despelote de ese 1957, a balazo limpio, batahola iniciada por el alza del pasaje del tranvía y que costó varios muertos y en eso estuvo el caballero de la chaqueta blanca. A fin de cuentas, no es el ilusoriamente calmo pasado el que se echa de menos, sino la infancia inocente.

# El camerino del Paleta

Los finales de los años cincuenta y principios de los sesenta constituyen el período marcado o definido por el “Paleta”, esto es, por la presidencia y estilo de don Jorge Alessandri Rodríguez. Es un período que, en sus costumbres y urbanidades, en su existencia y faz pública, fue, como el descrito en el capítulo anterior, una suerte de intermedio a no se sabía qué. Dicho sea de paso, ignoramos la razón por la cual a Jorge Alessandri le pusieron ese apodo. Será quizás porque alguien o muchos lo consideraban “paleteado”, pero no estamos seguros. Por si no conocen el término, ya bastante viejo, paleteado es alguien capaz de apoyar sólidamente a sus amigos sin dudas ni límites. De ahí la expresión “compadre paleteado”. Siendo, como era, un político —aunque a regañadientes según daba siempre a entender— se hace difícil darle mucha credibilidad a que Alessandri lo haya sido porque serlo no solo no es virtud frecuente en ese rubro profesional, sino al contrario, un obstáculo para desempeñarlo.

Jorge Alessandri fue electo presidente de Chile en 1958 en reemplazo de Carlos Ibáñez del Campo y a su vez lo sucedió Eduardo Frei Montalva en 1964. Entre Ibáñez, que gobernó desde el 52 al 58, y el Paleta transcurrió entonces casi entera la década de los cincuenta y casi la mitad de la siguiente.

¿Cómo caracterizar esa etapa de una docena de años de duración con uno o dos rasgos que nos ofrezcan su atmósfera? Lo hemos hecho muy parcialmente al examinar el período del “Caballo”, por lo cual intentarlo de nuevo sumando a dicho equino al Paleta es tarea que quizás bordea el absurdo, pero esa es la condición, después de todo, de este libro, la clase de emprendimientos algo ridículos que hemos estado intentando. Reconocido eso, digamos que políticamente, pese a las turbulencias no menores que lo afectaron, tal vez pueda decirse que el período de los años cincuenta y hasta 1963 fue el último lapso histórico hasta el presente en que el país sería gestionado sin “narrativas”, sin “hojas de ruta”, sin que el gobierno creyera necesario enarbolar ni ideas ni proyectos ni semánticas ni ambiciones grandiosas asociadas de algún modo a un discurso y épica de reformas a gran escala, sino a lo más, como sucedió con el tema agrario y otros, optando por mejoras de pequeño calado y además no con el ánimo de refundar la Patria sino al contrario, más bien para defender y consolidar la que ya había, de acuerdo con la vieja política de poner el parche antes de la herida. Es lo que en salud pública llaman medidas profilácticas.

Fue entonces, si estamos en lo cierto, el último lapso largo de “gobiernos de derecha” en que la administración del país no fue sentida ni vista por los titulares del poder como una agónica interrogación hamletiana acerca de qué somos y de dónde venimos, sino simplemente como pura administración, casi como un gobierno de la era oligárquica buscando modos de agregar adelantos a lo que ya había, pero ni proponiendo ni intentando eso tan de moda desde mediados de los sesenta en adelante, los “cambios estructurales”; lo que parecía necesario no era hacer

discursos ni predicar proclamas, sino fundar más colegios o construir más carreteras, tampoco "cambiar" la educación ni "revolucionar" el sistema de transportes. Y no había en el gobierno de esos años un discurso y retórica relativas a los marginados, los desposeídos, los movimientos sociales, etcétera; se reconocía, sencillamente, que existía gente muy pobre a la que era preciso ayudar mediante la acumulación progresiva de adelantos concretos. De ahí entonces que cualesquiera hayan sido las combinaciones políticas que apoyaron a Ibáñez y a Alessandri —a Alessandri lo apoyó, en la necesaria elección que se celebró en el Congreso, una coalición formada por conservadores, liberales y el Partido Radical—, la gestión del gobierno era un mero marcar el paso en lo social y político, y un agregar "adelantos" en todas las áreas posibles.

No se crea, por esto, haber sido la del Paleta una época somnolienta y dormidora de siestas a lo Barros Luco. Es la década de la guerra de Corea, de la puesta en órbita del Sputnik, de feroces huelgas y manifestaciones callejeras con muertos y heridos, de previa desilusión con Ibáñez, de crecimiento de las ideas socialistas, de tímidas reformas agrarias, de la creación de más empresas estatales (Entel Chile, Enami y Ladeco), del mundial de fútbol celebrado en el país (1962), y del crecimiento paulatino y creciente de las fuerzas de izquierda. No fue en absoluto un período que podamos describir, entonces, con el consabido cliché "la calma que precede la tempestad", pero para quienes vivieron en esos años previos al esmog, con un Santiago de cielos luminosos, con docenas de rotativos entregando a grandes y chicos una inacabable ración de cultura pop americana protagonizada por buenos y malos nítidos, con ciudades como Valparaíso aún intocadas por la generalmente vandálica cultura de masas y por tanto impecables en su desnuda belleza, con trenes en los que un tipo recorría el convoy con un canasto de mimbre lleno de botellas de malta, Bilz y Pilsener, en un país casi sin autos, de silenciosas barriadas de poblaciones callampas donde una miseria inconcebible se vivía en silencio y al margen de la calle y la política para tranquilidad de los de arriba y las clases medias, cuando el jardinero era el "hombrecito" y la empleada doméstica era la "china", en fin, ese mundo de clases, cerrado, calmo y aparentemente eterno les parece ahora, a esos nenes hoy convertidos en sexagenarios y septuagenarios y al menos por comparación con los años que vendrían y que aún no terminan, con los años de la transición a la plena modernidad y sociedad de masas y al conflicto político desnudo y total, les parecen, repito, un paraíso perdido. Pero no lo era.

### Jaime Eyzaguirre, historiador

¿Quién, fuera del mundo académico vinculado a la historia, sabe que existió un señor Jaime Eyzaguirre que no era como cualquier otro Jaime Eyzaguirre que hubiera podido aparecer en la guía telefónica, reliquia prehistórica también desaparecida, casi olvidada? Como los demás personajes de este libro, Eyzaguirre solo fue activo y conocido en un área delimitada de la escena nacional y tampoco tuvo —o muy escasamente— medios de influencia política en el país, pero también como el resto de los personajes que hemos resucitado, su vida es representativa e ilustrativa. ¿De qué? Tal vez de lo que significa ser contemporáneo de lo que no sintoniza con nosotros, tal vez el ser persona criada en cierta cultura y encontrarse viviendo la adultez en otra muy distinta y hasta opuesta. Estar a caballo de dos mundos distintos es postura incómoda.

Por su origen social, educación, profesión y casi por cada rasgo de su personalidad, Eyzaguirre estuvo particularmente bien —¿o mal?— formado para no sintonizar en nada con las transformaciones de la sociedad chilena que a él le tocó vivir y observar en el cénit de su madurez personal y profesional. Eyzaguirre nació en 1908 como vástago de una familia profundamente católica y perteneciente a la aristocracia tradicional, estudió en el Liceo Alemán, luego ingresó a la Universidad Católica a estudiar Derecho y, como la gran mayoría de los estudiantes de esa universidad, entró a la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, en que militó junto a gente bastante diversa como Alberto Hurtado, Julio Philippi, Clotario Blest, Eduardo Frei y Mario Góngora. Fue una generación marcada por una contradicción interna constituida, por un lado, por sus orígenes de clase y valores tradicionales, mientras por el otro lo fueron por el ambiente político e intelectual de la época, cuando aparecían nuevas ideologías reclutando devotos. Hablamos del socialismo, el comunismo, el fascismo, el socialcristianismo y el corporativismo.

Pero lo esencial en Eyzaguirre, lo que lo definió como persona e historiador, fue su formación cristiana, la cual imperó, dominó y superó cualquier otra influencia que haya podido experimentar. Con la tutoría del sacerdote jesuita Fernando Vives, nuestro futuro historiador se impregnó del espíritu de la doctrina social de la Iglesia, mientras por su parte el presbítero Juan Salas lo acercó a las doctrinas milenaristas de Manuel Lacunza. Como si eso no fuera lo bastante influyente y fuera de época, Eyzaguirre absorbió la obra de autores católicos como León Bloy y el tradicionalismo español de Ramiro de Maeztu, su máximo exponente.

Es esa base doctrinaria la que se manifestaría en su trabajo, pero no en calidad de abogado, pues nunca ejerció como tal, sino como historiador y docente por vocación y oficio. Todo estaba entonces predispuesto para que Jaime Eyzaguirre se convirtiera, como dice Memoria Chilena de la Biblioteca Nacional, “en uno de los representantes más destacados del pensamiento conservador chileno del siglo xx, convirtiendo su cátedra universitaria en una tribuna en la que difundió sus ideas y a cuyo alero se formaron destacados abogados, políticos e historiadores nacionales”.

En 1932 comenzó a trabajar en la Universidad Católica como profesor en los cursos de Historia del Derecho e Historia Constitucional de Chile. En 1953 comenzó a trabajar como docente de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, con el tiempo su principal tribuna. Desde ese cargo ayudó a formar historiadores que renovarían la historiografía, pero mientras tanto, él mismo se iba formando y reformando al sumergirse más y más en el tradicionalismo hispanista que, oponiéndose a la historiografía liberal decimonónica, revalorizó el legado cultural y religioso del pasado hispánico. En ese legado Eyzaguirre vio el elemento central de la identidad del país y desde esa postura no había ni un paso hacia la conclusión de que era preciso rescatarlo y oponerlo a las nuevas ideologías.

En cierto sentido algo macabro, Eyzaguirre fue afortunado en morir en un accidente de auto en 1968, apenas a los sesenta años de edad; eso le ahorró los años de “profundas trasformaciones” y conflictos que se desataron a toda máquina a partir de la elección de Allende y que todavía no terminan, sino al contrario, han revivido o más bien vuelto a cobrar esa semivida propia de los zombis de las seriales de horror. Si, como Matusalén, el señor Eyzaguirre hubiera vivido

suficientes años más como para enseñar y escribir en el presente, de seguro habría arriesgado una fenomenal camotera de alumnos y colegas pues, en su visión tradicionalista, entre otras cosas rechazaba la denominada "leyenda negra" de la Conquista, hoy postura inconcebible e intolerable pues estamos en un período que valoriza y revaloriza a los "pueblos originarios"; en otras palabras, el péndulo ha regresado al pensamiento decimonónico y entonces los españoles una vez más aparecen como una horda de asesinos y explotadores despiadados. No muy distinto era el pensamiento de su tiempo, cuando lo acusaron de negar las atrocidades de la Conquista, lo que Eyzaguirre hacía con el más bien débil argumento de la profusa legislación de la Corona española para proteger a la población indígena, olvidando que dicha legislación los señores encomenderos se la metían por el culo. Fuera de eso, don Jaime interpretó la independencia como derivando de la tradición hispana de los fueros municipales y de la reversión de la soberanía al pueblo en ausencia del soberano. Con eso quiso mostrar la fortaleza de la tradición hispana como elemento constitutivo de la identidad nacional.

Si ubicamos a Eyzaguirre en el período del Paleta es no solo porque su obra principal fue publicada en esos años, a saber, *Ideario y ruta de la emancipación chilena y Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren*, en 1957, *Historia del Derecho*, en 1959, *Chile y Bolivia, esquema de un proceso diplomático*, en 1963, *Historia de Chile*, en 1965, *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile*, en 1966, para rematar con *Breve historia de las fronteras de Chile*, en 1967, todas ellas duramente criticadas por colegas y la crítica porque, como ya se ha dicho, se le acusaba de negar las atrocidades españolas y no tomaba en cuenta los factores económicos y sociales, sino que se refugiaba en una visión obsoleta de la historia; en suma, se le reprochaba ser un conservador sin remedio anquilosado en una tradición digna del siglo XVII.

Pero, en verdad, la razón principal para ubicarlo en esa fase histórica de Chile y resucitarlo para este libro como actor secundario de esos años es otra y es la siguiente: su persona y su obra, sus tribulaciones, sus luchas y sinsabores nos dicen mucho sobre la clase de conflictos, aún embrionarios, que se empiezan a manifestar en esos períodos de "iluminismo", cuando aún predomina la sociedad tradicional, pero en el clima mental de crecientes sectores comienzan a influir más y más, en cambio, las "narrativas", los "sueños", las "épicas", las utopías y los programa masivos y revolucionarios de reconstrucción nacional, por todo lo cual la atmósfera empieza a repletarse de reproches, de quejas y acusaciones todavía inocuas pero muy ruidosas contra lo que es, contra el *establishment*. Un hombre como Eyzaguirre, inclinado sobre polvorientos mamotretos de la época de la Casa de Contratación de Sevilla, mientras sus colegas y el ambiente universitario vociferaban sobre servidumbre, explotación, represión, atraso hispánico, desarrollo del subdesarrollo, movimientos populares y reconstrucción total de la nación, es, sin duda alguna, un hombre atribulado y quizás hasta desesperado, alguien que siente el piso resquebrajándose bajo sus pies.

> Creo ver a don Jaime en su oficina una mañana cualquiera. Hay en ella silencio, reposo, libros y olor a libros y a páginas que amarillean, a legajos, a notas, quizás a tinta, quizás a tabaco, a café o té y quién sabe si hasta a whisky, si acaso alguna vez don Jaime empinaba el codo y se le quedó en la mesa del escritorio la copa de la noche anterior, ahí, al lado de una pila de papeles. ¿Por qué no? ¿Acaso un cristiano y tradicionalista no puede pegarse un tequilazo? Desde su oficina oye o cree oír el rumor de los tiempos. Las ventanas están cerradas a piedra y lodo, pero lo oye. Aún no es como hoy, ya avanzado el siglo XXI, no es como hoy con sus vociferaciones

a tiempo completo, redes sociales repletas de mala leche y alumnados capaces de ingresar a la oficina de alguien a quien consideren reaccionario y ponerlo todo patas para arriba; aún no, pero don Jaime sospecha que va a suceder y ya le parece oírlo. Es historiador y tiene una aguda percepción de los cambios, de los movimientos subterráneos, de lo que antecede a lo que luego se manifiesta; lo ve venir y se estremece. Todo intelectual se estremece ante cualquier cosa en movimiento transcurriendo más allá de su sanctasanctórum, salvo que sea de la clase de intelectuales que gusta salir a la calle a rozarse con los flaites, pero él no es de esos, los desprecia y los teme. Quién sabe, tal vez es el año 1967. En un año más va a morir y lo ignora. En un año más será rescatado de ese futuro sombrío, ruidoso, agresivo, ordinario, vulgar y en todo desagradable. Por ahora sepulta aun más su cabeza y sus manos en el texto que tiene al frente y por largos momentos, por horas tal vez, no quiere saber de nada más. Lo comprendo perfectamente, don Jaime, lo acompaño en su sentir. Descanse en paz a resguardo de todo eso, de todo lo que estaba por llegar.

## ¿Quién se acuerda de Lucho Bossay?

Nadie o muy pocos. Tal vez haya algunos jubilados de ferrocarriles o de la Contraloría General de la República que en sus años *prime* fueron radicales y se acuerdan perfectamente de él, o más bien, para ser realistas, de ese modo perfectamente enredoso con que los ancianos recuerdan —recordamos— vívida, a veces obstinadamente, hechos reales pero mezclados equivocadamente con sucesos pertenecientes a otro escenario, a otra época, casi a otra vida.

Ese pernicioso olvido o ese confuso recuerdo y demás rasgos que examinaremos hacen de Luis Bossay un notable ejemplar de la clase de gente que protagoniza y nos interesa recordar en este libro, aquella que hemos escogido de entre tantas que cumplieron un papel a veces bastante vistoso y en ocasiones hasta importante, pero hoy, lejos de ser recordados como grandes personajes y mucho menos ubicados en ese museo de papel que edifican una y otra vez los textos de historia, es gente históricamente borrosa o hasta del todo desvanecida, destino en todo caso preferible al de haber sido arrojados al prontuario universal de la infamia, allí donde se ha colocado —y en él persistirán por mucho tiempo y quizás para siempre— figuras como González Videla y en especial Augusto Pinochet, el archivillano de las izquierdas y el inconfeso tata de las derechas.

Lo interesante de Bossay es que ejemplifica en su persona al mismo tiempo el cénit del influjo y poder de los radicales que comandaron el país en el período previo —“el cucharón radical”— como también su rápida decadencia como fuerza política relevante. Bossay encarna especialmente lo último no porque su actividad política fuera escasa, pequeña o menor comparada con la de sus predecesores del período radical, sino precisamente por lo contrario, porque si bien desde joven fue notorio y hasta notable siguió siéndolo en su crepúsculo, porque no hizo mutis por el foro sino que estuvo en todas, porque era conocido no solo en los años de gloria del radicalismo sino en los de penumbra, porque ocupó innumerables cargos de importancia y hasta fue candidato a la presidencia de la república y, por lo mismo, destaca como nítido aguafuerte del cambio de los tiempos. Todo lo que hizo Bossay aparece ahora como banal, irrelevante, anecdótico e ingrávido porque desde nuestra perspectiva, luego ya de décadas de “gran historia”, tumultuosa al menos, dramática y hasta trágica, sus peripecias parecen ocurrir en una Tierra de Nunca Jamás, en un Chile ya inexistente, en un escenario político donde no parecía nunca derramarse sangre ni jamás llegar a los extremos.

Hijo de Pedro Bossay y de María Leiva, Luis Bossay estudió en el Liceo de Hombres (actual Liceo Eduardo de la Barra) de Valparaíso y posteriormente en el Curso Fiscal de Leyes de la Universidad de Valparaíso, donde se tituló de abogado. En 1935 fundó la firma Bossay Hnos., también en Valparaíso, la cual se transformaría en Sociedad Comercial Bossay Importadores y Cía. de artículos electrónicos.

Pero no sería el comercio la vocación y el destino de Bossay. La política le interesó desde muy joven. Fue para él una comezón de temprana aparición, cosa por lo demás nada de original en esta variedad de la raza humana. Muy pronto se convirtió en militante del Partido Radical y también muy pronto su destreza lo llevaría a ocupar casi todos los cargos directivos. No bastándole eso, organizó la federación de estudiantes porteños, se hizo su presidente y desde esa plataforma organizó la Juventud Radical, de la que también sería presidente desde 1932. ¡Qué fulano más activo! Pero faltaba mucho más: en 1939 ya era presidente de la asamblea radical de Valparaíso, de la 1° Convención de la Juventud Radical y de toda la Juventud Radical del país.

¿Cómo se llegaba a esos cargos? ¿Cómo se hacía política interna en esos años? ¿Cómo un militante alcanzaba la dirección del partido, la notoriedad, el poder? Sería un anacronismo suponer y proyectar a ese período, el del joven Bossay, las prácticas actuales que llevan a un joven a lograr eso dentro de un movimiento como el Frente Amplio u otro similar. Menos aun si estamos hablando del Partido Radical. Los usos y costumbres, los protocolos, el *know how* eran distintos. Aunque la década de los treinta dista de haber sido un remanso de paz y no escaseaban las facciones ideológicas con tufo a extremismo, como sucedía con los nazis, los socialistas y los comunistas e incluso los decé, quienes por esos años se empapaban de las sabias palabras de las encíclicas papales que estaban descubriendo los problemas sociales con un par de siglos de atraso, los radicales propiamente tal distaban de ser radicales en sus posturas —difícil imaginar un apelativo más equívoco, "radical", que el de ese partido— y privilegiaban la política entendida como una de las bellas artes en que las alianzas nacían de la mutua conveniencia y se entretejían y preparaban con la delicadeza del tejido de una pieza de crochet; hablamos de un espacio temporal y espacial en el que reinaban la persuasión, las simpatías, el encanto, cierta habilidad verbal y otras razones válidas dentro y solo dentro del ámbito del partido, dentro de casa, todo lo cual es muy distinto a las lógicas que hoy imperan, donde y cuando la llegada a la "dirección suprema" tiene cierto aire a golpe de Estado, a una horda que reemplaza a otra a empellones, a jacobinos guillotinando, a girondinos, a propuestas aún más incendiarias —del país, no del partido— que las precedentes.

Con esos precoces éxitos se inició su carrera. No mucho después se hizo elegir diputado por la 6ª Agrupación Departamental (Valparaíso y Quillota) en los períodos 1941-1945, luego 1945-1949 y en seguida 1949-1953. El 3 de noviembre de 1946 ya había sido designado ministro de Trabajo, lo que fue hasta el 14 de enero de 1947, cuando fue nombrado ministro de Economía y Comercio hasta el 2 de agosto de ese año.

El incansable, popular e influyente Bossay fue electo senador por la 3ª Agrupación Departamental (Aconcagua y Valparaíso) durante 1953-1961, 1961-1969 y 1969-1977, este último período interrumpido por el golpe de Estado de 1973 que derrocó a Salvador Allende y disolvió el Congreso Nacional, pero ya para esa época Bossay militaba en el Partido de Izquierda

Radical (PIR), colectividad escindida del Partido Radical en 1971. Más tarde se hizo conocida como Partido Socialdemocracia Chilena.

Y fue ministro varias veces, ministro de Economía y del Comercio, y ministro del Trabajo, pero probablemente la guinda de la torta de su profusa y exitosa carrera fue, paradojalmente, una derrota, pero derrota en una carrera presidencial, la del año 1958, cuando obtuvo el cuarto lugar con el 15,4% de los votos.

Una de sus últimas acciones políticas ocurrió en 1983, cuando puso su firma en el "Manifiesto Democrático", documento que reunió a varios dirigentes de partidos opositores al régimen de Augusto Pinochet y que a mediados de ese año derivó en la formación de la Alianza Democrática. Fue su testamento. Moriría en 1986 sin haber alcanzado a ver el desplome del régimen militar, que combatió con declaraciones y manifiestos, todo muy en su estilo. Un genuino caballero de la vieja guardia.

¡Ah, todo lo que hizo! Mira uno con asombro la intensidad incansable de sus afanes, su ir y venir de un cargo importante a otro, el encanto de su persona, de su sonrisa, de sus discursos. Sin embargo, Bossay, en medio del esplendor de su éxito, no hizo otra cosa que representar en un brillante primer plano la decadencia de su partido, caída de la que él mismo sería protagonista al renunciar a su vieja tienda a cambio de ingresar al flamante partido Izquierda Radical. Quién mejor que él debe haber sabido que la esencia misma de la visión y postura radical era y es el *no ser* un partido con calificativos, no *ser* de izquierda o de derecha, sino mantenerse en la línea moderada, de centro, sensata, acomodaticia quizás pero humanamente acomodaticia, oportunista, sin duda, pero humanamente oportunista. Pero esa vía estaba agotada. Él, el más radical de todos, debió no solo verlo sino teatralizarlo. Su historia se había agotado. Su tiempo se había agotado. Su política se había agotado. La tormenta se levantaba en el horizonte, en verdad corrían ya algunos vendavales.

Pese a la distancia que lo separaba de don Jaime Eyzaguirre, los tan distintos mundos de los que provenían, no deben haber sentido algo muy diferente, esa sensación de insuficiencia, fracaso y desaliento irreparable que suscita llegar a la estación ferroviaria un par de minutos tarde cuando no hay un segundo tren como reemplazo y quedarse del todo desamparado con las maletas en la mano, ese sentimiento de pérdida sufrido por quienes la historia o el reloj han decretado como seres tardíos. Podría decirse que en sus mejores años Bossay hizo y se movió mucho, pero bien escasos fueron los resultados que importen a la historia; posiblemente sin saberlo, sin imaginarlo, en sus años finales hizo poco, pero tal vez los resultados fueron muchos. Vaya a saberse, en efecto, cuánto importó esa firma suya que le tomó unos segundos trazar en el "Manifiesto Democrático" de 1983.

> Es 1958, pocas semanas antes de las elecciones. Nuestro profesor de primaria, don Osvaldo Benítez, por razón desconocida para mí entonces y todavía hoy, sesenta años después, pregunta al curso por quién iban a votar nuestros padres. La mayoría responde: "Por don Jorge Alessandri". Uno, solitario, dice: "Por Salvador Allende" y se gana un abucheo. Yo respondo: "Por Luis Bossay" y me gano un silencio. "Votaré por Bossay", me había dicho mi madre, quien en realidad pensaba votar y votó por Allende, pero había temido que eso, de saberse, me crearía problemas en el colegio donde estaba, el San Agustín. Parece que ya entonces Bossay era figura flotando en el limbo. ¿Por qué alguien habría de votar por él? ¿No era la gran y épica lucha entre socialismo y capitalismo la que se libraba en ese momento? ¿Qué hacía en medio de todo eso dicho amable caballero? Ese silencio enigmático que nunca supe qué significaba, si acaso algo significaba, me cubrió como un manto helado

mientras veía, en mi mente, una foto de Bossay en *El Mercurio*; he ahí al caballero con una sonrisa amplia como el teclado de un piano, mirándome, tal me pareció, solo a mí, al confuso chiquillo de nueve años cuya madre iba a votar por él. Luego la imagen desaparece y caigo, como esos jubilados de Ferrocarriles o de la Contraloría, en la confusión y el olvido.

# Brilla el sol

Al decenio de los sesenta, cuya segunda mitad la ocupa el mandato de Eduardo Frei en La Moneda y la decé copando el Congreso con la "revolución en libertad" a cuestas, se lo podría describir en su entero cuerpo y espíritu —pese a las muchas peripecias, a facetas tan distintas y a procesos tan diferentes y hasta contradictorios ocurridos en dicho lapso— como el período cuando el ánimo de las nuevas generaciones estuvo más repleto que nunca de las ansias transformadoras que son normales en las cohortes demográficas juveniles de toda época; nunca antes se manifestaron tan intensos deseos de cambio y que ningún cambio saciaba, nunca tantas ilusiones de ser posible un mundo mucho mejor, nunca un afán tan tremendo por establecer una cultura libre y diferente, tan ambiciosa aspiración por librar a la humanidad de los grilletes del pasado y liberarla de casi la totalidad de su historia hasta ese momento. Subyaciendo a todo eso, como el poderoso tic-tac del enorme corazón necesario para poner en marcha y mantener en movimiento esa vasta máquina de esperanzas, latía la sensación no solo de que todo eso era posible, sino incluso que estaba al alcance de la mano. "Brilla el sol de nuestra juventud", decía una canción de esos años, la de la Democracia Cristiana entonando su propio sueño de reformas, pero en verdad dicho sol brillaba ecuménicamente para todas las generaciones jóvenes, que solo se distinguían por los detalles de sus fantasías y por el tiempo que se tomarían, más tarde, mucho más tarde, en que se les evaporaran.

Fueron los tiempos cuando se admiró y hasta idolatró cualquier cosa que pareciera materializar el advenimiento de una nueva época. Ya venía la "Era de Acuario", según los místicos, y la del socialismo según los revolucionarios. Para sostener ambas modalidades de esperanza había abundancia de feligreses. No es exagerado postular que el 90% o más de la gente joven de esa década, desde púberes hasta adultos jóvenes, no planeaba en absoluto seguir el curso y currículum de sus padres y simplemente instalarse lo mejor posible en la vida tal como era; solo vivían para el cambio, respiraban el cambio, soñaban con el cambio. Por eso prosperaron tantos movimientos, grupos y grupúsculos que dieron existencia a todas las posibles variedades de ese afán; prosperaron no solo las ideologías revolucionarias y reformistas de toda índole, sino también las posturas místicas, el *New Age*, el budismo-zen, los hare krishna, los seguidores de Silo y de una surtida y variopinta multitud de sectas entre las que pueden sumarse las exclusivas, las caras, las seguidas por actores de Hollywood deseosos de obtener algo más de entusiasmo y excitación que lo conseguido con el enésimo matrimonio. Se idolatró y admiró a personas, movimientos, credos, países, eventos, música, símbolos y, en fin, a todo lo que oliera a nuevo, a propositivo, a transformador. Parecía que el mundo entero estaba aburrido de sí mismo, de lo que había sido su vida hasta ese momento, de su historia, de su cultura, de sus normas, costumbres, modalidades de poder, usos y valores. En una famosa frase que usó para describir el ánimo de Francia en los primeros años del régimen napoleónico, el gran historiador Jules Michelet dijo

que “Francia se aburría”. ¡Cuánto más cierto fue eso en los sesenta, pero no solo en Francia! O tal vez el sentimiento descrito por la palabra aburrimiento no le hace justicia; fue un estado de ánimo mucho más amplio que el tedio, mucho más profundo que la mera disconformidad con el presente, que los simples deseos de huir de él, de aturdirse o escapar; su épica y su hálito estaban llenos de júbilo, y no de la tristeza en cámara lenta del aburrimiento.

En medio de esa heterogénea multitud de ídolos e iconos se encontraba, en primer lugar, al menos en Latinoamérica y desde luego en Chile, la Revolución cubana, de la que se sabía muy poco, pero también la de la URSS, de la que no se sabía nada. Hubo también un movimiento *hippie* que llegó a ser imitado por un par de centenas de cabros vestidos con chancletas que se congregaban en el Parque Forestal o frente a una fuente de soda de Providencia. Y debiéramos sumar a los seguidores de Silo, un profeta de origen argentino que logró convocar a no pocos muchachos y muchachas, a quienes, apenas llegados al palacio de la reflexión, se les despojaba de sus bienes terrenales, relojes y aros y joyas si las había. Se admiró e imitó a los estudiantes parisinos del 68, se celebró y apoyó —con consignas y bombas de pintura arrojadas ritualmente a los muros del consulado estadounidense— la resistencia del Vietcong, se sacralizó a los Che, a los Fidel, a los Beatles, a Violeta Parra, a las figuras del neofolclor, el cancionero de Inti-Illimani, las trutrucas aborígenes y se consideró el colmo de estar *in* el militar en grupos revolucionarios. Se admiraba e imitaba a los universitarios de barba, bigote, parka, bototos y presuntas pistolas en el sobaco, la clase de gente que fundó el MIR.

Ese baturrillo de figuras, movimientos, ideas, consignas, posturas y otros ítems admirables y admirados del período aparecieron dispersamente en distintos momentos de esa década, pero hubo un patrón, cierta dirección tomada por las sucesivas admiraciones y convocatorias: el gradual paso desde lo más bien alegre, relajado, *Let it be* y muy erótico de principios de los sesenta y con los Beatles como sus mesías, a lo serio, revolucionario y grave con el Che Guevara como héroe. De la “revolución de las flores” se fue pasando a la revolución de verdad.

Muchos adultos también se sumaron a esa onda, aunque de modos menos estridentes. Quienes se opusieron no escaparon de ella, pues era el referente de su rechazo o sospecha. La idea, la sensación imperante era que el socialismo representaba el futuro de la humanidad y su arribo era cosa de tiempo, proceso que se podía acelerar si uno se convertía en “agente de cambio”, o demorar si uno era “momio”.

Fue una década entusiasta por ese clima y por muchas otras cosas. Los sesenta resultarían ser una de esas épocas en la que sus actores y aun meros espectadores tienen la impresión de que la marcha de la humanidad está llegando o ha llegado ya a una encrucijada, ha cambiado el ritmo de su paso y una rutina y práctica de siglos o hasta milenios está por desvanecerse, viejas costumbres, abusos e inequidades están a punto de ser resueltos y la humanidad se encuentra a un paso de entrar a una nueva y más feliz etapa.

## Ayúdeme usted compadre

Pero había disidencia. A veces abierta, en especial en su aspecto político, en otras solo como una sospecha a medias expresada y a medias reprochada acerca del significado y alcance de ese aire insolente y arrogante, del atrevimiento que ponía entre paréntesis todos los valores y costumbres.

Tal torbellino de cambios, o más bien de deseos de cambios, pareció a muchos chilenos un ataque a modos de convivencia que no debían ser tocados. A quienes sentían eso en la política o en el hogar o en los medios o las universidades se les tildaba de "momios". No eran parte de la historia, promotores de ella, sino obstáculos. No está registrado quién inventó el término "momio". Posiblemente fue ideado por algún ingenioso periodista o gacetillero de izquierda. ¿Quizás alguien del diario *Clarín*? La imagen convocada por la palabra era clara y elocuente: quien no se sumaba a los cambios estaba literalmente muerto, tanto como una momia, y era tan retardatario como sus tiempos porque las momias pertenecen, después de todo, a una era enormemente lejana, abismalmente antigua.

De esta resistencia o sospecha a los cambios que se avivaban o declamaban o exigían hubo muchísimas expresiones, algunas abiertas, otras indirectas, a veces solo un rezongo. Hemos elegido como muestra de eso una película de finales de ese período, filmada y presentada en los momentos cuando la mera gritadera hippie se había ya convertido en consignas revolucionaras. Esa película ejemplar es *Ayúdeme usted compadre*, producción de Germán Becker, rodada y exhibida en 1968. Vale la pena echarle una mirada también por otra razón: además de haber sido una de las dos películas chilenas más vistas de todos los tiempos, sobre ella ha caído un olvido tan profundo que, en comparación, *El húsar de la muerte* de 1925 parece filmada recién ayer y comentada hoy en la mañana. Es una de las peculiaridades de nuestra historia patria: casi todo se olvida, se ningunea, se desvanece y desaparece de modo que lo que aparece hoy parece recién inventado ayer. Bien pudiera decirse que Chile tiene una historia, pero no tiene Historia, tiene tiempos pasados, pero no un Pasado que alimente el presente.

En el caso de este peliculón, el de Becker, debe haber muchos ciudadanos que si acaso llegan a recordarlo nos dirían que ese olvido universal no solo no es reprochable o lamentable, sino plenamente justificado y justificable. Ya veremos por qué lo dicen. En el capítulo en que nos referimos a *Incendio*, calificamos a la película de Becker, aunque solo al paso, de "inmortalmente absurda", pero esa es una descripción nacida o de nuestra bondad o de nuestra convicción de que lo absurdo *es* algo después de todo. No fue así para los progresistas de esos años, tampoco lo sería para los de hoy si acaso llegaran a verla. La considerarían no inmortal en ningún sentido, sino un duradero pero olvidado monumento de celuloide a lo patriotero, reaccionario, anticuado y despreciable.

La historia la hace la gente y sucede que conocí a Becker, autor de este pedacito olvidado de historia. Hice, a propósito de él y sus obras, un episodio de un programa de televisión animado por vuestro servidor, *Las vueltas de la vida*. Era Becker un caballero muy agradable y con sentido del humor, culto e inteligente, por lo cual lamenté su muerte acaecida a los noventa años en julio de 2017. Por si también lo habéis olvidado, porque vosotros, chilenas y chilenos, sois dados al olvido, Becker fue uno de los hombres y nombres —el otro fue Helvio Soto— asociados a la creación y organización de los megaespectáculos que la Universidad de Chile y la Universidad Católica presentaban con ocasión de los "clásicos universitarios", evento definido por el encuentro futbolístico de sus respectivas escuadras de la primera división del fútbol profesional. Eran espectáculos únicos en el mundo al menos en esa época, años cincuenta y sesenta, pero son quizás únicos todavía. Consistían en despliegues enormes de gente, decorados, tramas, personajes y fuegos de artificio teatralizados en la cancha del Estadio Nacional antes del

juego, para contar una historia muy lagrimosa, sentimental y con *happy end*. Vistos en el momento en que se presentaban, resultaban conmovedores; vistos unos pocos años después, ridículos; vistos ahora, tantos años después, despiertan inevitablemente esa congoja suave y nostálgica de todo lo que fue parte de una época en que teníamos ganas y tiempo por delante, y además ilusiones, y no olviden que brillaba el sol de nuestra juventud. Así fue, por lo cual los ancianos mayores de sesenta años aún recordamos esos espectáculos o siquiera el título de alguno de ellos, como "Cocoliche", un muñeco de enorme tamaño al que le sucedía algo que no recuerdo. No es para tanto la nostalgia.

Esa dramaturgia basada en brindar emoción fácil y a raudales, un descarado uso a granel de motivos populares, de las emociones y clichés en boga y por tanto vendedoras, era la marca de fábrica de Becker. Era un eficiente pintor de brocha gorda. Él mismo contó de qué se trataba, qué intentó con la película, suerte de clásico universitario en 35 mm:

> Tenía en televisión un programa cuyo fin era exaltar lo chileno a través de la música, las costumbres, los decires, los trajes, los personajes y anduvo todo muy bien, pero me hacía falta el color, ya que la televisión de esos años era en blanco y negro. Hablar de Chile en blanco y negro no es como hablarlo en color y pensé en hacer una película en el mismo formato, que era una suerte de revista musical.

Dicho y hecho: reclutó para filmar su torta hormonal y patriotera de diez pisos de crema pastelera y cerca de dos horas de duración a todo habitante del país que fuera conocido y cantara, bailara, se meneara o de cualquier modo representara "la chilenidad" o, más bien, la mirada del ciudadano no tan revolucionario de entonces acerca de qué era la chilenidad. Y entonces aparecieron Los Quincheros cantando un bolero, pero caracterizados como operadores aéreos; Gloria Simonetti interpretando el himno de la Armada en El Molo de Valparaíso; un joven Don Francisco haciendo una versión del Chiu-Chiu vestido de alemán; Pedro Messone entonando el bolero *Esa noche*; Los Perlas pescando un submarino, y así sucesivamente.

En sí mismo no hay nada de malo en todo eso, en ese ingenuo *revival* de chilenidad de almanaque, pero para las huestes juveniles del progresismo que ya daban a entender estar prestos, si era necesario, para irse al parque de Nahuelbuta a hacer la revolución a la Che Guevara, esa película con sus valores "burgueses" o, aun peor, rurales, tradicionales, hediondos a latifundismo, fue una abominación. Se la criticó con mofa, con sarcasmos, con ira incluso, pero de todos modos es un hecho contundente que pese a ese rechazo el tortón de Becker gozó de inmensa popularidad. También es un hecho que *Ayúdeme usted compadre* ya no suscita emoción ninguna. ¿Qué emoción, buena o mala, puede suscitar lo olvidado? Ha sido olvidada más completamente que algunas películas mudas a las que siquiera se repone en ciclos para cinéfilos o se recuerdan en simposios de cine.

Ese salto de la más ruidosa popularidad al silencio más completo no necesita mayor explicación; amén de nuestro talento nacional para el olvido es el destino de casi todas las películas, de casi toda obra de entretención. Hoy ni se la admira ni se la rechaza, sino que simplemente no se la recuerda. Pero en caso de que sí se la repusiera no solo generaría entre las mesnadas progresistas el mismo o parecido rechazo al de sus papás progresistas de los años sesenta, sino también el desdén de un segmento más grande, quizás mayoritario de la población. Sucedería por la misma razón que el adulto joven intenta olvidarse de las planchas que

protagonizó de niño. ¿Quién desea que le recuerden que se hacía pipí en la cama? Y ya de más viejos, ¿quién desea que le enrostren las idioteces perpetradas cuando andaba caliente con una mina? ¿A quién no se le caería la cara de vergüenza si se hicieran públicos los poemas que le escribía a la niña linda del barrio?

A un Chile como el actual, uno en el que niñitos de trece años dan serias conferencias de prensa anunciando "movilizaciones" y miran las efemérides patrióticas, las cuecas tradicionales, los huasos de pata en quincha, el mundo de las fondas, el tiquitiquití, el desfile del 19 de septiembre y todo eso con mofa y desprecio, como muestras de algo obsoleto, reaccionario y ridículo, una película como *Ayúdeme usted compadre* les parecería no solo anticuada sino también fascista, totalmente reaccionaria y sobre todo discriminatoria de los pueblos originales, juicio que se les vendría instantáneamente a los labios si vieran la secuencia final.

> Esa secuencia es imposible de olvidar. Pretendía representar el encuentro de dos razas: por un lado, los conquistadores españoles, por el otro, los indígenas con quienes se encontraron. Unos y otros, soldados españoles y nativos, aparecen como recién salidos de la lavandería. Plumas, espadas, lanzas y botas impecables. Todos fornidos y recién duchados. Las niñas con regios peinados de peluquería, los caballos bien comidos, altivos y relinchadores. Una minita india le echa el ojo a un gallego y el gallego le echa el ojo a la india. Ya se ve que van a inaugurar la raza chilena apenas les den la oportunidad. Se me olvidará, al momento de mi muerte, todo lo que he visto, salvo esa escena. En su inmensa ridiculez y falsía hay un soplo de ingenuidad que la rescata, ese hálito de inmortalidad propio de todo lo que es al mismo tiempo sublime en su absurdo y vano en su sustancia. Quizás todo lo "heroico" participa de dicha naturaleza. Germán, Dios lo tenga en su santo seno.

## El "Plan Camelot"

De seguro muy pocos lectores de edad similar a la del autor recuerdan lo que en la segunda mitad de la década de los sesenta llegó a ser un escándalo político de cierto calado, el llamado "Plan Camelot", un proyecto de investigación sociológica que apuntaba a detectar los procesos o fenómenos asociados a una probabilidad de conflicto social a gran escala. Si fue un escándalo es porque dicha investigación estuvo asociada a varios factores muy sensitivos en el clima político y social de esos años. En primer lugar, porque la investigación fue propiciada, financiada y organizada por el ejército de Estados Unidos, por entonces nación asociada, como aún hoy sucede en el espíritu pasmado en el tiempo de ciertos sectores refractarios al progreso conceptual, al "imperialismo yanqui"; en segundo lugar porque la investigación, dado su carácter y dado su *sponsor*, olió, en esos tiempos inclinados a la reforma y la revolución, un intento de Estados Unidos por abortarla en el vientre materno, al punto que un cuasihistérico izquierdista y periodista de la época, Robinson Rojas, perpetró un artículo, en octubre de 1965 en la revista *Punto Final*, donde se denunciaba la existencia de un plan, que él llamó "la conspiración blanca", para echar abajo antes de que se pusiera de pie el conmovedor proceso de "liberación de los pueblos"; en tercer lugar, entremezclado con el siniestro golpe blanco de invención de Rojas andaba dando vueltas un personaje sospechoso, un sacerdote jesuita de nombre Roger Vekeman, de quien ya se tenía una mala imagen en su calidad de asesor de Frei, a su vez visto por los termocéfalos de esos años como el clásico reformista burgués, sin otro deseo que aplastar en su cuna a la "verdadera" revolución.

A esta investigación llamada Camelot el Ejército de Estados Unidos la describió del siguiente modo:

> El éxito en tareas como el equipamiento y entrenamiento de las fuerzas indígenas para una misión de seguridad interna, la acción cívica, la guerra psicológica, o la acción de contrainsurgencia depende de una comprensión profunda de la estructura social indígena, de la precisión con que los cambios dentro de la cultura indígena, particularmente los cambios violentos, se hayan previsto, y los efectos de los distintos cursos de acción a disposición de los organismos militares y de otro tipo de gobierno sobre el proceso de cambio indígena.

Estaba previsto que la investigación durara entre tres y cuatro años, con un costo aproximado de un millón y medio de dólares anuales, con la participación de ciento cuarenta sociólogos, entre los que estaban Lewis Coser, un especialista en la teoría del conflicto social. El estudio se inició en Chile, pero debido a las estridentes denuncias de periodistas y políticos chilenos, como la alharaca de Rojas y su "conspiración blanca", fue paralizado y cancelado.

El sociólogo y cura Vekeman ya mencionado, y cuya presencia o participación en dicho proyecto está acreditada, causó gran escozor y escandalera adicional porque en la atmósfera de esos tiempos las hordas de sacerdotes o evangelistas yanquis que se aparecían en el país con sus trajes negros y sus soquetes blancos parecían ser parte del mismo plan o conspiración dirigida a matar en el huevo la revolución. Aun la reforma agraria de Frei fue vista, por la izquierda de la época —hoy hablaríamos de los progresistas— como un intento por detener las fuerzas que pretendían transformar radicalmente las sociedades latinoamericanas.

¿Qué pasó con Vekeman? Vekeman está muerto. Sus colegas de esos años, los que olfatearon lo que se venía, están muertos. De qué les hubiera servido seguir vivos hoy, cargando con la edad de Matusalén. De qué les sirvió estarlo en esos años. Ellos y todos los demás que se olieron la chamusquina y sacaron consecuencias de lo que veían y escuchaban en los recintos universitarios, los enterados de cómo funcionan y en qué terminan estas oleadas de reformismo extremo y delirante, los que sabían de antemano adónde conducen los estallidos emocionales, los que quisieron ponerle coto, todos ellos, como siempre sucede, araron en el mar.

¿Y cómo vieron, sintieron esos hombres, Vekeman y los demás, lo que se venía, lo que asomaba ya su rostro grave y funesto en el horizonte? Es de suponerse que se sintieron como Casandra. Es la suerte de todos los pitonisos. ¿Quién quiere oír y creer en las malas noticias? Aun de haberse completado la investigación del Plan Camelot, ¿de qué hubiera servido? No solo ellos sino muchos más vieron venir el incendio, pero no había ni un dedal de agua para apagarlo.

El lapso final de los sesenta había ya abandonado toda pretensión de alegre liberación y flores en el pelo porque su juventud se puso grave y se armó con jerigonzas marxistas. Cuando ese es el ánimo que cunde es como un tsunami que no se puede detener. Los que vivimos esos años bien recordamos ese sentimiento, esa ligera pero creciente angustia que se siente en un brillante día de primavera cuando en el horizonte asoman nubarrones.

> No es imposible que mi afán por estudiar sociología fuera gatillado por el episodio del Plan Camelot. Me pareció interesante que la dinámica de las sociedades pudiera ser sometida a estudio de tal modo que se fuera capaz de detectar su movimiento y dirección. Es probable que eso haya hecho cortocircuito con mi previa lectura de la novela *Fundación*, de Isaac Asimov, uno de cuyos personajes fundamentales, aunque apenas aparece, es un "psicohistoriador" del siglo enésimo que en medio del esplendor del Imperio Galáctico y haciendo uso de ecuaciones de cálculo tensorial es capaz de prever el inminente desplome del Imperio y su caída en una edad oscura, algo así como la Edad Media que reemplazó al Imperio romano en Occidente. Qué quieren que les diga, ese tipo de cosas, la lógica de las cosas, sus leyes de movimiento, su matemática interna, me han parecido siempre objetos mucho más interesantes que el ulular de las masas empoderadas. No salí entonces a

bombardear con pintura el consulado americano por el Plan Camelot, sino a estudiar sociología y no para cambiar el mundo —mis compañeros de estudios soñaban con ser “agentes de cambio”—, sino solo para observarlo tal como un entomólogo observa una colonia de hormigas. Dios se apiade de mí.

# Apocalipsis

El gobierno de Frei Montalva, como casi siempre sucede con los reformistas que en su afán por evitar estropicios abren la botella donde está agazapado o atrapado el genio, quien ya no vuelve ahí nunca más, dio lugar a un enorme crecimiento, o tal vez debiéramos decir inflamación, del deseo no ya de reformas sino de una revolución. A los jóvenes, el régimen freísta les pareció casi desde el comienzo un proyecto insuficiente, una impostura, último intento de los ricos por hacerse con el poder manteniendo todo igual con solo unos cambios cosméticos en un caso clásico de gatopardismo. Ese ánimo hizo posible o favoreció que, al fin, Allende, al cuarto intento, se convirtiera en presidente con su coalición, la Unidad Popular.

Ese triunfo fue, para la gente de izquierda, un demorado sueño hecho al fin realidad, pero como es habitual en las a menudo fatales peripecias de la política, los sueños más hermosos suelen convertirse en pesadillas. El sueño de la gente de izquierda de los años sesenta había sido el establecimiento del socialismo con vino tinto y empanadas —la frase la acuñó el propio Salvador Allende— y la pesadilla sería el golpe del 11 de septiembre de 1973 y la represión que lo acompañó en esos días y por mucho después. Para los sectores que se oponían a Allende, la pesadilla, al revés, era el gobierno de Allende y el golpe, en cambio, una liberación. Esa división de pareceres, sentimientos y pensamientos sigue vigente cerca de medio siglo más tarde, pero de modo diferente; los partidarios del golpe y de la obra de ese régimen ya no se atreven —o casi— a manifestarlo abiertamente. Ser considerado “pinochetista” es hoy un grave insulto o rotunda desvalorización ciudadana; quien hace tal cosa, los muy pocos que lo hacen, son evaluados como enemigos de la democracia y nostálgicos de la dictadura. Como fachos irredentos.

En cuanto a los dos años de Allende, estos han merecido efusiones doctrinarias, políticas y científicas —hay optimistas que hablan de las “ciencias sociales”— materializadas en toneladas de libros, en infinitos discursos y proclamas, incontables panfletos, ensayos, canciones, pósters, novelas, poemas y películas y no seremos nosotros quienes nos quedemos en silencio en medio de esa inmensa y justificada barahúnda. Debido a su brevedad, lo más relevante y pletórico de consecuencias de ese gobierno no sería ni su inicio ni su desarrollo, sino su catastrófico final. Fue provocado por el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, el suceso más dramático que ha tenido hasta la fecha la historia del país, aun más que la Revolución del 91, por lo menos a la par con la guerra del Pacífico y no menor que la declaración de Independencia. En cuanto al guion de la opera magna de la izquierda, el programa que Allende quiso implementar, el de la Unidad Popular, suena hoy, con todo lo que ha pasado en Chile y el mundo, menos a modernidad y proyección a futuro —el “socialismo con vino tinto y empanadas” que prometía Allende parece una proclama decimonónica o un chiste de Cantinflas— que a la culminación fallida de décadas de política e ideario socialista en su versión marxista, cazuela ideológica que estuvo cociéndose a fuego lento por años de años a base de una receta de viejos conceptos, semánticas populares —

aún en uso— dogmáticas intransables y sueños que ya estaban trasnochados incluso en esos años y que hoy, en medio de la más pasmosa revolución tecnológica que ha vivido la raza humana, parecen provenir de algunos de los pergaminos encontrados en el mar Muerto.

Por esa razón, el gobierno, o más bien el intento de gobierno de Allende, configuró, al mismo tiempo, el cénit y el nadir de la historia política del socialismo tradicional en Chile, del que proclamaba abiertamente y con orgullo su base ideológica marxista, del socialismo que convocaba a los trabajadores "del hierro, del salitre y del carbón", del anclado a una imaginería industrial victoriana y una ruralidad propia de la Edad Media. Hoy sus partidarios no hacen ninguna de esas cosas. Ni siquiera el Partido Comunista cita siquiera una vez la palabra socialismo, menos comunismo. Ambas han caído en el descrédito, pero no solo las palabras sino el contenido que mentan. No por nada el Premio Nacional de Historia Julio Pinto dijo en un programa de televisión que ya no tenía claro qué significaba "ser de izquierda". En esos años, los del golpe, se creía saberlo. La brutal caída del telón acabó con dicha sabiduría; acabó no solo con Allende, su gobierno y con la vida de muchos de sus partidarios ese día y en los muchos que vendrían, sino que también puso punto final a una larga trayectoria histórica.

Políticas económicas, sindicales, gremiales, estudiantiles, ideológicas, culturales, etcétera, fueron demolidas sin contemplaciones y reemplazadas por un modelo —llamado mucho después "neoliberal"— totalmente distinto, de hecho, su opuesto. Con eso se derrumbó también, porque era parte de ese viejo edificio venido a menos, la épica del socialismo que tanto había durado y absorbido y plasmado el espíritu de gran parte de varias generaciones con una concepción del mundo que, presuntamente, se construía en la Unión Soviética y reemplazaría, se decía con el mayor desplante, al capitalismo en todo el mundo y desde luego en Chile y América Latina, al menos en este último caso al capitalismo en su versión de "desarrollo del subdesarrollo".

Esto último hoy es, quizás era ya entonces, proposición obsoleta en su teoría y en su práctica. No pasarían veinte años del derrumbe del allendismo y veríamos también el derrumbe del entero mundo socialista. En Chile el desplome —no de la realidad del socialismo, sino del sueño de erigirlo— fue propiciado por medio de una violencia brutal que se vivió no solo en la forma de ejecuciones, torturas y exilios, sino, en el caso de los más afortunados, de rápidas o lentas y graduales apostasías, reciclamientos, pérdidas de fe y del espíritu mismo que animaba esa mirada política desde finales del siglo XIX en adelante. Esos apóstatas fueron fruto del golpe, pero también lo han sido indirectamente, mucho después, los miembros de la nueva parvada generacional que han redescubierto la iconografía revolucionaria de los años sesenta y se proclaman hijos de Fidel y del Che e incluso de Chávez. Son, estos jóvenes, tan efecto del derrumbe de base doctrinaria y utopía del socialismo como el de quienes se convirtieron en "tránsfugas".

Las consecuencias se hacen ostensibles, además, en las diferencias en cuanto a qué significa hoy ser socialista. Cuando lo proclamaban veinteañeros de la década de los sesenta, el socialismo era un proyecto real, un propósito factible, razón por la cual el acto de sumarse era equivalente a subirse al ómnibus de la historia; hoy ser socialista a los veinte años —cualquiera sea el nombre que se atribuya a esa postura— se asemeja a sumarse transitoriamente a una de esas modas que por un tiempo proclaman "que la llevan" el tocadiscos y el LP. Ser socialista hoy es un acto de

reciclaje, una dieta para bajar el peso del tedio. ¿Cómo podría ser distinto? La caída de la URSS y de todo el socialismo europeo fue demasiado elocuente, definitoria e indiscutible, un desplome más rápido y decisivo que el del paganismo en la antigüedad clásica, cuando Teodosio decretó que el cristianismo era desde ese momento, 380 d.C., la religión oficial del Imperio.

Aunque lo del 11 de septiembre, evento terrible y sangriento, no ha sido el único donde en Chile la política pasó del uso de la pluma y el voto al de la pistola y el rifle —como ya había ocurrido con la Revolución de 1891—, el golpe militar del 73 se distingue porque inauguró una nueva época histórica, de modo aun más decisivo que cualquier otra experiencia de ese tipo. De hecho, superó con creces la conmoción de 1891, porque esta, en buenas cuentas, no fue sino una revuelta para restaurar en plenitud y dejar intacto algo que ya existía, a saber, el poderío de la aristocracia comercial, agraria y minera de Chile. El 11 de septiembre sería mucho más decisivo porque, en vez de restaurar un orden, impuso otro distinto. Fue un evento revolucionario, aunque no de la clase de revoluciones que tienen en mente las izquierdas, una revolución capitalista, la revolución de fuerzas productivas inexistentes obstaculizadas por una estructura existente. El golpe entrañó un forzado y doloroso desembarazarse de una larga práctica comercial e industrial proteccionista y clientelística que mantenía al país cociéndose a fuego lento. Tan importante sería lo que los militares impusieron por la fuerza de las armas que sigue estando básicamente vigente hoy, en democracia, con la fuerza de los votos. Después de tantos años su armazón básico económico es aún el imperante. El modelo no ha sido demolido —lo que deseaban hacer los más radicales miembros de la Nueva Mayoría y aún pretenden hacer los jóvenes del Frente Amplio— y la razón es tan simple como la siguiente: no hay verdadera alternativa.

Aunque suene como una herejía intolerable, como de seguro sonará en el oído del ciudadano que hoy se proclama progresista, lo cierto es que el proyecto de Salvador Allende y su coalición, la Unidad Popular, era esencialmente reaccionario. Su agenda estaba cargada de presupuestos teóricos obsoletos ya en ese entonces y en todo sentido a contramarcha de la historia, una suerte de postrer intento —los sigue habiendo aun hoy— por plasmar en la realidad un tipo de sociedad que se probaría muy pronto, a la vista de todo el mundo, como inviable, retardatario e incapaz de empujar un auténtico crecimiento.

## Allende, Allende, el pueblo (no) te defiende

Tentado estoy de saltarme la práctica que constituye el meollo de este libro, su justificación: no exhumar a ningún personaje olvidado, a ningún desconocido, sino al contrario, solo recordar al más refulgente y notorio de ese lapso, al propio Salvador Allende. Habría una excelente razón: el significado y drama de esos dos años se concentran en el último día y en ese último día se concentran en Allende. Todo lo demás se borra y desvanece, nadie más resalta o siquiera se arrastra o se asoma ni en el grande ni en el pequeño escenario de la historia. Nadie más, pero por otro lado eso mismo debe resaltarse, la vacuidad, pequeñez, inanidad y a menudo cobardía y fanfarronería de los muchos de los que habían jurado seguirlo, qué digo, ser más revolucionarios que el “Chicho”.

En cuanto a Salvador Allende, su vida y trayectoria puede encontrarse de sobra y con todo detalle en muchísimos libros, documentos, sitios de internet, etcétera, de modo que es

innecesario repasar todo eso aquí; en cambio, nos concentraremos en un momento, en ese segundo cuando puso la boca del AK-47 en su barbilla.

Por esa decisión tremenda y por muchas otras cosas, imposible no sentir respeto y aprecio por su figura, aun si nunca se fue partidario de él ni mientras gobernó ni antes. Fue un político y persona de primera categoría en todo. Lo fue porque era vistoso, elocuente, elegante, inteligente, farsante, encantador, seductor, gracioso, vividor y bebedor, ingenuo y macuco, todo al mismo tiempo. Sobre todas las cosas fue valiente. No hay mucha gente así, menos aun en su círculo profesional. Si su coraje ante la adversidad, la tragedia y la muerte lo traía en la sangre o resultó de una difícil y voluntaria decisión, la de no arrojar por la ventana el historial de toda una vida, no podemos saberlo. Creo que Allende, en esos segundos finales, cuando decidía poner término a su vida, sabía que en vista de su entera trayectoria no tenía otra opción, pero ¡qué difícil es siempre tomar aun la única opción cuando esta es dolorosa, terrible! Y la de Allende sobrepasa la medida de lo que llamamos doloroso y terrible. Quien tenga un arma y alguna vez haya jugado a ponerla en su cabeza y solo luego de comprobar cien veces que no hay bala en la recámara y el magazine está fuera de la culata, aun así, ¡qué temblor sobreviene, qué estremecimientos, qué nervios el llegar a hacerlo! Una novela de Lafourcade titulada *Allende* y publicada casi de inmediato luego de la muerte de Allende —una rareza que se permitiera su publicación— intenta con bastante éxito reproducir esas últimas horas, el flujo de conciencia del mandatario, el surrealismo caótico de esos instantes en que todo se derrumbaba.

Allende, entonces, decidió no seguir el “ejemplo” de tantos mandatarios que, en iguales circunstancias, huyeron en un avión cargado de dinero, joyas, amigotes, mujeres y guardaespaldas. Ya lo había anunciado desde mucho antes: “Tendrán que sacarme con los pies por delante”. Y así lo tuvieron que sacar. Y con él tal vez salió con las patas por delante una entera visión política del mundo, la idea del socialismo con vino tinto y empanadas, la ilusión del socialismo como cosa factible y viable, la épica de las luchas sociales en el estilo de la iconografía soviética de trabajadores con hoces y martillos avanzando por las vías de la historia. No iba a ser así. No habría amplias avenidas sino el penoso camino al cementerio. Hasta hoy no ha sido sino eso, con aparentes interrupciones, en Chile y en todo el mundo.

> Conocí en persona a Salvador Allende, o al menos estuvo frente a mí siendo yo entonces un nene de quince años. Se sentó muy de piernas cruzadas en el sofá de mi casa. Corría el año del Señor de 1964 y Allende iba por tercera vez como candidato de la izquierda. Mi madre, comunista, lo invitó a reunirse con los partidarios de su candidatura que habitaban el edificio donde estaba nuestro departamento. No asistió mucha gente. Quizás una docena. El que la llevaba, estaba de moda y cautivaba a las clases medias era don Eduardo Frei y su “revolución en libertad”. Lo de Allende y su FRAP sonaba, olía ya a cosa anticuada. El propio Allende era como el repitente del curso. No llegaban aún los tiempos en que la izquierda decidiera camuflarse tras caras simpáticas, bajo nuevos nombres y sin pronunciar nunca más la palabra socialismo, y convirtiera su agenda marxista en esa sublime vaguedad llamada “progresismo”. La poca concurrencia no pareció importarle. Desplegó su encanto, hizo unos chistes, agradeció el apoyo, besó varias mejillas y partió a otra junta. En la otra ocasión, la última, lo vi en conjunto con otros miles de personas. También estaba sentado, pero esta vez en un estrado instalado en la Plaza de la Constitución. Fue al final del último desfile-concentración celebrado por la UP. Estaban él y otros jerarcas, todos inmóviles, mudos, en exposición, como figuras de un museo de cera, la encarnación misma de un experimento político fallido que ya no tenía nada que decir. En cierto sentido fue como asistir a un velorio, con la única diferencia de que los muertos aún vivían. Hubo un par más de ocasiones, pero no vale la pena detallarlas. Y recuerdo su voz, algo engolada, un poquito como con una papa en la boca, ingenioso y dicharachero.

## Los otros

Los “otros” son todos los otros y nunca serán sino eso, “otros”. Todos tienen nombre, apellido y hasta apodo clandestino o nombre de batalla, el “comandante Fulano” o el “combatiente Mengano”, pero no vale la pena mencionarlos porque si bien juraban que iban a ser la encarnación misma del estribillo “Allende, Allende, el pueblo te defiende”, todos o casi todos dieron muestras de faltarles patas para correr a refugiarse a las embajadas. Todos se pavoneaban, fanfarroneaban y dejaban entrever sus pistolitas calibre 22 cuando no había otro adversario al frente que el paco de la esquina. Todos de entre esos “otros” que sobrevivieron a la cárcel o al exilio y regresaron a Chile cuentan historias heroicas sobre sí mismos, como ese soldado de farsa, Miles Gloriosus, de la comedia de Titus Maccius Plautus. Todos o casi todos esos otros eventualmente se convertirían en aprovechadores seriales de las reparaciones, pitutos, indemnizaciones, cargos de gobierno, etcétera. En fin, hablamos de los que ya mencioné más arriba: los muchos otros que habían jurado seguirlo, qué digo, ser más revolucionarios que el “Chicho”. Ya ven, no vale la pena dar nombres de esos que se escondieron bajo la cama, se cobijaron en casa de la abuela o apretaron por pasos cordilleranos y dejaron botados tal vez a la media centena de fulanos menos listos o más valientes, o ambas cosas, que sí lucharon y murieron.

> Conocí de cerca a uno de ellos. ¡Con qué aire de superioridad miraba a quienes no estaban enrolados en ningún cuerpo revolucionario y combatiente! ¡Con qué desplante asumía la postura de un James Bond verde oliva para llevarse a las tontitas a la cama! Hoy, gordo, hinchado, jubilado y próspero, se dedica, en un país extranjero, a causas glamorosas; rescatemos a los cisnes del lago tal o cual o manifestémonos a favor de los negritos del Chad… es gratis y sin riesgos.

# Tiempos muy oscuros

Aun para los partidarios del golpe, el régimen de Pinochet, en especial su comienzo, fue tenebroso. Cosas horribles ocurrían a diario y era imposible desconocerlas. Gente desaparecía, se oían disparos todas las noches, se producían allanamientos, circulaban rumores de torturas, de asesinatos y de matanzas, parientes o amigos o conocidos eran detenidos y llevados no se sabía adónde y el miedo lo permeaba todo. El miedo era cosa viva: miedo a que ese amigo lejano que acababa de desvanecerse nos conectara con él y entonces la máquina nocturna viniera a buscarnos también a nosotros, miedo a cómo se interpretaran las palabras que dijéramos en la micro y fueran escuchadas por un soplón, miedo a perder la pega por ser sospechoso debido a algo comentado tal vez diez años atrás, miedo a enemigos que encontraran la manera de hacernos daño acusándonos de algo. A ese temor universal se agregaba otro sentimiento desagradable, esta vez uno que se hacía presente en el espíritu de aun los más acérrimos partidarios de Pinochet, quienes por momentos sospechaban o temían que iba a llegar un día cuando la tortilla se diera vuelta y los iban a culpar a ellos de todo y por lo cual alguna clase de terrible venganza caería sobre sus cabezas.

Un golpe militar, por justificado que haya parecido entonces a muchos chilenos y por sociológicamente explicable que parezca hoy a quienes lo examinan en frío, por examinable que sea conforme a las leyes de la historia política de todos los tiempos y con la mirada del académico situado lejos de la furia y el ruido, es un evento tan brutal que sus huellas nunca se desvanecen ni parece poder nunca dejar de humear, de arder, de hurtarse a ese examen desapasionado. Un evento de esa naturaleza produce tan duraderos efectos y traumas en la emotividad de una entera nación que dicho ejercicio de análisis científico, que esa mirada desde arriba, que dicho examen es casi imposible o al menos intolerable antes de que pasen al menos tres generaciones; antes de eso sus hechos, sus crímenes, incluso sus logros nunca son vistos, por sus enemigos, como objetos de fría contemplación, sino desde la vereda de la más ardiente emoción, del odio y de un deseo de venganza rebautizado como “hacer justicia”. ¿Y quién podría reprocharles esa actitud a quienes perdieron seres queridos?

No es este lugar para proponer una historia detallada de los casi veinte años de ese régimen; hay ya una abundante literatura histórica y testimonial escrita por gente infinitamente más versada. Aquí solo pretendemos —y aun así ese “solo” no hace justicia a lo desmesurado de la pretensión— hacer resaltar un hecho o sentimiento básico propio de lapsos históricos como esos, uno que subyace y está presente en todas las dictaduras, cualquiera sea su contenido, uno que es la negación misma del significado que en última instancia significa vivir en sociedad, esto es, en territorio a salvo de la ley de la selva y la guerra de todos contra todos. Ese sentimiento básico es el del miedo. El miedo puro convertido en obsecuencia conformista y al mismo tiempo suspicaz, el miedo que a la larga da origen a una pesada y permanente atmósfera de sospechas mutuas, el

miedo que lleva al gregarismo descerebrado como política consciente para evitarse cualquier problema insospechado o imprevisible resultante de salirse siquiera un milímetro de lo que parece en un momento dado la “vía correcta”. Miedo, en resumidas cuentas, expresado en todas las formas posibles. Son tiempos de oscuridad mental, de sofoco convertido en costumbre, de pánico trasformado en suspicacias, de discurso política, estética, social y religiosamente correcto. Son los tiempos que dieron fugaz prestancia a personajes como los que vamos a revisar.

## Sady Zañartu, autor de un himno

Sady Zañartu ganó el Premio Nacional de Literatura en esos años oscuros, en 1974. El solo hecho de que él lo ganara le da esperanzas al autor de este libro, a Villegas, de ganárselo él también cuando cumpla con los mismos requisitos de aquel, esto es, haber escrito más de una docena de libros —condición ya cumplida— y llegar a los ochenta años o más, para lo cual le faltan solo doce. Tales fueron dos de los tres méritos que ostentó Zañartu para recibirlo. Al parecer y aun por sus padrinos de premio el hombre era considerado como un “autor menor”, pero nosotros no somos menores que eso y podemos competir en minusvalía con el que más.

El tercer mérito parece haber sido, según señaló el jurado constituido principal y esencialmente por el almirante Merino, quien votó consigo mismo por unanimidad, su amor por la tierra patria. En efecto, las razones que se dieron para la premiación fueron las siguientes: 1. Por su dilatada y fecunda actividad literaria durante cincuenta años. 2. Por su perfil de chilenidad a través de sus obras, como *La sombra del corregidor* y otras, las cuales llegan a un total de veinte libros estéticos (¿?) e históricos. 3. En mérito al rescate de los grandes valores nacionales y porque Sady Zañartu, a sus ochenta y dos años de edad, sigue en plena actividad artística.

Este último punto significa en la práctica literaria lo siguiente: porque el candidato está aún vivo, pero por morirse. Es una razón, a nuestro juicio, perfectamente atendible y muestra contundente de sensibilidad cristiana. Fuera de eso, corría el año 1974 y la Junta Militar no contaba con muchos intelectuales que, como Zañartu, hubieran hecho el servicio militar y manifestaran pleno apoyo a la “gran obra” que venía.

Por lo demás, ¿qué culpa tiene Zañartu de todo eso? ¿Que se le juzgara de ese modo y se le premiara de esa guisa? Ninguna. Tenemos toda la impresión de haber sido, dicho caballero, un hombre sencillo y sin mayores pretensiones y que simplemente se dedicó a hacer lo que le gustaba y a hacerlo lo mejor que pudo, como ya se verá. Todo en su vida proyecta esa sencillez. Era, desde luego, hombre de provincia. Nació en Taltal en 1893 y sus padres eran hacendados en el valle de Copiapó, lo cual asegura que no fueron grandes latifundistas, porque imposible es serlo en esa zona. Estudió en el Instituto Nacional Barros Arana, manifestó temprano interés por las letras y al hacer su servicio militar en el regimiento Buin estaba ya preparado para lo que quizás sería la más importante obra de su vida, escribir la letra del himno oficial del regimiento. De ahí en adelante nunca cejó en su interés por los temas patrios. Salido del servicio militar escribió sus historias *Desde el Vivac* y toda laya de artículos para diarios como *La Nación* y *Los Tiempos*. Zañartu, dicen los especialistas, nunca escribió sin estudiar bien su tema, para lo cual revisaba archivos, documentos, bibliografías, conversaba con la gente, etcétera, de modo que puede decirse de su trabajo que resulta de un honesto propósito de contar la verdad de la mejor

manera posible. Tanto es así que el crítico Omer Emeth decía, comentando la novela *La sombra del corregidor*, de 1927: “Con cuatro o cinco novelas como la de Sady Zañartu podríamos estudiar muy bien la historia de Chile”.

De tanto escribir y afinar su pluma en esos menesteres, Zañartu llegó a ser director de la revista *Zig–Zag* entre los años 1925 y 1929. Luego participó activamente en la publicación de la *Gaceta Literaria* en 1944. Nunca dejó de estar presente en este tipo de emprendimientos —para qué vamos a entrar en detalles— y acumuló al cabo del tiempo una obra como escritor y periodista que lo hizo merecedor del Premio Atenea, otorgado por la Universidad de Concepción en 1944. Treinta años más tarde recibiría el Premio Nacional de Literatura en las circunstancias ya dichas.

Alguien podría insistir en quejarse de que se le otorgara dicho premio nacional en circunstancias de que otras plumas de mucho mayor calado no lo habían recibido todavía y las hay que aún no lo reciben. A eso yo respondo “¿Y qué?”. ¿Es acaso el Premio Nacional más trascendente que un premio colegial por buenas notas en gimnasia? ¿Recibirlo hace de la obra algo más importante y no recibirlo la hace menos? Permítanme contarles de una perla de sabiduría regalada a sus lectores por un autor mucho más importante que Zañartu y también mucho más que los críticos y que, dicho a la pasada, recibió el Premio Nobel. Me refiero a Anatole France. En una de sus novelas uno de sus personajes, que en el fondo es el propio France, recibe a un amigo que se queja porque la Academia Francesa ha nombrado miembro de dicha ilustre organización a un tipo mediocre. Entonces el personaje, el señor Bergeret, le replica que en eso la Academia hace patente su sabiduría porque de premiar *siempre* a quien lo merece, al mejor, produciría un resquemor insubsanable en los no elegidos, quienes no tendrían excusa por haber sido omitidos. En cambio, al hacer malas elecciones, la institución podía sobrevivir. Se perdona a quien no nos escoge solo si otras veces ha escogido mal.

¿Qué deja Zañartu a la posteridad de las letras con *La sombra del corregidor* y sus cuentos y estampas regionales, con su himno —¿será aún el del regimiento Buin?— y sus artículos en diarios que ya ni siquiera existen? La pregunta es válida, pero siempre que sea válida para todos, como sin duda lo es. La fama, la gloria, desde luego la gloria literaria, es fugitiva no importa cómo se mida, si en años o en siglos. Al final todos estaremos muertos y al final todos seremos olvidados, obras incluidas. Que ese final ocurra luego de una semana o de un milenio viene siendo, considerando los ritmos temporales de la raza humana o, más aun, del planeta o la galaxia, cosa de nada. A Zañartu probablemente nadie lo lee, pero aun a Shakespeare llegará un día en que no lo lea nadie porque nadie quedará sobre la Tierra.

A eso puede replicarse que importan poco los tiempos geológicos o cósmicos y mucho los nuestros, los que son relevantes para nosotros, los que hoy y mañana viviremos y el de nuestros nietos y bisnietos, y que con este humano rasero de medida hay una colosal diferencia entre Zañartu y Shakespeare. Cierto, pero, una vez más, ¿y qué? Shakespeare dejó a Hamlet y Zañartu dejó a un corregidor deambulando en su novela y ambos, Shakespeare y Zañartu, están muertos y no tienen idea de sus respectivas famas u olvidos. Hay que ser aun más modesto para evaluar al prójimo. Habría que saber cómo su presencia y sus obras ayudaron a alguien de carne y hueso, ahí y entonces, mientras vivía. Shakespeare tal vez o casi seguramente incitó a otros a seguir la carrera de la pluma y de las tablas y quizás Zañartu, con su himno al Buin, incitó a otros a servir

al país en la carrera de las armas. ¿Cómo evaluar la diferencia de importancia entre ambas cosas? Vanidad de vanidades, todo es vanidad.

> Unos días luego de su muerte, acaecida en marzo de 1983, siendo yo reportero de *Las Últimas Noticias,* fui enviado a su departamento a entrevistar a alguien cercano al fallecido. No recuerdo quién era, si una hija o una nieta, un amigo o amiga, quizás incluso su señora. Nada recuerdo sino su departamento, situado, creo, en el centro de Santiago. Había muchos cuadros en las paredes, hacía calor y el lugar estaba pasado a colonia. Las porcelanas, las pinturas, el amoblado, las viejas fotos amarilleando o empalideciendo dentro de grandes marcos de latón o plaqué, todo hablaba de vejez, de decrepitud, de tiempo muerto, de pasado irremediable. Me sentí como en el Museo de Historia Natural viendo una escena con figuras de cera representando la vida de los "pueblos originarios". Pero es la fragancia, ese aroma lo que más recuerdo. ¿Era solo la colonia, la típica colonia de viejo y que ya había impregnado los muros tras años de estarla usando el bueno de Sady Zañartu? Uno puede fantasear con estas cosas y hablar del olor a muerte, a decadencia, a flores marchitas, a las coronas de caridad que se envían a los velorios y desfallecen con el calor y el encierro, o quizás eran solo los años de cortinajes pesados y de sillones tapizados con rasos a los que nadie nunca les pasó una aspiradora. Divago, pero es todo lo que me queda de Zañartu. Un olor, un dejo de perfumes desvaídos pero memorables. Me pregunto si acaso alguien deja mucho más que eso.

## Enrique Campos Menéndez

En tiempos en los que el poder está exclusivamente en manos de una camarilla política o militar que se legitima a sí misma con alguna clase de evangelio o doctrina normalmente tosca, inarticulada y burda, suele suceder que el tono cultural lo den quienes están en sintonía por gusto, por limitación o por oportunismo con dicho evangelio, de lo cual se deduce que también su quehacer y sus obras son toscas, inarticuladas y burdas o al menos, aun si articuladas y formalmente bien compuestas, de rampante mediocridad.

Es posible o probable —o quizás no— que ese sea el caso del escritor Enrique Campos Menéndez, vástago de una rica familia que hizo su fortuna en Magallanes por métodos poco ortodoxos, como podrían referirlo, si alguno sobreviviera, los descendientes de los onas que vivían en esa región hasta antes de la llegada de los pioneros, Winchester en mano. Si acaso, lo cual no sabemos, fue un literato de solo medianas condiciones, no podemos culparlo por eso; es más bien una tragedia que debiera convocar en las almas decentes un sentimiento de compasión porque a veces el artista mediocre se da cuenta de serlo. En otros casos —y quizás sea lo más frecuente—, la mediocridad misma le impide captar que lo es. Si en cambio Campos Menéndez fue un escritor de valía, esta ha sido sepultada bajo el peso de todo lo malo y desdeñoso que se dijo de él desde sectores políticos opuestos al régimen militar, del cual Campos Menéndez fue parte o siquiera partidario y en calidad de tal recibió no pocos honores y nombramientos. ¿Y qué nos dice eso de su obra? Nada. El hecho de ser partidario de un régimen de pocos refinamientos no es en sí culposo; el propio Jorge Luis Borges manifestó aprecio y hasta admiración por Pinochet, lo cual no le resta ni un átomo a su inmenso talento. Tampoco es reprochable recibir premios y halagos de regímenes poco glamorosos. Es más, en los escritores parece ser una frecuente deformación profesional el gusto de arrimarse y rozarse con los poderosos, convertirse o creer que los demás los creen convertidos en asesores intelectuales del trono, en eminencias grises, aunque normalmente detrás de dicha pretensión no hay sino una tosca ambición por estar arriba del escenario y cobrar en caja los premios y beneficios que tales cópulas entre el poder y la literatura suelen conferir.

¿A cuál de estas categorías pertenece Enrique Campos Menéndez? Antes de intentar dilucidarlo y, dado que el lector muy probablemente no se acuerda de él o aun ni siquiera sabía de su existencia, revisemos algo su currículum.

Nacido en 1914, su familia lo adentró tempranamente en la literatura haciéndolo leer los clásicos españoles, para más tarde ser acogido por los brazos literarios del cura Juan Bautista Torres, cuyos discípulos darían lugar a una llamada "generación salesiana". Ya mayor y en calidad de tercer secretario de la embajada de Chile en Argentina publicó cuatro libros bajo el sello Emecé, a saber, *Bernardo O'Higgins: el padre de la patria chilena*, en 1942, *Fantasmas*, en 1943, *Lincoln*, en 1945 y *Todo y nada*, en 1947.

De regreso a Chile, se convirtió en diputado de la provincia de Cautín por dos períodos como representante del Partido Liberal. No por eso dejó de escribir: se convirtió en articulista de los diarios *El Mercurio* y *La Prensa Austral* de Punta Arenas. En 1964 publicó *Solo el viento*, inspirado por las tierras magallánicas. Luego del golpe militar se hizo asesor del gobierno en el área de cultura y fue designado director de la Biblioteca Nacional. En 1976 fue nombrado miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua y por los mismos años publicó dos de sus obras más reconocidas, *Los pioneros* (1983) y *Águilas y cóndores* (1986). En 1986 recibió el Premio Nacional de Literatura y se le nombró embajador de Chile en España. Falleció el 12 de junio de 2007.

¿Qué comentar o examinar de todo esto? Evaluar su obra supera las capacidades de este historiador aficionado y con cero erudición literaria. El erudito en literatura chilena es alguien que ha leído y estudiado gran parte de lo creado en ese campo y está en condiciones de hacer comparaciones y juicios críticos. No es el caso del señor Villegas, quien jamás ha tenido, tiene o tendrá mucho interés en la literatura chilena o incluso en la literatura en general. Una cosa es haber leído con placer a tales o cuales autores —ese es nuestro caso— y otra ser un amante de la literatura per sé. No lo somos. Mi sensación más fuerte con respecto a Campos Menéndez no es entonces literaria sino personal y es la siguiente: lo quisiera o no, lo mereciera o no, lo buscara o no, fuera buen escritor o no, persona decente o no, se convirtió en blanco del odio o siquiera del desdén de la intelectualidad de izquierda —aún no se llegaba a la etapa "progresista"— por el hecho de ser bienquisto en círculos oficiales, por el hecho de posiblemente ser pinochetista o como mínimo aceptador de ese régimen. Repetimos: eso por sí mismo no da ni quita mérito artístico. Lo que sí asegura el hecho de ser parcial de un régimen extremo en sus convicciones y sus quehaceres, como lo fue el de Pinochet, es ganarse un odio infinito por parte de los intelectuales del otro bando. Y téngase presente que nadie odia más que un intelectual y entre los intelectuales ninguno odia más que un literato. Se odian hasta si son amigos. Se detestan aun si pertenecen al mismo sector y en estos casos quizás más porque compiten en el mismo nicho ecológico. Se aborrecen unos a otros por el solo hecho de coexistir y en ese mismo grado restarse unos a otros la anhelada condición de dioses supremos.

Este odio entre creadores o con aspiraciones a serlo se manifiesta a veces de modo directo en la forma del desdén, la maledicencia, el sarcasmo, la intriga y el sabotaje, pero en otros casos adopta una forma más sutil, escondida, de mano encubierta; adopta la forma de ensalzar a un rival del odiado, rival a quien quizás se odia casi lo mismo, *pero* en este caso sirve como arma

arrojadiza. Y entonces se dice: “A Fulano debieron darle ese premio o darle ese cargo porque era o es mucho mejor artista”. Dudo que haya un solo odiador de Campos Menéndez que haya leído una sola obra suya.

¿Qué representa entonces Campos Menéndez, qué nos dice de esos años oscuros? Nos dice que los artistas alabados y cooptados por regímenes de fuerza desaparecen del escenario tan rápido como desaparece esa fuerza. Mal negocio tomar onces con los de arriba, salvo que se sea Nicanor Parra.

Por cierto, no he leído ninguna obra de Campos Menéndez, pero, si es por eso, ¿qué he leído de otros autores chilenos, salvo las lecturas obligatorias de colegio —Manuel Rojas, Mariano Latorre— y luego *un* libro de Skármeta y la poesía de Parra? Damas y caballeros, estáis en presencia de un analfabeto en literatura chilena. Conocí a un tipo que rehusaba leer cualquier cosa nueva que se le presentara, chilena o no, con el argumento de que “aún no habiendo leído a Platón no voy a perder tiempo con esos pelmazos”. No haré tan brutal y descomedido comentario. Además, ya leí a Platón. No tengo esa excusa. Quizás quedé marcado para siempre con una identificación sin duda injusta entre la literatura chilena que trata de huasos y arrieros y *toda* la literatura chilena. Hay que andarse con cuidado con las identificaciones.

# Concertación S. A.

Como sucede con todo pasado relativamente decente, próspero y pacífico, al cabo de un tiempo y sobre todo cuando es visto desde la perspectiva de un presente no tan boyante, dicho período adquiere, retrospectivamente, virtudes y bondades que nunca tuvo en tal abundancia. Es lo que ha sucedido con la Concertación, la cual gobernó al país desde el mandato de Patricio Aylwin hasta el primero de la señora Michelle Bachelet, esto es, alrededor de veinte años. Innecesario es recordar lo que todo el mundo recuerda sin necesidad de ayudamemorias porque ese lapso ha sido experimentado no hace mucho. Fue en esos veinte años que se instalaron nuevos paradigmas en cuanto a qué significa crecer, modernizarse, la salida para muchos de la pobreza extrema, adquirir mejor nivel de vida para casi todos y esperar mejorarlo aún más.

Se instaló una cultura de consumo, de aspiraciones y de certezas, pero también de esperanzas, la idea de haberse al fin superado la historia anterior, el largo tiempo que, visto desde los años concertacionistas, aparecía como el de un Chile conflictivo, estancado, tercermundista y, sobre todas las cosas, *pobre*. Por un lado, el de las cifras y las vivencias de millones de chilenos, eso no es tema opinable sino realidad indiscutible; por otro, no solo es opinable, sino que aparece como desdeñable porque en ese mismo período surgió una nueva generación para la cual esas cifras y logros no significan nada o muy poco. Son una o dos generaciones nacidas o criadas en esos años y que, como es usual, no tuvieron ni pudieron tener conciencia de las ventajas de que disfrutaban porque siempre las tuvieron y eran el aire mismo que respiraban. Tal como una persona en buen estado de salud no experimenta dicha salud sino solo la uña encarnada que lo molesta, así también sucedió con estas generaciones porque llegaron al mundo a disfrutar de conquistas ya alcanzadas, convertidas en naturaleza, en parte del amoblado rutinario de la vida.

Siempre es así: los sentimientos y puntos de vista de cada nueva hornada generacional se concentran en las falencias, que son lo único destacable y que destacan precisamente porque el telón de fondo está bien y es irreprochable. Por eso sus actitudes son de rechazo y por eso las cifras les importan poco. A estos nenes insatisfechos, rabiosos y pretenciosos los acompaña, como siempre, gente no tan joven, las viejas huestes de la izquierda que parecían haberse reciclado o simularon haberlo hecho, las mesnadas revolucionarias que una y otra vez fracasan, y una y otra vez levantan cabeza y en seguida encuentran razones para rechazarlo todo y pretender echar a andar, como dijo pintorescamente uno de ellos, la “retroexcavadora”. Fueron estos descontentos perennes y consuetudinarios quienes llegaron al gobierno con Bachelet 2.0 a instalar una cultura política peculiar, confusa mezcla entre lo popular, lo juvenil, lo “progresista”, lo revolucionario y lo infantil, pastoso mejunje que da lugar a un enfoque del mundo y la nación con escasa inclinación por los rigores del raciocinio, la lógica y los hechos y, en cambio, muy dado a la cantinflería ampulosa, vacua y demagógica que da la espalda no solo a las cifras, sino también a los más elementales dictámenes de la realidad.

Con ese borbotón de inocencia, ignorancia y también de resentimiento, la continuidad concertacionista se rompió y le sobrevino al país una coalición distinta, la Nueva Mayoría, la cual mira el pasado, su propio pasado, con fastidio y desprecio. Lo desprecian como si durante la existencia de la alianza que la precedió, esto es, ella misma con otro nombre y otra postura, se hubiera perpetrado un crimen de lesa patria. Dimos una explicación más global de ese fenómeno en *Tsunami*. Consumado su desplome y llegados una vez más al escenario de la notoriedad, los amigos de mostrar los puños en alto, la Concertación, tiende a ser mirada con buenos ojos solo por los mayores de edad, por jóvenes no tan jóvenes y por quienquiera no esté enteramente desprovisto de sentido común.

Es de lamentarse que el sentido común se evapora al contacto de atmósferas cercanas al delirio y la fantasía. El sentido común o realismo jamás han tenido mucho *sex appeal* para las nuevas generaciones, que prefieren militar en las filas de posturas extremas al borde de la histeria y de frentón en el descriterio. A eso suele llamársele "idealismo". Es una enfermedad infantil recurrente e intermitente a la vez. Aparece en todo período histórico y lugar. Uno de sus rasgos es cierto tufo a paranoia, pues sistemáticamente esta cohorte juvenil considera traidores o vendidos a quienes los han precedido en el camino de la salvación eterna. A los jóvenes suelen acompañarlos gente mayor que en su oportunismo cree avizorar, en medio del revuelo, algo que echarse al bolsillo; otros son sencillamente viejos entrando de lleno en el reblandecimiento de la segunda infancia y que sienten en sus marchitos corazones reencenderse la llama del "idealismo". Así es como ha llegado a acontecer que los tiempos de la Concertación, aunque no tan lejanos, parecen hoy ubicados en un lugar del espacio y el tiempo tan remoto y fantástico como la isla a la que llegó Gulliver.

Excepto para esta nueva generación, la que baila flamenco sobre el escritorio de los ministros, los escupe y los insulta, la era de la Concertación fue para todos los demás ciudadanos lo que en los hechos realmente fue, esto es, una de crecimiento económico y mejoría masiva del nivel de vida. Además, hubo paz y una relativa racionalidad, lo que a ojos de los maximalistas del presente coincide con la traición y arreglines celebrados con los poderes fácticos. Esa es la mirada juvenil del presente; la de los adultos algo mayores es opuesta. Para estos, la Concertación, inspirada como estaba en metas relativamente modestas y alcanzables, fue la Tierra Prometida. Cierto es que los adultos "algo mayores" son criaturas despreciables. Después de todo, es gente que no tiene mucha "narrativa" gloriosa y a veces son incluso apáticos, a menudo inasibles, en ocasiones hasta imperceptibles y siempre calculadores. Es con el predominio de personas de esa catadura moral cuando no hay espacio para los románticos pretendiendo asaltar el cielo.

Entre esas gentes sensatas y deambulando a menudo en el territorio del aburrimiento, monumento ambulante y parlante de los tiempos de la Concertación, se encuentra el personaje que examinaremos a continuación.

### Eduardo Frei Ruiz-Tagle: "Estamos trabajando en eso"

Pese a su tono por lo general plácido —¿o así nos lo parecen casi todos los períodos pasados por el solo hecho de serlos y habernos olvidado de sus tensiones y conflictos?—, el período no

careció de iconos notables cuyos nombres vienen de inmediato a la memoria cuando se habla de esos años. Don Patricio Aylwin aparece inevitablemente como el patriarca refundador de la democracia, a cargo de restaurar la estabilidad y tranquilidad cuando muchos se temían otro golpe o una "explosión de demandas"; Ricardo Lagos es el símbolo de la "gran mirada" y de los "grandes planes", aunque casi nunca resultaran; Michelle Bachelet es la primera mujer presidente, algo para recordar en su carácter de anécdota relativa a los progresos del feminismo, aunque no por sus méritos presidenciales, puesto que no le fue muy bien ni en la primera ni, ya que estamos en eso, especialmente en su segunda administración. Pero ¿Eduardo Frei? ¿A título de qué recordarlo? Sí, se lo recuerda, pero solo porque su mandato fue bastante reciente y además el hombre de vez en cuando aparece en una revista, en la radio o en la televisión. En breve, no ha muerto física, sino solo políticamente. Su vocación para ser olvidado es enorme.

Se lo acusó y se le sigue acusando de aburrido, denuncia políticamente muy negativa en nuestro continente, tan amante de las peroratas coloridas y exorbitantes perpetradas por vociferadores profesionales. El hombre, es verdad, nunca levantó grandes pasiones ni expectoró frases para el mármol. No planteó "transformaciones profundas" convertidas a poco andar en profundas metidas de pata, no desenfundó planes grandiosos al estilo del Transantiago o el tren al sur, ni sostuvo entre sus manos la temblorosa y recién nacida democracia 2.0. ¿Qué sucedió durante su mandato que produzca eco? Bastante si se mira su administración con la fría mirada de un taxidermista, pero poco si se la mira en busca de "relatos" épicos. Nada de esto último hubo, o lo recordaríamos. Ni siquiera tuvimos un segundo ejercicio de enlace que suscitara las escenas de pánico que se vieron en La Moneda cuando les dijeron a sus ocupantes haber unos militares correteando por la Alameda con la cara maquillada con betún Virginia.

Lo que distingue a Frei Ruiz-Tagle es precisamente su indistinción, pues aun habiendo participado en la mitad de una superproducción tan importante como la estrenada en esos años, nadie se acuerda mucho de su rol; fue uno de los cuatro jovencitos de la película, pero ha desaparecido. Es como ir a ver *Gunfight at the OK Corral* y que no aparezca Burt Lancaster. De algún modo, Eduardo Frei hijo logró hacerse invisible e inaudible. No es que lo haya hecho mal, pero lo que hizo de bien lo llevó a cabo sin estrépito. En una era comunicacional como la nuestra, vanidoso y ruidoso período histórico en el cual es inconcebible que aun el más insignificante jefe de departamento se la pase sin un gabinete con expertos en RR.PP., el comportamiento de Frei, retraído y lejano, era y es el menos indicado para calentar a las multitudes. Frei se conformaba con poner en sus obras letreros diciendo "Estamos trabajando para usted", mientras él, a su vez, solía responder preguntas sobre casi cualquier ítem con casi la misma frase: "Estamos trabajando en eso". Con tal parquedad espartana o hasta monacal, pecado muy grave —como ya lo dijimos— en un continente que es tierra prometida de los aspavientos, la emotividad, los discursos, la comedia, la pantomima, las declaraciones tremebundas y los gestos altisonantes, nadie puede llegar muy lejos en el camino que conduce al Panteón de las Grandes Figuras o al Hall de la Fama. El origen de lo que se haga sin ruido, por importante que sea, se olvida y termina siendo visto como fruto de la naturaleza, algo que siempre estuvo ahí.

Obligados estamos a hacer memoria un poco a la fuerza para recordar algunos logros de su olvidado mandato, iniciado el 11 de marzo de 1994 al recibir la banda presidencial de manos del presidente del Senado, Gabriel Valdés Subercaseaux, hoy fallecido.

En el plano educacional, tema del cual tanto se habla pero mucho más se mete la pata, se daña y se destroza, Frei impulsó una reforma que logró avances concretos e importantes como aumentar la duración de la jornada escolar, elevar las remuneraciones de los profesores, mejorar la infraestructura, modificar los programas educativos y permitir a los estudiantes el acceso a las tecnologías de la información.

En obras públicas incentivó la participación del sector privado por medio del sistema de concesiones y así se modernizaron los puertos, se construyeron nuevas carreteras, se ampliaron la mayoría de las terminales aéreas y se ejecutaron numerosas obras de regadío. Frei y Lagos le cambiaron la cara al país.

En justicia se inició la reforma procesal penal, catalogada como la “más importante de los últimos cien años”. Esta iniciativa contempló la introducción del juicio oral, el establecimiento de nuevos tribunales y la creación de la figura del fiscal público nacional.

En lo social promulgó leyes que buscaron potenciar la familia como núcleo fundamental de la sociedad, entre estas las leyes de violencia intrafamiliar, filiación, protección a la familia y la de adopciones, y dejó en marcha la tramitación del proyecto de ley que crea los Tribunales de Familia.

Fuera de eso, Chile consolidó un crecimiento promedio superior al 5%, una inflación del 6% anual y una significativa reducción de la pobreza, se firmó un protocolo gasífero entre Chile y Argentina que no terminó bien pero no por culpa de Frei, se inauguró la central hidroeléctrica Pangue en la Región del Biobío y se aprobó el estudio de impacto ambiental de la central Ralco en el Alto Biobío.

En relaciones internacionales fortaleció la apertura comercial del país. Chile pasó a ser miembro activo del Foro de Cooperación Económica del Asia-Pacífico (APEC), suscribió un acuerdo de libre comercio con Canadá, firmó un acuerdo de cooperación económica y política con la Comunidad Europea, incorporó al país como miembro asociado del Mercosur, y multiplicó los lazos comerciales y acuerdos con China, la emergente superpotencia. En el plano sudamericano, consiguió la aprobación del Tratado de Campos de Hielo Sur, que puso fin al último litigio fronterizo pendiente con Argentina, y firmó del Acta de Ejecución del Tratado de Lima de 1929, con Perú, el 13 de noviembre de 1999, con lo que se finiquitaron los aspectos pendientes del artículo 5 de dicho tratado y del segundo de su Protocolo Complementario.

Lo más espectacular, pero no lo más importante, sucedido durante su período fue la detención del entonces senador vitalicio Augusto Pinochet, en Londres, Inglaterra, a quien prometió traer de vuelta argumentando una “vulneración a la soberanía”. El general permaneció detenido diecisiete meses y retornó solo días antes (2 de marzo de 2000) de que finalizara el gobierno de Frei.

¿Es poca cosa todo eso? En absoluto. Fue una gestión fructífera y sobre todo sin mayores estropicios. Frei tuvo una enorme y ahora olvidada y poco apreciada gracia: nunca pretender cambiar el país de arriba abajo como sus arrogantes y al mismo tiempo torpes sucesores, sino ir mejorándolo de a poco, con pasos graduales, que es la única manera de hacer las cosas que cuentan y ha contado siempre con el comprobado visto bueno y beneplácito de la historia.

Precisemos: no es solo y simplemente que Frei fuera y sea un tipo sensato, sino que lo eran los años que le tocaron. Sin embargo, se requiere una segunda precisión: de haberle tocado en suerte ser mandatario en los tiempos de doña Michelle 2.0, muchos de los desastres, errores, astracanadas e imbecilidades que se cometieron por obra y gracia de un equipo nacido más del feminismo y el amiguismo que de la competencia profesional, no se hubieran cometido. Cualesquiera sean los tiempos y las condiciones, importan mucho el carácter, la sensatez y la experiencia del mandamás. Si doña Michelle y su gran elenco se hubieran hecho cargo de la NASA incluso en los mejores tiempos de esa organización, al cabo de un año se habría llenado de comités y vuelto incapaz de encumbrar un volantín.

¡Ah, pero que a Frei le hubiera tocado gobernar en vez de a Michelle Bachelet segunda parte es históricamente imposible! No le pidan a un tipo sobrio y de hablar monocorde y de propósitos medidos que gane elecciones cuando impera la histeria revolucionaria y el país político se ha llenado de gente inquieta, de niñitos botados a macanudos, de vengadores de la galaxia, de tontos de remate y de rifleros de todos los sabores. Un fulano como Frei no puede calentar un público ansioso de emociones. No le exijan a quien cree en avanzar dando pasitos que brinque al cielo. Los tiempos estaban maduros, en 2014, para el triunfal regreso de la Madre de Chile.

Hay otras virtudes, amén de la parquedad, en este caballero. Me tomo aquí la libertad de asumir que la parquedad es una virtud, aunque en estos días más que un modo de ser es una reliquia. Y si acaso nunca fue una virtud, ahora comenzó a serlo por contraste con la logomaquia frenética que sumergió al país; puede perdonarse y hasta alabarse la parquedad aburrida mucho más que se puede perdonar la sobreabundancia verbal poco inteligente.

> El silencio como práctica habitual, el no ser ni pretender convertirse en centro de mesa, el tener siempre sangre fría, promover metas acotadas, hablar calmadamente cuando se llega a hablar, hacer exposiciones breves y no discursos largos, darle valor a los hechos y a las cifras y no volarse con tesis desopilantes, no creer en fantasías, no esperar, desear ni crear ni creer en épicas, no rodearse de círculos de hierro, de amigos, de amigas o de lameculos, no dirigirse a la nación con el tono lírico y ampuloso de los poetas rascas que recitan en las peñas y un largo etcétera, constituían en el pasado los rasgos considerados propios de un caballero y de una dama, así como también la contención y los buenos modales implicados en no andar gesticulando ni física ni emocionalmente por la vida como ruidosas cabareteras; todo eso y más se ha perdido, pasó de moda, parece cosa antigua y sin valor, características propias de fascistas o reaccionarios, de ancianos al borde de la tumba o la casa de reposo. Y, sin embargo, ¡qué manera de echar de menos todo eso, de lo cual este autor alcanzó a captar una última reliquia hace cincuenta o sesenta años atrás! Gracias, don Eduardo, por recuerdo concedido.

## Edgardo Boeninger, el cerebro tras el trono

Como se dice ahora en vistosa y cacareada pose de honestidad e integridad moral a rajatabla —aunque solo cuando es fácil, glamoroso, remunerativo y sin costos hacerlo—, confieso que tengo un “conflicto de intereses” si de he de examinar el caso de Edgardo Boeninger. Sucede que el hombre me agradaba mucho. Tenía el estilo debido de acuerdo con mi percepción de cómo ha de ser un político del cual pueda esperarse eficacia para mantener la casa en relativo orden y a raya a los idiotas de siempre. Como el denostado Talleyrand, quien fue el más hábil político que haya conocido Francia, sobreviviente a tiempo completo de y en medio de toda clase de regímenes y que murió si no en olor a santidad al menos muy rico, lo cual es un respetable sustituto, Boeninger perteneció a esa categoría tan escasa de hombres y mujeres en los que predomina el

cerebro y no las tripas, el cálculo y no las emociones. Debiera quizás agregar en la lista al canciller de hierro, Otto Von Bismarck, quien nunca creyó que la política fuera otra cosa sino canalizar lo mejor posible lo inevitable. Eran todos ellos, Boeninger incluido, políticos prácticos, cínicos y fríos. Gente así suele tener mala prensa y ser vista con desdén por los idealistas de todos los tiempos, pero si se examinan sus quehaceres pronto se hace notar que personas de ese talante son quienes sirven mejor a sus naciones.

Edgardo Boeninger, hoy relativamente olvidado, fue uno de ellos y en extremo representativo del primer período de la Concertación. Le tocó operar en la fase en que el asunto principal, prioritario, era mantener en pie la estantería y consolidar con medidos pasos la recuperada democracia. Tan bien lo hizo que, salvo en los círculos políticos, su nombre rara vez es citado y posiblemente no es recordado. En política a menudo el fracaso es mucho más vistoso y memorable que el éxito, el cual se suele caracterizar más por impedir un desastre que por inaugurar el Paraíso. El vacío, la negatividad, lo malo que no sucedió, por definición no deja huellas.

Para entender y aceptar por qué lo hemos calificado como “el cerebro tras el trono” bastar echar una ojeada a su biografía. Nacido en 1925, estudió en The Grange School, luego en el Instituto Nacional General José Miguel Carrera y posteriormente en el Instituto Alonso de Ercilla de Santiago. Estudió Ingeniería Civil en la Universidad Católica —eso ya requiere cerebro— y obtuvo su título en 1950. Se dedicó a la docencia como profesor de Geometría y Estabilidad en la Facultad de Arquitectura —esto también requiere habilidades superiores—, para más tarde titularse de economista en la Universidad de Chile, dominando así una segunda profesión, lo que amén de cabeza requiere determinación y energía. Ingresó al Estado como director de Presupuestos del presidente Eduardo Frei Montalva, después o por ese tiempo volvió a la docencia en calidad de decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Chile y en 1969 llegó a ser rector, lo cual requiere todo lo anterior más muy maduras condiciones políticas. Durante el régimen militar —y ya siendo miembro del Partido Demócrata Cristiano— estudió Ciencias Políticas en la Universidad de California —¡tercera carrera al bolsillo!—, fue director ejecutivo del Sistema Financiero Campesino (1977-1982) y director del Centro de Estudios del Desarrollo (1984-1987). En política, mientras tanto, llegó a ser vicepresidente del Partido Demócrata Cristiano entre 1987 y 1989, ayudando en la formación de la Concertación de Partidos Por el No.

Hubo en los círculos políticos suficiente sentido como para no desperdiciar a un hombre así y he aquí entonces que, tras el regreso de la democracia, fue designado ministro secretario general de la Presidencia de Aylwin, cargo que ejerció durante los cuatro años de su gobierno. En 1997 fue nombrado senador institucional de la República por el presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle para el período de 1998 a 2006, aunque dejó su puesto tras el fin de los senadores designados y luego de un acuerdo para reformar la Constitución de 1980. Fue miembro de las comisiones de Hacienda, Educación, Gobierno Interior, y presidente de la Comisión Especial de Modernización del Estado y del Consejo Nacional de Innovación para la Competitividad. En abril de 2006, por encargo de la presidenta Michelle Bachelet, lideró la comisión encargada de presentar propuestas para la reforma al sistema electoral y también desde 2006 se desempeñó como investigador asociado en Cieplan. En 2007 asumió la vicepresidencia del capítulo chileno de Transparencia

Internacional y en los dos últimos años de su vida lideró grupos de trabajo que se reunían cada dos meses, integrados por Ernesto Ottone, Alfredo Joignant, Alejandro Foxley, Patricio Meller y Óscar Godoy. Falleció a causa de un cáncer hepático y de páncreas el 13 de septiembre de 2009.

El caso Boeninger es el del personaje supremamente inteligente que todo régimen ha de tener a mano para subsistir, aun si el talante de dicho caballero o señora, su pasado, su carácter o militancia no está del todo en sintonía con dicho régimen. Es posible que los sistemas políticos tengan, como toda entidad viva, un instinto de supervivencia que los lleva, aunque sea a regañadientes, a poner cerca de las principales palancas del poder a gente eminentemente capacitada. Stalin tenía a Beria, Hitler a Speer, Augusto tenía a Agripa, Nixon a Kissinger y entonces, ¿por qué Frei y otros no iban a tener a Boeninger? Se les necesita para, llegado el caso, apagar los incendios. Es el *consiglieri* del capo, el asesor listo y frío como una serpiente y quien casi nunca es visto, pero es al que ve todos los días el mandamás. Y ese era el trabajo insustituible de Boeninger. Y por eso, aunque en los años de Allende era considerado un reaccionario y durante los años de Pinochet no sufrió ningún tormento y también se le miró con sospecha y a veces hasta con escarnio, ¿quién podía negar su brillantez intelectual y lo útil de tenerlo dentro de La Moneda para cuando se estimaran necesarias sus habilidades?

Pero por eso mismo, debido a esas características suyas y al tipo de servicio que rindió, ya en esos años fue condenado a cierta invisibilidad, así como al cuasiolvido en los actuales. Es inevitable: quien apaga un incendio lleva a cabo una enorme y benéfica tarea, pero por definición no hay nada por ver luego de su hazaña. No hay llamas, no hay humo, no hay heridos. Nunca se ve ni puede verse lo que *no* existe, lo que *no* llega a ocurrir, la desgracia evitada. ¿Cuántas tonterías, errores, payasadas evitó Boeninger en La Moneda? Nunca va a saberse. Boeninger está muerto y los que sobreviven de ese período difícilmente tienen interés en hacer notorios los aciertos de Boenninger y al mismo tiempo y, por lo mismo, sus propios errores, los necesitados de corrección.

Boeninger, como tantos otros en las esferas públicas y privadas, es el solitario fulano inteligente que mantiene funcionando lo que los tontos y los mediocres amenazan cada día por su torpeza, el que repara los desperfectos, salva el día, da el consejo oportuno que a veces es escuchado y seguido, y no pocas ni seguido ni escuchado.

> Conversé con Boeninger al menos un par de veces, en La Moneda, cuando vuestro servidor trabajaba en el *Diario Financiero* y hacía diariamente una entrevista a página completa. Sintonizamos de inmediato. Su manera de analizar las cosas tuvo para mí pleno sentido. Su mirada era precisa, fría, sin ilusiones, práctica, sin perder nunca de vista el propósito último de toda política inteligente, a saber, no echar abajo la estantería. Al menos esa era la labor necesaria en esos años. Hoy se mira diferentemente; Boeninger y los demás aparecen como unos miserables urdidores de pactos sucios y traicioneros contra el pueblo. Dios quisiera que la nación dispusiera de más políticos de esa laya. Sus opuestos, los grandes declamadores, los tipos que se suben a un cajón azucarero a perorar, los que con gesto imperioso convocan a las masas a seguir los grandes derroteros de la historia, los que siempre aseguran que había o hay espacio para más, etcétera, son por lo general los grandes arruinadores de la historia, aunque jamás son ellos quienes pagan los costos. Recuerdo con cariño y admirativo respeto a don Edgardo. Y recuerdo además que al irme le dije: “Hasta ahora creía que yo era un cínico, pero después de hablar con usted comprendo que soy una monja de las carmelitas descalzas”. O algo parecido.

# El presente

¿Cuál presente? ¿El mío mientras escribo estas líneas o el suyo mientras las lee? Posible, casi seguramente, no hay mucha distancia entre esos presentes; no me hago la ilusión —si acaso vale la pena hacerse ilusiones de esa megalómana clase— de que este libro vaya a ser leído en cinco, diez o más años; no será un clásico al estilo de *Hijo de ladrón* de Manuel Rojas o *Palomita blanca* de Enrique Lafourcade. Apenas me hago la esperanza de que se lo lea ahora, año 2018, y quizás el próximo, nada más.

Del presente, del mío y de seguro también del suyo, no debiera agregar nada más a lo ya deslizado aquí y allá en otros capítulos. Cierta vez Chou En Lai, el premier chino de los años setenta, consultado acerca de su opinión sobre la revolución francesa, acaecida hacía ya doscientos años, contestó que no era posible comentarla seriamente porque no había pasado tiempo suficiente para hacer un juicio maduro y relevante. Tal vez exageraba, pero su criterio es cien por ciento válido si el objeto que se examina no solo es cercano, sino la mismísima actualidad. La primera condición de una obra histórica es que se refiera al pasado; de lo contrario es periodismo, ensayismo, panfleteo, diario de vida, proclama, queja, manifiesto, cualquier cosa menos historia.

Cierto es, dirán algunos o hasta muchos, que lo presentado aquí no calificaría como historia, aunque tratara de eventos de dos mil años de antigüedad. Dirán que el contenido de este libro es pura fantasía, divagación, caprichosa interpretación, descuidada recolección, etcétera. Dirán que no es el trabajo de un "verdadero" historiador y estamos completamente de acuerdo con ese juicio. El autor de este libro ciertamente no es historiador, es más, ni siquiera es pedicuro diplomado. Menos aun puede ufanarse de posgrados o un cargo de enseñanza o investigación en una universidad, tampoco de "publicaciones" con muchas notas al pie de página. El pobre Villegas ni siquiera tiene el poto gordo de tanto reposarlo en un sillón magisterial ni habla con una papa en la boca, ex cátedra. En breve, no es académico.

Peor aun es el hecho deplorable de no seguirse en este texto la corriente ideológica imperante, defecto más que sobrado para acusarlo de lesa humanidad. Estar a caballo en el discurso políticamente correcto del minuto y tener los papeles y certificados progresistas al día es esencial, como siempre lo ha sido. Actualmente, la historiografía más impactante y la que está dando su perfil a lo considerado legítimo y vigente es la que transita por el feraz y hospitalario territorio de la denuncia. "Denuncia" es la palabra del momento. Denuncias relativas a la época de Pinochet, veta inagotable para siempre jamás; denuncias acerca de chanchullos, irregularidades, traiciones o pactos de los políticos de la Concertación; denuncias acerca de horribles cosas hechas por las élites del pasado; denuncias relativas a hechos históricos que eran, nos dicen, de una manera, pero nos metieron el dedo en la boca diciéndonos otra. Denuncias,

denuncias. Aquí, en cambio, no estamos “denunciando” nada, ni siquiera el olvido que cayó sobre nuestros personajes.

Dicho sea de paso, ese modo o estilo de examinar el pasado a base de reproches surtidos es solo un engranaje más del rasgo espiritual característico de los tiempos, a saber, la existencia, poder, hegemonía e imperio de un nuevo sistema de ideas, sentimientos y posturas que lo abarca todo y pretende dominarlo todo, y lo denuncia, reprocha, rechaza y deslegitima todo. Su mera existencia señala —o más bien debiéramos decir “denuncia”— un cambio cultural de inmensas proporciones. Está ocurriendo en gran parte del mundo y configura una transformación global, como ya en otras oportunidades ha ocurrido en el pasado. No fue menos cataclísmico el paso desde la visión y postura pagana clásica de la antigüedad grecorromana a la perspectiva cristiana, como también monumental fue el cambio que se desarrolló luego de 1815, cuando la humanidad comenzó a liberarse de una economía fundamentalmente agrícola basada en el músculo humano y animal y la fuerza motriz del viento y del agua, y a considerar sin fundamento las monarquías que pretendían derechos divinos. Hoy también vivimos uno de esos períodos históricos en que los cambios tecnológicos, económicos y de usos y costumbres son tan inmensos y rápidos que en cinco años, o a lo más diez, el panorama de la sociedad cambia del cielo a la tierra, como ha pasado y sigue pasando con la nuestra. Y eso no se detendrá sino que se acelerará, lo cual hace irrisorio intentar ningún análisis porque el presente apenas “se hace presente” ya se ha convertido en obsoleto pasado. El ritmo de las trasformaciones y sus efectos nos arrastra a tal velocidad que no deja un momento de respiro para mirar y evaluar con un mínimo de sustancia la actualidad, porque esta ha cambiado apenas la miramos. La historia contemporánea se ha trasformado en mecánica cuántica. Por eso, como quizás usted, lector o lectora, me declaro en estado de incompetencia.

Santiago, enero de 2018

[1] “El tiempo que todo lo corroe”.

[2] Ley 4.053 sobre contratos de trabajo que fijó la jornada en ocho horas, limitaba el trabajo de mujeres y niños y creaba la Inspección del Trabajo.

Ley 4.054, que establece el seguro obligatorio para todos los obreros contra accidentes, enfermedades e invalidez, y crea un fondo común que sería formado con aportes del obrero, el patrón y el Estado.

Ley 4.055 sobre accidentes del trabajo. Se estableció la doctrina integral del riesgo profesional, se equipararon las enfermedades profesionales a los accidentes laborales y se estableció la responsabilidad del patrón en el mantenimiento de medidas de seguridad.

Ley 4.056 que estableció los tribunales de conciliación y arbitraje para los conflictos laborales.

Ley 4.057 sobre organización sindical. Estableció los sindicatos industriales y profesionales y adoptó para los primeros la participación en los beneficios.

Ley 4.058 acerca de las sociedades cooperativas de trabajadores.

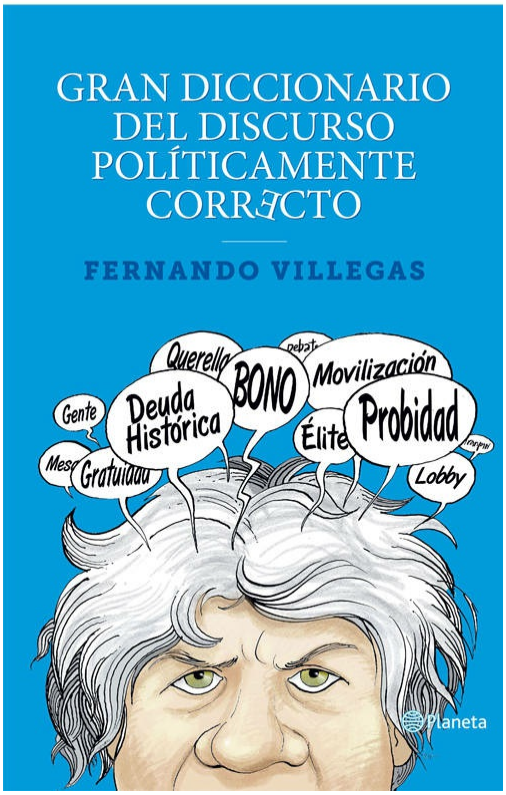
Ley 4.059, que reconoce el derecho de libre asociación, el período anual obligatorio, la gratificación y crea la Caja de Empleados Particulares.

[3] “Has sido medido, pesado y encontrado falto”.

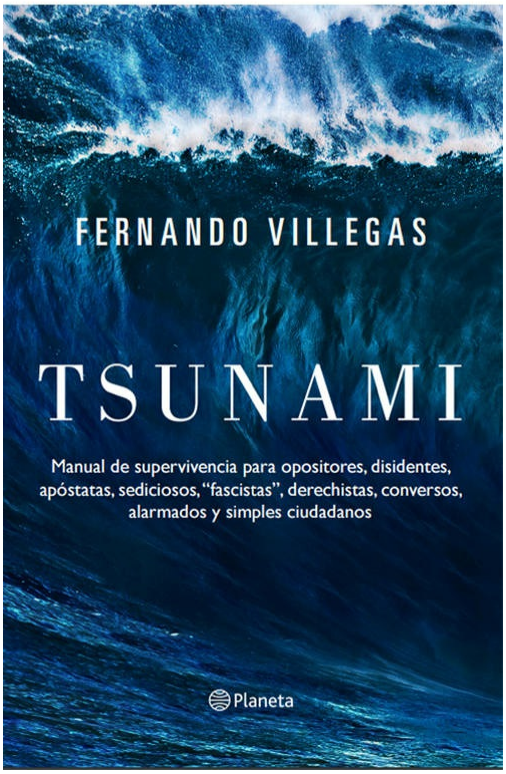
## ENCUÉNTRANOS EN...

# BIBLIOTECA FERNANDO VILLEGAS

## GRAN DICCIONARIO DEL DISCURSO POLÍTICAMENTE CORRECTO



# TSUNAMI


FERNANDO VILLEGAS
TSUNAMI
Manual de supervivencia para opositores, disidentes, apóstatas, sediciosos, "fascistas", derechistas, conversos, alarmados y simples ciudadanos
Planeta